

Lizzie
Quintas

Esquivando el
Destino



*Lizzie
Quintas*

*Esquivando el
Destino*

Título: *Esquivando el destino*

©Lizzie Quintas, 2017

©Meiga Ediciones, 2017

Del diseño de la cubierta: 2017, Nerea Pérez Expósito
(www.imagina-designs.com)

De la corrección: 2017, Montse Robledo

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Puedes seguirme en:



Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15 \(Maika\)](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26 \(David\)](#)

[Capítulo 27 \(Maika\)](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34 \(Núria\)](#)

[Capítulo 35 \(Lucas\)](#)

[Capítulo 36 \(Maika\)](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41 \(Lucas\)](#)

[Capítulo 42 \(Maika\)](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44 \(Lucas\)](#)

[Capítulo 45 \(Maika\)](#)

[Capítulo 46 \(David\)](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)

[Todos los libros de la autora](#)

Capítulo 1



Desde una edad muy temprana empecé a trabajar en hostelería. Primero en un hotel como camarera y ayudante de limpieza de las habitaciones, después en bares y, por fin, encontré mi trabajo ideal en un restaurante italiano, en el que aprovechaba para practicar muchas veces lo que sabía, ya que venían muchos italianos de turismo a mi bello Ribadeo. El trabajo la verdad no me mataba, tenía un compañero muy guapo y que se portaba genial conmigo y los dueños eran todo amor con sus trabajadores.

En el restaurante siempre había dos camareros atendiendo la barra y las mesas, pero con la marcha de mi compañera a otra ciudad, quedó una vacante que poco tardaría en ser cubierta. Siempre habían sido camareras las que trabajaban en el local, por lo que cuando vino Lucas, fue una revolución, ya que la supremacía del género femenino se ponía en peligro si venía a trabajar el jefe. No me costó mucho hacerme a la idea de que iba a tener un compañero ya que el chico, estaba de muy buen ver. Era algo diferente venir a trabajar y tener semejantes vistas que alegraban a cualquiera.

Lucas era un chico guapísimo que llamaba la atención, no solo por su altura que diría que medía 1,90 m, sino porque tenía unos ojos azules que penetraban en el fondo de tu alma cada vez que los mirabas. Su piel era clara, y tenía el pelo moreno y corto. Qué decir de sus labios que eran una invitación al pecado y varias veces me había sorprendido deseando probarlos pero claro, él tenía novia y yo, tonta de mí, empezaba a sentir algo por él. Podía haber conocido antes a su pareja y así evitar sentir algo por él, pero el destino es muy bromista y le gusta hacer jugarretas antes de ponernos a la personada adecuada en nuestro camino.

Recuerdo la primera vez que le vi llegar al trabajo. Tan guapo, sonriente y tan perfecto que mis ojos se abrieron de tal manera que pensé que me iba preguntar si tenía algún problema. Se puso la camiseta del restaurante y empezó mi noche de enseñarle a manejar la máquina de cobrar, los cafés y todo lo que iba a tener que hacer, ya que él sería nuestro apoyo, ahora que en verano iban a venir todos los turistas e iba a ser un no parar. Empezamos haciendo los dos las cosas pero luego decidimos repartirnos el trabajo para estar más cómodos, porque el espacio detrás de la barra era un poco estrecho para que estuviéramos los dos pululando por allí cogiendo vasos o poniendo bebidas. Yo me quedaría en la barra poniendo las bebidas, cafés, postres y atendiendo los pedidos telefónicos, además de cobrar y meter la comanda en la máquina, y él atendería las mesas y llevaría la comida. Nos fue bien así mucho tiempo, al tener tareas divididas atendíamos mucho mejor a los clientes y dejaban muy buenas propinas. Lucas era muy simpático y le encantaba meterse conmigo solo para ver mi cara de enfado y que le respondiera con alguna de las mías.

Un día, tuve que ir al almacén a por nata para los tres cafés irlandeses que nos habían pedido.

Lucas vino a buscar a la nevera del almacén un flan de huevo y al verme con la nata destapada, metiéndola en la jarra para llevarla a la cafetera, untó el dedo en la nata que quedaba en la tapa y me la pasó por la nariz.

—¿Eres tonto o qué? ¡Pasa a trabajar! —dije intentando limpiarme a la vez que evitaba que volviera a mancharme con lo que le quedaba de nata en el dedo.

—Cálmate, mujer. ¡También hay que divertirse en la vida! —me respondió mientras se llevaba el dedo a su boca para limpiar los restos de la nata que quedaban.

Se marchó sonriendo mientras me quedaba allí, embobada por la visión de Lucas chupándose el dedo de nata que había manchado mi nariz. Me limpié, recogí las cosas y volví a la cafetera a terminar los cafés que nos habían pedido.

A mí amiga Lucía le gustaba decir que él y yo acabaríamos juntos, que Lucas sentía algo por mí y yo siempre le respondía lo mismo más que nada para convencerme a mí, en vez de a ella: “tiene novia, pesada”.

Intenté muchas veces que Lucas accediera a tomar algo conmigo y mis amigas fuera del trabajo peor no lo conseguí hasta que un día...

Había sido una noche movidita pero conseguimos descansar un rato, a mitad del servicio, para hablar. Le dije si quería venir a tomarse algo, ya que había conseguido sacarme el título de la ESO y estaba muy feliz e iba a celebrarlo con mis amigas. Él me dijo que sí, que le mandara luego un mensaje e íbamos juntos hasta dónde estaban mis amigas. Yo salí antes del curro, me dieron permiso, así que fui a casa a cambiarme. Lo bueno es que son solo un par de calles desde el restaurante y no tardé mucho. Me puse un vestido corto escotado de color negro con un cinturón de pedrería, rápidamente me retoqué el pelo, me hice unas ondas con el rizador y me maquillé rápida y sencilla, pintalabios suave que terminé con un brillo encima y la raya del ojo negra y cómo no, máscara de pestañas. Cogí mi mini bolso y mientras volvía al trabajo le mandé un mensaje de que le esperaba en el banco cerca del restaurante. Me senté y esperé. Mis amigas me mandaron mensajes para decir que se iban a juntar todas y me iban a esperar en la discoteca. Me cansaba de esperar y cuando, por fin salió Lucas, sonreí. Me miró y me dijo: “hasta luego”. Me quedé sin habla, no sabía qué decir mientras se alejaba calle abajo. Las lágrimas empezaron a rodar por mis mejillas y busqué el teléfono por si me había dicho que me esperaba en otro sitio o algo, no sé. Miré y no vi nada. Como pude, ya que las lágrimas me impedían ver bien y con las manos temblando, le mandé un mensaje a Lucía para que viniera a buscarme porque no quería estar sola. Cuando llegó, me tiré a sus brazos y lloré con fuerza.

—Pero, ¿qué te ha pasado? —Me preguntó Lucía viéndome llorar desconsolada.

—Lucas, me había dicho que sí tomaba algo con nosotras y ha pasado de mí como de la mierda. Pasó a mi lado como si no le hubiera mandado un mensaje y no estuviera aquí esperándole. Me siento estúpida. —No paraba de llorar mientras hablaba.

En ese momento alguien me apartó de mi amiga y me rodeó con sus brazos intentando consolarme. No me había fijado que mi amiga venía con alguien a buscarme. Era David, un amigo con el que alguna vez medio tonteaba pero que no pasaba nada nunca y luego me pillé por Lucas, así que menos todavía.

—Déjalo, no merece ni una sola lágrima tuya. Vales oro, Maika —me dijo limpiándose las lágrimas de mis ojos enrojecidos.

Había llorado mucho pero tenía que dejar de hacerlo. Era mi celebración y no iba a amargar la fiesta a mis amigas. Aunque ya tenía veinte años en los estudios había sido muy perezosa y unido a que no me gustaba estudiar, iba fatal, hasta que conocí a un profesor que me motivó y descubrí que

estudiar no estaba tan mal.

Me repuse como pude ignorando el nudo de mi garganta y nos fuimos a la discoteca dónde esperaban todas mis amigas. Al entrar, como siempre, me inundó la música latina que yo adoraba bailar. Fui al baño a retocarme el maquillaje y después de refrescarme fui con las demás a la barra de abajo, cerca de la pista de baile y los altavoces. Siempre nos poníamos allí porque había una especie de bancos y dejábamos los bolsos y alguna chaqueta. Mis amigas eran algo frioleras y por la noche a veces refrescaba. Bailé y bebí para quitarme las penas, muchos chicos me invitaron a bailar y como eran amigos de mis amigas pues no me lo pensaba dos veces, pero si no los conocía los alejaba enseguida. Esa noche, solo era para mí y mis amigas. Debo decir que la noche acabó siendo todo un éxito; nos recorrimos todas las discotecas y pubs en las que nos conocían y algún chupito gratis caía al estar yo de celebración. La verdad nos fuimos pronto a casa, la mayoría de mis amigos venían de un pueblo cerca y los venían a buscar a las cinco de la mañana, así que nosotras al poco rato nos fuimos. Mejor, mañana era otro día de trabajo y tenía que prepararme para ver a Lucas e intentar hacer como si nada hubiera pasado. Vale que no había pasado nada, pero me refiero, a hacer como si no le hubiera mandado el mensaje y sufrido por qué pasó a mi lado como si fuera un objeto más del banco en el que estaba.

Me desperté con un pitido en los oídos, eso era por ponerme tan cerca de los altavoces. Miré la hora que era y me preparé para ir al trabajo. Menos mal que Lucas solo nos echaba un cable por las noches, así tendría tiempo suficiente de prepararme y practicar mi indiferencia. Por suerte, por la mañana no hubo mucho ajeteo, por lo cual salí antes que de costumbre. Me acerqué a casa, me tiré en la cama y como ya no me dolían los oídos puse algo de música en el ordenador. Miré al techo y como muchas otras veces soñé una historia con la música que sonaba. Tal vez debería actuar como siempre, no sirve de nada enfadarse o ponerse triste. ¿Cómo iba a fijarse semejante hombre en mí? Tal vez era mejor así, tenía novia y lo peor de todo era; ¿cómo se me había ocurrido rivalizar con su novia que era guapísima y delgada?

Mi madre vino a despertarme, no sé en qué momento me quedé dormida pero me sentí algo desorientada. Me levanté y subí el volumen de la música para relajarme ante todo lo que seguro que estaba por venir ¡se iba a reír de mí, de mi estupidez y esperanza de que tomáramos algo juntos! Entré diez minutos antes, como siempre, me fui al almacén y cerré la puerta. Me puse la camiseta y justo cuando iba a ponerme los zuecos tipo zapato entró Lucas como alma que lleva el diablo. Cogió su camiseta y se quitó la suya para ponerse la del trabajo.

—Pero espera, ¿no ves que aún no me he ido? —le dije mirando asustada.

—¿Te da vergüenza? —me preguntó con una media sonrisa.

—No —mentí.

Me puse los zuecos despacio, mirando de reojo el torso de mi compañero. No voy a decir que me quedé embobada pero casi, su piel blanca brillaba con la luz del almacén y se le notaban los abdominales marcados al igual que sus pectorales. Me despedí y salí para empezar a trabajar.

Lo único que tengo que decir es que esa noche fue rara, muy pero que muy rara. Me llamaba para cualquier tontería que sabía solucionar él perfectamente, me pedía que le dejara bebida en la cocina ya que delante de los clientes quedaba muy mal y cuando estábamos más descansados, venía a hablar conmigo de tonterías y me contaba chistes que me hacían reír. Estábamos ya con las últimas mesas y era la hora de pedir nuestra cena. Esta vez yo pedí unos espaguetis de la casa, se me hacía la boca agua y Lucas pidió lo mismo, eso sí, con mayor cantidad de la normal. Preparé nuestra mesa mientras Lucas recogía los platos de las mesas que quedaban, durante la espera de la cena puse el lavavajillas, limpié la cafetera, cambié la bolsa de la basura y terminé de reponer las

bebidas que ya había empezado a colocar antes de que se marcharan las mesas que quedaban por cobrar. Siempre adelantaba trabajo, no me gustaba quedarme rezagada y hoy íbamos a salir de fiesta otra vez. Adoraba el verano porque podía salir más de fiesta y disfrutar de mis amigas más tiempo aunque trabajara.

Nos sentamos en la mesa con la cena, miré mi plato y luego el de Lucas. ¡Era casi el doble! Pero dónde metía todo lo que comía, si estaba súper delgado.

—¿En serio te vas a comer todo eso? Si es el doble que lo mío. Seguro que nosotros acabamos de cenar y tú aún estás a medias —le comenté con algo de malicia.

—Te apuesto lo que quieras a que yo acabo antes que tú —me respondió mirándome con los ojos entornados.

—Te apuesto un cubata a que no terminas antes que yo —sentencié.

—Hecho.

Miré su plato y el mío respectivamente sabiendo que no iba a perder la batalla. Era demasiada comida y le iba a llevar tiempo comerlo. Total, él pasaba de tomarse nada conmigo, eso ya me lo había dejado claro. Comimos y reímos todos ante las ocurrencias no sólo de Lucas y mías, sino de la cocinera que era muy graciosa.

Cuando sólo me quedaban un par de bocados miré el plato de Lucas esperando que estuviera medio lleno todavía y me sorprendí al ver que tenía incluso menos comida que yo. ¿Pero este hombre engullía o qué? Di la batalla por perdida y me fui a cambiar esperando que él no se cobrara la apuesta o más bien deseando que se le olvidara al igual que el mensaje del día anterior.

Capítulo 2



Me cambié de ropa sintiéndome guapa a pesar de mis quilos de más. Me miré en el espejo del cambiador y me peiné hacia un lado mi larga melena negra. Cogí de mi bolso un pequeño estuche de maquillaje y me puse una sombra de color azul, retoqué la máscara de pestañas, la raya del ojo y, cómo no, mi brillo en los labios que los hacía más jugosos. Me encantan mis labios tan carnosos y con el brillo realmente llamaban la atención. Cuando ya di el visto bueno a mi cambio, me eché el perfume y el desodorante y salí del almacén preparada para una noche de baile.

Al salir, los compañeros de trabajo, incluido Lucas, se quedaron con la boca abierta. El jefe me miraba de arriba abajo, justo acababa de llegar a recoger unas cosas. Dio su aprobación y dijo:

—¿A dónde vas así?

—Pues hoy es noche de chicas, a ver si cae algún chico en mis redes —le contesté sin poder evitar reírme.

—Pues hoy estás muy guapa, Maika.

—Gracias. —Miré hacia la puerta— Iba a ponerme medias pero se me han roto.

—No pasa nada, mujer. Estamos en verano y todos los gatos de noche son pardos —me respondió mi jefe sonriendo.

—Bueno, me voy.

Me marché hacia la puerta, dónde me esperaban Lucía y David. David me había mandado mensajes todo el día para ver cómo estaba después de lo de ayer y me sentí genial al ver que se preocupaba. Nos quedamos delante de la puerta hablando de donde nos reuníamos con las demás y a dónde íbamos a ir primero a tomar unos chupitos. En ese momento salió Lucas, se acercó a mí y con una sonrisa en los labios y guiñando un ojo, me dijo:

—Te recuerdo, Maika, que me debes un cubata.

—¿Yo? —le dije haciéndome la despistada. —A mí no me suena de nada, pero sí que ayer te iba a invitar a algo. —Di por zanjada la cuestión.

Me cogió del brazo, me apartó de mis amigos y me miró serio.

—Perdona lo de ayer. No vi tu mensaje hasta que llegué a casa. Lo siento, de verdad. Créeme.

Me alejé un poco de él, si es verdad lo que me decía no tenía que ponerme así con él. Pero me dolió tanto ese desplante cuando él sabía de sobra que quería tomar algo con él. No era justo que me hiciera esto.

—Lo siento. Te dije que te invitaba a un cubata, pero no cuándo. Ahora prefiero salir con mis amigos. —Respiré hondo para decir las tres palabras más difíciles de mi día. —Quedamos otro día.

Me fui de vuelta con mis amigos y le dejé allí, con cara de tonto ante mi negativa y yo sintiendo como me desmoronaba a cada paso. Le agarré de la mano a David en un acto inconsciente, pero sintiéndome mejor al momento. Nos reunimos con las demás chicas delante de la puerta del Ribanova para tomar unos chupitos de tequila y jugar al fútbolín. David estuvo súper atento conmigo, se preocupaba de hacerme sonreír cuando me veía algo apagada. Nos reunimos todos en una mesa al lado de los baños. Pedimos una litrona de calimocho y cinco vasos de chupitos. Nos sentamos alrededor de la mesa y empezamos a jugar a la moneda. La que metiera la moneda en el vaso tenía que tomar un chupito de calimocho o incluso pasárselo a alguien, a mí el calimocho no me gustaba por lo cual los que me tocaban a mí los tomaba Lucía. Decidimos irnos a la discoteca Futura, pero faltaban algunas chicas de la pandilla e íbamos a esperarlas en el *Bahía*. Le dije a Lucía que me acompañara al baño a retocarme, aunque lo que quería era hablar con ella.

—Lucía, tengo algo que pedirte. Sé que es raro que te suplique pero, tengo miedo de su reacción. —Miré a mi amiga esperando despertar su lado dulce. —Sabes de sobra que David y yo hemos tonteado muchas veces pero, ahora siento más que cariño por él y con lo que pasó con Lucas me ha hecho darme cuenta de que podemos tener algo.

—Pero Maika, a ti te gusta Lucas. ¿A qué viene esto? —me interrogó.

—Lo sé, sé que me gusta mucho Lucas pero, él tiene novia, Lucía. Sé que no estoy enamorada de David, que es solo una atracción pero como dicen por ahí: un clavo con otro se quita... —Supliqué con la mirada.

—Pero... —Noté que no estaba muy de acuerdo.

—Me da vergüenza decirle que me gusta, ¿podrías decírselo tú? Sé que normalmente me atrevo y me lanzo yo pero, no sé. Necesito que esta vez sea diferente.

—Está bien —dijo dándose por vencida ante mis ojos de cordero degollado.

Nos fuimos con los demás que ya estaban de camino al *Bahía*. Normalmente quedábamos allí porque estaba en la misma calle de la discoteca *Futura* y era la primera en la que entrábamos dependiendo de la gente y quien estuviera de portero, sabe mal decirlo pero cuando estaba algún conocido nuestro siempre nos colábamos y me hacía sentir importante. Ahora entendía a las estrellas de Hollywood en eso de que te dejen pasar nada más verte, aunque nosotros comprábamos la entrada antes y no nos invitaban como a esas súper estrellas.

El *bahía* hacía de punto de encuentro y no era la primera vez que teníamos que ir a algún sitio a buscar a alguien porque ya se había achispado o porque venía de fuera.

Mi grupo de amigos no era muy extenso, pero siempre, entre unas cosas y otras, nos juntábamos un montón porque mis amigos siempre traían a otros amigos o a algún familiar que estaba de vacaciones y se hacía mucho más divertido salir así de fiesta.

Capítulo 3



Justo en el momento en que llegamos y saludamos a los demás, me llamó al teléfono Elena, quería que la fuéramos a buscar a la parada de taxis del parque de la iglesia. No era una gran caminata, eran solo unas tres calles las que nos separaban, pero la madre de mi amiga se quedaba más tranquila si alguien la iba buscar y la acompañaba. Lucía se quedó con los demás y enseguida entendió que los dejaba solos para hablar, que necesitaba que hiciera de Celestina. Tenía mucho miedo a fracasar, a no saber cómo abrirle mi corazón a David y decirle que quería intentarlo. No estaba segura de que le fuera a decir nada ya que, si no lo veía justo, no lo hacía por mucho que yo le suplicara. Fuimos Paula y yo a buscar a Elena, me venía bien despejarme y caminar después de trabajar, acababa de estar encerrada horas entre cuatro paredes y no me apetecía meterme de nuevo en un local abarrotado.

En lo que tardamos en llegar, ya estaba Elena esperándonos avisando a su madre de que había llegado y que luego cogería un taxi no muy tarde. Elena era una chica gordita como yo pero el caso es que tenía muchos más complejos, había iniciado toda dieta de la que se enteraba pero, siempre las dejaba al poco de empezirlas porque no notaba resultados. Hoy venía muy guapa con un vestido veraniego. Nos dimos dos besos como siempre al saludarnos y nos juntamos con todos en el *Bahía*. Yo me senté al lado de David, participando en el debate de si ir o no al Futura ya que había mucha cola, tal vez era mejor opción ir al Skape antes. No nos aclarábamos y por inercia le agarré de la mano a David como muchas otras veces. Le sentí mirarme pero, no quise mirar qué cara puso ante ese gesto mío. Decidimos ir a mirar en cual había menos gente esperando y dejé que los recuerdos me invadieran por un momento.

David y yo habíamos estudiado juntos en el instituto como Lucía y algunas más de la pandilla. En el recreo siempre nos juntábamos en un banco del jardín que llevaba al gimnasio y allí, comíamos nuestros bocadillos mientras planeábamos alguna salida a la playa, a otros pueblos cercanos o simplemente para ir al cine a ver una película.

Entre David y yo siempre hubo un tira y afloja y aunque el acababa enrollándose con otras chicas nunca pasamos de ser amigos por el miedo a qué podría pasar si eso sucediera. Muchas relaciones acababan mal y luego dejaban de ser amigos, se hablaban mal o el típico, si te he visto no me acuerdo. Una pena que gente que antes eran amigos acabaran así pero, tal vez no fuera nuestro caso y podríamos tener una relación.

Al llegar a la discoteca y hacer cola para comprar las entradas, salí de mis ensoñaciones. Nos dimos cuenta de que uno de nuestros conocidos estaba en la puerta, entramos sin mucho problema pasando por delante de toda la gente que llevaba un rato esperando. Subimos las escaleras y al abrir las puertas y entrar en la discoteca, la música lo envolvió todo con sus canciones de moda a

todo volumen. Nos fuimos a una de las barras a pedir los cubatas, yo como siempre me pedí vodka negro con lima, y nos fuimos cerca de la pista de baile. Después de un rato, Lucía y Jennifer fueron a pedir una canción al Dj para bailar. Me estaba divirtiendo como nunca, me encantaba estar con mis amigas de fiesta. Bailé con todos, David estaba en una esquina mirándonos bailar. Lucía salió fuera de la discoteca, la estaban llamando por teléfono y era imposible escuchar algo. Cuando regresó nos dijo que tenía que ir a buscar a su prima Andrea que estaba cerca del cine. Yo la acompañé a la salida y me quedé en las escaleras, hacía mucho calor allí dentro con tanta gente bailando y me empezaban a pitar los oídos por la música. Al poco tiempo David salió fuera, se sentó a mi lado y empezamos a hablar. Primero hablamos de tonterías, de mi trabajo, de cómo me iba todo, si me iba a apuntar para sacarme el carné del coche ahora que ya tenía la edad; vamos, tonterías. Me quedé mirando hacia el suelo, la verdad es que tenía que sacarme el carné, ya me lo había dicho mi madre. Me levanté y fui hasta el descansillo a ver si veía a Lucía, David me siguió. Me empujó hacia la pared y sus labios aprisionaron los míos. No fue nada violento, era dulce su beso. Poco a poco quiso abrirse paso hasta mi lengua y yo en vez de rechazarlo acepté aquel beso como si fuera la sanación a todo el dolor de sentirme despechada por otro chico que me hacía ilusionarme. Me abrazó suavemente y yo me abandoné a su beso sabiendo que era lo que quería aunque no fuera lo más ético. Justo en ese momento apareció Lucas por el descansillo que iba a subir a la discoteca. Se quedó mirándonos. Nos separamos y vi que estaba sorprendido y David le puso cara de pocos amigos. Siguió subiendo y una vez que se perdió detrás de las puertas hablé con David.

—Pero... ¿esto a qué viene? —dije haciéndome la sorprendida.

—¿No lo querías? —preguntó a modo de respuesta.

—Esto... Sí —le contesté—. No esperaba que fueras a entrarme.

—Lucía me dijo que te gustaba y bueno cuando me diste la mano antes, me di cuenta de que era verdad.

Nos quedamos callados, le miré a los ojos, esos ojos verdes que tanto me gustaba mirar. David no era ni por asomo como Lucas. De mi misma estatura, moreno y algo gordito aunque tenía músculos gracias a su trabajo. Tenía la maldita costumbre de llevar los pantalones en el fondo del culo como todos los tíos, la verdad era una moda que no entendía, ¿y si se les bajaba de más los pantalones y se quedaban en calzoncillos? ¿Y si llevaban calzoncillos de corazones, lunares o cosas por el estilo? Qué vergüenza, por Dios. ¡Qué modas más raras llegaban!

Entramos de nuevo en la discoteca con los demás a esperar que volviera Lucía con su prima, bailé cada canción con las niñas y me sentía bien. Llegó la hora feliz, es decir, durante una hora ponían canciones y las chicas que subían a las plataformas y que mejor bailasen una canción, se llevaban una copa gratis. Bueno, los chicos también podían hacerlo pero, siempre se rajaban y subíamos solo chicas en busca de ese cubata extra para ahorrar. Yo me había ganado unos cuantos así bailando sexy en la plataforma. Estaba gorda, no lo negaba, pero siempre había algún chico que se me acercaba después para invitarme a algo o liarse conmigo. Mis amigas flipaban porque siempre me liaba con alguien, ni yo lo entendía muchas veces porque no es que sea una sex symbol, todo lo contrario. Esta vez no fue menos, me subí con mi vestido a la plataforma a bailar y en la de enfrente mi amiga Jaky. Íbamos a conseguir ese cubata gratis como fuera. Al empezar la canción, como siempre me dejé llevar por la melodía y mi cuerpo se acompasó con la música. Casi siempre bailaba con los ojos cerrados para sentir mejor la música, pero esta vez tenía una extraña sensación y allí estaba él. Lucas no me quitaba ojo. Cuando acabó la canción y nos dijeron que habíamos ganado un cubata, bajamos de la plataforma y Lucas me tendió la mano para bajar.

Abrí los ojos de la sorpresa y por esa media sonrisa que tenía. Su mano estaba fría supuse que de sujetar el cubata. Le agradecí la ayuda y David vino a besarme sin importarle que Lucas abriera la boca como para decir algo. Me alejé con David hacia la pandilla sin evitar mirar de reojo a Lucas y su cara de incredulidad. ¿Querría decirme algo? Nunca habíamos coincidido en la misma discoteca, y hoy, me había ayudado a bajar de la plataforma con esa sonrisa que aún me tenía atontada. David volvió a besarme desesperado, más agresivo que la vez anterior y abrazándome con fuerza como si tuviera miedo de que me escapara. El resto de la noche pasó con tranquilidad, bailando entre nosotras, cubata va y cubata viene, de local en local y mezclando el alcohol. Al llegar las cuatro de la mañana, todos nos fuimos despidiendo y marchando a casa. Siempre la misma rutina, nos acompañábamos desde los que quedaban más cerca a los que tenían que irse más lejos. Las últimas fuimos Elena y yo, la acompañé a la parada de taxis ya que yo vivía a un par de calles de allí. La gente se apelotonaba en las entradas de los bares y pubs e incluso en la zona vieja ya había algún chico tirado en el suelo vomitando de medio lado, esperaba de verdad no verme en esa situación nunca.

—Esto... Enhorabuena. —Me soltó de repente a medio camino.

—¿Por?

—¿Por qué va a ser? ¿No estás liada con David? —Me miró incrédula.

—Esto... Eso parece. No hablamos nada, igual solo es un rollo de una noche, no sé.

—No sé qué quieres que te diga, Maika. David llevaba tiempo detrás de ti.

—No me dijo nada... — Me quedé pensativa.

¿Le gustaba de verdad? Ahora empezaba a sentirme mal por utilizarle para olvidar a Lucas. ¿Debería decirle algo? Tal vez, ¿que estaba borracha? Eso era imposible, yo nunca me emborrachaba. No se lo creería.

El resto del camino fuimos en silencio, esperaba que hubiera algún taxi en la parada para no tener que hablar más. Tenía mucho que pensar pero, tal vez, no era bueno adelantar acontecimientos ya que igual solo era un rollo de un día. No me había propuesto ser novios en plan formal y eso. Por suerte, al llegar había un taxi. Nos despedimos y yo me fui a mi casa pensativa.

Todo era una locura. ¿Por qué dejarse llevar por un beso traía tantos problemas? ¿Era solo un rollo o algo más? David no me había dicho nada de que fuera en serio. ¿Por qué Lucas estaba molesto al pillarnos enrollándonos a David y a mí? ¿A qué vino esa sonrisa de Lucas cuándo me ayudó a bajar de la plataforma? Y sobre todo, ¿por qué tenía que darle tantas vueltas a todo?

Abrí la puerta del portal que hizo su ruido metálico de siempre, subí las escaleras y con mucho cuidado, abrí la puerta del piso intentando no hacer mucho escándalo. Todo era muy extraño hoy. Me fui a mi habitación, me quité el vestido y me puse la camiseta de dormir. Era una camiseta de manga corta que me quedaba larga. Me desmaquillé rápido para no parecer un oso panda al día siguiente y me metí entre mis sábanas frías.

El pitido de mis oídos no cesaba, tenía que dejar de ponerme cerca del altavoz. Me froté la garganta que me picaba porque había tenido que alzar mucho la voz para que mis amigas me oyeran al hablar.

Las discotecas siempre estaban abarrotadas, la música a tope y cuando cambiábamos a un lugar más tranquilo lo agradecía.

Me tomé un largo trago de la botella de agua de la mesilla y con el recuerdo del beso con David, la cara de Lucas y con las preguntas que me había hecho durante el camino a casa en mi cabeza, me sumí en un sueño intranquilo.

Capítulo 4



Lo que quedaba de noche pasó deprisa y tan pronto sonó el despertador, que pensé que estaba equivocado. Me levanté, me tomé un zumo, me vestí y me fui a hablar con mi madre. Me quedaban dos horas para ir a trabajar. Cogí del tendedero del balcón de la cocina otra camiseta para cambiar la del trabajo por otra limpia. Traería la sucia después de comer a las cinco de la tarde. Esa mañana fue de lo más tranquila, un par de pedidos para llevar, limpiar por aquí y por allá y mirar y colocar que todo estuviera bien para la noche. Monté algunas cajas de cartón para las pizzas, miré que hubiera suficiente papel para anotar las comandas, cambié los bolígrafos que ya empezaban a fallar y todas esas cosas típicas de los restaurantes. Menos mal que por las mañanas, Lucas no venía a trabajar. A la hora me marché, cerramos el restaurante sabiendo que dejábamos todo preparado para la noche y allí fui a mi casa a descansar un poco.

Me tumbé en la cama con la música de Evanescence de fondo y justo cuando empezaba a quedarme dormida, me llegó un mensaje al móvil.

«Hola, hoy entro yo antes ¿te parece? Así puedes descansar un poco más. Lucas»

Lucas y yo, a veces, cambiábamos el horario y si él tenía que hacer algo yo entraba antes, o viceversa, y así desde hacía tiempo. Por mí mejor, apenas había dormido y estaba cansada, menos mal que era domingo y era el último día de salir. Intenté no dormirme pero fue en vano, me quedé transpuesta y por primera vez en mucho tiempo, volví a soñar que él me besaba.

El sonido de mi móvil me despertó sobresaltándome, miré en la pantalla y era David. Era un mensaje diciéndome que me venía a buscar para acompañarme al trabajo. Hoy no tenía muchas ganas de salir de noche así que iba a salir en vaqueros. A las ocho bajé y ya estaba David esperándome en el portal. Hoy entraba a las ocho y media gracias a Lucas. De camino hablamos de tonterías, como aún era temprano nos quedamos cerca de la puerta del restaurante hablando.

—¿Te venimos buscar Lucía y yo al salir? —me preguntó.

—Claro, pero hoy creo que va a haber gente, así que sobre las doce o antes pasaros y así os digo más o menos a qué hora salgo —le respondí sonriendo.

—Vale, creo que hoy vamos ir cenar todos a la Pizzbur. Al acabar de cenar, nos pasamos a ver cómo vas.

—Genial. Voy ir entrando ya —le respondí mirando el reloj.

Me acerqué a la puerta de entrada y David me besó. Justo en ese momento pasaba Lucas para coger los manteles para una mesa que estaba sentada. Me despedí y entré a cambiarme.

Al salir del almacén donde nos cambiábamos, lo primero que me dijo Lucas fue:

—¿Me dejas una Coca-Cola en la cocina?

—¿Crees que soy tu criada?

—Si vas a ir a llevar una comanda en nada, no te cuesta llevarme de paso la Coca-Cola.

Me marché a mi puesto detrás de la barra protestando lo que no había podido al irse Lucas a atender a la mesa que se acababa de sentar.

La jornada de trabajo fue estresante. Vino mucha gente, llenamos el local tres veces y la gente seguía apuntándose en la lista que hacíamos con los que esperaban. Algunos no volvían y otros se quedaban allí tomando unas copas en la barra haciendo más difícil nuestro trabajo. El pasillo del restaurante era algo estrecho y si se juntaba tanta gente era casi imposible pasar. Sin olvidarnos del teléfono de pedidos que no paraba de sonar.

Mucha gente pedía por teléfono las pizzas y el resto de la comida para llevarla a su casa y otros se acercaban hasta el restaurante y la pedían allí.

A eso de las once y media, ya estábamos más relajados y Lucas volvía a sonreírme y ser como siempre. Quedaban un par de mesas por atender y eso quería decir que pronto estaría fuera. Lucía y David entraron por la puerta, se acercaron a la barra y David me dio un beso en los labios. Lucía ponía caras raras y se partía el culo de la risa no sabía por qué.

—¿Te queda mucho? —me preguntó David.

—No, solo quedan esas mesas y yo en un rato voy empezar a reponer. Yo creo que en una hora estoy fuera —respondí calculando el tiempo que me llevaba todo.

—Maika, ¿me pones un agua atrás?—interrumpió Lucas.—Me estoy endulzando demasiado y luego para la cena no me va a saber la Coca-cola.

—Luego —le respondí lo más seca que pude.

—Vamos ir al ayuntamiento. Hemos quedado todos allí pero no sé si van a querer empezar ya a tomar las copichuelas —comentó Lucía.

—Maika, por favor. ¿Me preparas un café irlandés? —me pidió Lucas

—Voy.

—Cuando te vayas a cambiar llámanos —habló entre risas Lucía.

—Claro. Me voy, que no se qué mosca le ha picado a este hoy —dije dando por zanjada la conversación y volviendo al trabajo.

En lo que había durado la conversación con mis amigos, Lucas no dejaba de llamarme para tonterías. De la última vez ya le había contestado de mala leche. A ver, ¿no podía cogerse él solito la coca cola? Él no estaba haciendo nada, yo estaba hablando. De verdad que tonto era a veces Lucas, ni que fuera su criada: hazme esto, cógeme aquello, mírame eso... ¿era camarera o esclava de los deseos de Lucas?

Pedimos pizza y cuando recogimos, limpiamos y preparamos para el día siguiente, nos pusimos a cenar. Yo estaba cabreada con Lucas, como había interrumpido cada cinco segundos mi conversación no había podido concretar mucho a dónde íbamos a ir hoy. Me fui a cambiar, me retoqué un poco el maquillaje y me peiné bien la coleta. No podía ir hecha unos zorros. Llamé a Lucía y le dije que ya iba salir que les esperaba en la puerta. Salí y justo en ese momento choqué con alguien. Al levantar la mirada vi esos ojos azules penetrantes. Sus ojos eran como un mar agitado, algo había perturbado la calma de su mar. Me disculpé y salí por la puerta del restaurante a esperar a Lucía y a David sentada en el banco de siempre.

De repente se abrió la puerta, noté como el frío me envolvía y me senté en el banco a esperar. Era raro tener esa sensación ya que estábamos en pleno mes de agosto. Me giré despacio al notar que se volvía a abrir la puerta y allí estaba Lucas, de pie, mirándome fijamente con ese mar agitado en sus ojos. En ese momento deseaba que estuvieran mis amigos para que no se acercara, nunca le había visto los ojos de esa manera y me daba miedo. Se sentó a mi lado, me miró y tomó

aire.

—Aún me debes un cubata, Maika. Que no se te olvide.

—Te dije que te invitaba a un cubata, no te dije cuándo. —Yo y mi costumbre de tener siempre la última palabra.

—¿Qué te parece si vamos al bar de Bea a tomarlo?

Miré el reloj, mis manos empezaron a temblarme y en mi mente había tantos pensamientos diferentes que no podía fijar nada en concreto. Me tendió la mano para ayudarme a levantar y yo como hipnotizada por esos ojos azules y su sonrisa pícara, tomé su mano y me levanté acompañándolo al bar de Bea. El bar de Bea estaba en la misma calle del restaurante pero hacia el final, entramos y había un montón de gente en la zona del fútbolín. Le mandé un mensaje a Lucía para que no se preocupara si no me veía en el banco de siempre, que se viniera hasta el bar de Bea y luego íbamos las dos junto a los demás.

Bea apareció detrás de la barra, venía cargada de patatas de bolsa y cacahuetes.

—¿Qué queréis, chicos? —nos preguntó.

—Yo quiero Jb con kas de naranja y Maika... —dijo mirando para mí.

—Yo Vodka negro con lima, gracias.

Bea se marchó a ponernos nuestros cubatas y Lucas cogió un par de pajitas negras. Cuando nos trajeron los cubatas, Lucas empezó a soplar por su pajita en el cubata a lo que yo le puse una cara rara, parecía un niño pequeño.

—No te extrañes tanto, es para mezclar bien todo el alcohol con el kas. —Fue su explicación.

—Vale, pero eso es muy raro. Le das vueltas como todo Dios y ya. —Me reí de él.

Empezamos a hablar de tonterías, de lo que quedaba de curro y que se acercaban las fiestas patronales. Por suerte, a Lucas se le acababa el contrato al acabar las fiestas y luego iba a trabajar solo los fines de semana, dejándome más tranquila. La conversación fue entretenida y me gustó hablar con Lucas como si fuésemos amigos, pero rápidamente me acordé de que no éramos amigos y que no debía ilusionarme con él porque tenía novia desde hacía cuatro años.

Llegó Lucía y se quedó allí mirándonos, ¿tenía monos en la cara y echaban caramelos? Me despedí de Lucas y le pedí a Bea un vaso de plástico para marcharme. Mi amiga se reía y yo al no entender que es lo que era tan gracioso me cabreaba. David se había quedado en *Futura* bebiendo con todos los demás.

—A ver, ¿quieres dejar de reírte y decirme que pasa? —Exigí cabreada.

—¿Pero no te das cuenta? —preguntó Lucía como si fuera obvio.

—Parece que soy gilipollas, no sé qué pasa a mí alrededor y sobre todo no sé qué es lo que tanta gracia te hace esta noche. —Mi cabreo iba en aumento.

—Jajajajajaja ¿En serio? ¿No te das cuenta de nada?

—Pero, ¿qué es de lo que tengo que darme cuenta?

—Cuando entré en el bar, estabais allí hablando como si fuerais algo más que compañeros de trabajo.

—¿Estás de coña? Sólo somos compañeros de trabajo, Lucía. No hace falta que te montes tú películas, porque ya lo hago yo solita, pero esta vez no es verdad.

—No te entiendo, Maika.

—¿El qué no entiendes? —le dije ya sin paciencia.

—Para los demás eres la primera en ver cuando alguien va detrás de alguien y, para ti, no ves nada. ¡No tiene sentido!

—Bueno, será que no me fijo, yo que sé.

—Yo creo que le gustas.

—¡Boh! Tía tiene novia, lo sabes perfectamente que tú eres amiga de la familia...

—No, no y no... solo somos vecinos y su madre es una cotilla que siempre se pone a hablar con mi madre. Yo ahí ni pincho ni corto.

—Ya, pues como sea. Sabes que tiene novia y que van en serio. No me vengas ahora con que crees que le gusto.

—A ver, ¿entonces por qué no te ha dejado ni cinco segundos para hablar con nosotros? Acaso, ¿no viste las caras que le ponía a David?

—Pues no. La verdad es que últimamente está pesado, ¡qué se le va hacer!

—Pues eso tía, que le molas.

—Bueno, dejémoslo que me pongo de mala leche.

—Lo que tú quieras pero tengo razón.

Llegamos a Futura, había mucha cola pero el portero al vernos nos dejó pasar de inmediato. Ya podía escuchar la música, entramos y subimos las escaleras. Nos dirigimos al lugar de siempre con los demás, saludé a todos y fui corriendo a la barra a pedirme un cubata. La conversación con Lucía me había dejado preocupada y sobre todo pensativa, ¿y si era verdad lo que me decía? ¿Podía gustarle a Lucas? Dios, ¡qué ingenua era! ¿Cómo iba a dejar a su novia por mí?

Enseguida vino David a darme mis besos y caricias, a las que me abandoné intentando desconectar mi cabeza y alejar esas dudas que me había metido Lucía en la cabeza, que ya creía olvidadas después de tantos meses.

Como siempre que salía nos marchamos de la zona de fiesta a las cuatro, esta vez David vino a despedirme al portal. Su beso suave hizo por un momento que me olvidara de mis dudas sobre Lucas. Tenía que aprender a relajarme y no darle tantas vueltas a todo.

Subí a casa y seguí mi ritual antes de dormir, me puse mi camiseta de calaveras con un pantalón corto negro, me hice una trenza para dormir y cogí mi mp3 para poner a DragonForce para calmarme y adentrarme en los dominios de Morfeo. Al día siguiente no abríamos, era nuestro día de descanso. Me esperaba un día de relax, remoloneo y sobre todo, de ver la tele.

Capítulo 5



Como todos los lunes, el despertador no sonó. Dormí hasta medio día del tirón, sin despertarme una sola vez de noche como me había pasado más veces. Mi madre estaba haciendo la comida tranquilamente y el olor que venía de la cocina era muy rico. ¡Qué hambre! Después de comer, limpiar y doblar la ropa, me tocó colocarla en el armario. La verdad odiaba las tareas de limpieza, pero bueno había que ayudar en casa.

Necesitaba mi dosis de películas románticas y justo acababa de salir en DVD la adaptación al cine del libro de Jane Austin, *Orgullo y Prejuicio*. Adoraba ese libro, me lo leí por lo menos unas diez veces y me enamoré del señor Darcy, aunque al principio me gustaba más Bingley, pero con el paso de la lectura me parecía que no tenía personalidad ninguna. Mi madre la había alquilado en el videoclub, ahora con un bol de palomitas recién hechas y una coca cola estaba preparada para mi sesión de cine romántico.

La película fue la más bonita que he visto nunca, el señor Darcy era guapísimo, ¡madre mía, qué ojazos! Antes había visto una serie basada en *Orgullo y prejuicio* pero esta, era mil veces mejor. ¡Qué sentimientos, madre mía! Así a lo tonto se me pasó la tarde, entre lágrimas y deseos de una historia de amor como la de Lizzy y el Señor Darcy.

Después de ver *Orgullo y prejuicio*, dos veces: una en versión original y luego otra en español, me fui a mi habitación a jugar un poco en el ordenador a los *Sims*. Me encantaba ese juego, hacía casas siempre diferentes: con jardín, sin jardín, con piscina exterior, interior, casa de invitados y muchas veces, cuando me aburría mataba a algún sim de hambre. Pero siempre me aburría pronto, lo que más me gustaba era diseñar las casas y cuidar los bebés. Luego se hacía todo muy monótono y aunque el tiempo pasaba súper deprisa no tardaba mucho en aburrirme.

A las ocho dejé de jugar y fui a hacerme un bocata a modo de cena, cogí una botella de agua fría y volví al ordenador para ver una serie online de anime japonés que se titulaba “Hana Yori Dango”. Trataba de una chica rebelde que se mete con la pandilla más poderosa del IES y todas las cosas que le pasan desde entonces, la verdad es que estaba muy bien y sacaron la versión telenovela, por así decirlo, que allí se llama Dorama y es el anime pero con personas de verdad. Primero tenía que acabar de ver el anime y luego vería el dorama, pero la verdad la serie tenía muy pero que buena pinta. Sin darme cuenta se hicieron las diez de la noche y ya me tocaba irme a dormir si no mañana no sería persona.

Me metí en la cama y empecé a dar vueltas hasta encontrar la postura. Ahora que se acababa el verano y ya no iba a seguir estudiando en el instituto, tenía que plantearme que haría a partir de entonces, ¿ser camarera era mi trabajo soñado? Con ese último pensamiento me quedé dormida, esperando tener un sueño revelador de los que a veces tengo que me dan una guía de lo que hacer,

ya sé que suena raro que un sueño rija mis decisiones, pero muchos de esos sueños reveladores me indicaron qué hacer. Incluso gracias a ellos conseguí el trabajo en el que estaba ahora. ¿Cómo? Recuerdo que un día soñé que iba a la compra con mi madre y me detenía a mirar el tablón de anuncios, suelen ser casi siempre de mujeres que buscan trabajar limpiando o cuidando señoras mayores impedidas, pero uno llamó mi atención. Me acerqué para observar que ponía pero justo en ese momento me desperté. Unos días después, fui a la compra con mi madre y esta vez sí vi el anuncio, buscaban camarera para los fines de semana. Llamé, me dieron cita, hice la entrevista y ese mismo fin de semana ya estaba trabajando. Sé que suena raro y difícil de creer pero fue lo que me pasó. Por eso cuando veo que necesito consejo espero que ese sueño revelador aparezca y me guíe por dónde tengo que tirar y esta vez no iba a ser menos.

Me desperté sin saber qué había soñado y eso es algo raro en mí, siempre me suelo acordar de lo que sueño, incluso varios días después. Me vestí, me maquillé y me hice unas tostadas en las que unté mermelada de fresa y preparé zumo de naranja. Estiré la cama para que mi madre no me dijera nada y cuando llegó la hora me marché a trabajar.

Las tres calles que me separaban del trabajo estaban desiertas, era extraño a esas horas. Entré en el restaurante cuando Noelia, la cocinera, ya estaba limpiando los cristales. Parecía que iba a ser una mañana tranquila. Me cambié y me puse como siempre a limpiar las mesas y las sillas, el polvo de las estanterías y preparar cajas para las pizzas. Ayudé a colocar cosas en el almacén y al ver que no entraba nadie y ya estaba todo limpio, colocado y predispuesto para la jornada de la noche, me dejaron salir una hora y media antes.

Me fui con mi pizza en la caja a comer a casa tranquila. Muchas veces me sorprendía de lo mucho que había cambiado en ese trabajo, por ejemplo: nunca había comido atún, nunca me ha hecho gracia el pescado. Un día en la cena, me apetecía pizza pero no sabía de qué y me dijo Jonás, el chico que hacía las pizzas, que me la hacía de lo que tuviera a mano que seguro que me iba gustar. Cuando me llamó para que la fuera a buscar que ya había salido del horno, vi que llevaba atún y me echó para atrás. Miré la pizza que tenía una pinta deliciosa y decidí darle una oportunidad. Separé los trozos para que se enfriaran mientras iba por la bebida que se me había olvidado. Abrí la coca cola y cogí un cacho. Lo miré y algo indecisa le di un mordisco. Todos los sabores de la pizza me inundaron: el queso, el beicon, el jamón York, los champiñones y el atún, ese sabor que nunca había considerado agradable le iba perfecto a la pizza. Desde ese día el atún en la pizza es indispensable para mí.

Las calles estaban realmente tranquilas, hacía mucho calor y claro, la gente estaría en la playa, seguro. Yo adoraba ir a la playa pero sobre todo de noche, no sé, me transmitía más paz y había menos gente, además, desde hacía unos años me había salido una alergia al sol que se traducía en ronchas enormes nada más el sol tocara mi piel y horas y horas rascándome sin conseguir alivio ni con cremas. La gente se extrañaba al verme en pleno verano con chaquetas y en invierno con mangas cortas. Me dijo el dermatólogo que podía ir a menos con el paso del tiempo, y eso esperaba, porque ir a la playa y estar todo el tiempo debajo de la sombrilla era aburrido, incluso me bajaba la tensión y me mareaba haciendo que viera miles de puntitos.

Llegué al portal y me asomé al ver la puerta abierta, siempre estaba cerrada porque nos dejaban mucha publicidad. Al pasar la cerré y subí al tercer piso despacio, contando los escalones por aburrimiento. Llamé al timbre al llegar a la puerta del piso y me abrió mi madre sonriente. Le había dicho que llevaba pizza y seguro que se comía algún cacho conmigo mientras hablábamos del trabajo. Mi madre, Marta, trabajaba para el ayuntamiento como jardinera. Le encantaban las plantas, yo siempre le decía que tenía un don. Al contrario que yo, mi madre era de

tez morena, los ojos de color marrón oscuro y los labios finos. Por lo demás éramos muy parecidas, la misma melena lacia negra azabache, y la simpatía innata que desbordábamos por todos los poros de nuestro cuerpo. Tal vez, por eso siempre me había sido fácil hacer amigas aunque cambiara de colegio o de ciudad como había pasado al venirme a esta villa.

Cuando acabé de comer, me fui a tumbar un poco en la cama. La mañana había sido tranquila pero seguro que a la noche íbamos a estar a tope, la gente iba a salir a cenar por no hacer la cena en casa después de un día de playa.

Sonó el despertador sacándome de mi sopor. Miré la hora y sin muchas ganas me fui a trabajar, bueno tenía que verle el lado bueno: en dos semanas vendrían las fiestas patronales de la villa, de las que podría disfrutar a medias por el trabajo. Siempre traían orquestas buenas y cosas para los niños, incluso hacían una fiesta de la espuma cerca del ayuntamiento en la que todos los niños en bañador jugaban con ella. Yo tenía un par de fotos con mis amigas haciendo el tonto llenas de espuma con la ropa puesta, se supone que era para los niños, pero hasta los menos niños nos metíamos. Era muy divertido.

Lo que había dejado de disfrutar eran los fuegos artificiales porque a la hora que los echaban, seguía trabajando; ya fuera atendiendo mesas, limpiando, reponiendo la mercancía para el día siguiente o sacando la basura.

Entré como siempre, rápido y directa al almacén a cambiarme. El restaurante estaba empezando a llenarse y no tenía tiempo para entretenerme. Como predije la noche fue movidita, no paré ni un segundo. Como no estaba Lucas, el trabajo que normalmente nos repartíamos y así íbamos más tranquilos, lo tenía que hacer yo sola. Preparar las mesas, tomar pedidos, llevar las bebidas, si tardaba en salir la comida les ofrecía unos palitos de pan, llevaba la comida, preparaba los cafés y algunos postres y cómo no, cobrar, recoger y limpiar las mesas para los siguientes. A las doce menos cuarto, la última mesa se marchó por la puerta y cerramos. Empecé a recoger la basura, reponer bebidas, limpiar la cafetera y todas esas cosas mientras me hacían la cena. Para cenar me pedí un poco de lasaña de carne y como no había coca cola fría, cogí una botella de agua.

Al salir, parecía que fuera un día de fin de semana. Las terrazas estaban todas llenas, los niños iban de un lado para otro con sus padres y algunos paseaban a sus perros. La verdad que parecía que fuera más temprano viendo la cantidad de gente que había en la calle. También había muchos turistas y se notaba, la mitad de las conversaciones que llegaban a mis oídos eran en inglés o francés. Fui dando un pequeño rodeo hasta mi piso, observando a la gente.

Necesitaba despejarme un poco antes de echarme a dormir. Adoraba mi trabajo, conocía a mucha gente interesante y los turistas dejaban buenas propinas, pero cuando no había nadie por las mañanas era aburrido limpiar sobre limpio y revisar una y otra vez que todo estuviera listo para el servicio de la cena.

Capítulo 6



Faltaba poco para que se celebrase la Fiesta de San Roque, venían muchos jóvenes de los pueblos y villas cercanos a disfrutar de un par de noches de música y alcohol. Mis amigas y amigos no faltarían y como estaba a un par de calles de nuestro restaurante haría que el volumen de trabajo aumentase.

La semana pasó despacio, siempre las mismas tareas aburridas y el trabajo a tope en estos últimos días de verano. Llegó el viernes y con él, la noche que vería a Lucas en el trabajo. No habíamos vuelto a hablar desde que tomáramos un cubata juntos y la verdad no sabía muy bien cómo actuar. De vez en cuando, las preguntas y razonamientos de Lucía volvían a mi cabeza y yo intentaba alejarlos.

Llegó la noche y con el corazón encogido por los nervios, entré a cambiarme en el almacén. Lucas vendría en media hora y yo tenía que ir adelantando el trabajo. Estuvimos con tanto trabajo que apenas pudimos intercambiar palabras que no fueran sobre lo que teníamos que hacer, comandas, pedidos y cobrar sin olvidar las vueltas. En parte lo agradecí, no sabía muy bien cómo actuar si él me insinuaba algo. Después de todo el trabajo y con la cena preparándose, como siempre recogimos, limpiamos y preparamos la mesa para cenar. Le mandé un mensaje a Lucía de que ya podían venir a buscarme porque seguro que andarían por algún lado y tardaría en ver el mensaje. Durante la cena hablamos del rally que se hace por el pueblo por estas fechas. Era un espectáculo que me encantaba ver, los coches a toda velocidad. Debía de ser una pasada estar dentro conduciendo o de copiloto. ¡Tenía que sacarme el carnet ya!

Mi madre era muy miedosa en ese aspecto, no quería que el coche fuera muy rápido, pero la verdad es que a mí me gustaba mucho. Alguna vez los había visto correr en directo, pero la mayoría de las veces lo veía por la televisión al igual que la Fórmula 1.

—Yo, algún día, participaré en un rally. Aunque sólo sean las prácticas o algo, me encanta la velocidad. No es lo mismo verlo en la tele, o en un circuito, lo mejor sería vivirlo —sentenció.

—Te apuesto lo que quieras a que no aguantas en un rally, ni siquiera una vuelta —bromeó Lucas.

—Cuando quieras te lo demuestro.

—Vale, un día de estos que no haya mucha gente y salgamos pronto, te llevo al circuito y a ver qué pasa.

Dimos por zanjada la cuestión y enseguida pasamos a otra cosa, esta vez hablamos de las fiestas de la calle San Roque. Se celebraban ese fin de semana y aunque no era el día grande, esa noche iba a haber una pequeña orquesta. Ya sabía lo que me esperaba, bailar y bailar y sobre todo disfrutar de mis amigas. David apenas me mandaba un par de mensajes de noche al salir de

trabajar para desearme buenas noches. Me gustaba que se preocupara por mí pero sentía que me tenía abandonada o que solo éramos amigos. Los novios se mandaban más mensajes, ¿no? No quería que me mandara mensajes cada cinco minutos y rozar el acoso pero sí que se preocupara un poco más de mí. Luego, recordé que yo tampoco le mandaba muchos mensajes por el trabajo y que podría estar pensando como yo. Teníamos que hablar de esto en un futuro.

De repente me sonó el móvil. Miré el mensaje y vi que era de Lucía. Me iban a esperar todas al lado de la orquesta, como estaba a un par de calles de mi trabajo no me iban a venir a buscar. Lógico. Bueno, solo eran dos calles. No es que tuviera miedo de ir hasta allí sola, pero me parecía raro que no viniera David a por mí al trabajo o me enviara algún mensaje. Después de arreglarme con poco, salí del restaurante y miré a todos lados por si habían decidido venir a buscarme sin avisar. Justo en ese momento noté que alguien me tocaba en la espalda y me hizo dar un bote del susto. Me giré levantando la palma para dar un buen tortazo a quien fuera que me había asustado. A medio camino mi brazo se detuvo y vi a Lucas en frente de mí sujetando mi brazo. ¡Casi le doy una buena hostia con toda mi fuerza! ¡Me había asustado!

—Ey, relaja que puedes hacer daño a alguien —me dijo riéndose.

—¿A quién se le ocurre venir por detrás asustando? —le respondí soltándome.

—Es culpa tuya, eres muy asustadiza.

—¡Qué va!

—Sí, eres un caso. Luego quieres ir de rally, seguro que te pasas todo el tiempo chillando y llorando. Pidiendo que pare para que puedas bajar a suelo firme.

—Ni de coña. Te lo demuestro cuando quieras, idiota.

—¿Y tus amigas? ¿No vienen a buscarte? —me preguntó mirando a ambos lados.

—Pues es obvio que si no están aquí, es porque no vienen a buscarme.

—¿Y tu novio? —me interrogó entornando los ojos.

—Pues, no sé. Estará con todos cerca de la orquesta.

—Te acompaño, ¿quieres?

—¿Para qué? No me pierdo, ¿sabes?

—Bueno. —Miró hacia la calle de al lado abarrotada de gente—. Digamos que tengo que ir a mi casa y se va por el mismo camino que a la fiesta. ¿Nos acompañamos?

—Esto... Vale —le respondí después de unos segundos en los que no me quitó ojo.

La verdad no entendía a que venía aquello pero, era mejor que fuera acompañada por si algún borracho se me echaba encima. Nunca me acompañaba a ningún sitio y eso que las discotecas también quedaban de camino a su casa. ¿Por qué me preguntó por David? ¿De verdad le caía mal como me dijo Lucía? Estaba muy raro, ¿de qué podía hablarle? Menos mal que solo eran dos calles, que si no este silencio iba a acabar volviéndome loca.

La gente se agolpaba alrededor de la orquesta que ocupada todo el ancho de la calle y la carretera. Los más mayores bailaban en círculos, por parejas un pasodoble y los más jóvenes estaban cerca del escenario para ver si les veían las bragas a las bailarinas y cantantes. ¡Qué espectáculo! Seguro que ya estaban borrachos como cubas. Me puse de puntillas al llegar al sitio en el que supuestamente me esperaban mis amigos, para ver si lograba localizarles. ¡No los veía por ningún lado! ¿Dónde se habrían metido? Me fijé que Lucas me miraba y me decía algo, pero con la música tan alta no escuchaba nada, estábamos justo al lado del altavoz. Al ver que no le decía nada me señaló el bar. ¿Quería tomar algo conmigo? Estaba flipando. Me cogió de la mano y me arrastró hacia la entrada del bar. Bueno, supongo que no pasaba nada por tomar algo juntos, ¿no? Así podría mandar un mensaje a Lucía para ver dónde se habían metido.

Entramos en el bar, estaba abarrotado de gente no había ni una persona más. ¡Qué agobio! Los dueños del local estarían contentos ya que nunca solía estar así de lleno. Los camareros no daban abasto para servir las copas y los chupitos. La música, aunque estaba a todo volumen apenas lograba escucharla, la gente chillaba para hacerse oír a la hora de pedir una copa, el ir y venir de la gente a los baños eran constante, el olor a porro y tabaco inundaba el local mientras el calor corporal que desprendían mientras bailaban pegados unos a otros, dejaba un olor a sudor y perfume que hacía que mis sentidos se descontrolaran. Con mucha paciencia y sobre todo empujones, llegamos a la barra. El camarero se acercó enseguida al reconocer a mi compañero y Lucas se acercó a su oído para pedir nuestras bebidas, mientras yo aproveché para mandarle un mensaje a Lucía y otro a David para saber dónde estaban. Igual estaban donde la mesa de las luces de la orquesta pero al pasar por allí no los vi y cuando estábamos todos juntos armábamos mucho jaleo.

Guardé el móvil en el bolsillo esperando a que vibrase para saber dónde demonios se habían metido y sobre todo, maldiciendo mi debilidad por pasar cinco minutos con Lucas. Cuando levanté la mirada me encontré con la cálida sonrisa de mi compañero a la vez que me tendía mi cubata. Sus ojos se posaron en los míos y noté que mi nerviosismo aumentaba por momentos, me notaba inquieta y necesitaba alejarme de él. Le dediqué una sonrisa tímida y articulé con los labios “Gracias” mientras levantaba el cubata. Justo en ese momento pusieron una bachata y la gente empezó a bailar por lo que me vi rodeada de parejas moviéndose de manera sensual al ritmo de la música, que a mí me daba la impresión que algunos estaban a un paso de encerrarse en el baño y terminar lo que empezaban en la pista de baile. ¿Tal vez me parecía repugnante esa gente que se desahogaba en un baño el calentón porque yo nunca había vivido algo así? Lucas se acercó a mí y me agarró de la cintura moviéndome al ritmo de la música lentamente. Mis ojos se toparon con el mar en calma de los suyos y simplemente me dejé llevar por él como una zombi, sin poder evitar soñar despierta con besarle y quién sabe si encerrarle en el baño.

Aparté esas ideas de mi cabeza y me alejé de él, justo en ese momento vibró el móvil. Miré el mensaje. Era de Lucía, estaban en la entrada del bar. Me acerqué a la barra a coger un vaso de plástico y me despedí de Lucas. Este me acompañó a la salida diciéndome que se iba a ir a casa y se acababa el cubata por el camino. Quedaban un par de metros para la salida cuando a mi derecha algo llamó mi atención. Una chica rubia, de pelo largo estaba abrazada al cuello de David con los labios pegados a su oreja. ¿Le estaría diciendo algo? Me acerqué poco a poco hacia ese lugar para ir a coger a David y regresar con los demás y presentarme a su nueva amiga, pero, cuando la chica rubia le plantó un morreo de los que quitan el hipo, me quedé petrificada en medio del camino al exterior, con los ojos abiertos como platos, desconcertada y sobre todo traicionada por el chico que hace unos días me había dicho que le gustaba. Era incapaz de moverme, mi cuerpo no reaccionaba a mi súplica de salir corriendo de allí. David levantó la mirada y se topó con la mía. Justo en ese momento, mi cuerpo reaccionó como si hubieran rociado el suelo con disolvente y ya no existiera nada que me pegase y me mantuviese quieta, me di media vuelta para darme de bruces con Lucas. Le miré y él me abrazó y me sacó de allí. ¿Se habría dado cuenta de la traición de David? ¡Bravo, ahora me tendría lástima! La pobre chica gorda a la que le ponen los cuernos.

Lucía y las demás estaban justo al lado de la puerta y al verme salir abrazada por Lucas rápidamente vinieron a mi encuentro. Yo seguía sin poder creerme lo que había visto, era incapaz de articular palabra. Ni siquiera me di cuenta de cuando se me había caído el cubata de las manos. No solía ser derrotista pero esto había acabado con la poca autoestima que me quedaba. Cierto

era que yo no estaba enamorada de David y que no sentía más que una atracción pero, mis amigas me decían que yo a él si le gustaba y venía desde hace mucho tiempo atrás.

Todos estaban en silencio, levanté la mirada del suelo y la pasé por todas mis amigas y Lucas. Me dio un beso en la mejilla y se marchó de nuevo dentro del local, pero ¿qué le pasaba hoy al mundo? Esto tenía que ser un sueño o más bien una pesadilla. Me pellizqué el dorso de la mano para despertarme, pero lo único que conseguí fue hacerme daño y tener rojo en dónde me había pellizcado. ¡No estaba soñando! Entonces...

Mis amigas me abrazaron sin saber muy bien qué me pasaba. Me dejé arropar por ellas intentando desterrar la sensación de traición, la furia y la ira que crecía en mi interior y las ganas de partírla la cara. De repente una voz surgió en mi mente diciendo: “No te pongas así, tú no estabas enamorada de él y lo querías usar para olvidar a Lucas, ¿por qué él no iba a poder hacer lo mismo?”. No pude seguir pensando nada más ya que el jaleo de dentro del bar era enorme y todos corrían despavoridos escapando de algo.

Miré hacia adentro y en el medio de la pista de baile vi a Lucas y a David peleando. ¿Qué les pasaba a esos dos? Las patadas volaban de un lado a otro, Lucas al ser tan alto parecía un poco más torpe pero la verdad es que David tenía sangre en la camiseta. Me fijé más y vi que su nariz sangraba y tenía un pequeño reguero de sangre en la comisura de la boca esparcida por la mejilla. Lucas tenía en la camiseta blanca marcada la huella de una de las botas de David. Todo el mundo escapaba, cada uno intentaba dar al otro más fuerte y desestabilizarlo. David en un impulso para darle un puñetazo resbaló con lo que debió ser una cerveza y cayó de espaldas al suelo. Lucas se puso encima de él y empezó a golpearle la cara una y otra vez. Yo me quedé de piedra, no sabía qué hacer. Veía como la cabeza de David se movía de un lado a otro por los puñetazos que le daba Lucas, la sangre seguía saliendo sin parar.

Cuando me di cuenta, estaba sujetando el brazo de Lucas. Por mis mejillas corrían lágrimas saladas que morían en mis labios. Miré a los ojos a Lucas y volví a ver su mar revuelto y yo en cambio me quedé allí quieta, suplicando en silencio que esa locura terminara. David estaba desmayado en el suelo, no se movía y su respiración era lenta.

Solté del brazo a Lucas y los dos salimos de allí, la gente nos miraba. Una vez fuera me puse de puntillas y le di un beso en la mejilla dejándolo descolocado. El sonido de la sirena de la ambulancia despejó la calle hasta la entrada del local. De ella salieron tres personas que entraron en el pub hasta llegar al lado de David. Volvieron a salir dos de los que habían entrado para coger una camilla. Cuando volvieron a salir se llevaban a David y después de cinco minutos, todo el mundo volvió al baile y la orquesta a sonar como si no hubiera pasado nada.

—Me voy a casa —se despidió Lucas de nosotras dejándonos allí con nuestros pensamientos.

Mis amigas me miraron esperando a que les explicara algo y yo idiota de mí no sabía qué decirles. ¿Cómo iba a explicarles algo si aún yo no entendía qué había pasado? ¿Por qué se habían peleado? Lucas hoy había estado muy raro y David no me había contestado a los mensajes y ahora entendía la razón, estaba con la rubia esa. Me quedé mirando cómo se alejaba Lucas cabizbajo mientras mis amigas hacían miles de preguntas que yo no escuchaba. Todo lo que me rodeaba por un momento desapareció, no había nadie, solo escuchaba el sonido de mi corazón bombeando sangre a mi cuerpo que se negaba a reaccionar. ¡Neuronas, haced contacto! ¡Van pensar que soy estúpida mirando cómo se aleja un chico!

Miré a mis amigas como si realmente fuera consciente ahora de que estaban a mi lado y hablándome. Era incapaz de pensar nada coherente y sin decir una sola palabra poco a poco, abriéndome paso entre la gente, me marché a mi casa.

Capítulo 7



Me despertó el sonido del móvil. Era la alarma que me avisaba de que tenía que ir levantándome para empezar mi jornada laboral. Me fui al baño y me lavé la cara con abundante agua fría para ver si reaccionaba de una vez.

El resto de la noche, desde que se fue Lucas hasta que me desperté, la tenía borrosa. ¿Por qué me había acostado vestida? Me miré en el espejo del lavabo y me asusté. ¿Esa era yo? Tenía los ojos hinchados y no recordaba haber llorado, las ojeras eran enormes y estaba más pálida de lo habitual. ¿Seguro que había dormido? Miré el reloj y por una vez me había despertado a la primera y podría arreglar ese estropicio que tenía por cara. Me maquillé lo más rápido que pude, tapé las ojeras, me eché unas gotas en los ojos que me quitaron las rojeces y algo de color al resto de la cara, con una crema hidratante con color. Volví a mi habitación y me puse el pantalón de trabajo, una camiseta azul marino con una estrella dibujada, me recogí el pelo en una cola de caballo y después de coger las llaves de casa y el móvil, me fui a trabajar.

Aprovechando las fiestas de la calle de al lado, que anunciaban una semana antes de las patronales, el restaurante se llenó al mediodía. La gente reía, comía, bebía y parecían felices pero yo tenía algo dentro que no sabía exactamente qué era, que me impedía compartir ese júbilo, también es verdad que tuve que hacer gala de mi sonrisa falsa de camarera (como la llamo yo), para no desentonar, ya que los problemas de fuera del trabajo no se traen dentro.

No tenía muchas ganas de quedarme a comer por lo cual pedí que me hicieran unos espaguetis de la casa para comerlos en mi piso. Cuando ya me iba me fijé que Lucía estaba en la puerta esperándome.

—Hola, Maika. ¿Te acompaño a casa y hablamos?

—Bueno, pero creo que no hay mucho de qué hablar.

Las tres calles que separan mi casa de mi local de trabajo me parecieron eternas. Mi madre me había dejado una nota en el espejo diciéndome que se iba a ver unas amigas a un pueblo cercano al salir de trabajar, así que no estaría en casa hasta la noche.

Puse la comida en el plato y le ofrecí a mi amiga sabiendo que ella ya había comido y me diría que no. Comí en silencio, ¿de qué querría hablar? Después de recoger y acomodarnos en el sofá empezó la charla.

—¿Se puede saber qué pasó ayer? ¿Por qué se pelearon Lucas y David?

—No lo sé, Lucía.

—Algo debió de pasar, Lucas no es un alborotador, ya es mayorcito. Tiene veinticuatro años y no se mete en ese tipo de broncas. ¿Seguro que no viste nada?

—Joder, Lucía. Lucas me acompañó fuera después de que escapara de David y después de ahí

se lo mismo que tú.

—¿Escapaste de David?

—Lucía —dije reprimiendo las lágrimas que comenzaban a aflorar al recordar a la rubia y a David magreándose—, David me puso los cuernos. Estaba liándose con una rubia. Yo los vi y al darme la vuelta para marcharme porque me había visto David, tropecé con Lucas. Me acompañó fuera y no sé nada más.

Mi amiga se había quedado callada, tenía su cara de “estoy pensando que...” y no me gustaba. Seguro que salía con algo que no me iba a gustar. De repente se me vino a la cabeza una imagen, David ensangrentado, inconsciente, respirando lentamente, tapado con una sábana blanca hasta la altura del pecho y en la camilla mientras se lo llevaban a la ambulancia. ¿Estaría bien? Lo que había hecho no estaba bien, estábamos juntos y me había puesto los cuernos pero, ¿tanto como para darle una paliza? Y todo eso solo provocaba una pregunta más y que no se iba de mis pensamientos, ¿por qué Lucas se puso así? Mi amiga me llamó cortando mis pensamientos pues ya tenía una hipótesis de lo sucedido.

—Yo te sigo diciendo que a Lucas le gustas, ¿sino por qué se pelea con tu novio porque te puso los cuernos? Lo de David estuvo mal y me sorprende que me lo digas porque él me decía que estaba muy pillado por ti. ¿Seguro que era rubia la chica?

Era increíble como hilaba los temas de conversación, ¿otra vez con lo de que le gustaba a Lucas? Si le gustara no estaría con otra chica, ¿no? Esto me parecía surrealista. Esto era la vida real, no una telenovela para marujas de las que daban por las tardes.

—La chica rubia le estaba abrazando por el cuello y morreando, ya sabes lo que me fijo yo en las cosas. ¡Era rubia! Y lo de Lucas no lo creo.

—Se ha peleado con tu novio porque te ha puesto los cuernos, ¿qué más quieres?

—Si es verdad eso, ¿por qué no deja a su novia? No puedes estar con una persona y querer a otra.

De repente me callé. “No puedes estar con una persona y querer a otra” eso acababa de decir y por primera vez mis pensamientos fueron más rápidos que yo. Yo estaba con David por olvidar a Lucas, sí que me gustaba algo, pero no estaba enamorada de él. A lo mejor era como había dicho Lucía en una de nuestras otras conversaciones “¿David no puede estar haciendo lo mismo? ¿Estar contigo para olvidar a otra?”. ¿Acaso David estaba conmigo para olvidar a la rubia y no había podido? O a otra chica. De todo esto solo saqué en claro que lo de “sacar un clavo con otro” no funciona muy bien.

—Maika, Lucas es muy buen chico, igual está confundido y no sabe qué hacer y simplemente se dejó llevar por lo que sentía ayer. No sé qué pasa por su cabeza porque no estoy dentro de ella pero, yo hablaría con él.

—¿Estás loca? ¿Qué le digo? Lucas, gracias por lo de ayer pero, ¿le diste una paliza a mi novio porque te gusto?

—¡Mujer así no! —dijo riéndose ante mis caras.

—Pues ya me dirás cómo. ¿Ya sabes lo de que el tiempo pone todo en su lugar no? Tal vez solo deberíamos esperar y todo se arregla solo.

—Arreglarse solo... ¿Hay alguien? —preguntó dándome unos golpecitos en la cabeza con los nudillos.

—¡Claro que hay alguien! ¡Mi cabeza no está llena de serrín! Me refiero que si le gusto ya lo sabré por él, no quiero hacerme ilusiones. Son solo conjeturas tuyas.

—Ya, conjeturas —dijo terminando con ese tema—. Por cierto, David está bien. Solo tiene la

nariz desviada. Le tuvieron en observación toda la noche y seguro que mañana por la mañana le dan el alta.

—Me alegro mucho.

De verdad me alegraba que no hubiera sido peor, me sentía mal ahora por no haber pensado en él hasta que lo había dicho mi amiga. Después seguimos hablando de tonterías, de las fiestas que eran la semana siguiente y que podríamos disfrutar como nunca y apartar los malos recuerdos de estos días. Lucas y David iban acabar conmigo, eso lo tenía muy claro.

Los fines de semana de las fiestas patronales siempre llenábamos el local varias veces, por eso cuando llegaban las vacaciones las deseaba más que a nada en este mundo. Esta vez deseaba las vacaciones no solo por descansar, sino por tener tiempo para pensar y poner en orden mis ideas pues los sucesos de estos últimos días me habían hecho dudar hasta de mi nombre. El trabajo a pesar de venir en grandes cantidades de vez en cuando, era muy llevadero. Me encantaba recorrerme el pequeño local con la comida, hablando con los clientes y sobre todo, cuando tenía que preparar algún café irlandés no podía evitar coger para mí un poco de esa nata tan dulce que me encantaba.

Sonó la alarma de mi móvil, ¿ya tenía que volver? A la noche vendría Lucas como siempre, ¿sería capaz de hablar con él? ¿Cómo debía actuar? ¿Nos habíamos dado besos en las mejillas? De repente me ruboricé al recordar que le había dado un beso en la mejilla como si fuera lo más natural del mundo. ¡¿Estaba loca?!

Lucía me acompañó a la puerta del trabajo y quedó en recogerme cuando saliera para ir a ver la orquesta que vendría a amenizar la noche y de la que, supuestamente, el cantante estaba buenísimo, y así despejarme de lo que había pasado ayer. Me pareció buena idea, igual podía distraerme y relegar las suposiciones de mi amiga a algún rincón de mi subconsciente para nunca más volver a pensar en eso.

Entré como siempre, con mi sonrisa, para que nadie se diera cuenta de mi verdadero estado de ánimo y me fui a poner la camiseta del trabajo, dispuesta a pasar una noche ajetreada. Coloqué los vasos, las copas, las tazas del café y todo lo que había quedado para secarse antes de irme a comer, y empezó a venir la gente, y como aún no había llegado Lucas, salí a atenderles con la mejor de mis sonrisas.

Cuando ya estaba el comedor lleno y la comida a medio servir, apareció por la puerta Lucas con una sonrisa en la boca y un mar en calma en sus ojos. Por un momento me quedé mirando para ver si me decía algo, pero como no fue así seguí sirviendo las pizzas y las lasañas en las mesas. Lucas se cambió rápido y se incorporó al trabajo, le expliqué lo que ya había hecho y volvimos al reparto de tareas de siempre. La noche pasó volando, tuvimos mucha gente, no paramos apenas, excepto para dar unos tragos de agua en la cocina. Cenamos con las risas de siempre sin dar a entender que ayer había pasado algo, pero en un momento en que nuestras miradas se encontraron, vi que sus ojos tenían un brillo extraño que no pude descifrar. Después de cenar y recoger lo que quedaba, me fui a cambiar. Lucas entró al poco rato y di las gracias al cielo porque ya estaba vestida y solo me quedaban por poner las deportivas. Sin poder evitarlo, miré de reojo el torso de mi compañero, su piel blanca brillaba con la luz del almacén. Tenía pinta de tener la piel suave y me reprendí a mí misma por querer tocarla. Tenía que despejar las dudas de lo ocurrido ayer con él, pero no sabía cómo empezar la conversación. ¿Gracias por defender mi honor? ¡Dios, ni que estuviéramos en el siglo XVIII! Tal vez, ¿gracias por todo pero no hacía falta? ¿No se me podía ocurrir algo decente?

Levanté la mirada del suelo y me topé con los ojos de Lucas. Estaban tristes y era la primera

vez que los veía así, ¿le pasaba algo?

—Esto... — ¿Y ahora era incapaz de completar una frase? ¡Bravo por mí!

—Siento mucho lo que le hice a tu novio ayer. No sé qué me pasó. No quería meterte en problemas.

—No... No me has metido en problemas. Gracias por defenderme, supongo.

—Yo solo...

—No te preocupes, David está bien. Tiene la nariz torcida y mañana le dan el alta — expliqué intentando sacarle un peso de encima—. Yo solo me iba a ir, siento que tuvieras que defenderme. Me quedé paralizada, mi cuerpo no reaccionaba.

Por toda respuesta, se acercó a mí y me abrazó. En un año de trabajo nunca me había abrazado. Disfruté de ese momento, de todas las sensaciones que despertaba en mí el contacto de su piel con la mía. De repente solo pensaba en besarle y descubrir cada recoveco de su cuerpo. Nos quedamos mirando y sentí una corriente eléctrica recorrerme todo el cuerpo. Lucas se acercaba lentamente a mis labios con sus ojos cerrados y yo hice lo mismo, cerré los míos, deseando que mis labios tocaran los suyos y probar su tan ansiada miel.

Entró en el almacén Paula, la ayudante de cocina, a coger la fregona y la lejía. Nos separamos como si no fuera correcto lo que estábamos a punto de hacer y, recomponiéndome, me despedí de todos. Al llegar a la puerta me alegró ver a Lucía que me saludaba con un movimiento de su mano derecha y una sonrisa en los labios.

La abracé, le di los besos y me puse en marcha obligando a mi amiga a moverse por si salía ya Lucas. Necesitaba alejarme de los tíos, solo daban problemas.

Capítulo 8



Llegamos junto a los demás cerca del palco de la orquesta. Hoy era el último día de las fiestas de San Roque y el fin de semana siguiente eran las patronales aunque las atracciones llegaban antes para ganar más dinero y no les culpaba, las casetas para tirar a los dardos, las latas y no sé cuantos más se instalarían en breve, sin olvidarnos de los de las ropas, discos y pequeñas baratijas que siempre se vendían muy bien.

La orquesta tocaba canciones animadas y me hacía gracia ver a las parejas de abuelitos bailando esa música como si fuera un pasodoble. ¡Todo lo bailaban igual! Nosotras nos pusimos a mover el cuerpo copiando a las bailarinas de la orquesta y estas nos miraban con cara de pocos amigos. Era muy divertido. A veces me ponía a pensar que si alguien nos viera no pensarían que éramos mayores de edad por las tonterías que hacíamos. Los chicos fueron a por unos cubatas al bar y al volver, venía uno más con ellos.

Como estaba de lado no pude ver bien quién era el que acompañaba a mis amigos, pero al dar la última vuelta del pasodoble que nos habíamos puesto a bailar Lucía y yo, me quedé quieta como si pisara pegamento instantáneo. ¿Qué hacía él aquí?

Esa manera de andar era inconfundible, esos pantalones por debajo del trasero mostrando la goma de los calzoncillos, aquella camiseta ajustada de color gris... Allí estaba él con su pelo alborotado y una sonrisa, pero lo que más llamaba la atención en él era la gasa que cubría su nariz. ¿No le daban el alta a David mañana?

Vi que poco a poco se acercaba a mí y yo retrocedí. ¿Estaría enfadado conmigo? ¿Pensaría que había olvidado todo? Ahora que le veía me ratificaba en la sensación de que se había roto algo en mí. Me había traicionado, pero yo en parte también le había traicionado al estar con él sin sentir lo que se suponía que unía a dos personas.

—Hola, ya me han dado el alta —me dijo a modo de saludo.

—Ya veo, me alegro de que estés mejor.

—Gracias.

Me giré para irme a dar una vuelta pero me sujetó del brazo. Estaba serio en ese momento y yo me puse nerviosa.

—Tenemos que hablar —me dijo.

—Yo creo que no hay mucho de qué hablar, David. Ayer estabas con una rubia besándote en el bar. ¿O me vas a decir que no era lo que parecía?

—No. Sé que hice mal y te pido perdón. La rubia como tú la llamas, es mi ex, se llama Cristina. Ella me pidió otra oportunidad pero le dije que tenía novia. Me insistió para vernos y hablar, al final nos besamos pero no es lo que piensas. Yo solo quería comprobar si aún sentía

algo por ella.

—Bueno —dije cuando acabé de escuchar sus excusas—, ya te he escuchado y no comparto tu manera de hacer las cosas. Te estuve mandando mensajes todo el día y no me hiciste caso por estar con tu ex. La besaste y es lo que importa. Para saber si sientes algo por alguien solo tienes que mirarle a los ojos.

Nos miramos a los ojos, esos ojos verdes que otras veces me habían parecido bonitos ahora estaban apagados, ¿estaría avergonzado de verdad? Le cogí de la mano, me acerqué a él y con un beso en la mejilla sellé lo que ambos sabíamos. Solo podíamos ser amigos, ambos estábamos enamorados de otras personas y no estaba bien que nos hiciéramos daño.

—Lo siento —le dije—. Podemos ser amigos. Si necesitas consejo con tu ex aquí me tienes, parece que ella quiere volver. Sé sincero por una vez, David.

—Gracias.

Volvimos con los demás a disfrutar de la fiesta. Sentía que me había quitado un peso de encima con David. Él era buen chico pero a veces hacía las cosas mal, de una manera que a nadie se nos ocurriría y normalmente acababan mal. Solo esperaba que si necesitaba consejo, antes de hacer cualquier locura como la que hizo conmigo, me preguntara.

Me estaba dando mucha sed de tanto bailar, le toqué el brazo a Lucía y le señalé con la cabeza el bar. Necesitaba algo de beber. Nos agarramos del brazo como siempre y entramos por la puerta abarrotada de gente. La música se camuflaba con la de la orquesta haciendo un poco insoportable estar allí dentro. Llegamos con dificultad a la barra, los camareros iban de un lado a otro con copas en las manos, botellas, poniendo hielos en los vasos, chupitos, ¡pobres, no daban abasto! En cambio, el dueño del local estaría contentísimo, seguro que en estos dos días de fiestas recaudaban más que en todo el mes. Esperamos pacientemente a que alguno de los camareros pasara por nuestro lado para pedir, ¡pero no pasaban! Al final me apoyé en la barra y pasó el camarero, le enganché de la camisa, le miré a los ojos con la mejor cara de pena que pude poner, ladeé la cabeza y le susurré al oído que me pusiera dos vodkas negros con lima. Me puse otra vez al lado de mi amiga cuando vino el camarero con dos vasos de hielo y las dos botellas que al mezclarlas se transformaban en mi bebida alcohólica favorita.

Pagamos y al traernos la vuelta, el camarero me dejó una tarjeta con su número de teléfono. Me quedé cortada al verlo y aquel chico simplemente me dedicó una sonrisa dulce y perfecta. Guardé la tarjeta por no hacerle el feo a aquel chico tan majo y ya con nuestras copas decidimos salir a volver a bailar. En medio del camino de salida nos encontramos con el hermano de Lucía, era de la edad de Lucas y habían estudiado juntos. Nos acercamos a él y cuando me di cuenta estaba envuelta en el mar de los ojos azules de Lucas. ¿Por qué había huido como alma que lleva el diablo de él para volver a encontrármelo en el bar? ¿Era una conspiración del destino? ¿Por qué se empeñaban en juntarnos si era imposible? Lucas tenía novia y yo, bueno yo ya no, pero no podía ser.

Lucía y su hermano hablaban de no sé qué mientras Lucas y yo simplemente nos mirábamos. Notaba que había algo que me lanzaba a sus brazos, su mirada siempre me atrapaba de una manera que era imposible explicar. Sujeté con más fuerza el vaso ya que empezaba a temblarme todo el cuerpo y no quería tirar la bebida. Lucas abrió la boca para decir algo pero inmediatamente la cerró. Tendría que intentar hablar con él y no parecer una idiota, ¿no? ¿Por qué con él me cortaba de esa manera? Con mis amigos era espontánea, divertida y siempre, como dicen ellos, tengo el as para matar el tres. Me gusta demasiado tener la última palabra y con él ¡es imposible! Tenía que armarme de valor y ser con él como era con los demás, si es verdad que en el curro hacíamos

bromas, siempre nos picábamos para ver quién terminaba con la última palabra pero, no era cien por cien yo.

Mi amiga me tiró del brazo, su hermano y ella nos estaban mirando con una expresión muy rara. Me despedí con la mano de Lucas y el hermano de Lucía y volvimos a hacernos sitio entre la gente para salir del local. Nuestros compañeros aún estaban delante del palco haciendo tonterías, llamando a las bailarinas y las cantantes para ver si se les olvidaba la letra. El resto de la noche lo pasé fenomenal, llegué a casa un poco más tarde que de costumbre y me tumbé en mi cama fría esperando a que mis oídos dejaran de pitar y poder dormir un rato. Aún con la ropa y con el recuerdo de la mirada de Lucas, me quedé dormida, a la espera de que en sueños por lo menos, pudiera cumplir mis deseos.

Capítulo 9



Como todos los lunes, mi alarma no sonó y me levanté casi a medio día. Me cambié de ropa, me adecenté el cabello y me fui directa a la cocina para preparar algo de comer para mi madre y para mí, claro. Menos mal que ya estaba acostumbrada a ir a contrarreloj los lunes.

Abrí la nevera para ver que había sacado mi madre para comer y ¡no había nada! Bajé corriendo al supermercado de al lado de mi casa con una rapidez que hasta a mí me sorprendió, volví a casa con medio quilo de carne picada, tomate frito y queso rallado. Iba a preparar unos espaguetis boloñesa de chuparse los dedos. ¡Menos mal que se hacía rápido!

Cuando llegó mi madre a comer, ya estaba todo en la mesa listo para tener una comida juntas. Hablamos, nos reímos y sobre todo pude disfrutar de mi madre que era lo más importante para mí.

Por la tarde quedamos Lorena, Lucía, Paula y yo para ir a la playa que estaba a diez minutos de mi casa. Ya se estaba acabando el verano y mis amigas querían aprovechar los últimos rayos de sol y yo, como siempre, antes de salir de casa ya me había embadurnado en crema solar de la protección más alta para evitar que me saliera sarpullido en la piel. Al llegar a la playa, estiramos las toallas en la arena y fuimos al agua. Nos divertimos entre aguadillas, salpicarnos las unas a las otras, saltar las olas y reírnos a pleno pulmón, cuando Paula notó que estaba enredada en un alga. Me sumergí en el agua del mar, en el fondo tenía un color tirando a verde seguro que por las miles de algas que había. Le quité el alga del tobillo y volvimos a las toallas.

Hablamos durante un rato de los chicos, Lorena tenía un nuevo novio. La verdad que nos caía genial a todos, era muy detallista, le traía flores, bombones y siempre le sorprendía con algo. ¡Era precioso! ¡Yo quería uno así! Paula llevaba ya desde los dieciséis con su novio Marcos, a veces parecía que iban a ser la única pareja que iba a llegar al final del cuento de hadas, ¡la boda! En cambio, Lucía estaba enamorada de un chico desde hacía varios años pero no tenía la confianza necesaria para lanzarse y al parecer él tampoco, por lo que estaban en un plan raro a rollos pero nada serio, eso sí, solo se liaban cuando estaban muy borrachos. Y yo, yo era la más complicada.

Siempre he sido muy enamoradiza y ellas lo sabían. Cuando sentía que me empezaba a pillar mucho por alguno, lo dejaba, no servía para eso de tener pareja y con David lo había vuelto a confirmar por enésima vez. Mis relaciones de pareja no salían bien y raro era las que pasaban de las dos semanas. Supongo que todo esto es culpa de Disney y sus príncipes perfectos. Cuando conocí a Lucas, había terminado definitivamente con Pablo, un chico de un pueblo cercano. Estuvimos un mes dejándolo y volviendo, pero realmente solíamos discutir bastante. Mi carácter no era fácil de controlar, ¡quién diría que ahora era la misma de antes! Desde la última discusión con Pablo no había vuelto a ser la misma. ¿Por qué? Recordaré aquella noche el resto de mi vida.

Estábamos en la discoteca, había salido pronto de trabajar y había ido a casa a cambiarme y

ponerme guapa para pasar una gran noche con mis amigas.

Con un cubata en la mano, sintiéndome poderosa y sensual, me dirigí a la cabina del Dj a pedirle una bachata para bailar con mis amigas. Nos fuimos al medio de la pista y bailamos, por un momento se me olvidó buscar un nuevo objetivo para ligar esa noche. En cambio, noté que alguien me miraba y con delicadeza, sin que se me notara demasiado miré hacia aquella persona. Allí estaba Pablo, con un cubata en la mano, apoyado en la barra, mirándome entre las sombras. Seguí bailando como si no me hubiera dado cuenta y fijé mi objetivo a ver si algún chico me llenaba el ojo.

Después de media hora, entró por la puerta un chico que venía mucho al restaurante y que coqueteaba conmigo. Al verme vino enseguida a saludarme e invitarme a una copa. La verdad que era muy guapo. Me quedé mirándole como otras veces levantando mi cabeza, ya que él era muchísimo más alto que yo, quizás casi medía los dos metros. Tenía la piel blanca y los labios sonrosados, llamaban mucho la atención. El pelo corto negro y de look despeinado, le miré a sus ojos verdes que tenían un brillo divertido esa noche. Me comentó que estaba saliendo para despedirse de unos amigos que se volvían a Madrid en dos días. Me fijé en un tatuaje en su brazo. ¿Dónde lo había escondido para no vérselo hasta ahora? ¡Era una calavera con una serpiente enroscada! Me encantaban las calaveras y no pude evitar tocarle el tatuaje recorriendo cada curva de la serpiente y parándome en el ojo de la calavera por la cual salía mostrando su lengua viperina. ¡Era precioso! Ya hacía medio año que nos conocíamos y nunca se lo había visto. Me acerqué para decirle lo mucho que me gustaba su tatuaje y sin saber muy bien cómo ni por qué, estaba llevándole hacia mis amigas para presentárselo. Mis amigas nunca le habían visto pero sí que les había hablado de él y esta era la oportunidad de presentárselo. Al terminar las presentaciones, nos pusimos a bailar una canción muy pegados. Me abrazó suave pero con firmeza, me acercó a su pecho y pude oler su colonia ¡Olía a hierba cortada, madera y alcohol! Me dejé llevar por la música y sus movimientos, olvidando por completo que mi ex, el único que me volvía loca en esos momentos, me estaba mirando con cara de pocos amigos.

Justo cuando estaba acabando la canción, levantó mi barbilla suavemente con su mano. Me quedé mirando esos ojos verdes y se acercó a mi oído para decirme algo. Cuando me di cuenta se había girado en el último momento y me estaba besando. Un beso dulce pero con pasión, corto pero intenso.

Me despedí de él aún aturdida por lo que acababa de pasar. Era verdad que habíamos tonteado pero nunca había hecho nada que me diera a entender que le gustara o por lo menos que pensara liarse conmigo.

Mis amigas me recibieron con miles de preguntas a las que no supe cómo contestar y lo único que pude decir es que quería cambiar de discoteca. Nos fuimos a otra cercana y allí me sentí libre para contarles a mis amigas todo lo que había pasado con pelos y señales. Empezamos a reír, chillar y saltar, hasta que de repente se acercó Pablo con sus amigos. Me dijo que quería hablar conmigo pero fuera del local. Cerca de la discoteca había unos bancos y nos sentamos, al poco rato salieron mis amigas para vigilar.

Allí estaba, abrazada a mí misma esperando a que él hablara.

—¿Qué quieres? No quiero dejar a mis amigas demasiado tiempo solas, que ya sabes la que lían. ¡Siempre pasa algo cuando no las vigilo! Creo que ya hablamos suficiente la última vez —apremié.

En vez de contestar, su cara cambió. Sus ojos tenían una mirada extraña y por primera vez me dio miedo. Sí, miedo a lo que pudiera decirme. Respiré hondo y esperé de nuevo.

—¿Se puede saber a qué juegas? ¿Me quieres volver loco? ¿Ahora conmigo, luego con otros y pretendes que esté siempre para ti? —me dijo levantando la voz a medida que hablaba.

—¿Pero de qué vas tú? Eres tú el que siempre decide cuando somos novios según cómo te convenga. ¡No me vengas con gilipolleces! La semana pasada decidiste que nunca estarías conmigo, que habías conocido a la mejor mujer del mundo y que la amabas y ¿ahora me vienes con esto? Tú eres bipolar, chaval. Vete con tu “chica especial” y aléjate de mi camino —le solté terminando con el tema.

—¿Quién crees que se va a fijar en ti? Eres gorda, fea, no tienes nada interesante y trabajas de camarera, un trabajo sin futuro y aburrido. Si los que se enrollan contigo seguro que han hecho una apuesta con los amigos para ver si se ligan a la fea del grupo, ¡cómo hice yo! —respondió chillando más que yo.

—Pues para ser una apuesta bien querías estar conmigo a todas horas y te enfadabas si no podía ir hasta dónde estabas —zanjé intentando que no se me notara el bajón de autoestima.

—¡Solo quería llevarte a la cama!

En ese momento enmudecí, por eso siempre discutíamos, porque yo nunca quería pasar de los besos y las caricias. Ahora todo tenía sentido, por eso cada vez que no acababa en la cama con él discutíamos y lo dejábamos. Para él era solo... ¡un trozo de carne! Me quedé de piedra al comprender que solo había jugado conmigo. Se levantó y volvió a la discoteca, dejándome allí sola intentando recomponer cada cachito de mi autoestima y de mi corazón. Mis amigas enseguida vinieron a abrazarme y a consolarme pero, desde ese momento, la confianza en mí misma no volvió a ser igual.

Pablo se fue del pueblo a no sé dónde, no volví a saber nunca más de él ni a ver a sus amigos, pero jamás lo olvidaría.

—Maika, ¿le vas a decir a Lucas de una vez por todas lo que sientes por él? —me preguntó Paula sacándome de mis recuerdos.

—¿¡Estás loca!/? A ver, sabéis de sobra que tiene novia. Incluso algún día ha venido a cenar al restaurante. ¿Cómo me voy a meter en medio de una relación? Ser lógicas, por favor.

Durante un buen rato cada una expuso su punto de vista, sus impresiones y, cómo no, lo que debía hacer. Solo en una cosa estábamos todas de acuerdo: algún día tendría que hacer algo para no quedarme con el “¿y si?”. La verdad era que no me gustaría que cuando estuviera casada, con hijos o a punto de jubilarme, me preguntara que podía haber pasado con Lucas, si podríamos haber tenido una relación o no. Pero hasta ese momento mejor seguir como hasta ahora y más ahora que estaba libre y disponible para encontrar otro chico o quedarme sola un tiempo, que tampoco estaba mal la idea. Los chicos me acababan agobiando. ¿No podía disfrutar de lo que quedaba de sol y playa?

Lucía sacó de la mochila varios bocatas que nos repartimos. Queríamos aprovechar hasta que el sol se ocultara. Me sentí libre cerca del mar, como si volviera a ser yo.

La tarde pasó rapidísimo, recogimos las toallas y nos fuimos de nuevo a nuestras casas. Normalmente nos acompañábamos pero por una vez yo iba a ser la primera en separarme del grupo. Me despedí de mis amigas en el portal y con el cansancio de un día de playa y de emociones en compañía de mis amigas, subí a mi casa para relajarme en el sofá con un buen libro entre las manos o charlando un rato con mi madre.

Mi madre estaba en el sofá dormida. Miré el reloj y eran las ocho de la tarde, ¿no había vuelto tan tarde, no? Miré por la ventana hacia la calle, vivía en un tercer piso y me encantaba ver como la gente parecían hormiguitas. Fui a la cocina y cogí una lata de coca cola, el gran vicio que tenía

a parte del maquillaje, los perfumes, los chicos guapos y la comida italiana. Volví al salón y rescaté el mando a distancia del suelo. Puse un cojín en el suelo delante del sofá donde dormía mi madre y me decidí a hacer zapping, cuando me topé con una película sobre la Emperatriz Sissi. ¡Adoraba a Sissi! Me quedé como una tonta pegada a la televisión y cuando terminó el maratón de Sissi, después de la película pusieron un documental, desperté a mi madre y le dije si quería cenar algo o nos íbamos ya a la cama. Vi la cara de sueño de mi madre y supe que no tenía ganas de comer nada y nos fuimos a descansar.

Las fiestas de San Roque habían pasado y se acercaban las patronales. Íbamos a tener mucho trabajo pero sabía que después del ajetreo del restaurante iría a bailar con mis amigas delante de la orquesta.

Capítulo 10



Los rayos de sol que entraban por la ventana de mi habitación consiguieron despertarme. Miré el reloj y me asombré, era el primer lunes que me despertaba antes de que sonara la alarma. Me levanté, me cambié, me peiné y me lavé la cara. Salí de casa en dirección al súper que por suerte estaba en la misma calle y compré pan, mahonesa y las verduras para la ensaladilla. Al volver a casa me puse a cocer la verdura, las patatas que ya había dejado peladas y un par de huevos. Cuando estuvo todo cocido lo puse en una fuente en el alféizar de la ventana de la cocina para que se enfriara. Mientras, seguí con las tareas domésticas para tener a mi madre contenta. Al terminar volví a la cocina y al ver la ensaladilla fría le eché la mahonesa, el huevo cocido partido en cachitos pequeños y aceitunas. Lo bueno es que aún quedaba tiempo para que fuera la hora de comer y en la nevera se enfriaría quedando mucho más rico a la hora que viniese mi madre a comer.

Mi madre muchas veces venía cansada de su trabajo y como ahora entraba un poco más tarde al medio día, aproveché para darle una sorpresa.

La semana de trabajo pasó rápido, el ir y venir de la gente hizo llevaderas las horas que pasaba allí y no me dio tiempo a evaluar todo lo que había pasado desde la pelea de David y Lucas.

El viernes vendría Lucas y no sabía cómo enfrentarme a esa situación.

Los nervios se apoderaban de mí al ver que terminaba la jornada del jueves. Mi jefa vino y nos reunió a todos antes de marcharnos.

—Lucas este fin de semana no podrá prestarnos su apoyo. Ha tenido un problema familiar —explicó al ver nuestra cara inquisidora—. Sé que lo haréis tan bien como siempre y no se notará esta baja tan repentina. ¡Mucho ánimo a todos!

Me asusté ante la perspectiva de que le pasara algo. ¿Un problema familiar? ¿Podría David haber ido a pegarle a él de vuelta?

Nos marchamos algo preocupados, pero estaba segura de que sacaríamos el trabajo adelante como habíamos hecho en más ocasiones.

Lo bueno que tendría la semana que estaba por venir, que aparte de descansar el lunes también lo haría el martes, ya que era el día grande de la villa y nuestros jefes siempre cerraban para que pudiéramos comer en familia, sabiendo de sobra que los próximos días serían muy ajetreados, lleno de trabajo y mucha gente. Como me gustaban a mí para no tener tiempo de pensar en nada.

Al salir el domingo del trabajo, a las tantas de la mañana, sin ganas de dar un paseo con mis amigas, me fui a casa a recuperar fuerzas y disfrutar de los dos días de descanso que tanto me merecía.

Al día siguiente aproveché la cama hasta la hora de hacer la comida, no tenía ganas de

levantarme temprano, estaba agotada y mi mente ya no conseguía hilar los pensamientos de manera coherente. El tema de David y Lucas me había trastornado un poco, demasiadas preguntas y pocas respuestas, pero tampoco estaba segura de querer tenerlas.

Seguí con la costumbre de preparar todo y me senté en el sofá con el libro Cumbres Borrascosas entre mis manos para disfrutar de un momento de lectura. Tan metida estaba en la historia, que vino mi madre y me asustó al hablarme. Guardé el libro marcando antes la página por dónde iba y fui a la cocina a traer la comida.

—Ya queda poco para que te den las vacaciones, ¿no?—preguntó mi madre mientras daba un bocado a la comida.

—Un par de semanas. Tengo muchas ganas de que lleguen.

—¿Qué vas hacer? ¿Tienes planeado algo? Acuérdate de nuestra semana.

—Pensaba pasarme por el instituto y ver que podía estudiar. Ya sé que no es el momento para apuntarme porque quedaría en lista de espera pero igual hay suerte. En cuanto a las vacaciones pensábamos Núria y yo irnos a Roma, con eso de sus estudios apenas he podido verla en mucho tiempo y tenemos mucho de lo que hablar.

—Es un buen plan. ¿Qué tal los estudios de Nuria?

—El curso lo ha sacado genial, solo le queda hacer las prácticas y creo que dijo que iba a aplazarlas unos meses porque tenía a su abuela enferma.

—Espero que no sea nada y se mejore pronto.

—Pensaba en volver a la autoescuela. Nunca viene de más tener el carnet de conducir y yo ya tengo el teórico. ¡Con lo que me costó sacarlo!

—Me parece genial, Maika. Ya me informarás entonces.

La tarde pasó rapidísimo, disfruté de leer, de mi momento a solas, en definitiva, de un momento para mí. Mañana podía pasarme por el instituto y presentarme a algún ciclo formativo o algo, igual podía reducir a media jornada durante un año y poder compatibilizar una cosa con la otra.

Un día dejó paso al siguiente y cuando la alarma del móvil me sonó, quise tirarlo por la ventana. ¿Por qué los días de descanso pasaban más deprisa que los laborables? A las malas solo tenían que pasar dos semanas para disfrutar de un mes entero de descanso, un descanso merecido ya que mis queridas neuronas echaban fuego por todo lo que pensaba buscando una solución a mi situación con Lucas.

Como era temprano para ir a trabajar, pensé que podía pasarme por el instituto. Estaba a unas cuantas calle y me vendría bien pasear un poco. Se hacía bastante tedioso que todo el camino que hiciera fuera de mi casa al trabajo y viceversa, menos los fines de semana que añadía salir de fiesta con mis amigas.

Me encantaba mirar los escaparates, los libros que enseñaban en las librerías y ver a la gente riéndose dentro de un bar.

Al llegar al instituto me quedé de piedra. ¡Cuánta gente! Claro, ¡qué idiota! Eran los exámenes de recuperación de septiembre.

Pasé por secretaría y pregunté los ciclos que había y cuando el chico me dijo que había mucha lista de espera, decidí no apuntarme y venir en el verano con más tiempo, que seguro que conseguía plaza como me había dicho aquel amable chico.

Miré el reloj y tenía una hora libre antes de ir trabajar, hice el camino a la inversa, con tranquilidad, disfrutando del paseo, cuando me encontré con Paloma. Había vuelto al pueblo después de que sus padres se hubieran separado, ahora vivía con su hermana Lizzie en un piso pequeño, pero muy acogedor. Me encantaba que estuviera de vuelta y así retomar nuestra amistad.

—Paloma, ¿cómo estás? —dije chillando para llamar su atención desde donde estaba.

—Hola, Maika. ¡Cuánto tiempo! ¡Por fin he vuelto aquí!

—Supongo que esta vez para quedarte, ¿no? —pregunté preocupada.

Desde que sus padres se habían separado hacía tres años, iba de la casa de su madre a la de su padre haciendo que durante un tiempo perdiéramos el contacto. Me alegraba que por fin hubiese vuelto y así poder retomar la amistad. Ahora había encontrado trabajo de secretaria para una pequeña empresa y estaba la mar de feliz. Era una pena que desde que había vuelto apenas nos habíamos visto un par de veces y eso tenía que acabar.

—Claro, ya sabes que tengo trabajo y en cuanto pueda también me independizo de mi hermana. Podíamos ir a vivir juntas, ¿qué te parece?

—No es mal plan, podemos hablarlo más adelante. ¿Hoy libras? —pregunté esperanzada de poder tomar un café con ella.

—No, salí a hacer unos recados. Tengo que volver enseguida pero podemos tomar algo la semana que me dan vacaciones.

—¡Perfecto! Suena genial, ya hablamos entonces. No te entretengo más.

Nos despedimos con un par de besos y un abrazo. ¡Pobre, lo había pasado tan mal que ahora merecía ser feliz!

Capítulo 11



La semana iba a pasar muy rápido ya que casi empezábamos a mitad de semana a trabajar. Mis pensamientos volaban una y otra vez a mis vacaciones, a pasar el tiempo con mis amigas, volver a ver a Núria después de tanto tiempo y disfrutar todo lo que pudiera y más.

En todo este tiempo no me había preocupado ni por Lucas ni por David a pesar de que siempre los tenía en mente. Ni un mensaje les mandé, ¿qué les podría decir?

El viernes por la noche, antes de salir de casa pedí al destino, karma o como queráis llamarlo, que fuera una noche tranquila, sin sobresaltos y que Lucas no me dijera nada que me pusiera nerviosa.

La noche de trabajo fue muy dura, tuvimos muchísima gente, tanta que ni cuenta me di de cuando entró Lucas a trabajar. No daba abasto con el trabajo, pedidos por aquí, cobra por allá, pon bebidas en el otro extremo, guarda las pizzas porque aún no vinieron a recogerlas, lavar vasos, poner cafés... ¡Qué estrés!

Por fin me senté a cenar y a pesar de todo lo que había pasado con David, las miradas extrañas y esos momentos que me dejaban sin habla, allí estaba como si nada hubiera pasado. Haciendo que me volviera loca, sin saber que pensar ante todo lo que pasaba y deseando interrogarle como si fuera una policía de las de la televisión para sacarme de dudas de una vez por todas.

Al terminar de recoger, me fui a cambiar como siempre. Como hoy íbamos a dar una vuelta por la fiesta había llevado algo de ropa para cambiarme. Me puse una camiseta palabra de honor con pedrería de color negro y unos pantalones vaqueros gris claro. Me peiné, retoqué el maquillaje y me puse una chaqueta muy fina asimétrica de color negro para tapar mis brazos. Me miré y por primera vez en mucho tiempo, me dije: “Hoy estás muy guapa”.

Salí del trabajo después de despedirme de todos. Lucía ya me estaba esperando para juntarnos con las demás. Mientras íbamos al jardín del ayuntamiento, nos encontramos con Paloma que paseaba con su hermana. Nos acercamos a ellas y después de las típicas formalidades y esas cosas, le propusimos a Paloma que se viniera con nosotras para no sentirse rara al estar con el novio y la hermana.

Paloma se unió a nosotras y lo primero que me dijo era que le gustaba mi peinado aunque no tenía nada fuera de lo normal, solo me había hecho una trenza de lado al terminar el trabajo. Paloma tenía el pelo por la cintura y rojo, muy rizado por lo que, casi cualquier peinado, por simple que fuera, era una tarea descomunal. Alguna vez le había peinado y se le enredaba mogollón el pelo pero, al final, quedaba muy guapa.

Llegamos al jardín del ayuntamiento y a lo largo de todo el camino nos encontramos puestos de venta de collares, carteras, pendientes, pulseras y muchas otras cosas hechas a mano que llamaban

la atención. Había un montón de lucecitas y la música llegaba con fuerza a nuestros oídos. Nos paramos delante de una barraca que hacía tatuajes de henna y no pudimos resistirnos a hacernos un dibujo temporal en la piel. Yo me hice una preciosa calavera rodeada por una serpiente mordiendo una rosa detrás del hombro, mis amigas delfines y hadas. Enseguida nos juntamos con los demás cerca del saltamontes. Me encantaba esa atracción y ¡pensar que me daba miedo cuando era pequeña! Cogimos la ficha y nos pusimos a la cola con las demás. Cuando nos tocó subir, Lucía, Paloma y yo nos sentamos juntas en la misma cabina y otras tres amigas nuestras detrás y delante otros tres más. Mientras empezaba la atracción a funcionar, entre mis amigos y la música aquello parecía el apocalipsis. ¡Gritaban tanto que me ratifiqué en que los hombres proceden del mono! Después de cinco interminables minutos, la atracción empezó a moverse al ritmo de la música, las cabinas subían y bajaban mientras el chico que manejaba los mandos decía: "culito arribaaaa, culito abajo" mientras nosotras a modo de respuesta levantábamos los brazos y los movíamos intentando ir al ritmo de la música, pero más bien creo que parecíamos unas locas con un ataque epiléptico.

La noche estaba pasando deprisa. Me estaba divirtiendo en la fiesta como si fuera una niña de quince años. Paseé por las barracas de tiro a la lata para conseguir peluches, incluso lo intenté con los dardos pero ¡los globos que tenían que explotar se movían! ¡No había manera! Después de que mis amigas intentaran aplacar mis ganas de bronca con el tipo de los globos, nos fuimos a la máquina de grúa para ver si conseguía algún peluche por un euro. ¡Bingo! Conseguí tres peluches pequeñitos. Fui hasta casa, que quedaba a dos calles de la fiesta, para dejar mis peluches. Llevaba los brazos llenos de animalitos súper bonitos que añadiría a mi colección que con los años había acumulado encima del armario.

De vuelta a la fiesta, bromeando con mis amigas nos encontramos con David y su nueva novia. Este vino a saludarme, nos dimos dos besos como siempre, pero en cambio su novia empezó a mirarme de una forma extraña y decir que tenían prisa. David miró a aquella chica autoritaria y con un movimiento de su mano se despidió de nosotras. ¿De verdad ese era mi amigo? ¿Cómo podía estar tan anulado? Bueno él quiso estar con ella, no debería meterme, ¿no?

Seguimos nuestro camino después de intercambiar impresiones de lo que acababa de pasar. Isabel, Mónica, Paula y Núria nos esperaban en la zona de la barra con unos cubatas en la mano. Nosotras pedimos los nuestros y poco a poco nos acercamos a la orquesta. Uno de los bailarines estaba muy bueno, un cuerpazo de escándalo que solo lográbamos adivinar a través de sus vaqueros ajustados y su camisa blanca desabotonada, que mostraba unos abdominales bien trabajados en gimnasio. Nos quedamos como bobas mirándole como si estuviéramos en el desierto y apareciera ante nosotras un oasis para saciar nuestra sed de varios días. Los chicos de nuestra pandilla enseguida nos rodearon e hicieron lo propio con una de las cantantes de la orquesta. Entre risas, alcohol, bailes y charlas insustanciales propias de un estado avanzado de embriaguez, decidimos dar por terminado el primer día de fiesta a las siete de la mañana.

Cuando llegué a casa, me puse mi camiseta de calaveras que usaba a modo de pijama y sin desmaquillar ni nada me metí en la cama para dormir unas cuantas horas antes de volver a trabajar.

Mis horas de sueño no me dieron para nada, ¡si llevaba cinco minutos en la cama cuando sonó el despertador! Me levanté a regañadientes, maldiciendo al alcohol que hacía que me doliera la cabeza y pensando en que esta noche tocaba otro tanto de lo mismo. Después vi la nota de mi madre, se había ido con unas amigas pero no quiso despertarme para avisar. Desayuné algo rápido y ligero, y me preparé para otro día de trabajo.

La mañana pasó rápido, como hacía sol la mayoría de la gente venía por comida para llevar e irse a la playa. Cuando me di cuenta era hora de marcharse hasta la noche y yo me llevé la comida a casa. Llegué en cinco minutos y con la pizza aún caliente y una botella de coca cola puse en la televisión una serie que me gustaba. Me acosté en el sofá para descansar un poco, ¡bendita siesta! Y poder darlo todo a la noche.

Las dos semanas que duraron las fiestas patronales, las pasé como si fuera un zombi. Trabajar, fiesta, dormir poco y usar mucho corrector de ojeras para tener un aspecto normal a la hora de atender a la gente.

A pesar de todo, un día después de comer entre fiesta y fiesta, Núria vino a mi casa para ponernos al día.

—¿Qué tal todo? ¿Ha mejorado la cosa?—preguntó Núria.

—Pues todo sigue igual. Lucas sigue haciendo que me vuelva loca con sus idas y venidas. Ahora me acerco y luego me alejo durante semanas porque sí. ¡Si estuvimos a punto de besarnos! ¿Eso no significa nada?

—Estará confuso mujer, no es una situación fácil para él.

—Ya pero la que se come la cabeza soy yo y no él.

—Eso no lo sabes, Maika. ¿Y con David?

—Ahora con su nueva novia no tiene tiempo para nosotros.

Le puse al corriente de lo que faltaba pues, a pesar de la distancia que habíamos mantenido por sus estudios, siempre nos mensajeábamos para cotillear un rato.

Capítulo 12



Lucas se alejó de mí, solo me hablaba lo necesario para el trabajo y no volvimos a quedar para tomar algo, ni volvió a acompañarme hasta dónde me esperaban mis amigas. No sé a qué vino el cambio, parecía que estábamos mejor, que podía haber una amistad, ya no un rollo porque teniendo novia es imposible, pero sí una amistad y poder disfrutar de los momentos que estuviera con él. No volvió a sacarme el tema del rally, supongo que debía dar por perdido ese momento a solas con él. ¿Aprenderé algún día a no ilusionarme? Parecía mentira que con todo lo que me había pasado en el tema amoroso, siga con la esperanza de encontrar un hombre que no me mienta y me haga sentir especial.

David y yo nos encontramos de casualidad un día en el que volvía del puerto después de ir a tomar algo con las niñas a un nuevo pub. La verdad era un buen sitio para un pub, no había otros cerca, lo acababan de inaugurar por las fiestas y si se mantenía la gente de esos días, le auguraba un buen porvenir a ese local.

Estaba solo, me pareció extraño ya que desde que había vuelto con su ex no se despegaban el uno del otro ni con disolvente industrial. Vale, igual era un poco exagerada pero de verdad que no veías a uno sin el otro, casi parecía que David tenía que pedirle permiso para todo. Cuando nos encontrábamos con ellos nos saludaba con un movimiento de cabeza como si fuéramos burros, supongo que para que su novia no le dijera nada.

Al cruzarme con él me dispuse a saludar con la mano y seguir mi camino pero, para mi sorpresa se acercó a mí y me dio dos besos como siempre y un abrazo fuerte. Seguro que había pasado algo. Caminamos hacia mi casa hablando de tonterías, de las fiestas, de los fuegos artificiales que no había podido ver por estar trabajando y las orquestas que habían sido las mejores de todas.

Al llegar a mi portal nos despedimos pero antes, me pidió por favor que quedáramos un día para pasear y hablar. ¿Hablar? ¿Teníamos algo de qué hablar a estas alturas? Muy bien, sin saber a dónde llevaría esa cita para pasear, le dije que me avisara dentro de dos semanas que empezaban mis vacaciones.

Subí a casa y antes de cerrar los ojos me imaginé que podía irme de vacaciones esta vez, había estado ahorrando para irme a Italia con Nùria, Carmen y Paloma. Me llamaba mucho la atención el Coliseum y muchos monumentos más y lo mejor de todo y con lo que más bromeábamos, era con conquistar a algún italiano. Tal vez necesitaba desconectar de todo lo que estaba pasando y quién sabe si me podía llegar a enamorar de un joven italiano que me llevara en vespa por toda Roma.

Italia siempre me había llamado, era una llamada silenciosa que se empeñaba en persistir a

pesar de mi pobre economía. Sabía que ahora con las compañías low cost se habían abaratado los vuelos y se podían encontrar buenas ofertas pero sin dinero, poco podía hacer.

Llevaba meses ahorrando, quería comprar mucha ropa, malgastar en spas y lo que hiciera falta para sentirme una auténtica diva.

Los italianos tenían fama de zalameros y me quería aprovechar de eso para sacar las espinitas que se habían clavado en mi corazón por culpa de Lucas. Él siempre estaba en mi mente, para lo bueno y lo malo. Tan pronto babeaba por él como que me sacaba de quicio y deseaba que se torciera un pie. Su indiferencia me dolía más de lo que hubiera podido imaginar y lo peor de todo es que veía que a él no le importaba, que le daba igual todo y que solo me quería para que le llevara bebida a la cocina y le tuviera todo el trabajo organizado encargándose solo de traer y llevar platos, bebidas y cafés.

Una pregunta rondaba insistentemente en mi cabeza, ¿por qué intentó besarme?

Unas vacaciones seguro que podrían calmarme y seguro que conseguía sacármelo de la cabeza aunque fuera con un italiano feo lleno de acné.

Capítulo 13



La semana empezaba tranquila, comenzaba a estabilizarse el trabajo ya que la mayoría de los turistas se iban. Me ponía bastante triste que se fueran porque con ellos se acababan mis buenas propinas y volverían a ser escasas, porque con los que venían a menudo a veces me dejaban veinte o treinta céntimos. ¡Una millonada! ¡Podré dejar de trabajar y vivir de rentas!

Lucas seguía ausente, intentaba hablar con él pero ahora ya ni se cambiaba a la vez que yo, sino que se iba con el uniforme puesto para su casa y se llevaba la comida. Bueno, si no quería hablar conmigo no debería de seguir intentando acercarme a él, ¿no? Me dolía pero tenía que aceptar de una vez por todas que él tenía su novia, su vida y un futuro con otra persona y cuanto antes pudiera olvidar lo que sentía por él, antes podría llegar a ser feliz algún día.

El viernes estaba eufórica, Paloma iba a venir de pubs con nosotras y nos íbamos a ir a un pueblo cercano en el que la discoteca estaba en el puerto. Siempre había espectáculo de luces y últimamente traían a gogós famosos. La música que ponían no era la que más me gustaba escuchar pero bueno, había que ceder ya que mis amigas venían al rock&beer a escuchar la música que más me gustaba cuando me cansaba de tanta música Pop y Dance.

Trabajé feliz, con ganas y el tiempo se me pasó volando. Hubo mucha gente y casi nos dejaron las neveras vacías. Pedí de cenar una pizza y como venía haciendo en las últimas semanas, Lucas se llevó la suya a casa y no se quedó con nosotros ya que tenía que hacer no sé qué. La cena la pasé entre risas con la cocinera que tenía cada ocurrencia que me hacía reír a pleno pulmón. Parecía que todo iba a ir bien a partir de ahora. Quedaba una semana para irnos de vacaciones, visitaríamos Roma y disfrutaría de casi un mes de libertad.

El ambiente estaba relajado porque todos nos íbamos a ir un mes de vacaciones ya que el local cerraba, aprovechaban los dueños para redecorar, pintar y cosas así mientras se iban a ver a su familia en el extranjero.

Salí del trabajo cambiada y peinada de nuevo, lista para irme de fiesta con mis amigas. Habían estado anunciando toda la semana con carteles que vendría a la discoteca el Míster España Alonso Borrejo, un chico de veinticinco años alto, moreno y delgado con los músculos marcados a base de gimnasio y suplementos alimenticios, como todos los que se presentaban a esos concursos. ¿Dónde tenía la grasa? ¿Pasaría frío en invierno? Ya me lo imaginaba con mil capas de ropa y con jerséis de cuello alto, de lana. Sería divertido ver como en pleno verano andaba con un bóxer y lleno de aceite en plena noche, menos mal que no era de día y en la playa si no parecería que lo estaban asando vuelta y vuelta. Aunque en invierno seguro que era muy sexy ver como se quitaba las capas de ropa como si estuvieras pelando una cebolla.

El viaje a la discoteca fue entre risas, canciones y chillidos. La euforia nos invadía y después

de aparcar el coche nos pusimos a la cola de la discoteca.

Entramos y la música nos envolvió por completo, la discoteca estaba llena y se veían más mujeres de lo habitual. ¡Qué raro! Un tío bueno atraía a muchas chicas a la discoteca y eso suponía más consumiciones. Recorrí con la vista la discoteca mientras nos acercábamos a la barra a por algo de beber y no vi a nadie conocido. Seguro que los demás vendrían más tarde porque iba a pinchar un conocido del pueblo y eso unido al chico bombón, pues...

Entre bailes, bebidas, chicos que ligaban con mis amigas y los demás chicos que llegaron a no sé qué hora, la fiesta se puso más interesante porque cuando se acercaba algún chico a invitar a alguna de mis amigas se ponían gallitos en plan "¡Ey tú, son mis chicas, aléjate!".

Fui a la barra a pedir otra copa, el camarero pasaba de un lado a otro sin hacerme caso. Suspiré e intenté llamar su atención poniendo medio cuerpo encima de la barra y moviendo los brazos como una loca cuando se acercaba, así o me atendía o pensaría que estaba borracha. Por fin se paró en frente mía, me preguntó que quería tomar y cinco minutos después con el cubata en la mano me dirigía de nuevo a la pista de baile en busca de mis amigas, cuando me choqué con alguien. ¡No jodas, con lo bien que iba la noche! De repente noté frío en los pies, ¿se habría roto el vaso o solo se había derramado lo que había en la copa?

Miré a la persona con la que había chocado y después de morirme de vergüenza intenté parecer lo más indiferente posible.

—Perdón, no me fijé por donde iba —dije mirando esos ojos azules que ya conocía tan bien.

—Hola, Maika. No sabía que ibas a venir —contestó Lucas sonriéndome.

¿En serio? ¿De verdad me estaba diciendo eso después de semanas sin dirigirme ni la mirada? ¡Este tío estaba fatal de la cabeza! Le miré de nuevo, de arriba abajo, buscando signos de que estuviera borracho pero no arrastraba las palabras, ni le veía hacer movimientos raros. ¿Le hablaba como si nada como había hecho él o pasaba y me hacía la fuerte? No podía ser que en el mismo momento que había decidido pasar de él e intentar ser feliz con mi soledad, volviera a hablarme.

—Bueno, será porque no haces caso a lo que digo en el trabajo. —Mi genio salía a relucir. Maika, cállate que estás más guapa.

—Lo siento, he estado un poco... agobiado —me respondió pensando la palabra.

Bueno, era increíble, ¿él estaba agobiado y lo había pagado conmigo? ¿Tenía yo la culpa de sus agobios para que ni me hablara? Yo solo intentaba hablar con él, ser una compañera y amiga, sí amiga también, aunque él no me considerara como tal.

—Tengo que volver con mis amigas. Pásalo bien —solté a modo de despedida. No quería sonar grosera pero él tenía el poder de volverme loca. Ahora me acerco a ti, después mejor me alejo y no existes. Volví a mirar a Lucas mientras me reafirmaba en mi propósito de ser fría con él.

Me disculpé otra vez y me fui hacia mis amigas dejando atrás a Lucas con cara de póker. Mis amigas me abrazaron y enseguida me acerqué a Paloma a contarle lo que acababa de pasar. Es verdad que ella apenas estaba conmigo pero hablábamos todos los días por teléfono para cotillear. Enseguida se giró para ver al chico del que tanto le había hablado y para mi sorpresa, me dijo que él seguía allí mirándome con el vaso medio vacío. ¿Entonces al chocar le había tirado la mitad de la copa? Pensé que se había roto el vaso, ni me había fijado en ese detalle.

Núria se acercó a nosotras y después de contarle lo que había pasado, miró de reojo disimulando un poco más que Paloma. Nada había cambiado y la solución de Nuri fue sacarme a bailar y gracias a ella y la música, me olvidé de todo lo que acababa de pasar.

Nos acercamos al Mister España para sacarnos una foto, no siempre tienes la oportunidad de

hacerte una foto con un chico tan guapo y aceitado. Los bóxer negros apretados le quedaban de lujo. Al acercarme para tomar la foto, comprobé que olía genial y no estaba pringoso. Se acercó a mí para darme dos besos y el olor a hierba cortada y madera inundó mis fosas nasales haciendo que suspirara. Me agarró de la cintura atrayéndome más a él y el chico encargado de las fotos y mis amigas sacaron un par de instantáneas. Le di amablemente las gracias y dejé a mis amigas que tuvieran su momento de gloria con el chico cañón de la discoteca.

Volvimos a la pista a bailar y en el momento en que el amigo de Alberto empezó a pinchar, nos fuimos a la barra a por otra copa y a hablar del Mister por el que Laura empezaba a suspirar como si tuviera quince años. Laura era muy guapa, incluso alguna vez había posado para algún catálogo de bañadores. Siempre le decíamos que pensara en serio ser modelo porque aparte de ser rubia con melena, tenía un cuerpo delgado pero con curvas y una piel bronceada todo el año, y era muy fotogénica. Igual ligaba con el Mister y la introducía en el mundillo, ¿no?

Estaba tan concentrada en la conversación con mis amigas que me sobresalté cuando alguien me tocó en la espalda. Me di la vuelta tan rápido que casi se me cae la copa al suelo. Allí estaba David con una sonrisa impecable y de oreja a oreja. Se acercó y me dio dos besos y un abrazo. ¿Estaba bien?

—Hola, guapa. Se te ve radiante hoy —me dijo a modo de saludo al oído.

—A ti tampoco se te ve mal —le dije.

Por primera vez en años, David no llevaba los pantalones en el fondo del culo enseñando los calzoncillos, llevaba unos vaqueros ajustados que le enmarcaban el trasero haciéndolo apetecible. Le miré de arriba abajo y en verdad estaba de lo más guapo, la mirada pícaro y esa sonrisa siempre me había cautivado pero hoy notaba que él estaba feliz.

Nos pusimos a hablar de tonterías, del trabajo, de lo bueno que era el dj y mil cosas más. Era agradable ver que a pesar de todo lo que habíamos pasado seguía esa complicidad que nos caracterizaba, normal que mis amigas dijeran que hacíamos una buena pareja.

Nos pusimos a bailar juntos y, aunque sentía unos ojos fijos en mí, no me giré para ver quién era pues mi instinto me decía que Lucas no me quitaba ojo. Era muy raro todo lo que tenía que ver con ese hombre, me volvía loca y no podía permitirlo. Cerré los ojos para alejar las ideas de un futuro con él, intentar olvidar esos sentimientos que no parecían querer dejar de florecer y sobre todo para intentar que la música me reconfortase por dentro como siempre hacía. No era mi género favorito pero la música siempre lograba calmarme como si una fiera salvaje viviera dentro de mí y la domase. Qué locura, ¿no?

Poco a poco empezaba a calmarme, ya no notaba que me miraban. Estaba en mi mundo, mi oasis cuando de repente noté una presión en mis labios. Abrí los ojos de par en par, casi como los dibujos animados, y David apareció ante mí con sus ojos cerrados. ¡Me había besado! Al ver que no le seguía y que poco a poco me alejaba, me agarró por la cintura y con su sonrisa de no pasa nada, seguimos bailando la canción lenta que estaba sonando en ese momento. Me apoyé en su hombro desconcertada, ¿acaso quería volver?

Me fui hacia la barra, mis amigas estaban allí mirándome y riéndose de no sé qué. Iba a empezar la última canción del Dj y estaban preparando unas bengalas a lo largo de la caseta del pinchadiscos habitual. Me estaba sintiendo algo rara por lo que había dicho a mis amigas que iba a ir al servicio a echarme un poco de agua en la nuca para refrescarme.

Estaba llegando cuando vi que Lucas estaba cerca de la puerta de los baños. Tal vez podría pasar sin refrescarme y así evitar estar cerca de él pero claro, si lo evitaba le daba la razón a mi yo interior de que no podía olvidarle de la noche a la mañana, y menos cuando despertaba en mí

tantos sentimientos. Me quedé parada sin saber qué hacer, cuando de repente las luces de la discoteca se apagaron a la vez que un estallido ensordecedor se propagó por el lugar. Las luces de emergencia enseguida se encendieron pero no conseguía ver nada y la gente entre chillidos y empujones empezó a moverse en dirección contraria a la que iba yo, para lograr alcanzar la salida mientras la luz de emergencia no se apagase. La muchedumbre me zarandeaba, debía salir de allí también y buscar a mis amigas. Me uní a la marcha hacia la salida pero alguien me empujó o me tropecé con algo no lo sé, y comencé a caer cuando otra persona me agarró y me abrazó. Con la oscuridad no veía nada pero el olor de esa persona me sonaba familiar.

—¿Estás bien?

Me quedé sin palabras en ese momento. ¿Qué si estaba bien? Por lo menos no me habían aplastado contra el suelo que ya es mucho.

—¿Te han hecho daño? —me apremió preocupado.

¿Por qué no me salían las palabras? Abría la boca y ni un sonido salía, menos mal que no me veía sino diría que era estúpida.

La gente seguía gritando, empujando y nosotros estábamos allí en medio, como si fuéramos una roca que desvía el cauce del río a su alrededor. No podía ser que él fuera el que me había salvado.

La luz volvió a la discoteca, y mis sospechas se confirmaron. ¡Estaba entre los brazos de Lucas! Su olor me impregnaba por completo y sus fuertes brazos impedían que cayera al suelo. La cara de preocupación que tenía cambió a la de sorpresa y por un momento nos quedamos mirando como si no hubiese nadie más en aquel local, como si todos hubieran desalojado.

—¿Te has hecho daño, Maika? —me volvió a preguntar a la vez que sus ojos reflejaban preocupación de nuevo.

Su voz sonaba suave, a pesar del barullo que había por la alegría de la vuelta de la luz, le escuché perfectamente. Me aclaré la garganta e intenté responderle pero al ver que seguía sin poder decir palabra, negué despacio. Lucas me apretó más fuerte contra él y yo suspiré, ¿por qué tenía que sentir tantas cosas por él?

Mis amigas me localizaron y enseguida se acercaron hasta donde estábamos Lucas y yo abrazados, me sentía en el cielo pero como no todo lo bueno dura para siempre nos separamos y él se marchó en busca de sus compañeros de juerga.

David estaba con ellas y lo primero que hizo fue besarme de nuevo delante de todos, me abrazó y me preguntó si estaba bien. Noté un pinchazo en el corazón y al mirar hacia otro lado, vi a Lucas que me miraba y se llevaba la copa a sus labios para darle un largo trago y girar para darse la vuelta. ¿Qué estaba pasando?

Después de que todo volviera a la normalidad y que David me soltara, Nuri me había pedido que la acompañara al servicio y con lo que acababa de pasar no me venía mal refrescarme.

David antes de que me fuera me dijo que iba a tomar el aire un poco y que cuando acabara que saliera a buscarle, quería hablar conmigo y dentro de la discoteca era imposible.

Capítulo 14



Fuera de la discoteca... (Narrador)

David salió de la discoteca con paso lento, tenía demasiadas cosas en la cabeza y parecía que a cada paso cambiaba de idea. Se acercó a la barandilla que separaba el paseo marítimo del mar, puso sus manos en el frío metal y miró hacia el horizonte en busca de esa tranquilidad que le faltaba en su interior.

Para él Maika era especial, sentía cosas por ella y por eso no podía evitar intentar besarla cuando podía pero también entendía que ella ahora no quisiera saber nada de él después de lo que había pasado en la fiesta de San Roque. Tal vez si le decía lo que sentía, ella podría entenderle.

No era capaz de aclararse, quería estar con ella pero tampoco quería que si a ella le gustaba otra persona le usara para olvidarlo como había hecho él con su ex. Todo era extraño, algo le incitaba a estar con ella y si la veía con otros se ponía celoso, como hace un rato que estaba abrazada a Lucas. ¿Acaso en vez de amor sería obsesión? No podía ser eso, él sentía algo por Maika y era muy diferente a lo de otras. Tal vez era la indicada para tener una relación seria y con futuro.

De repente le vino a la cabeza la imagen de Maika en sus brazos, besándole apasionadamente, acariciándose despacio, notando miles de sensaciones por todo el cuerpo, sintiendo que era suya y disfrutando de lo que nunca nadie antes había podido disfrutar de ella.

Decidido, tenía que pedirle otra oportunidad, así lo sentía en su interior y quién sabe si esta vez podría enamorarla por completo y ser el único en su corazón.

La noche era cálida, el mar estaba tranquilo y las calles cercanas a la discoteca estaban llenas de gente en los bares disfrutando del final del verano. La brisa que llegaba era un poco fría, pero se agradecía ante el calor de la noche que prometía estar llena de decisiones importantes.

David se giró y apoyó su cuerpo en la barandilla esperando a que Maika saliera, ya le había pedido un día para hablar pero esta noche le parecía perfecta y más ahora que estaba seguro de lo que tenía que hacer.

Cerró los ojos recordando las imágenes que poco antes había saboreado en su alma, él y Maika juntos, disfrutando y siendo uno. Se recreó en cada sentimiento que le despertaban e incluso notó como la corriente de la pasión le recorría todo el cuerpo.

Una palmada en el hombro derecho le trajo de vuelta a la realidad. Al abrir los ojos se quedó asombrado al ver delante de él a Lucas y no a Maika como esperaba. ¿Qué querría ese ahora? Por lo menos no parecía que tuviera ganas de pelea ya que le había dado una palmada y no un puñetazo como la última vez.

La ira empezó a instalarse en cada poro de la piel de David al recordar la paliza que le había

dado la última vez que se vieron. Le había roto la nariz y ahora estaba ahí delante de él como si nada hubiera pasado. La sangre le hervía cada vez que lo recordaba pero otra imagen cobró importancia en su mente, Lucas y Maika abrazados como si fueran el uno para el otro, mirándose de una manera especial que no lograba entender y que sobre todo, ansiaba él.

Maika tenía que mirarle a él de esa misma manera, tenía que hacer que su corazón fuera de él y no de ese engreído que por si fuera poco ya tenía novia. ¿No podía conformarse con lo que tenía? Era un maldito egoísta engreído... Maika sería para él como fuese.

—¿Quieres algo? —preguntó lo más desagradable que pudo.

—Hablar —respondió levantando las manos.

—No creo que tengamos nada de qué hablar, sobre todo después de la última vez que nos vimos. Esta vez no me pillarás desprevenido, ahora siempre voy respaldado — dijo enseñando el brillo de una pequeña navaja.

—Tranquilo, solo quiero hablar de Maika.

Maika era lo único que los unía, Lucas era su compañero de trabajo y él amigo suyo desde siempre y rollo a ratos pero, ¿qué quería? Una parte de él no quería saber si sus sospechas eran reales y la otra quería saber todo para poder aprovechar cualquier ventaja para hacer que Maika pasara de ese hombre que lo quería todo para él. Se removió incómodo cambiando el peso de su cuerpo de una a otra pierna balanceándose ligeramente hacia los lados.

—Creo que no tenemos nada de qué hablar —respondió al fin.

—He visto que has estado toda la noche pegado a ella, ¿qué quieres? ¿No te llega el daño que ya le has hecho para que intentes algo más y destrozarla por completo? —replicó Lucas molesto y apretando los puños.

—Lo que yo haga es cosa mía y no tuya. ¡Déjame en paz!

—No le hagas daño, ya se lo has hecho una vez.

— ¿Qué coño te pasa? ¿Ahora eres el caballero de reluciente armadura que protege a damiselas en peligro? Cuida de tu novia y deja a las demás tranquilas —explotó David.

Se quedaron en silencio consciente cada uno de que había dicho más de lo que esperaba o quisiera admitir. David no entendía que pretendía con aquello aquel chico, él tenía su vida, su trabajo, su novia y ¿pretendía quitarle la suya? Bueno también es cierto que no eran nada ellos dos, pero esperaba que Maika le diera otra oportunidad.

—Maika es una buena chica, no quiero que le hagan daño. —Respiró cerrando aún más los puños hasta hacer que los nudillos se volvieran blancos—. No soy un caballero andante pero sí soy una persona con dos dedos de frente y nunca haría daño ni dejaría que nadie hiciera daño a alguien importante para mí.

Dicho eso, Lucas se dio la vuelta y muy despacio volvió al interior de la discoteca, no sin antes darse la vuelta hacia David y decirle “te estaré vigilando de cerca”.

“¿Qué se creía ese tipo? ¿Cómo iba a hacerle daño a Maika con lo que la quería?” La ira fue dejando paso a la incredulidad y luego a la determinación. Tenía que hacer que ese se alejara de ella y para ello destrozaría su vida si era necesario.

Poco a poco fue recuperando la compostura, se había alterado mucho con esa mini conversación. Se volvió a girar y miró el mar en un intento de que calmara a la bestia que tenía dentro y que clamaba por respuestas directas y no vagas insinuaciones.

Era verdad que Lucas siempre se mostraba arisco cuando él iba a verla al trabajo mientras habían sido novios, se ponía muy pesado y apenas podía hablar con ella. Aunque no lo supiera, él también había hecho sufrir a Maika con sus largas y desplantas, no era un santo.

La imagen de Maika y Lucas abrazándose volvió a su mente y con toda la fuerza que tenía dio un puñetazo en la barandilla de metal consiguiendo que su brazo vibrara. Por un momento le entró la duda de todo lo que había decidido al imaginarse un beso después de ese abrazo. ¿Ella lo permitiría? ¿Le daría otra oportunidad?

Empezó a buscar las palabras adecuadas para decírselas a Maika, tenía mucho que expresar y lo suyo no era la oratoria. ¿Cómo decirle todo lo que sentía por ella? Tenía que ser claro, directo y sobre todo, sincero.

Capítulo 15 (Maika)



Dejé a Nuri en la pista de baile con Paloma y Lucía mientras iba a buscar a David. La verdad que me intrigaba que era lo que quería hablar el otro día, pero viendo lo que había pasado hacía un momento, lo más lógico era pensar que quería volver pero, ¿por qué iba a querer volver después de ponerme los cuernos con su ex?

Al salir me crucé con Lucas, me saludó con la mano y me fijé en que traía la cara descompuesta, ¿qué pasaría? ¿Le habría pasado algo con la novia o los amigos? Y aquí estaba yo de nuevo, tonta de mí, preocupándome por él.

La brisa marina me agarró cuando puse los pies fuera de aquel local lleno de gente, agradecí el frío que se posaba en mi piel haciendo que mi temperatura bajase, esto era mil veces mejor que el agua en la nuca.

Caminé despacio hasta David que estaba mirando el mar. En el muelle que había cerca estaba atracado un pequeño barco pesquero que siempre lo veía fuese de día o de noche; igual solo era decorativo.

Le toqué el hombro despacio, no quería asustarlo. David se giró deprisa con una cara entre enfadado y sorprendido, que me dejó descolocada. ¿Por qué me miraba así si él me había pedido que lo fuera a buscar? Retrocedí un par de pasos dispuesta a marcharme por donde había venido y olvidarme de esas confesiones que sabía que me iba a decir.

—Espera, no pretendía asustarte. Pensé que eras otra persona con la que hace un rato estaba discutiendo —me explicó David.

—¿Qué querías? Sabes que no puedo dejar sola a Laura, que la lía parda. Está embobada con el Mister y para colmo parece que este le hace caso —apremié.

Nos quedamos en silencio, el ruido de la discoteca llegaba a mis oídos cada vez que se abría la puerta. La gente empezaba a arremolinarse cerca de la entrada pues la mayoría de los demás bares ya estaban cerrando y había que seguir la fiesta. A veces mi madre me decía que pasaba más tiempo fuera de casa y de fiesta que en casa y tal vez tenía razón. Igual no me venía mal un poco de descanso y dormir más horas para tener una buena apariencia y no dejárselo todo al maquillaje milagroso.

—Seguro que ya sabes lo que quiero decirte. No creo que después de tanto tiempo de conocernos tenga muchos secretos o por lo menos, creo que soy fácil de entender.

—A veces no hay quién te entienda, la verdad. Haces cosas que son raras a mi manera de ver las cosas —me sinceré con David.

David me miró a los ojos, me sentí extraña ya que era la primera vez que le veía ese brillo de determinación y se me pusieron los pelos de punta. Miré al barquito, siempre en la misma

posición y muchas veces engullido por la crecida del mar en épocas de temporal. Se supone que el amor debería ser así; inamovible ante las tempestades, fuerte y verdadero para que el tiempo no lo destroce. ¿Algún día podré disfrutar de algo así? ¿Por qué solo me fijaba en chicos imposibles o que me acababan haciendo daño y utilizando?

Miles de preguntas se arremolinaban en mi cabeza y muchas de ellas no tenían respuesta, por lo menos no ahora. Intuía lo que quería pero, ¿podría darle lo que esperaba? Yo quería a Lucas y aunque estaba decidida a olvidarle y alejarme de él las cosas no eran fáciles y no se olvidada de un día para otro.

Me acerqué a la barandilla al lado de David, miré el horizonte y este hizo lo mismo. El silencio, aquella ausencia de palabras en la que con miradas se entienden las personas. ¿Entendería David mi silencio? Era verdad que él y yo siempre nos habíamos llevado genial, me hacía reír mucho y con él todo era fácil hasta que me puso los cuernos en las fiestas. La confianza es muy importante en una relación y yo ya no confiaba en él.

—¿En qué piensas? Estás muy callada y cuando pasa eso, algo bueno no es —me preguntó David sacándome de mis cavilaciones.

—En todo lo que ha pasado, lo que hemos vivido y lo que tú quieres. No sé si podré dártelo, David.

—Sé que he hecho mal las cosas, que no he sido el mejor de los rollos que has tenido. Hoy haría las cosas diferentes, he tenido tiempo de pensar y de darme cuenta de muchas otras cosas. —Hizo una pausa—. También soy consciente de que lo que siento por ti es diferente a lo que he sentido por otras y quiero tener una segunda oportunidad para demostrarte que puedo ser un buen novio.

—Sabes que suelo dar segundas oportunidades pero, ahora mismo, creo que no es el momento para ello. No confío en que si vuelve tu ex no vayas corriendo como la otra vez y me dejes tirada. Lo siento, David.

No podía darle otra oportunidad solo porque hubo algo entre los dos una vez, no estuve con él por una buena razón y no quería cometer el mismo error, no era justo para ninguno de los dos. Tal vez, por David solo sentía un cariño especial, una gran amistad que podía confundirse con el amor porque nos compenetrábamos muy bien; nos gustaban las mismas cosas, la misma música, la misma comida, teníamos algunas manías iguales y todo eso unido a que nos conocíamos de toda la vida, podía confundir a cualquiera, ¿no?

—Respeto lo que decidas pero, sé que esta vez sería diferente. Tengo todo muy claro y espero demostrártelo. Sólo ten paciencia y verás.

Miré a David sorprendida por sus palabras, parecía que era otra persona, más maduro y con una determinación que solo le veía cuando había que organizar una fiesta o una barbacoa.

Me acerqué a él y le di un beso en la mejilla. Le susurré “lo siento” al oído y me marché de vuelta a la discoteca, no sin antes mirar el reloj y ver que se estaba haciendo muy tarde. Entre lo de Lucas y David se me habían ido las ganas de seguir de fiesta y solo quería ir a mi casa, acostarme y pensar en las musarañas antes de dormir.

¿Por qué era todo tan complicado? ¿Estaba intentando hacer las cosas bien! Todo se complicaba y estaba hecha un lío.

Capítulo 16



Encontré a mis amigas cerca de la entrada. Me acerqué a ellas y Nuri enseguida me enganchó del brazo y me llevó a parte.

—¿Qué te pasa? Tienes mala cara —se preocupó.

—Pues David quiere volver, así en plan resumido. Le he dicho que no pero se le veía tan convencido de que ahora sería diferente que por un momento he dudado.

—¿A ti te gusta David?

—No lo sé. Es algo raro y ahora tengo un dolor de cabeza horrible como para pensar sobre algo tan serio. Tal vez mañana cuando esté descansada pueda pensar con claridad.

—Si quieres podemos quedar un día y buscar una solución a lo que sientes. Es normal confundir cosas, no te preocupes.

Le agradecí a mi amiga que se preocupara tanto por mí, y enseguida cambiamos de tema de conversación a las vacaciones que compartiríamos en Roma en unas semanas. Volvimos con las demás y decidimos volver a casa que se estaba haciendo muy tarde.

El camino de vuelta fue igual que el viaje de ida, pero con una persona menos. El Mister había congeniado con nuestra amiga y había decidido quedarse un rato más para ligárselo y quién sabe si algo más.

Nosotras nos reíamos con las situaciones que se nos ocurrían que podrían pasar en el viaje de vacaciones que se acercaba. Igual alguna de nosotras conseguía conquistar a un italiano millonario que nos consintiera todos los caprichos y vivir como reinas. ¡Qué ocurrencias!

Llegué a casa y me fui directa a mi cama a descansar. Estaba hecha un lío y no tenía ganas de pensar ni buscarle la lógica a mi vida en esos momentos. Como decía mi madre: “lo que tenga que ser será, no hay que forzar las cosas”.

El fin de semana pasó de prisa, aunque parecía raro no salí de fiesta con mis amigas, no tenía ganas de volver a encontrarme con esos dos, necesitaba tranquilidad.

Nuri me llamó el lunes, que era mi día libre, para ir a comer juntas. Nos fuimos a un pequeño restaurante cerca del paseo marítimo. Nos sentamos en una mesa con una cristalera al fondo que tenía vistas al mar. ¡Qué tranquilidad! Después de pedir la comida, Nuri se quedó pensativa mientras admiraba las vistas.

—Nuri, ¿qué te pasa? —le pregunté mientras ella volvía a mirarme—. Te noto ausente.

—Bueno, tengo algo que decirte. Hasta ahora no era nada seguro, pero hace unos días me llegó la respuesta.

—¿Respuesta a qué? —Mira que a Nuri le gustaba el misterio, no sabía a qué se refería.

—Hace unos meses una amiga de otra ciudad, me avisó de que necesitaban una chica para

hacer prácticas en una guardería. Sabes que me encantan los niños, he estudiado educación infantil y dije bueno, por probar no pasa nada. Mandé un correo con mi currículum y una carta de presentación pensando que no me cogerían para el trabajo. Hace unos días, fui a conocer a la directora de la guardería y nos quedamos hablando de todo lo que tendría que hacer y que seguro, si me adaptaba bien a los niños, me quedaría bastante tiempo.

Núria se quedó callada y volvió a mirar por la ventana. ¿Se iba a ir de aquí? Era una de mis mejores amigas y pensaba que siempre estaríamos juntas, incluso después de casarnos y con bebés. Amigas para siempre, siempre unidas.

—Entonces, ¿te vas a ir de aquí a esa otra ciudad? —pregunté sabiendo ya la respuesta de Nuri.

—Sí, me voy en una semana. —Se quedó callada—. Me iré a casa de Paula unos días hasta que encuentre un piso para mí. Sabes que no me gusta nada molestar a la gente y aunque seamos amigas cada una necesita su espacio.

Asentí con pesar, me dolía separarme de mi amiga pero si era lo que quería no podía interponerme. Me alegraba de que ella encontrara su camino aunque fuera lejos de mí y de las demás pero, seguro que nos podríamos ver con frecuencia, ¿no?

—Me alegro de que puedas trabajar de lo que te gusta —dije por fin—. Supongo que cuando estés instalada podemos ir de fiesta allí contigo o vienes tú de vez en cuando.

Enseguida nos pusimos a programar esas visitas de fin de semana y nos reímos como locas con las ocurrencias de ambas. Si es que cuando nos juntábamos era un no parar de reír. La comida al final de esa noticia amarga, fue divertida y con promesas de vernos a pesar de la distancia y seguir siendo tan amigas.

Cuando nos reunimos con las demás para que Núria les contase que se iba a marchar, todas empezaron a abrazarse a Nuri para despedirse y enseguida Laura propuso hacer una fiesta de despedida en la casa de sus padres, que el fin de semana estarían fuera por trabajo. A todas nos pareció una gran idea y nos pusimos a preparar la mejor fiesta de despedida del mundo.

Fuimos a mi casa, mi madre nos abrió justo cuando iba a meter la llave en la puerta. Mi madre iba a ir a la compra de la semana y nos preguntó si queríamos algo de paso que iba. Le pedimos una coca cola y algunas patatas onduladas porque luego pondríamos alguna película en la televisión de mi habitación para desconectar un poco.

Cogí unos folios y bolígrafos que dejé encima de la mesa del comedor. Nos sentamos todas y empezamos con las listas; lista de invitados, de comida, bebidas, música, películas por si acaso y quien se encargaría de comprar el carbón para hacer la barbacoa.

Cuando volvió mi madre de la compra ya teníamos todo organizado, quien se iba a ocupar de qué y qué necesitábamos comprar. Nos dio una bolsa con las patatas y la coca cola y nos fuimos a mi habitación en la que enseguida pusimos una película de comedia con la que nos reímos como nunca. Me dolía la barriga de tanto reírme, tenía que sujetarme la barriga y aun así era doloroso.

Núria se quedó a dormir en mi casa cuando todas las demás se fueron y así pudimos hablar algo más a solas. Ella era una de mis mejores amigas, pasaba mucho tiempo con ella, tanto era así que en mi casa tenía un pijama y un cepillo de dientes.

Como de costumbre peiné la larga cabellera castaña de Nuri y le hice una trenza porque se le enredaba mucho el pelo. Ella al contrario que yo, algunas veces había hecho dieta y adelgazado mucho, siempre intentaba que la siguiera e hiciésemos juntas la dieta y esas cosas, pero a mí nunca me había llamado la atención y no entendía porque ella lo hacía si estaba genial de peso. ¿Quién me iba a alentar ahora si ella se iba?

Pasamos casi toda la noche hablando, de lo ilusionada que estaba con su nuevo trabajo, de las ganas que tenía de empezar y de lo que supondría ese cambio para ella que esperaba que fuera para bien. Tal vez si algún día necesitaba un cambio de aires podía contar con que me acogiera en su casa un tiempo y así desaparecer del mapa.

David me había estado mandando mensajes todo el día para vernos y pasear, pasar un rato juntos e interesarse por cómo estaba pero, pensé que no era el momento cuando hacía tan solo unos días que le había dicho que no podía pedirme una nueva oportunidad. ¿No podía conformarse con mi amistad?

La última vez que miré el reloj eran casi las cinco de la mañana y por desgracia en unas horas tendría que ir a trabajar, menos mal que solo quedaban unos días para las vacaciones.

Cuando me desperté noté mucho cansancio, estaba peor que nunca y parecía que cargaba con un gran peso.

Núria seguía durmiendo y después de vestirme y prepararme para trabajar fui a la cocina a hacer café. Me sorprendió ver que mi madre había hecho café cuando a ella no es que le gustara mucho ya que básicamente su desayuno era leche con unas gotas de café. Me preparé unas tostadas, saqué mermelada y mantequilla de la nevera y me senté en la mesa redonda de la cocina para desayunar.

Miré el reloj y me quedaba una hora para ir al trabajo, se me iba a pasar muy despacio esta semana. Seguro que apenas vendría gente al ser final de mes y así ahorrar algo para las fiestas.

Me marché de casa sin despertar a Nuri, en la cocina quedaba café y cuando quisiera podía marcharse, era como una hija más para mi madre y tenía llaves por si le hacían falta o cualquier cosa, con lo cual, al ver que ya no estábamos en casa, cerraría la puerta con llave.

Paseé de camino al trabajo aprovechando los rayos de sol que me daban en la cara y calentaban mi cuerpo aún entumecido. Nunca me había gustado demasiado el sol ni el calor pero esta vez lo estaba disfrutando como una niña pequeña en la playa. ¿Quedaría muy mal que después de comer fuera a la playa e hiciera un castillo de arena por los viejos tiempos? Es increíble como de pequeños no nos preocupaba más que jugar, hacer castillos de arena en verano, pasear por la playa, ir a la piscina y jugar con todos nuestros amigos en el parque, ¿cuándo habíamos perdido la inocencia y las ganas de una vida simple?

A mitad del camino al trabajo, al doblar la esquina del banco, estaba David con un pequeño ramo de flores. Me acerqué a él, despacio y tal vez con algo de miedo a una situación que tal vez no sabría manejar bien del todo.

—Buenos días, Maika. ¿Cómo estás? —me dijo tendiendo un pequeño ramo de claveles blancos.

—Bien, un poco cansada. Gracias por las flores —dije cuando alargué la mano para cogerlas. ¿Estaría bien que me las quedara? ¿Pensaría con eso que si podía darle otra oportunidad? —Sabes que no puedo estar contigo, ¿verdad?

Nos quedamos en silencio. Era una situación difícil de manejar; no quería ser descortés con él ya que se había tomado la molestia de traerme flores pero tampoco quería darle falsas esperanzas sobre una relación que no veía clara, ni con futuro. ¿No podíamos ser amigos y ya está?

Hablamos un rato de tonterías mientras se acercaba la hora de entrar. Intenté quitar hierro al asunto como pude porque era verdad que él no era un simple amigo ya que habíamos ido un paso más allá antes, pero no tenía claro que pudiera dar ninguno más hacia adelante mientras siguiera enamorada de Lucas. Había jurado olvidarme de él, intentar hacer mi vida y volver a enamorarme de otra persona con la cual tener un futuro feliz y normal, si bien no era rodeada de niños como

muchas de mis amigas tenían en mente.

La alarma del reloj sonó y miré la hora. Tenía que entrar al trabajo. Nos despedimos con dos besos como siempre y recorrí los pocos metros que me quedaban hasta la entrada del restaurante. Suspiré y entré con mi sonrisa habitual sujetando el ramo de claveles que David me había entregado. La cocinera al verme entrar con el ramo enseguida se acercó para que le contara quién me había dado los claveles y darme un pequeño jarrón con agua. Después de poner las flores en el jarrón con una pequeña aspirina, para que duraran más tiempo vivas, las dejé al lado de la caja registradora que le daba un toque más alegre.

Casi sin darme cuenta la mañana había pasado, la gente no dejaba de venir y no quería imaginar cómo sería la noche. Era tan raro que un martes hubiese tanta gente, aunque era mejor eso que cruzarse de brazos y mirar al techo o limpiar todo el local aburrida.

La noche fue igual de ajetreada, no paré de ir y venir con comida, bebidas, cafés, postres, las cuentas y sobre todo las devoluciones. Al final de la jornada me dolían los pies y solo quería llevarme la cena a casa para descalzarme, notar la fría baldosa en la planta de los pies que debían de estar hirviendo y descansar. Dormir toda la noche de un tirón que seguro que es lo que iba pasar pues, entre lo poco que había dormido por hablar con Nuri, y toda la gente que había venido, estaba realmente agotada.

La semana no acababa de pasar, había mucha gente en el local y cuando llegaba a casa estaba exhausta. David venía cada día a buscarme a la salida al medio día para hablar un rato, me sentía muy a gusto con él cuando no notaba la presión de que él quería pedirme de nuevo otra oportunidad.

¡Por fin sábado! Al llegar por la mañana, feliz por estar tan cerca de las vacaciones, David apareció como había hecho toda la semana pero hoy, por la mañana, que había venido a comprar cosas para la fiesta de Nuri. Como al inicio de la semana, me había traído un ramo de flores preciosas, no sabría decir que flor era, pero desprendía un olor muy agradable. Entré con el ramo y la mejor de mis sonrisas, esta vez sí estaba feliz y no tendría que usar mi sonrisa falsa.

Cambié el agua del jarrón y tiré los claveles que quedaban e igual que la primera vez repetí el proceso para poner mi nuevo ramo en agua.

—¿Otro ramo? David empieza a insistir bastante, ¿no? —me preguntó Amalia con su sonrisa burlona.

—Bueno, la verdad me gustan los detalles como este que tiene pero, no creo que vuelva con él. La confianza no vuelve de un día para otro y no creo que él sea para mí, no sé. A ver qué pasa —me reí para quitarle hierro al asunto.

Volví a la barra con el jarrón con las nuevas flores que desprendían un leve aroma por todo el local, al final había sido una buena idea poner las flores allí.

Apenas tuvimos trabajo por la mañana, limpié el local, preparé cajas para la pizza y cositas para tener listo todo a la noche y con una pizza en las manos, a las cuatro de la tarde, me fui a casa a comer y descansar un poco pues esta noche iba a ser movidita, no solo por el trabajo sino porque era la fiesta de despedida de Núria y aunque no iba poder ir a la cena, lo demás no iba a perdermelo.

Después de descansar y mandarme mensajes con mis amigas, organizamos el resto de la noche. David vendría a buscarme al trabajo para llevarme a la casa que estaba en un pueblo cercano y yo no tenía coche aún. ¿Por qué David? Pues porque fue el primero en ofrecerse y el resto de mis amigos, como sabían de sobra que habíamos tenido algo, pues igual se pensaban que, no sé, podríamos volver, que sé yo.

Llegué al trabajo antes de lo normal porque había recibido un mensaje de los jefes que querían hablar con nosotros antes de empezar el turno. Me cambié, y esperé a que nos reuniéramos todos en torno al jefe que se le veía algo agotado.

—Buenas noches, lo primero daros las gracias por todo vuestro esfuerzo y trabajo. Este ha sido un gran verano, con mucha gente y hemos sido como siempre muy eficaces. Lo segundo, como veis no estoy en mi mejor momento y por eso hemos decidido cerrar un día antes de lo previsto y hoy, será el último día antes de las vacaciones. Después de cerrar hoy las puertas por la noche, no nos veremos en un mes y espero que lo paséis genial, disfrutéis y vengáis con más ganas que nunca a trabajar.

Todos asentimos y entre abrazos nos dispusimos a empezar la última noche de trabajo. La verdad, fue incómodo darle un abrazo a Lucas por todo lo que sentía por dentro y cuando nos tocamos sentí como si una corriente me recorriera entera erizando mi vello. Si me ponía así con un abrazo, ¿cómo sería si nos besásemos? Enseguida aparté esos pensamientos y me centré en las próximas cuatro o cinco horas de trabajo y que luego, por fin, empezarían mis vacaciones.

Capítulo 17



Me fui a mi lugar detrás de la barra y me acerqué al ramo de flores que cada vez despedían un aroma más suave. Me incliné hacia ellas para inspirar su aroma e intentar tranquilizarme, seguro que el resto de la noche no se acercaría a mí y podría relajarme un poco, además, estaría un mes sin verle ni trabajar con él todos los fines de semana, por lo cual iba a poder concienciarme más en mi propósito.

Llegaron los primeros clientes y con ellos mi cambio de chip, no había tiempo para pensar en chicos, ni flores y menos en las vacaciones que se acercaban en unas horas, ya que pronto se llenaría el local.

Me pasé la noche poniendo bebidas, cafés, postres, atendiendo el teléfono y envasando la comida para llevar que habían pedido ya fuera por teléfono o en la misma barra. No paramos en varias horas, y cuando ya quedaban pocas mesas, empecé con mi rutina de rellenar neveras de bebidas, que ya había limpiado a fondo esa misma semana de agua y porquería que podía haber caído dentro, colocar los vasos y copas del lavavajillas y todas las cosas que solía hacer siempre al terminar mi turno. Lucas estaba más desahogado de trabajo y se acercó a mí.

—¿Y esas flores? ¿De quién son?

—David, esta mañana me las ha traído al trabajo.

—¿Has vuelto con él? —me preguntó entre enfadado y sorprendido.

—Eso no es algo que te importe.

—Pues claro, ¿después de lo que te hizo vuelves con él?

—Nadie ha dicho que estemos juntos, solo que me ha traído flores y lo que yo haga con mi vida no es asunto tuyo, creo.

—Bueno, eso es verdad. ¡Allá tú!

Miré como se alejaba mientras recogía unos platos de una mesa que se acababa de marchar. ¿Por qué me pasaban estas cosas a mí? ¿Por qué estaba enfado? Solo eran unas flores y yo no tenía nada con ninguno de ellos. Parecía que hiciese lo que hiciese tenían una habilidad para hacerme sentir mal. ¡Hombres!

Cenamos entre risas alegres por el inicio de las vacaciones antes de tiempo. Lucas hacía chistes con Amalia y yo me agarraba la barriga para que no me doliera de tanto reír, la verdad tenía unas ocurrencias que madre mía, a nadie se le ocurrían. Parecía que todo había vuelto a la normalidad, a antes de la pelea de Lucas y David, me sentía feliz y a gusto y sobre todo con ganas de fiesta a pesar de que me entristecía que Nuri se marchara a otra ciudad.

Cuando salí del trabajo, David ya me estaba esperando en la puerta. Le di un abrazo y dos besos pero cuando Lucas salió se miraron de una manera extraña y David me agarró apremiando

que nos fuéramos hacia el coche para ir a la fiesta de Núria.

David me guió hasta el coche, no estaba muy lejos de mi trabajo pero el camino lo hicimos en silencio. ¿Había pasado algo entre esos dos a parte de la pelea? No podía ser que se hubieran vuelto a pelear, nunca los había visto cerca y esa mirada tan fría y llena de reproches me había asustado. La advertencia en la mirada de Lucas me dejó descolocada y David me había alejado de allí deprisa, aunque igual me estaba emparanoyando yo sola y todo era por lo de la pelea de la otra vez en el bar.

En el camino a la fiesta, David me preguntó por el trabajo y con toda la alegría del mundo, le contesté que me habían dado un día antes las vacaciones, así que podría quedarme hasta tarde porque no tendría que ir a trabajar, el destino se había puesto de mi lado.

Después de aparcar el coche, llamé a mi madre para recordarle la fiesta de Nuri y decirle que me habían adelantado un día las vacaciones y que iba a llegar tarde, que no se preocupase que lo más seguro que para no coger los coches nos quedaríamos a dormir en la casa de Laura.

Puse mi mano en la verja de hierro que hizo ruido al abrirse avisando a todos de nuestra llegada. Me asomé al ver lo bonito que estaba todo, había farolillos colgando dando luz, la barbacoa estaba encendida aún, en la mesa había bebidas de todas las clases, refrescos, comida, palomitas e incluso había algún helado derritiéndose lentamente en su tarrina. La noche aún no estaba fría y parecía que el verano se había alargado un poco más para que pudiera disfrutar de él. La música sonaba en un ordenador que tenía conectado unos altavoces, la música daba ganas de bailar y rápidamente fui en busca de Nuri para abrazarla y darle un beso. Estaba dividida, no quería que Nuri se marchase porque era a la persona que más apegada estaba, pero si era lo mejor para ella e iba a cumplir su sueño de trabajar con niños me alegraba por ella. Paloma estaba en la fiesta y al vernos con los ojos aguados vino a darnos apoyo moral y enseguida dijo alguna de sus tonterías consiguiendo que nos riésemos y olvidáramos lo que en unas horas iba a pasar.

Bailamos, reímos, cantamos como si fuéramos los integrantes de una orquesta profesional, eso sí, gallos incluidos, seguidos de risas de los menos borrachos. Jugamos como si fuéramos niños a verdad o prenda, a la botella pero, sobre todo, lo pasamos bien.

Muchos de mis amigos ya estaban borrachos, tanto que no eran capaces de caminar recto, otros en cambio sí conseguían caminar recto pero no se les entendía nada de lo que decían, eso era como intentar entender a un bebé, no había manera de entender una sola palabra. ¡Nuri ya podía empezar a practicar a entender a niños! Me senté en un banco de piedra al lado de un rosal de rosas blancas, aspiré su aroma y contemplé la escena. Mis amigos estaban locos y por eso los adoraba a todos, eran una parte importante de mí pero también era consciente de que algún día nos acabaríamos separando todos, pues nadie sabe qué camino te tiene reservado el destino.

David se sentó a mi lado, asustándome pues estaba metida en mis pensamientos y no me había dado cuenta de que se había acercado. Le noté que estaba un poco borracho pues sus ojos brillaban y estaban muy abiertos.

—Maika, ¿por qué no me das otra oportunidad?

Ahí estaba, mi amigo borracho siempre era muy directo. ¿Aún le estaba dando vueltas a lo mismo después de todo lo que le había dicho ya? Aunque volviera a repetirle lo mismo sería una conversación inútil porque cuando iba borracho se le olvidaban la mayoría de las cosas que había hablado, dicho o hecho.

—No empecemos de nuevo, David. Ya está, te lo dije en su momento y dos veces más —dije cansada del tema—. ¿No puedes conformarte con mi amistad? Yo no quiero hacerte daño y no siento por ti lo mismo que tú por mí, ¿para qué quieres sufrir?

—Tú siempre estás igual, que si voy sufrir, que si me vas hacer daño, que no sé qué...

—Pues si no quieres escuchar lo mismo siempre, no me hagas todos los días la misma pregunta porque ya me cansa.

—¡Pero yo quiero otra oportunidad! He cambiado, joder. ¡Déjame que pueda demostrártelo!

—¡No es tan fácil! Yo quiero a otro y no puedo estar contigo —le dije al fin dando por zanjada la discusión.

Me levanté cabreada, ¡con lo tranquila que estaba! A ver si se daba por enterado de una vez aunque, seguro que mañana no se acordaba de nada, pero tenía que decírselo. Ya se me habían pasado las ganas de fiesta, David estaba pesado y borracho siempre era peor. Paloma se acercó a mi lado y me soltó un cotilleo de Pablo y Lorena que me dejó flipando. Muchas veces los habíamos visto tonteando pero de ahí a tener una relación formal nunca se nos habría ocurrido. No es que pegaran mucho, era lo típico de que los polos opuestos se atraen, y esperaba que Pablo, que era una persona más casera, hiciera que Lorena dejara de salir tanto de fiesta y de liarse con cada personaje que acabaría llevándola por mal camino.

Ya se hacía tarde y nos fuimos a dormir, las chicas nos juntamos todas en una habitación y los chicos en otra. A los diez minutos o así, la habitación de los chicos se quedó en silencio absoluto y al poco rato empezaron a escucharse ronquidos y empezamos a reírnos e imitar a los chicos como si fuéramos niñas pequeñas. Nos quedamos hablando un rato más escuchando a Nuri con sus planes, la ilusión que se veía que tenía y sobre todo las ganas de empezar esa nueva etapa de su vida.

Capítulo 18



No sé en qué momento me quedé dormida, pero allí estaba rodeada de mis amigas al despertarme, cada una con unos pelos peores que las otras. No hacíamos eso desde hacía muchos años y en parte sentía como si volviera a ser niña, sin preocupaciones, solo acompañada de mis amigas y de una noche de juerga y confesiones. ¿Podría ser la vida tan sencilla? Al hacernos mayores se complicaba todo o, ¿éramos nosotros quienes lo complicábamos?

Después de adecentarme, peinarme un poco y esas cosas para no asustar por las mañanas, bajé a la cocina. Allí estaban ya los chicos saqueando la nevera en busca de sobras de la cena para desayunar.

Conociendo a mi amiga, seguro que había cereales por alguna parte y no me apetecía nada desayunar chorizo o costilla a la brasa como estaban haciendo los chicos. Cogí un bol y me preparé unos cereales. Me senté en la mesa redonda de la cocina que daba al jardín y como parecía que hacía buen tiempo, salí al mismo banco de ayer en el que discutí con David.

El aroma de las rosas blancas me inundó por completo haciendo que recordara la primera vez que había visto a Lucas fuera del trabajo, antes de que me pillara por él.

Iba a la escuela de idiomas, estaba estudiando primero de italiano para no olvidar el idioma y practicarlo un poco más que una vez al año. A mitad de camino empezó a llover intensamente y yo iba sin paraguas por lo que enseguida me refugié debajo de un soportal a esperar que bajara la intensidad. El tiempo pasaba y nada cambiaba así que decidí ir igual aunque llegara empapada pero, Lucas que pasaba por allí con un paraguas negro, se ofreció a acompañarme hasta la escuela de idiomas ya que él vivía al lado. Hablamos de tonterías, de mis ganas de sacarme el carné de conducir, de lo que me gustaban los coches y los rallyes y él me contaba sus experiencias de ir de copiloto y sobre todo de la única vez que había ido a un rally y lo bien que se lo había pasado. Me acompañó hasta la puerta en la que un rosal blanco hacía gala de su orgullo frente a la lluvia primaveral que amenazaba con dejarlo sin rosas. Al despedirnos, la fragancia de las rosas llegó a mí, suave y mezclada con el aroma del agua al caer en la hierba. ¿Por qué no podíamos volver a eso? ¿Era tan difícil que pudiéramos ser amigos? ¿Por qué tuve que fijarme en él?

Otro momento vino a mi cabeza: había suspendido el examen teórico del carnet de conducir por un fallo, ¡un solo fallo! Me había derrumbado por completo, tantos meses estudiando y lo peor de todo era que en la autoescuela no tenía fallos, ¿qué me había pasado? Lucas cuando se enteró, enseguida se ofreció a ayudarme a repasar en los momentos libres del curro. Cuando había poca gente o ya estaban todos atendidos me preguntaba alguna cosa que yo acababa contestando bien y así nos pasamos todo el verano aunque, también hablábamos de fórmula uno y los rallyes. Gracias a él, el verano se me pasó volando y con su ayuda cuando volví a la autoescuela unos días antes

del examen no tenía ningún fallo en los test.

El día antes del examen, en el turno de la cena, Lucas volvió a la carga.

—Estás subiendo por una cuesta y te encuentras con un coche aparcado en doble fila que te impide subir por tu carril y tener que meterte en el contrario. A la vez baja un coche por su carril, ¿quién tiene preferencia?—me preguntó, seguro de que había encontrado una pregunta difícil.

—Tiene preferencia el que está bajando, pero si yo estoy en esa situación no paro en medio de una cuesta ni loca. ¿Y si luego no puedo subir?

Lucas se rió de mi cara de miedo, pero en verdad si esa situación se daba sabía de sobra que me metería igual y que tendría que parar el que estaba bajando. Le tenía muchísimo miedo a las cuestas y tener que parar en ellas.

Cuando fui al examen, me sorprendí al ver a Lucas allí y me acerqué a él. Lucas se presentaba al examen de moto de alta cilindrada y aunque me cueste reconocerlo, me tranquilizó verle allí. Antes de que me llamaran para el examen, ya que íbamos por grupos, me deseó suerte y que me tranquilizara. Me senté en mi sitio, esperé que nos entregaran el examen y después de inspirar profundamente y decirme a mí misma: “tú puedes, Maika”, respondí al examen. Las preguntas no eran difíciles, las había respondido muchas veces con Lucas en el trabajo, por lo que me ayudó a estar más tranquila. ¡Era el mejor profesor particular del mundo! Unos días después colgaron los resultados en internet y cuando me enteré que había aprobado, no hice más que saltar de alegría y chillar como una loca asustando a todos los de la autoescuela.

Suspiré al recordar aquellos momentos que atesoraba en mi corazón, Lucas y yo juntos, como amigos, buenos compañeros de trabajo, no podía negar que ya de aquellas me empezaba a atraer, pero lo peor fue el cómo y cuándo me enteré de quién era su novia.

Estábamos de paseo por la calle principal y Lucía se paró a hablar con una chica delgada, blanca de piel, morena y de unos ojos verdes llamativos. Me la presentó y ella nos dio unas invitaciones para ir a una fiesta que daban en su trabajo, una discoteca cerca del cine. Ese día solo supe que se llamaba Carla y me pareció una chica muy amable y graciosa. Ese fin de semana decidimos ir a la fiesta, ya que teníamos invitaciones, y como yo no veía nunca a Lucas por los lugares a los que iba yo, me sorprendió verle en aquel lugar.

—¿Y cómo tú por aquí? Se me hace raro coincidir contigo en alguna discoteca —le pregunté.

—Bueno, ya ves. Mi novia que me pidió que viniera hoy que no sé qué fiesta van a hacer.

—¿Novia? Pillín no me habías dicho nada, ¿Quién es la afortunada? —pregunté mirando al escenario, pensando que sería alguna bailarina y para evitar que se notase mi tristeza ante esa revelación.

—Está allí poniendo copas —me dijo señalando a Carla.

Me quedé atontada, luego me puse triste y ante la evidencia de que contra una chica guapa y con carisma no podía competir, empecé a sentirme inferior a todas como la vez en que Pablo me jodió la vida. ¿Cómo iba a conquistar a Lucas si estaba pillado? Y lo peor de todo, ¿por qué no se me había ocurrido pensar que semejante hombre estuviera liado con alguna? A veces podía ser muy ilusa.

Parecía que el destino quería que estuviese sola, que no consiguiera mi hombre ideal y ya empezaba a cansarme de estar hoy con uno y mañana con otro, total cualquiera valía para unos besos y que me abrazasen.

Yo quería ese hombre que dicen que es tu media naranja, con el que puedes compartir tus desilusiones, preocupaciones, alegrías y que con su sola presencia te llene de felicidad. Que cuando te bese sientas una gran ola de corriente atravesando tu cuerpo y que miles de mariposas

aniden en tu estómago para revolotear en su presencia. Un hombre que te ponga nerviosa y te dé amor a partes iguales y yo, estúpida de mí, había empezado a sentir esas cosas por uno que ya estaba pillado. ¿Por qué la vida era tan cruel? ¿No sería mejor que me quitara el corazón o ahogara mis sentimientos?

Nuri apareció en el jardín con un vaso de zumo en la mano y al verme tan triste me ofreció llevarme a casa a descansar.

Enseguida me despedí de mis amigas, y con promesas de vernos a menudo, ya que estaba de vacaciones, nos fuimos de vuelta a casa. La música dance que sonaba en el coche no me disgustaba, pero necesitaba pasar este duelo, sacarle de mi corazón como fuera y sobre todo alejarme del dolor todo lo que pudiera. ¿Cómo me iba a poner si descubriera que se iban a casar? Ya era una relación de años y ese paso era lógico sobre todo si tan integrada estaba en la familia como me decían.

Nuri me dejó en el portal entendiendo que me pasaba algo y que necesitaba soledad. Ella era mi mejor amiga y a ella siempre recurriría, pero ahora mismo necesitaba pasar por eso sola, aclararme y quién sabe si pasar un duelo ante una posible relación imaginaria que muchas veces deseaba que se volviera realidad.

Capítulo 19



Empezaban mis vacaciones y con ellas el tiempo para mí, para disfrutar y relajarme de todo. Mi madre había cogido sus vacaciones conmigo para poder irnos unos días a unas islas cercanas, para disfrutar del buen tiempo de playa que aún había. El viaje no había salido muy caro y el hotel parecía bueno por las fotos del portal en el que estaba.

El lunes por la noche, ultimamos los detalles de nuestras maletas. La ropa, algún libro para leer tumbada en la arena de la playa con vistas al mar azul, la cámara de fotos, cargadores, neceser de viaje con todo lo necesario y por última vez, antes de cerrar la maleta, revisé la lista y todo lo que había para que no se me olvidara nada, aunque seguro que al llegar me acordaría de algo.

Sonó la alarma de mi teléfono, lentamente postergué cinco minutos más el momento de levantarme de mi cómoda cama y salir de las sábanas que me mantenían el cuerpo caliente. Escuché como mi madre se levantaba y vestía, al ir hacia el baño llamó a la puerta.

—¡Arriba! Aún tenemos que ir al aeropuerto y no podemos llegar tarde.

—¡Que sí, mamá! ¡Ya voy!

Me levanté de mala gana, la noche había pasado demasiado deprisa y no tenía muchas ganas de separarme de mi cómodo fuerte. Al salir del baño mi madre volvió a tocar a la puerta y de mala gana me destapé. Cogí del sofá la ropa que había dejado preparada la noche anterior y me dispuse a hacer lo mismo que mi madre, solo que yo aprovechaba el pequeño espejo que tenía en el armario para maquillarme y así no ir al baño.

En un par de horas ya estábamos saliendo de casa, acompañadas por nuestras maletas, ilusionadas por disfrutar del verano tardío por unos días y desconectar de la rutina.

El viaje en coche hasta el aeropuerto fue muy ameno, entre la música y lo que chillábamos para cantar las canciones se me pasó volando. Facturar las maletas no fue difícil ni tardamos mucho tiempo y con eso de que habíamos ido pronto, ahora podíamos ir caminando tranquilas a la puerta de embarque. Siempre me ponía nerviosa al subir a un avión, no es que tuviera pánico pero no era algo que me gustara demasiado. Supongo que ver muchas películas en las que los aviones se estrellan contra montañas y mueren todos los ocupantes menos un pequeño grupo de cinco, que se acaban convirtiendo en caníbales, no es la mejor opción para no tenerle aprensión a ese aparato tan grande y pesado.

Nos sentamos en nuestros sitios y después de que se llenara el avión y nos explicaran las correspondientes normas, salidas de emergencia y demás, el avión comenzó a moverse lentamente para despegar y llevarnos a nuestro destino. Una hora de avión que contra todo pronóstico pasó deprisa tal vez, por las ganas de irme a la playa en pleno octubre y disfrutarlo como si fuera agosto.

Mi madre y yo nos reíamos de un chiste mientras íbamos a por las maletas a la cinta, allí estaba mi maleta negra con un conejito verde colgado de la cremallera. Después de recoger las maletas, salimos en busca de un taxi que nos llevara al hotel. Me tapé los oídos y moví un poco las orejas, esperando que el pitido que oía desapareciera pronto.

Llegamos al hotel, tras atravesar unas preciosas puertas de cristal con el nombre del hotel, nos acercamos al mostrador para hacer el check-in y dejar las maletas para irnos a curiosear por la isla. Después de dar los datos de la reserva y firmar unos papeles, nos dio la llave de nuestra habitación y un chico muy amable nos acompañó llevando las maletas. ¡Me sentía toda una celebridad!

El chico nos abrió la puerta con la llave electrónica y dejó las maletas en el recibidor, ¡sí, un recibidor pequeño y precioso en una habitación de hotel! Me quedé mirando lo que sería nuestra casa en los próximos días. Al lado del recibidor una puerta corredera de cristal separaba el baño, un baño muy grande que parecía de un spa o algo así. Tenía mucha luz y nada más entrar, el lavabo de cristal llamaba la atención. A la derecha estaba el retrete y a la izquierda una bañera pero, no una cualquiera, ¡una bañera de hidromasaje enorme! ¡Cómo iba a disfrutar de un baño de burbujas y jabón! Salí del baño y unas escaleras enmoquetadas me llevaron a otra planta en las que había dos camas individuales, un escritorio al lado de una gran ventana y una televisión colgada de la pared enfrente de las camas. Todo parecía muy acogedor, era un poco rara la distribución pero no estaba mal del todo.

Subimos las maletas y colocamos la ropa en el armario. Tenía unas ganas terribles de ir a la playa, tomar el sol y disfrutar del agua del mar cristalina que siempre veía en las noticias.

Mi madre me propuso hacer un poco de turismo por la isla antes de ir a la playa. No me disgustaba la idea, por lo que decidimos ver qué nos podía ofrecer aquel lugar.

Nos acercamos a la señorita de la entrada para preguntarle qué actividades se realizaban por el lugar y ella, muy amablemente y sin perder la sonrisa de los labios, nos dio unos folletos y un pequeño mapa con algunos lugares destacados. Al salir vimos una pequeña cafetería con una cristalera enorme y una terraza muy bonita con unas sombrillas granates. Nos sentamos a tomar unos refrescos mientras decidíamos que visitaríamos primero de todo lo que había marcado. Había un parque de atracciones pequeño, igual no era demasiado descabellado visitarlo y disfrutar de un poco de la adrenalina de las montañas rusas.

Por la tarde, después del parque de atracciones fuimos a una playa de arena blanca y fina. El agua era cristalina y al meterme sentí el frío por un instante y luego pude disfrutar de la buena temperatura del agua. Nadé rodeada de peces, salté las olas cerca de la orilla como si fuera una niña pequeña y jugamos con las palas a pasarnos una pequeña pelota naranja chillón.

Mi madre y yo nos organizamos para ir cada día a un sitio diferente por la mañana y también para comer pero, por la tarde siempre pasábamos el rato en la playa, embadurnadas en protector solar y debajo de la sombrilla. Cuando ya nos cansábamos de leer o hacer crucigramas nos dábamos un chapuzón en el mar. A veces veíamos pequeños veleros y motos acuáticas.

Algunos chicos se habían acercado a mí pero haciendo gala de mi mala leche, los espanté a todos. ¡Nada de chicos! Solo disfrutar y pasarlo bien.

Me sentía libre, tranquila, en paz y llena de energía. Dispuesta a arrasar con todo como si fuera un huracán. Era una pena que la semana pasara tan deprisa ya que, sin darme cuenta apenas del paso de los días, ya estaba arrastrando mi maleta por el aeropuerto para volver a mi casa de nuevo.

¡Adiós playa, libertad, mar y tranquilidad!

Capítulo 20



¡Otra vez en casa! Se había acabado la paz y la tranquilidad. Había estado bien desconectar de mis idas de olla intentando buscar una explicación lógica a lo que pasaba con Lucas y David.

Como Nuri se había ido a otra ciudad a vivir, habíamos cancelado el viaje a Roma para otra ocasión, así que la última quincena de octubre la tenía libre.

Sonó el timbre de casa.

—Maika, ¿te apetece ir a dar una vuelta? —La voz de Paloma sonaba por el otro lado del telefonillo.

—Sí, me calzo y bajo.

Era consciente de que le había dicho a mi madre que doblaría toda la ropa del viaje, ya que ella había puesto la lavadora y la secadora pero, me gustaba demasiado estar con mis amigas paseando. La casa se me caía encima si pasaba más de dos horas seguidas en ella, tal vez como consecuencia del trabajo. Fui a la habitación, me puse unas deportivas y bajé corriendo los tres pisos que me separaban de la calle.

Al salir del portal, noté algo de frío tal vez, al pasar una semana en la isla con altas temperaturas, me había vuelto más sensible al frío ambiental de aquí. Le di un abrazo y dos besos a mi amiga y nos fuimos paseando hasta un bosque cercano. Las hojas de los árboles se mecían con el suave viento, haciendo ese sonido tan característico que me encantaba y relajaba. Nos metimos por un camino de tierra entre los árboles, la luz llegaba tenue hasta nosotras. La verdad me encantaba pasear por allí, había bastantes bancos a lo largo del camino para sentarse a descansar. Pocas veces había ido hasta el final pues había un claro muy acogedor en el que muchas veces quedábamos para hablar las chicas y desconectar un poco del ruido de los coches y sobre todo de los chicos. Nunca fuimos más allá aunque el camino seguía serpenteante hacia, según decían los más mayores, una pequeña playa rocosa. Alguna vez me gustaría ir a aquel lugar a ver si de verdad existía esa playa rocosa y quién sabe si pudiera llegar a formar parte de mis lugares favoritos y convertirse en un pequeño santuario donde relajarme y pensar.

Nos sentamos en un banco de piedra gris, muy cerca del claro. Notaba a Paloma nerviosa, se frotaba mucho las manos y movía la pierna derecha de arriba abajo.

—¿Qué te pasa? —No pude evitar preguntarle.

—Nada, solo estoy nerviosa.

—¿Por qué?

—Bueno, tengo que tomar una decisión y me impone bastante el tema. No estoy segura de lo que puede salir de aquí.

—Bueno, si puedo ayudarte sabes que lo haré.

—No sé...

—Sino, siempre puedo escucharte —le respondí sonriendo.

—Bueno, verás —respiró hondo—, llevo un tiempo chateando con un chico de otra ciudad. No es que nos hayamos visto en persona pero sí que me atrae la posibilidad de verle. Él me dice que le gusto, que le parezco guapa, inteligente y que tiene sentimientos por mí aunque ya le dije que a mí me parecía muy raro. El caso es que, bueno, me ha pedido que nos veamos en una ciudad a mitad de camino para los dos y así conocernos en persona y ver si de verdad hay esos sentimientos —me soltó sin casi respirar.

Me tomé unos minutos para pensar. Paloma no me había hablado de este chico antes, así que me era difícil valorar si había o no sentimientos y por parte de mi amiga parecía que había algo, sino no barajaría la posibilidad de ir al encuentro. Era una situación difícil, normal que estuviera nerviosa.

—Por ir no pierdes nada, Paloma. Os conocéis y así descubris si realmente hay sentimientos o no, porque ya sabes que por internet se pueden confundir las cosas —le dije después de pensar un rato.

—¿Y si no es lo que espero? ¿Y si realmente no me gusta? Me asaltan miles de preguntas.

Me sentí mal, entendía demasiado bien los sentimientos de Paloma. Los ¿y si? me mataban a mí también con el tema de Lucas pero, también sabía que si no hacía algo se quedaría con la duda para siempre e igual era el hombre de su vida. Ella dentro de lo que cabe lo tenía fácil, solo era conocerle y saber si tenía los mismos sentimientos en persona que por el chat, en cambio yo, no podía irle a Lucas y decirle lo mucho que me gustaba teniendo novia. Seguro que me diría que estaba loca, que cómo se le iba a ocurrir fijarse en mí con semejante novia modelo que tenía. Meneé la cabeza para alejar esos pensamientos que había decidido olvidar y enterrar en mis vacaciones. Tenía que seguir firme en mi promesa de olvidarme de él pero, siempre que estaba segura de que era lo mejor para mí, pasaba algo con él, un cruce de miradas, una caricia inesperada, algo que me hacía desistir en olvidarle.

—Te entiendo, Paloma. De verdad creo que debes ir, si surge algo surgió, sino, siempre quedará como una historia que contar y una amistad. Si no vas te vas a arrepentir toda la vida y no digas que no, que nos conocemos —dije zanjando el tema viendo que mi amiga iba a replicarme.

Para olvidar el tema empezamos a hablar de lo que quedaba de mis vacaciones y mis planes para ellas pero claro, el viaje a Roma se había cancelado y no había pensado en nada para hacer en esos días. Paloma propuso que fuéramos a ver a Nuri a su nueva ciudad y ver la oferta de estudios que había por allí, ya que nos habíamos tomado un tiempo de relax al no saber qué estudiar. Yo adoraba mi trabajo, conocía a mucha gente y era algo que me gustaba. Tenía dinero para mí y mis cosas siempre que lo necesitara y, en un futuro, me planteaba tener un negocio propio, tal vez una franquicia de comida rápida o algo así.

Un sonido nos distrajo de nuestras divagaciones, mi móvil sonaba y al ver quién era el que llamaba me quedé paralizada sin saber qué hacer, ¿cogía o no el teléfono?

El móvil volvió a sonar, la musiquita decía que era un mensaje de texto. Las manos me temblaban, miré a Paloma que estaba asustada. Tendría que leerlo, ¿no? Igual era importante, no sé.

—Por Dios, ¡ábrelo ya!

Miré la pantalla. Desbloquéé el móvil y pulsé en el icono de los mensajes. Allí estaba su nombre. Pulsé en el mensaje y lo abrí para leerlo. Inspiré profundamente y reprochándome a mí misma interiormente por mi reacción, leí el texto que acompañaba a ese nombre que tanto me

trastornaba.

“Maika, tenemos que hablar. Dime cuándo te viene bien. Lucas”.

Allí estaban escritas las palabras que había deseado desde hacía tanto tiempo. ¡Una cita! ¡Con Lucas!

Miré a mi amiga aún temblando, con el móvil en la mano. Al leer el mensaje, las dos nos pusimos a gritar de alegría, enseguida me levanté y comencé a dar saltos y volteretas por el claro acompañada de Paloma.

Paloma me abrazaba y me felicitaba.

—¿Ves? Tanto miedo y él es el que quiere hablar contigo. ¿Será por algo no?—expuso contenta.

—Bueno, no hagamos conjeturas. Solo quiere hablar, Paloma —le respondí intentando serenarme.

Al final, parecía que las vacaciones iban a tener algo interesante que contar en un futuro.

Capítulo 21



¿Qué le contestaba al mensaje? Claro que iría a hablar con él pero tampoco quería que pensara que estaba desesperada por verle. “No te hagas ilusiones” dijo una voz en mi interior que conocía muy bien, era esa parte racional de mí a la que a veces no hacía caso.

Me tendí en la hierba del claro, estaba seca y pronto vendrían las lluvias que le devolverían el vigor que necesitaba. Mis pensamientos iban de una idea a otra, algunas haciéndome ilusiones con un futuro con mi compañero de trabajo, otras sintiéndome morir por la vergüenza de que se burlara de mí. ¿Por qué no era capaz de elegir solo una opción y centrarme en ella? Pasaba de la alegría al desánimo absoluto en una fracción de segundo, lo que tardaba en cambiar de opinión ante aquella cita tan inesperada.

—Bueno, creo que ahora me toca decirte lo mismo que me has dicho tu hace un rato —dijo Paloma incorporándose.

—Pero, lo tuyo no es lo mismo que lo mío.

—¿Cómo qué no? —elevó la voz— Tú vete, él te dirá y luego decides lo que sea.

—Pero...

—No hay peros que valgan. Le vas contestar al mensaje, le dices que el día que le venga bien a él y vas con la mejor de tus sonrisas. —Respiró—. No sabes qué te va a decir y si no vas nunca lo sabrás, olvídate de los miedos y vete. Peor que ahora no puedes estar, ¿no?

Me quedé en silencio reflexionando sobre lo que acababa de decir mi amiga. Si él sabía de mis sentimientos y se burlaba de mí, con irme del trabajo estaba solucionado, ¿no? Y si por el contrario, me abría su corazón yo podría abrirle el mío y buscar una solución a nuestra situación, me moría por un futuro con él.

De repente me vino un recuerdo a la cabeza, estaba lloviendo a mares al salir del trabajo y yo con mi cabeza de chorlito había olvidado el paraguas en casa. Miré al cielo pero en la oscuridad de la noche no se veía si iba a parar de llover o no.

—¿En serio? Tiempo dame un respiro, ¡por Dios! —me dije a mí misma.

—¿Quieres que te lleve en el coche? —preguntó Lucas detrás de mí.

—No quiero molestar. Esperaré a que se calme un poco y voy por los soportales hasta casa, total no queda muy lejos, son un par de calles —le respondí intentando quitar hierro al asunto.

—Insisto, te llevo hasta casa. Me queda de camino.

—Bueno, si te queda de camino vale, pero, ¿tu casa no queda en la otra dirección? —Inmediatamente me callé pensando en que iría a casa de su novia.

—Ya, pero voy con unos amigos a un bar nuevo cerca de la ciudad.

—Aaah, vale. Pues espero que lo pases genial.

Lucas salió y abrió su paraguas negro, era bastante grande por lo que cogéramos los dos muy bien. Me tendió la mano y dudé por un momento si debía o no cogérsela. Le miré a los ojos y vi que me sonreían al igual que su pícara sonrisa se instalaba en su cara. Acerqué mi mano a la suya y me acomodé debajo del paraguas, intentando no acercarme mucho a él para no molestarle. Nos dirigimos hacia el coche que estaba en el aparcamiento cercano al trabajo. La lluvia caía cada vez con más intensidad, empezaba a mojarme el brazo izquierdo por ir alejada de él. Lucas me miró y yo sintiendo su mirada le observé. El brazo izquierdo y musculoso de mi compañero me atrajo hacia su cuerpo, consiguiendo taparme por completo al ponerme al abrigo del paraguas.

—Te estás mojando —fue su respuesta ante mis ojos inquisitivos.

El resto del camino hacia el coche me pareció estar en una nube. ¡Me estaba abrazando! ¡A mí! En un suspiro llegamos al coche, ¿no podía ser más lejos por una vez?

Las calles que separaban mi casa del aparcamiento, se me hicieron más cortas de lo normal. Lucas había sido muy amable al poner la calefacción en el coche para que no sintiera frío. Aparqué el coche en doble fila delante de mi puerta. Bueno, todo lo bueno se acababa y no iba a poder estar eternamente en el cielo, había una realidad a la que volver, dije para mis adentros suspirando.

—Gracias por traerme.

—No hay de qué. Ha sido un placer.

Nos quedamos mirándonos el uno al otro. Sus ojos tenían un brillo precioso que me llegaba al fondo del alma.

—Lucas, yo tengo algo que decirte —dije mordéndome el labio inferior por no saber contener mis palabras.

—¿Sí?

—Esto... Nada que muchas gracias, no tenías que haberlo hecho —le respondí intentando salir del apuro en el que yo solita me había metido.

—Ya te dije que me quedaba de camino y no iba a dejar que llegaras empapada a casa.

Me despedí después de volver a darle las gracias y salí del coche para darme de bruces con la realidad. Era un chico muy amable y no debía hacerme ilusiones de que lo había hecho por estar un rato más conmigo ya que, seguro que lo haría por cualquiera de sus amigos.

—Maika, deberíamos irnos. Empieza a hacer frío —habló Paloma sacándome de mi recuerdo.

—Sí, debería terminar de doblar la ropa antes de que llegue mi madre.

El camino de vuelta a casa se me hizo largo. ¿Qué podría ponerle de mensaje para que no pensara que era una desesperada o que no tenía nada más que hacer? Paloma y yo nos despedimos en el portal y enseguida subí a casa para terminar la tarea que había empezado, igual doblando la ropa se me ocurría la respuesta adecuada.

Terminé de doblar toda la ropa y colocarla justo cuando llegó mi madre. Decidimos cenar una tortilla francesa rellena de queso y fruta.

Me metí en la cama después de ponerme el pijama y cogí el móvil para contestarle.

“De momento no tengo planes, dime cuando te viene bien a ti”.

Vale que igual no era la mejor respuesta pero, era lo que tenía que poner ¿no? Esperé a ver si me contestaba. Cogí el libro de la mesilla y empecé a devorarlo como siempre solía hacer con cada libro que caía en mis manos.

Estaba a punto de terminar el libro cuando volvió a sonar mi móvil. ¿Era él? Una mezcla de miedo y curiosidad se apoderó de mí, y con mis manos temblorosas miré el mensaje que me acababa de llegar.

“Mañana por la tarde, ¿sobre las ocho en el paseo marítimo? Te espero donde el pub Mariño”.

Le respondí con un escueto hasta mañana mientras por dentro me sentí más nerviosa de lo que había estado en mi vida.

Me costó dormirme y lo poco que pude descansar, las pesadillas acudían a mí, una detrás de otra. Me levanté asustada, soñé que Lucas me empujaba y caía por un acantilado del pueblo, indefensa y llorando, escuchando de fondo la risa burlona de él después de decirle lo mucho que le quería.

Me di una ducha larga y relajante. Necesitaba tranquilizarme antes de ver a Lucas y para eso Paloma iba a venir por la tarde, después de comer a hablar un rato. Tal vez hablar de libros y series me calmaba un poco. Estaba muy nerviosa.

Preparé algo ligero de comer, mi madre enseguida me notó rara. Comenzó a contarme las tonterías que se le ocurrían y las bromas que se hacían entre los compañeros de trabajo, eso ayudó a calmarme un poco y seguro que, después con Paloma, se me olvidaría todo.

Tras la llegada de Paloma a casa y que lavara los platos, nos fuimos a mi habitación a hablar del libro que había terminado por vigésima vez, nos lo sabíamos de memoria y siempre nos quedábamos como tontas, hablando de personajes que no existen, y deseando que de verdad existieran y nos conquistaran igual que a las protagonistas. Si bien no era un libro romántico clásico, tampoco se alejaba mucho de los cánones.

La alarma del móvil sonó, eran las siete de la tarde. ¿Tan rápido había pasado el tiempo? Me calcé, y me volví a peinar, ya que mi pelo se enredaba muy fácilmente y no iba a ir impresentable.

Me despedí de Paloma en el portal con la promesa de que le contaría que tal me había ido, al igual que ella se iba a programar su viaje para ver al chico del que me había hablado. ¡Seguro que todo nos salía bien! Era lo justo, ¿no?

Capítulo 22



Fui despacio hacia el lugar acordado, empezaba a hacerse de noche. Mi corazón iba a mil mientras me acercaba al pub. Allí de pie, en la entrada estaba él. Tan guapo e impresionante como siempre, con ese aire despreocupado, apoyado en la pared. Mis manos empezaron a picarme, me temblaban las piernas pero una vez más, animándome a mí misma me acerqué a él.

—Hola. No he llegado tarde, ¿verdad?

—No, llegué temprano —me respondió con su sonrisa instalada en los labios—. ¿Paseamos?

—Sí, claro.

Me acerqué a él y nos pusimos a caminar en dirección a un mirador. Íbamos despacio y él no hacía ademán de hablar. ¿Por qué me torturaba de esa manera? Intenté hablar varias veces pero el nerviosismo podía conmigo y no sabía qué decir para romper el hielo. En un momento nuestras manos se rozaron y me aparté al notar la descarga eléctrica que me había producido.

Desde el mirador se veía el mar, estaba en calma y en todo el camino apenas nos habíamos encontrado con un par de personas que estaban corriendo. Me acerqué a la barandilla de madera y me fijé en las pequeñas olas que llegaban hasta la montaña en la que estábamos.

—¿De qué querías hablar? —pregunté sin poder contener la curiosidad.

—Tengo que pedirte un favor. Me duele recurrir a ti para esto, pero si alguien puede conseguir lo que necesito eres tú.

—Si puedo ayudarte, lo haré.

Lucas se acercó a mí, tan cerca estaba que podía sentir su respiración agitada. Mi cuerpo temblaba y no de frío precisamente, me había puesto una chaqueta por si acaso.

Puso sus manos en mis hombros, su cara seguía a centímetros de la mía. Me mordí el labio como cada vez que estaba nerviosa y por un segundo, deseé que me besara. Deseé que todos mis sueños se hicieran realidad y él por fin me dijera que me quería.

Nos miramos a los ojos y noté una conexión como nunca antes, como si algo nos uniera, un hilo invisible o algo así. Pensaréis que estoy loca pero era como si ese momento tuviera que pasar. Abrí la boca para decir algo pero las palabras se quedaron en mi garganta.

—Yo... —empecé.

Los ojos de Lucas cambiaron, era como si una tristeza repentina los empañara. ¿Qué estaba pasando?

—Necesito que hables con David, me ha llegado una denuncia. ¿Podrías hacer que me la quitara?

Mi alma cayó al suelo en un segundo. No iba a pasar lo que tanto deseaba, ¿cómo se me había ocurrido siquiera pensarlo?

—Lo intentaré.

Después de pronunciar esas palabras, vi que los ojos de Lucas seguían tristes y que me sentía realmente mal por desear algo que jamás tendría. Sin saber muy bien cómo, ni qué me movió en ese instante, le di un beso en la mejilla dejándolo solo en el mirador.

Cada paso que daba de vuelta a casa era una promesa nueva de olvidar a Lucas. Mi corazón sufría por tonterías o tal vez yo era la que esperaba demasiado de la vida, no lo tenía muy claro.

Me senté en el rellano de mi casa, me acurruqué entre mis piernas y lloré por una realidad que no quería vivir y que no sabía manejar.

Por Lucas y David, los chicos que últimamente me rondaban y por los cuales me había hecho una coraza en mi corazón para protegerme.

¿Podría ayudar a Lucas? ¿David estaría dispuesto a quitar la denuncia? Y lo más importante, ¿por qué me metía en estos líos?

No entendía por qué David le había denunciado si se había metido en muchas peleas peores y nunca había pasado nada.

Los hombres tenían que venir con un manual de instrucciones porque no hay quien los entienda. Con lo fácil que era todo y lo complicado que lo hacían ellos. No pedía que acabaran siendo amigos pero sí que no metieran a nadie por medio, ya fuera la policía o yo misma.

Capítulo 23



No recuerdo muy bien cuando entré en casa, ni cómo llegué a mi cama. Estaba todo borroso desde la petición de Lucas. Lo único que tenía claro era que no me había emborrachado, no me dolía la cabeza ni nada.

Me senté en la cama y pensé en qué hacer con lo que me había pedido Lucas. Había evitado a David desde la última discusión que habíamos tenido, aunque él me mandaba mensajes para saber cómo estaba pero no le contestaba a ninguno. ¿Cómo iba yo ahora con toda la cara del mundo a decirle de quedar? Y sobre todo, ¿cómo le pedía que le quitara la denuncia a Lucas? Me llevé las manos a la cabeza y las paseé por mi pelo agitándolo un poco en las puntas, ¿por qué tenía que ser todo tan difícil?

Me levanté y acompañé a mi madre a su trabajo y decidí darme una vuelta por el parque. A esas horas de la tarde estaría lleno de niños pequeños disfrutando de las horas de sol antes de que llegara el invierno. Me divertía mucho viéndolos correr de un lado a otro, tenían mucha energía y sobre todo me gustaba lo felices que eran con pocas cosas. ¡Ojalá pudiera volver a ser niña! Sin preocupaciones, disfrutando en los parques, mis juguetes y rodeada de todos mis amigos sin tener que comernos la cabeza por los líos amorosos, de trabajo o estudios. Si me dieran la oportunidad de hacerlo, firmaba sin pensármelo.

Me senté en las raíces de un árbol, la sombra me tapaba entera y me encantaban las flores que lo rodeaban, a veces veía mariquitas por las hojas de las plantas. Tenía que buscar una solución.

Me levanté de aquel lugar con el culo dolorido, los niños ya se habían ido y el ruido que hasta el momento reinaba desapareció. ¡Ni cuenta me había dado!

Paseé por una de las calles principales mirando los escaparates de las tiendas de ropa y zapatos, los bares tenían las terrazas llenas y por un momento me sentí ajena a toda esa alegría. ¿Cómo podía estar feliz si me sentía entre la espada y la pared?

Quería ayudar a Lucas ya que por defenderme se había metido en esa pelea, aunque a decir verdad aún no entendía por qué se había peleado con David. Se lo agradecía de verdad, nunca nadie me había defendido de esa manera y me había sentido feliz por una vez. ¡Qué idiotez pensarás! Que un chico se pelee con tu novio por ver que te pone los cuernos no es algo normal, ¿o sí? Bueno, tal vez, en el fondo si éramos amigos aunque no lo dijéramos en palabras.

¿Cómo hablar con David del tema? Ya le había dicho que lo había olvidado y que no quería volver hablar de eso pero, no sabía, ni había imaginado, que habría denunciado a Lucas. ¿Por qué le había denunciado? Nos habíamos metido en peleas peores. Bueno, los chicos, saliendo muy mal parados y nunca, nunca había habido denuncias ¿por qué a Lucas sí? Todo era muy raro, había algo que se me escapaba y tampoco tenía muy claro cómo hacer las cosas para que David no pensara

que quería volver o parecer una interesada. ¿No podía haber algo fácil?

David quería volver, siempre me sacaba el tema cada vez que nos veíamos. ¿Y si me pedía volver con él para quitarle la denuncia a Lucas?

Con esa última idea rondando mi cabeza fui hasta la playa del faro. Era una playa pequeña a la que se bajaba por unas escaleras de piedra gris, preciosas. Me agarré a la barandilla de metal y al ver que estaba vacía, me acerqué a una gran roca que había al final de la playa ya bañada por el agua del mar. Me senté y decidí que ya era hora de dejar de pensar. No iba a sacar nada en claro y como dice mi madre:” Lo que tiene que ser será, hija. No le des tantas vueltas a las cosas”.

Intenté relajarme y dejar la mente en blanco para disfrutar del mar, las pequeñas olas que iban y venían rompían en la roca en la que yo estaba sentada, inundando todo con su aroma a sal. Adoraba el mar.

Era imposible no pensar en nada, ¿cómo lo hacía la gente? Yo decía: “cuando cuente tres, dejo de pensar. 1,2 y 3 ¡Ya!” y nada. Era incapaz de dejar de pensar ni siquiera un minuto.

El tema de David y Lucas volvió a mi mente. Era algo complicado lo que tenía por delante y no saber cómo hacer las cosas me ponía muy nerviosa.

¿Y si llamaba a David al móvil y le decía de quedar en algún sitio? Al llegar le diría:

“Hola. Tengo que pedirte un favor. ¿Puedes quitarle la denuncia a Lucas?”

No, eso era demasiado brusco, se iba a asustar. Tal vez debería empezar por un “¿qué tal?” y esas cosas para quitarle hierro al asunto de que después de tanto tiempo quisiera quedar con él. ¡Sí, eso tenía más sentido! ¿Y cómo le sacaba el tema de la denuncia? Era algo serio y no debía soltárselo en plan: “Si de verdad has cambiado y quieres que te crea, quítale la denuncia a Lucas” No. No me convencía, sonaba demasiado autoritario.

¿Tan difícil era pensar en una conversación coherente? Cogí una de las piedras pequeñas que había en la roca por la erosión de la misma, y la tiré al mar. Al caer en el agua la piedrecita creó unas pequeñas ondas que se extendieron hacia donde estaba yo.

Mi problema era pequeño como la piedrecita que acababa de tirar, pero yo hacía que fuera más y más grande buscando una lógica y una manera de hacer las cosas para no hacer daño a nadie. Las ondas acabaron desapareciendo, igual que haría el problema cuanto más rápido intentara solucionarlo. ¿De qué me servía darle vueltas a la conversación que podía tener con David, si aún no sabía si iba a querer quedar conmigo?

Le llamaría y si accedía a que quedásemos, le diría las cosas claras. Tenía que quitarle la denuncia a Lucas, él no tenía nada que ver en nuestros problemas y solo se había metido para defenderme.

Capítulo 24



Desde que había decidido llamar a David hasta que tuve el valor de hacerlo, habían pasado casi tres días. Cuando me decidía a llamarle, siempre había algo que me echaba para atrás, pero hoy había sido el día elegido para salir ya del problema. ¿Qué cuál era el problema? Las vueltas que le daba a todo, cómo ayudar a Lucas y sobre todo cómo decírselo a David.

Miles de veces había recreado conversaciones imaginarias con David sobre el tema, al igual que en la playa, pero ya me había cansado de hacerlo. Siempre llegaba al mismo punto, el punto en el que David se alejaba de mí riéndose por mi petición. Si tenía que reírse de mí de verdad, que fuera por haber decidido ayudar a la persona que amaba y no por conversaciones que solo creaba en mi cabeza.

Miré a Paloma que me insufló ánimos. Le había pedido que estuviera conmigo cuando llamara a David, para que si me quedaba atascada me ayudara a salir del paso. Cogí el móvil, busqué el número de David y le di a la maldita tecla verde de llamada. Puse el manos libres y con el primer tono de llamada mis nervios aumentaron mucho más que antes si eso era posible, ¿y si no me cogía el teléfono? Mi pierna derecha empezó a moverse hacia arriba y abajo insistentemente, como siempre que los nervios me podían.

Al final, después de cuatro tonos, me cogió la llamada.

—¿Sí?

—Hola, ¿qué tal? —pregunté intentando parecer casual.

—Bien, a punto de empezar las vacaciones.

—Me alegro mucho, disfrútalas a tope.

—Eso hago siempre. —Se rió.

Bueno, parece que iba por buen camino la conversación. Miré a Paloma que asintió lentamente y yo tragué saliva ante lo que iba a decir.

—Estaba pensando, que igual podíamos vernos un día de estos.

Ahí estaba yo, con las manos sudando y pendiente del ruido del otro lado del teléfono. El silencio era lo único que llegaba, ¿se habría cortado la llamada? Miré la pantalla en busca del icono de la cobertura y estaban todas las rayitas llenas.

—En nada se acaban mis vacaciones y... —No sabía qué decir, estaba atascada. ¿Por qué insistía si no había contestado? Igual no quería verme.

Volví a esperar y miré a Paloma que subía y bajaba sus hombros. Nos habíamos quedado sin ideas y no tenía la cita con David para intentar que le quitara la denuncia a Lucas.

—¿Te apetece quedar mañana?

Bueno, pues ahora me tocaba a mí tardar en responder, ¿no? Miré a Paloma y ella asintió

enérgicamente.

—Vale, ¿a qué hora quedamos? —respondí después de tragar saliva. Parecía que todo iba a ir bien.

—¿Te parece que te vaya a buscar a casa a las siete de la tarde? Así damos una vuelta cuando se vaya el calor.

—Sí, vale.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana, David.

Colgué el teléfono y mi amiga Paloma vino enseguida a abrazarme. Vale, había dado un paso grande pero aún me quedaba lo más difícil, sacar el tema de la denuncia y de cómo podía convencerle para que la quitara.

Seguía nerviosa, las manos me sudaban, por lo que me las limpié en el pantalón. Le di un trago de agua a la botella que tenía en la mesilla de mi habitación porque se me había quedado la garganta seca.

Paloma empezó a felicitarme y enseguida trazamos un plan para mañana. Debía de ponerme guapa, bueno, intentarlo por lo menos, e intentar no ser borde.

Después de elegir la ropa para la cita, Paloma y yo doblamos y guardamos toda la ropa que había sacado del armario y que estaba esparcida por toda la cama. ¡Éramos un desastre!

Poco a poco volvimos a los temas de conversación normales, me contó que en unos días iría de viaje a ver al chico del que me había hablado y que estaba muy nerviosa. Me volqué en mi amiga, en darle ánimos y esperanzas. Tal vez de ese viaje saldría una relación duradera, ese príncipe que llevaba tanto tiempo esperando y yo deseando que le llegara. ¡Se lo merecía!

El resto del día lo pasamos entre risas, paseos, coca colas y una película en el cine sobre vampiros. Al salir del cine, aún hablando de la película nos acercamos a una hamburguesería en la que solíamos reunirnos por cumpleaños y quedadas de amigos. Entramos y nos sentamos en una de las mesas más cercanas a la puerta pues entraba una brisa deliciosa que nos refrescaba del calor que había en el local. Vino un camarero nuevo a preguntar si ya sabíamos que íbamos a tomar, menos mal que siempre pedíamos lo mismo, porque con lo indecisas que éramos igual nos llevaría más de diez minutos ponernos de acuerdo en algo para pedir.

Aprovechando que Paloma había ido al servicio, eché una ojeada al local por si conocía a alguien. Me fijé en una mesa al lado de la salida del local que daba a otra calle, cerca de las cocinas. ¡Allí estaba Lucas con su novia! Estábamos muy lejos el uno del otro para que se diera cuenta de que estaba en el local y le miraba. No quitaba ojo de lo que parecía una discusión, la chica hacía unos movimientos exagerados con las manos, mientras Lucas solo agachaba la cabeza, ¿qué pasaría? ¿Por qué no había prismáticos para esas ocasiones? Bueno, qué más daba. No era algo de mi incumbencia y nunca me metía en relaciones de pareja. ¡Esta no iba a ser la primera! Aunque la curiosidad era un defecto muy grande en mí y me gustaría saber que estaba pasando.

Cuando llegó Paloma yo seguía mirando a Lucas y su novia con los ojos entornados como si fuera una china, ¡ni que así fuera a ver de lejos como si estuviera al lado!

—¿Qué miras con tanto interés? —me preguntó Paloma mirando hacia el lugar que le indicaba. —¡Ah! Ya veo. ¿Interesante?

—Bueno, parece que están discutiendo. —Miré a mi amiga y luego puntalicé. —Más bien ella, él solo agacha la cabeza. ¡Ostras!

Mi amiga me miró asombrada como diciendo ¿qué pasa ahora? y yo meneé la cabeza.

Empecé a hablar con ella de la película y con un movimiento de las manos le indiqué que me

siguiera el rollo. Lucas pasó a mi lado, al verme se detuvo a unos pasos de nuestra mesa y como yo estaba haciendo que no le prestaba atención, decidió seguir adelante después de un par de minutos. Pensé que no iba a poder seguir fingiendo no verle o que se nos iba acabar el tema de conversación.

Respiré aliviada cuando se fue, pasando de largo de nuestra mesa.

—¿Pero qué ha pasado? —me preguntó Paloma esperando una respuesta convincente a lo que acabábamos de hacer.

—Bueno, verás. Al parecer y por lo que vi desde aquí, Lucas y su novia han discutido. Ella se fue por la otra salida dando un portazo y haciendo unos aspavientos muy chungos y él pagó y salió por aquí. Se había parado un poco antes de nuestra mesa y no quiero hablar con él hasta que arregle lo de David, ya sabes, por lo que hice que no le veía y te hice seguirme el rollo para que pasara de largo —expliqué de corrido sin respirar casi.

Paloma le quitó hierro al asunto, sabía que ella no se iba a meter en mi manera de hacer las cosas, como también sabía que quería que fuera valiente y le dijera a Lucas lo mucho que me gustaba. ¿Para qué? Era una tontería meterme en medio de una relación, porque aunque hubieran discutido no significaba nada.

Enseguida volvimos a las bromas de siempre olvidando por completo el incidente con Lucas. La cena estaba riquísima y como siempre al terminar de cenar y pagar, nos fuimos a una heladería cercana a por unos cucuruchos de helado de fresa y nata.

Acompañé a casa a Paloma, de vuelta a la mía necesitaba ir tranquila, pensando en todo lo que se vendría mañana con David. Esperaba poder arreglarlo todo y que todos acabáramos bien en el proceso.

Saqué del bolso mi mp4 y lo encendí dispuesta a que por lo menos, durante lo que quedaba de camino hasta casa, no pensara en nada. La música sonó en mis oídos devolviéndome a un mundo donde todo es posible, con mensajes ocultos y letras que se te quedan en la memoria por mucho. Canciones que se te quedan en el alma atrapadas como si fueran parte de ti.

Capítulo 25



Estaba llegando al portal de casa cuando una silueta llamó mi atención. Un chico alto estaba apoyado en la pared del edificio. Reconocería esa figura aunque estuviera borracha pero, ¿qué hacía él allí? ¿En mi casa?

Me acerqué despacio, temiendo lo que pudiera pasar y con los recuerdos de nuestra última conversación a flor de piel.

—Hola, Maika. ¿Te apetece dar una vuelta y hablar?

—Sí, Lucas —respondí después de unos minutos.

Nos pusimos en camino y fuimos cerca del cementerio, no parece a priori el mejor lugar para una cita, ya que es un sitio algo tétrico, pero el camino es precioso, lleno de árboles que nunca pierden su hoja y hay una fragancia extraña que me trasportaba al mar, aún cuando quedaba bastante lejos. Alejé la idea de una cita de mi cabeza, él tenía novia y yo tenía dolor en mi corazón, pero no dejaba de pensar que podía querer de mí. Íbamos en silencio y yo solo pensaba una y otra vez en qué le pasaba para que viniera a buscarme a casa, cosa que nunca había hecho. Le veía algo alicaído y tampoco sabía que decirle para romper el hielo y empezar una conversación que lo alejase de sus pensamientos. ¡Qué patética era!

Nos sentamos en un pequeño muro de piedra que separaba la carretera del cementerio y unas tierras de cultivo cercanas. La brisa soplaba moviéndome el pelo suavemente. Lucas me miró y vi que sus ojos brillaban, ¿habría llorado? ¿Estaría borracho?

—Siento haberte molestado y arrastrado hasta aquí. No sabía qué hacer y cómo te vi en el restaurante supuse que no te importaría estar conmigo un rato.

—¿Te pasa algo, Lucas?

—Mi novia y yo hemos discutido. Son tonterías, ella dice que no le presto atención, que ya no soy detallista, que prefiero estar con mis amigos antes que con ella pero no es así.

—Bueno, seguro que se le pasa el cabreo y volvéis a estar bien en unos días — intenté animarle.

—No lo sé, es que es ella la que pasa de mí, Maika. Le ha salido la posibilidad de irse con no sé qué marca famosa de ropa y quiere que me vaya con ella pero, aquí hay algo que me retiene.

Mi corazón se aceleró ante esas palabras que enfatizó al final. Enseguida recordé que él tenía su trabajo y que no querría dejar algo seguro por una posibilidad. Lucas trabajaba de secretario en una autoescuela desde hacía unos meses y aparte venía los fines de semana y festivos al restaurante conmigo. Era un buen chico y muy trabajador.

—Bueno, tienes que entender que es algo succulento que te llamen de algo así. A mí nunca me llamarían para cosas de esas —dije intentando sacarle una sonrisa.

—¡No digas eso! Tú eres muy guapa y un cielo de persona.

Nos quedamos en silencio. Dejé de mirarle para mirar las tierras de cultivo que estaban un poco más abajo de nuestra posición. ¿En serio había dicho lo que acababa de oír? ¿Le parecía guapa? ¡Debía de estar borracho!

Enseguida cambié de tema, diciéndole que todo se solucionaría y que tenía que distraerse. Le pasé un casco de mis auriculares y encendí la música volviendo a sonar mi favorita. El metal puede ser muy romántico si sabes escuchar bien sus letras, el ritmo igual te puede confundir pero es la mejor música del mundo. Me relajaba, me distraía y sobre todo, sentía una conexión increíble con ese tipo de música, ¿era raro? Sentía que ese tipo de música me definía, que a pesar de todo mi carácter no dejaba de ser una fachada y me moría de ganas por sacar esa parte romántica que había relegado a lo más profundo de mi alma. No quería que me volvieran a hacer daño y si me abría ante Lucas, tarde o temprano acabaría sufriendo.

Lucas estaba callado, supuse que la música le había relajado o por lo menos hecho pensar en otra cosa cuando, al mirarle, vi que sus ojos estaban pendientes de mí. Le miré sin entender muy bien que estaba pasando allí, ni que tenía para que me mirara tanto. ¿Estaba despeinada? ¿Se me había corrido la máscara de pestañas? ¿El eyerliner?

La mano de Lucas me agarró el mentón, elevándome lentamente la cabeza hasta que estuvimos más o menos a la par, ya que él es más alto que yo. Mi corazón empezó a latir muy rápido y fuerte. Intenté relajarme ya que la última vez pasó algo parecido y al final solo me había hablado, nada de besos, por lo que seguro que esta vez pasaría lo mismo; además, aunque hubiera discutido con su novia seguía con ella o por lo menos no me había dado a entender lo contrario. ¿Por qué no podía dejar de hacerme ilusiones con él?

Me alejé de él un poco, no quería ilusionarme con algo que nunca iba a pasar. Mi cabeza era muy dada a imaginar cosas y no quería que por eso luego estuviera yo decepcionada porque no pasara lo que tenía en mente. Mejor era que me alejara y me serenara. Miré el reloj y vi que empezaba a hacerse tarde.

—Ya tengo que irme. Se está haciendo tarde —le comenté mientras me levantaba del muro y ponía mis pies de nuevo en la carretera para volver a casa.

—Te acompaño, espera.

El camino de vuelta a casa lo hicimos en silencio, mi cabeza era un hervidero de ideas y muchas no buenas para mí. ¿Por qué me mortificaba tanto? ¡Él no me iba besar! ¿Por qué me sentía tan mal por marcharme así de repente? ¡Ni que estuviera haciendo algo malo!

Llegamos a mi portal y me despedí de él. Hasta aquí la breve incursión. Me había gustado estar con él como si fuéramos buenos amigos hablando de nuestras cosas. Siempre había querido algo así.

Lucas se acercó a mí y yo me puse nerviosa. Me dio dos besos y yo me quedé paralizada pues es algo que nunca había hecho. Le miré a los ojos y con un hilo de voz, pues parecía que se me había atascado algo en la garganta, le dije hasta luego.

Nos quedamos así unos minutos, mirándonos a los ojos hasta que me di cuenta de que estaba más cerca de mí. Mis nervios crecieron y cuando me agarró de la cintura el corazón me dio un vuelco a la vez que yo daba un respingo al notar la electricidad en mi cuerpo provocada por su piel.

Mentalmente pedí a Dios o a quien sea que gobernara en el más allá que dejara de jugar conmigo. Solo era una chica normal, deseosa del amor de un chico que no podía tener y que por más que decidía alejarme de él y olvidarle, pasaban cosas así que me dejaban indefensa ante

cualquier palabra amable de él. ¿Era una broma del destino?

Lucas se inclinó sobre mí y muy lentamente se acercó a mis labios como la última vez. Esta vez no sé por qué le agarré del cuello y él me besó. ¡Por fin lo que más deseaba en el mundo pasaba! Cuando nuestros labios se juntaron, sentí un leve cosquilleo como si hubiera chispas. Lucas tenía los labios fríos que contrastaban con los míos. Su beso fue suave y dulce, parecía que nos habían pegado los labios porque él no se separaba y yo no tenía ganas de cortar ese beso que me había llegado al alma como un bálsamo reparador curando viejas heridas. Poco a poco la lengua de Lucas se abrió paso hasta la mía y empezaron una danza frenética. La piel se me puso de gallina y noté un escalofrío recorriéndome entera, el vello de mi cuerpo se erizó mientras disfrutaba como nunca antes. Sentía como que había nacido para ese momento, ese dulce y precioso momento que tanto había deseado y esperado.

Cuando nos separamos, mi respiración aún estaba algo agitada y al verme reflejada en los ojos de Lucas no pude evitar suspirar.

Se despidió de mí y me dio otro beso en la mejilla. Me quedé allí de pie viendo cómo se alejaba lentamente.

Estaba a punto de subir a casa cuando noté una extraña sensación, como si alguien me estuviese mirando por lo que me tomé un par de minutos para mirar a todos lados. Al no ver nada ni a nadie, subí a casa aún con el corazón agitado y con mi mano derecha en los labios. ¿De verdad no había sido un sueño?

Capítulo 26 (David)



¡No podía ser cierto lo que acababa de ver! ¿Lucas y Maika se estaban besando?

La ira creció dentro de mí como si me acabaran de robar mi más preciado tesoro y en parte era así, para mí Maika era algo más que un rollo. Había tardado mucho en darme cuenta sí, no lo iba a negar pero también sabía que solo con ella yo era capaz de ser mejor persona.

Solo tenía ganas de ir a por Lucas y devolverle la paliza que me había dado en su momento y algo más por haber besado a mi chica. ¿En serio no le llegaba ya con su novia que tenía que conquistar a la mía?

Al ver como se separaban y Lucas se alejaba, decidí bajar del coche para hablar con Maika, ¿para qué quería quedar si se estaba besando con otro?

Maika estaba subiendo a su casa, bueno mejor así. No quería que supiera que había visto nada.

Recordé la llamada que me había hecho, ella me había pedido de quedar ¿no? ¿Qué quería de mí si estaba con Lucas?

Apreté el volante de cuero del coche con fuerza, tenía que relajarme y dejar de hacerme mala sangre por lo que acababa de ver. Ella me lo explicaría mañana cuando nos viéramos.

Eso sí, vería la manera de cobrarme mi venganza contra Lucas. ¡Maika era mía y no la iba a compartir con nadie!

Con Maika podía ser yo mismo, sin temor a que mis tonterías pasaran desapercibidas porque ella siempre se reía con ellas. Maika era de risa floja y con anda ya se reía pero, su risa era tan natural y preciosa que conseguía serenarme.

Ella era madura, tranquila, no le gustaban las peleas ni las discusiones y, lo mejor de todo, es que a pesar de que le hubieras podido hacer daño, siempre tenía palabras amables e intentaba ayudarte una y otra vez.

Tenía mucha paciencia conmigo, le había fallado muchas veces, me había aconsejado en innumerables ocasiones y pocas veces le había hecho caso y, a pesar de eso, siempre seguía a mi lado con su sonrisa.

¡No iba a renunciar a ella! La conquistaría y junto a ella sería mejor persona, crecería y me completaría como nadie más podría hacer.

Capítulo 27 (Maika)



Cuando me levanté me sentía feliz, hacía mucho tiempo que no me sentía así de bien. Me toqué los labios recordando el beso que me había dado Lucas en el portal de mi casa, tan suave y dulce que por un momento me sentí suya. Como si hubiera nacido solo para ese momento. ¡Qué locura! De verdad a veces se me ocurría cada idea que alucinaba.

Me fui a la ducha y al regresar a mi habitación una luz en el móvil me alertó. Miré la pantalla y al ver que era David me decepcioné pero, ¿qué esperaba? ¿Qué Lucas me dijera algo después de besarme? ¿Que había roto con su novia por mí? Tenía que dejar de visitar el país de las maravillas.

Abrí el mensaje de David y me puse nerviosa al instante. ¿Un cambio de planes de última hora? Bueno, ya sé que última hora no era ya que habíamos quedado a las siete y eran las doce del mediodía. Sopesé qué contestarle pero finalmente acepté la propuesta, le respondí al mensaje diciéndole que estaba de acuerdo.

Bueno, ahora tendría que prepararme antes ya que David quería ir dar una vuelta por el centro comercial de una ciudad cercana y quedarnos a merendar, por lo que vendría a recogerme a las cinco y media para estar de vuelta pronto, que le habían dicho que venían unas primas para cenar y no podía ausentarse.

El miedo empezó a atenazarme, si me llevaba a aquel sitio, aunque estaba cerca, si se enfadaba por mi propuesta podía dejarme allí sola sin manera de volver. Decidí pasarme por el cajero antes de que me viniera a buscar David por si tenía que coger un taxi que me llevara de vuelta a casa, como dice mi madre: “más vale prevenir que lamentar”.

Mi madre trajo la comida de un restaurante nuevo que acababan de abrir por lo que no tuve que cocinar. Comimos entre risas, bromas y anécdotas de su trabajo que me encantaban. Había que ver, pensaba que cuanto más mayor se hacía la gente les entraba la cordura pero mi madre tenía algunos compañeros que madre de Dios, no había por dónde cogerlos. Hacían más locuras que yo con mis amigas de fiesta. Le recordé a mi madre que iba a salir a dar una vuelta con David y que no vendría muy tarde, a no ser que me encontrara con alguien y ya sabía, cuando me encontraba con un conocido empezábamos a hablar y se me olvidaba el tiempo.

Después de que mi madre se fuera al trabajo, bajé al cajero a sacar dinero de la cuenta. Al llegar a casa me cambié, me alisé el pelo y me hice unas ondas en el flequillo y después de maquillarme empecé a preparar el bolso. Hoy me apetecía cambiar de bolso por uno más pequeño y por lo tanto no podría llevar tantas cosas. En el bolso blanco metí mi cartera, mi móvil, mi neceser pequeño de maquillaje (nunca lo dejaba en casa era como una parte de mí), un paquete de pañuelos, un pequeño cilindro de perfume y las llaves de casa. ¡Entraba todo a la perfección!

Estaba muy nerviosa y lo único que hacía era repasar una y otra vez que llevaba todo en el bolso y no me dejaba nada, sin olvidar lo que le iba a decir para conseguir que Lucas se librara de la multa y la cárcel. ¿Podría ir a la cárcel por pegarle un puñetazo en la nariz?

Bajé al portal cuando quedaban cinco minutos para la hora acordada y me senté en el peldaño a esperar. El corazón me latía deprisa, a pesar de no ser la primera vez que quedábamos a tomar algo. El recuerdo de los labios de Lucas me golpeó y me infundió fuerzas para la tarea que iba a llevar a cabo. Mis manos empezaron a temblar, por lo que entrelacé mis dedos para ganar firmeza e intenté relajarme.

David apareció en su coche, aparcó en doble fila y yo me subí. En el coche sonaba un grupo de speed metal que nos gustaba mucho por lo que empezamos a cantar las canciones como si nosotros fuéramos el grupo en medio de un concierto. El viaje hasta el centro comercial fue corto, menos mal que estaba a veinte minutos más o menos.

Encontramos aparcamiento rápido y fue algo que me sorprendió, a estas horas y siendo el día del espectador en la mayoría de los cines, pensaba que estaría todo lleno. Paseamos por el centro comercial parando en algunas tiendas de música en busca de las novedades de nuestros grupos de música favoritos. La verdad no había sacado el tema de la denuncia y hasta ahora solo habíamos hablado de cosas sin importancia como mis vacaciones, lo que me quedaba de ellas, que tenía pensado hacer y demás cosas.

Después del paseo nos fuimos a un local de comida rápida a merendar. Nos sentamos en una mesa pequeña, cerca de la puerta para no tener tanto calor, porque allí llegaba el aire acondicionado del centro comercial. Entre bromas y risas empezó la conversación que tanto había temido.

—¡Qué raro que me dijeras de quedar!

—Bueno, me sentía mal por no contestarte los mensajes. Al fin y al cabo somos amigos, ¿no?

—Claro, Maika. Aunque sabes de sobra que yo quiero algo más que una amistad.

—Hay cosas que no funcionan por mucho que nos empeñemos, David.

Me quedé en silencio, ¿cómo le sacaba yo ahora el tema de la denuncia? Siempre se iba por los cerros de Úbeda.

—Yo quería pedirte un favor —volví a hablar decidida a ir directa al grano. No servía de nada dar rodeos con él.

—Si puedo ayudarte, sabes que lo haré.

Miré a David y la sonrisa que me acababa de dedicar, parecía sincera. Suspiré profundamente y me dispuse a soltar mi bomba.

—Bueno, Lucas me ha dicho que le has denunciado por lo de la pelea. ¿Puedes retirar la denuncia?

—¿Para eso me llamas? ¡Por Lucas! —me soltó cabreado.

—David, ¡por Dios! Te has metido en miles de peleas peores y nunca has denunciado, ¿por qué a él sí?

—Ninguna pelea es igual y lo sabes. ¡Estuve en el hospital! ¿Recuerdas? —me preguntó dolido.

—Claro que sí, pero te recuerdo que fue culpa tuya por andar besándote con otras. Él solo me defendió.

—No tenía por qué.

Nos levantamos para seguir discutiendo fuera, la gente nos empezaba a mirar y no quería montar una escenita en pleno local. Nos fuimos hacia el coche. Era mejor discutir en él, ajenos a

todo. A nadie le importaban nuestras cosas.

—Solo te he pedido un favor. No hace falta que me montes una escena. Dime que no y ya está pero no me reproches nada —dije ya una vez en el coche.

—¿Para qué quieres que le quite la denuncia? ¿Para que podáis estar juntos como ayer?

Me quedé petrificada, así que nos había visto. ¿Nos habría visto besarnos o solo pasear?

—No estoy con él si es lo que piensas. Sólo somos compañeros de trabajo y como bien sabes; ¡TIENE NOVIA!

—¡Pues eso no te impidió besarle ayer!

—Yo no... Solo ha sido un beso, nunca más va a volver a pasar —le respondí cabizbaja. Ahora lo veía claro, él no iba a dejar a su novia por mí, había sido algo raro pero que nunca más iba a pasar. —Por favor, quítale la denuncia.

Nos quedamos callados. A mis ojos empezaron a acudir las lágrimas por lo que me tapé la cara con las manos para que David no me viera, no quería darle más motivos para creerse superior.

—Vale, lo haré por ti —dijo después de un buen rato en silencio—. Pero tú, me darás algo a cambio. Algo que deseo desde hace mucho tiempo.

Sin pensarlo dos veces, aliviada por poder ayudar a Lucas y que le quitara la denuncia asentí enérgicamente a mi amigo antes de que él me dijera que quería a cambio.

—Quiero que te acuestes conmigo.

Abrí los ojos del susto, ¿me estaba pidiendo que le diera lo único que no le había dado a nadie? Bajé la cabeza y de mi boca solo salió:

—Llévame a casa, por favor.

Capítulo 28



Me bajé del coche sin ganas de nada. Le dije que ya le mandaría un mensaje porque como él mismo me recordó, había dicho que lo haría o sino, que hubiera esperado para responder a que hubiera terminado de hablar.

Estaba en una gran encrucijada. ¿Por ayudar a Lucas iba a tener que entregar lo más valioso que tenía?

Paloma estaba esperando a que la llamara pero no me apetecía entrar en casa así que fui hasta la suya. Llamé al timbre al llegar a su portal y aún con el tema en la cabeza, entré en el ascensor que me llevaría al último piso del edificio. Paloma salió a recibirme, nada más escuchar el sonido de la puerta del ascensor abrirse. Enseguida me abrazó y me llevó hacia su casa.

Nos sentamos en el sofá de cuero marrón al lado de un gran ventanal. Me trajo un vaso de agua que bebí a tragos. Paloma se sentó a mi lado y me frotó la espalda de arriba abajo con cariño. Empecé el relato de todo lo que acababa de pasar, poco a poco y contándole mis impresiones. Estaba decaída, quería ayudar a Lucas de todo corazón ya que él se había peleado por defenderme. Mi amiga escuchaba atentamente todo lo que le decía, asentía y me abrazaba de vez en cuando. Sabía de sobra que ella no me iba dar la solución a lo que acababa de pasar, pero me sentía mejor contándole y notando su apoyo.

—Cariño, con este tema poco te puedo ayudar. Es un tema jodido, es una decisión difícil y sé qué harás lo que creas correcto. Yo te apoyaré y como sabes, no diré nada.

—Es difícil, no quiero hacer eso con él. Quiero que sea con alguien a quien quiero de verdad.

—Sería lo normal pero, ya sabes que hay gente que la vende al mejor postor o con el primero que pase. Sé que no es tu caso y es un tema difícil sobre el que decidir. No veo bien lo que quiere David y espero, que el sentido común haga su aparición porque...

—Lo sé, Paloma. Yo también lo espero. Esto es muy difícil.

Me quedé pensativa después de nuestra charla. Era verdad que mucha gente lo veía como una moneda de cambio, pero para mí era importante. Yo quería que mi primera vez fuera inolvidable, llena de amor y pasión, pero sobre todo, con la persona que amaba.

Paloma cambió de tema y me contó lo que iba a hacer con el chico, por lo que mis pensamientos se alejaron de David y su propuesta que había aceptado, antes de saber que era. Habían quedado en ir a un parque de atracciones y aprovechando que cerca había un aquarium con muchas especies diferentes de animales acuáticos, Paloma iba a cumplir uno de sus sueños.

Miré el reloj y decidí marcharme a casa. Fui andando despacio, cuando me encontré con Lucas cerca de uno de mis bares favoritos. Salía con una litrona de cerveza.

—Ey, Maika. ¿Te quedas a tomar algo?

—¿Estás borracho?

—No, mujer. Achispado.

—Bueno, cuando estés sereno me hablas.

Era increíble, yo comiéndome la cabeza para ayudarle con su denuncia y el muy idiota estaba de bares y medio borracho o borracho entero. ¿En serio este era el hombre por el que iba a hacer semejante sacrificio?

Me alejé de allí indignada y me sorprendió ver que Lucas me seguía.

—¡Espera! Maika, para.

—¿Qué quieres? ¿No ves que tengo prisa?

—Perdóname. ¡No estoy borracho, mujer! Solo quería hacerte una broma.

—No me gustan esas bromas. Estoy un poco... susceptible, ahora mismo.

—¿Qué te ha pasado? ¿Estás enfadada por lo de ayer?

Mis mejillas se encendieron al recordar el beso de despedida de ayer a la noche e instintivamente me llevé los dedos a los labios. ¿Cómo iba a estar enfadada por eso si era lo mejor que me había pasado en mucho tiempo?

—No. No estoy enfadada por eso.

—¿Qué te pasa?

—Nada, voy a casa tengo que pensar en unas cosas.

—¿Te acompaño?

—¿Y tus amigos? ¿Los dejas solos?

—No se van a mover del sitio.

Con la sonrisa que me dedicó no pude evitar devolvérsela yo también y alejar los oscuros pensamientos que revoloteaban por mi cabeza. Juntos caminamos hasta mi casa. Me quedé paralizada cuando me agarró de la mano y sentí como un choque de corrientes eléctricas. ¿Qué estaba pasando aquí?

Al llegar al portal y gracias a la conversación con Lucas estaba mucho más tranquila y segura de lo que iba a hacer. No era la mejor manera, ni como había esperado perder la virginidad, pero iba a ayudar a Lucas a no ir a la cárcel. ¿Seguiría mal con su novia?

—Gracias por acompañarme.

—¿Ya no estás enfadada?

—Bueno, no. Estoy mucho más tranquila, es que David me saca de mis casillas.

—¿Has estado con David? —preguntó algo nervioso.

Asentí despacio. Claro él me había pedido que le ayudara con la denuncia y ahora que le había dicho que había quedado con David, debería decirle que le iba a quitar la denuncia. Lo que no podía decirle era que me había pedido algo a cambio.

—Sí, hemos estado hasta hace un rato juntos. Después estuve con Paloma un rato ya sabes, cosas de chicas —sonreí para que se relajara Lucas.

—¿Te ha hecho algo?

La pregunta me descolocó un poco, ¿qué si me había hecho algo? Aún no, pero bueno, pronto sí.

—No, nada. Me ha dicho que sí te va a quitar la denuncia.

Sonreí para que le cambiara la cara a Lucas pero, sin entender muy bien porqué, seguía con el entrecejo fruncido. ¿No se alegraba? Yo buscando la manera de ayudarle a costa de mi bien máspreciado, y él ni una sonrisa me dedicaba por lo que iba a hacer. ¿Por qué siempre daba más de lo que recibía? ¿Tendría que empezar a ser más egoísta?

Finalmente me sonrió y con un beso en la mejilla, muy cerca de la comisura de los labios se despidió dejándome allí plantada, sin entender su reacción viendo cómo se alejaba. ¿Por qué no se me quitaba la sensación de que me estaba perdiendo un capítulo de la serie?

Subí a casa y convencida de que estaba haciendo lo mejor para Lucas por todo lo que había hecho por mí, le mandé un mensaje a David para decirle que vale, que cuando quisiera que me avisara.

Su respuesta no se hizo esperar, y con un escueto “Mañana a las diez te voy buscar” me acosté aún debatiéndome entre que hacía lo correcto pero que era demasiado el precio a pagar. Ahora no podía echarme atrás, ya había dicho que lo haría y antes siquiera de saber lo que quería, ¿por qué tenía que adelantarme a los acontecimientos? ¡Maldita manía! Las ansias y la alegría de poder ayudar me pasaron factura y ahora sentía que iba a acabar conmigo.

A la mañana siguiente, Nuri me llamó aprovechando un día festivo que tenían en el trabajo. Le conté todo lo que había pasado desde que se había ido. Mi amiga pasó de la sorpresa a la alegría, se entusiasmó con el beso, se cabreó con David y al final con Lucas también.

El caso es que Nuria al final estaba igual que Paloma, no se metía en mi decisión y esperaba que al final a David le entrara la cordura cosa que sabía que no iba a pasar. David quería de verdad pasar una noche conmigo, sentir que nuestra relación iba a más, pero lo hacía obligada por querer ayudar a la persona que amaba. ¿Le valía igual mi sacrificio para conseguir su deseo?

Le dije que Paloma y yo íbamos a ir a verla en unos días, así cambiamos de tema y enseguida nos pusimos a planear que íbamos a hacer y todo lo que nos iba a enseñar de la ciudad. Me apetecía mucho conocer una nueva ciudad, ya que lo más lejos que habíamos llegado había sido el centro comercial Parque Principado en Asturias, con Laura y sus padres.

El día se me pasó rapidísimo, cuando me di cuenta ya eran las ocho de la tarde. Me fui a la ducha y allí me quedé más de media hora intentando tranquilizarme, convencerme a mí misma y sobre todo, esperando por un milagro. Tal vez se arrepintiera a última hora y me mandara un mensaje en plan que todo era broma o que pasara algo, no sé.

Al salir de la ducha, me sequé el pelo y me vestí. Me senté en la cama con el mp4 a tope para que la música me embargara.

Sonó el timbre, y supe que ya estaba ahí. Bajé despacio dándome ánimos en cada escalón.

Capítulo 29



Al traspasar el portal me topé con la cara sonriente de David. Sonreía como si no fuera nada lo que estábamos a punto de hacer, cómo si lo que para mí era un sacrificio no fuera importante y estuviera exagerando mi reacción.

Inspiré profundamente, intenté relajarme y con la mejor de mis sonrisas saludé.

—Hola, vienes muy guapo —dije, intentando quitar hierro al asunto.

—Tú sí que no estás nada mal. ¿Nos vamos?

Volvimos al coche y David me abrió la puerta. Supongo que si fuera otra circunstancia por la que me llevara en su coche, el gesto habría sido de todo un caballero y ganaría puntos ante una posible relación, pero ahora estaba más segura que nunca que él y yo nunca tendríamos nada serio. No era un caballero.

Nos fuimos a un restaurante pequeño, con una decoración minimalista y de buen ambiente en el paseo marítimo, con unas vistas preciosas a la ría. Había parejas cenando cogidas de la mano, hablando mientras esperaban sus platos. Relajarme ante todo lo que iba a venir no era fácil pero sentía que podía ser una cena normal.

Estuve ausente toda la cena a pesar de los intentos de entablar conversación de él. No tenía ganas de hablar de nada, solo tenía que mentalizarme de lo que iba a pasar y por una parte, deseaba que fuera cuanto antes para olvidarme del tema de una vez, pero por otro lado, no quería que pasase ya que desde siempre esperaba compartir un momento tan especial con la persona que amase de verdad.

Al terminar nos fuimos a una habitación del hotel. El restaurante también tenía habitaciones que alquilaban a turistas e incluso por horas para una escapada romántica. Me acerqué a la ventana desde la que se veía la ría en calma, ¿por qué no podía estar así también yo? Inmediatamente pensé en Lucas, sus ojos azules que me fascinaban y me engullían, él era mi bálsamo para tranquilizarme. Por él estaba allí, por él ofrecía mi tesoro más preciado. Me senté en la cama cuando me llamó David y allí desconecté mi cerebro por primera vez en mi vida.

David me besó suavemente en los labios a lo que correspondí como pude, enseguida dejó mis labios para besarme el cuello. No sentía nada ante el despliegue de besos y caricias que me prodigaba David. En mi cabeza estaba Lucas y me dije que lo hacía por él, por ayudarle.

Lentamente David me sacó la camiseta y con un reguero de besos paseó por mi cuello y mis pechos. Con sus manos hábiles me desabrochó el sujetador e inmediatamente pasó a manosearme suavemente y, mordiéndome los pezones, me acostó lentamente en la cama. Rápidamente se desnudó, ni le miré porque no quería asustarme. Con más caricias y muy suavemente, me terminó de desnudar y dejando un camino de besos por todo mi cuerpo, volvió a besarme en los labios.

Sin querer empecé a llorar en silencio, las lágrimas caían sin descanso por mis mejillas. Sólo quería que esto acabase e intentar olvidarlo lo antes posible.

David paró de acariciarme el cuerpo. Puso sus brazos a cada lado de mi cuerpo y lentamente me besó en los ojos y retiró las lágrimas que no cesaban de salir para morir en las sábanas de la cama.

—Lo siento, Maika.

Me tendió mi ropa que enseguida me la puse sin dejar de llorar. David seguía desnudo con un cojín en sus partes sentado en el borde de la cama. Le miré sin saber qué decir o hacer. Sería mejor que me marchara.

Me calcé y me dispuse a salir por la puerta, cuando David me agarró de la muñeca.

—De verdad, lo siento. Yo sólo quería...

Me marché de allí dejándole con la palabra en la boca. Lo mejor era que no nos volviéramos a ver en un tiempo, ¿cómo le iba mirar a la cara después de esto?

Volví a casa cabizbaja, me sentía sucia por acceder a semejante propuesta pero gracias a Dios, le había venido la cordura en el último momento. No quería que mi primera vez fuera así, de esa manera. Tal vez, debía dejar de pensar en que perdería la virginidad con el chico que amaba.

Una vez en casa lo primero que hice fue volverme a duchar. No creía que el recuerdo se fuera con el agua, igual que el jabón quitaba la suciedad de mi piel. El agua recorría todo mi cuerpo limpiándolo pero sin llegar a mi alma que estaba destrozada.

Al salir de la ducha vi un mensaje de Paloma. Mañana se iba a ir de viaje y quería dar una vuelta para despedirnos. Le contesté que no me encontraba bien y que le deseaba un buen viaje. Sabía que me iba a mantener informada y sobre todo no iba a obligarme a salir de este pequeño encierro que me había impuesto. Me metí en la cama, abrazándome a mí misma y llorando.

Capítulo 30



Me desperté con los ojos hinchados y aún rojos, apenas había descansado. El móvil no dejaba de sonar y yo ni le hacía caso.

Mi madre había dejado una nota en el recibidor, iba a traer la comida a casa así que podía estar en la cama un rato más, en cambio, me metí en la ducha esperando sentirme mejor. Al salir de la ducha después de media hora bajo el agua, me volví a meter en mi cama. No iba a cambiar mucho mis sentimientos por muchas veces que me duchara, ¿no?

Miré el móvil y vi cinco llamadas de Núria, un mensaje de Paloma y al ver un mensaje de David se me cayó el móvil de las manos. ¿Qué quería ahora? Con miedo volví a coger el móvil y abrí su mensaje.

“Lo siento de verdad, ya le quité la denuncia”.

Me sentí aliviada en parte, por lo menos había quitado la denuncia a Lucas y lo mal que lo había pasado había servido para ayudar a la persona que era dueña de mi corazón. No le contesté, no lo veía necesario así que miré el mensaje de mi amiga Paloma.

“Ya estoy en el bus. Estoy muy nerviosa. Cuando llegue te aviso y sobre lo otro cuando quieras hablar aquí me tienes”.

Le contesté con un escueto: “Gracias y pásalo bien”. Llamé a Nuri que por su insistencia, esperaba noticias. Enseguida me cogió el teléfono y sin muchas ganas le conté lo que había pasado sin evitar llorar. Núria me dio ánimos, sabía que me repondría y sería más fuerte que nunca, pero yo eso no lo tenía claro.

Después de comer me encerré en mi habitación de nuevo y así estuve tres días. Por mucho que mi madre me preguntaba, yo simplemente le decía que no tenía ganas de nada, que quería descansar, ¿cómo le iba explicar lo que pasaba a mi madre?

Paloma vino a verme después de sus vacaciones, venía exultante y llena de optimismo. Me alegraba por ella, parecía que el chico era lo que esperaba y lo habían pasado muy bien.

Arrastrada por Paloma, salí a la calle. El sol y la brisa del otoño me golpearon en la cara. ¿Tanto tiempo había estado en casa? Paseamos tranquilas despacio, hablando de su cita, lo que habían hablado y mil cosas más que mantenían mis pensamientos a raya.

Nos acercamos a una tienda de ropa a la que Paloma había encargado un vestido. Yo la esperé fuera, no me apetecía meterme entre cuatro paredes ahora que volvía a salir al aire libre.

Apareció Lucas e instantáneamente sonreí. Se paró en frente de mí y me miró con una cara de enfado que no entendía a qué venía. Paloma estaba en el umbral de la puerta a punto de salir a la calle.

—¿Es verdad que te has acostado con David?

Me quedé paralizada ante su pregunta teñida de acusación, que destrozó lo poco que quedaba de mi alma y mi corazón.

—¡No! —le respondí sin poder evitar llorar ante el recuerdo de lo ocurrido.

—No es lo que él va diciendo.

Me marché de allí sin pararme a esperar a mi amiga que después de empujar a Lucas, me siguió. No podía con el tono de reproche en su voz y sobre todo, ¿qué coño iba diciendo David por ahí?

No paré de correr hasta que llegué a un mirador cercano al auditorio. Miré el mar y aún con la respiración agitada me senté en el suelo esperando que todo hubiera sido imaginación mía. Me acurruqué sobre mí misma, me abracé las piernas y el llanto volvió a mí, ¿me iba a perseguir esto para siempre?

Noté que me tocaban la espalda y al ver a mi amiga me tranquilicé y allí nos quedamos hasta que dejé de llorar.

Por la noche, en mi cama pensé en una solución, igual no era la mejor pero sí era la que necesitaba en este momento.

A la mañana siguiente me desperté temprano y llamé a mi jefe. Le había pedido de vernos y él muy amablemente me había citado en unas horas en un bar cerca de mi casa al que él solía ir bastante.

Me di una ducha rápida, me vestí y bajé al bar. Al entrar me fijé en que estaba solo y era algo raro, siempre iba con su mujer a todos lados.

—Buenos días —saludé a mi jefe para advertirle de mi llegada.

—Hola, Maika. ¿Qué tal las vacaciones? Bien, espero.

—Sí, están siendo moviditas.

—Dime, ¿qué necesitas?

—Usted siempre me ha dicho que si quiero seguir con mis estudios me iba a ayudar. He decidido hacer un ciclo formativo que está en la ciudad de al lado para mejorar y crecer profesionalmente.

—¿Quieres dejar el trabajo?

—No, claro que no. ¿Cómo iba a pagarme la academia entonces? Como sé que tienen locales por allí también... —vacilé a la hora de pedirle el favor—. Usted igual podría trasladarme de local para que me fuera más sencillo estudiar.

Me quedé callada, ya había hecho mi propuesta y tal vez era algo cobarde por marcharme y no arreglar aquí mis problemas, pero ahora mismo era lo mejor para mí. Miré atenta a mi jefe y al ver que iba a hablar aguanté la respiración.

—Bueno, pues creo que vas a estar de suerte. En un local de los que tengo allí hay una chica que quiere venirse y como no había bajas no he podido trasladarla. ¿Te parece bien si te quedas con el puesto de ella y ella viene aquí?

—¡Me encantaría!

Después de la gran noticia de que iba a poder irme a la ciudad con Núria y estudiar, seguimos hablando de cómo iban mis vacaciones y que me incorporaría al acabarlas, por suerte conocía el local y la comida, al ser igual que en el que ya estaba acostumbrada a trabajar.

Me marché después de atar los cabos que faltaban y le di a mi madre la buena noticia. Ella se alegró por mí, ya que siempre había querido que siguiera estudiando para que no acabara trabajando en la hostelería para siempre.

Estaba emocionada por primera vez en mucho tiempo y enseguida le mandé un mensaje a Nuri

con lo que acababa de decidir, y a Paloma.

Paloma vino a mi casa y hablamos de todo lo que supondría esta nueva etapa para mí. Me vendría genial alejarme un tiempo de todo lo que estaba pasando y sobre todo, seguir con mis estudios al lado de mi amiga. Paloma se alegraba por mí, quería que fuera feliz pero también sabía que nos iba a alejar un tiempo y ya habíamos estado mucho tiempo separadas.

—No te preocupes, Paloma. Siempre puedes venir a vivir allí conmigo.

—Ya, eso sí.

—Venga, olvidemos el tema y preparémonos para ir a ver a Nuri en un par de días.

—Sí. ¡Fiesta!

En unos días iría a mi nueva ciudad, estaría con mi amiga, conocería nueva gente y lo mejor de todo estaría lejos de David y Lucas. ¡Un respiro siempre venía bien!

Hicimos una lista con las cosas que íbamos a llevar para no olvidarnos nada y salimos en busca de algunos regalos para Nuri, ya que nos iba a acoger en su casa. ¿Qué podríamos comprarle? Se me ocurrió agrandar la foto en la que estábamos las tres y que tenía en la cartera y ponerle un marco bonito. ¡Seguro que le gustaba!

Por la noche llamé a Nuri y le conté todo lo que había pasado, es verdad que no le había contado muchas cosas y que había estado apagada, pero ahora con una nueva perspectiva y un nuevo destino delante, me hacía estar a punto de chillar de emoción.

A Nuri le pareció genial que me mudara con ella y que siguiera estudiando. Siempre me había animado, al igual que mi madre, a que estudiara más y que no me estancara en un trabajo que aunque me gustaba, empezaba a cansarme. Los borrachos que intentaban propasarse, viejos que intentaban ligar conmigo, además, de que siempre me habían gustado los niños y trabajar con ellos.

Solo tenía ganas de que llegara el día del viaje, estar con Nuri y olvidarme de todo esto.

Capítulo 31



Allí estaba con un par de maletas enormes esperando a que me dejaran meterlas en el maletero. Paloma también esperaba para meter la suya.

Después de meter las maletas, subimos al autobús buscando con la mirada los sitios que más nos gustaban. Siempre nos poníamos en la zona derecha del autobús, junto a la puerta.

El viaje hasta Oviedo, la ciudad donde estaba Núria, no era demasiado largo, en una hora y poco estábamos en la estación de autobuses buscando con la mirada a nuestra amiga con las maletas en la mano.

Entre abrazos y besos nos saludamos y seguimos a nuestra amiga hasta su coche para ir a dejar las maletas al piso que había alquilado. Allí estaba dispuesta a volver a empezar, una nueva aventura se abría ante mí y yo estaba entusiasmada.

Había quedado con mi jefe en el nuevo local para que me explicara un par de cosas en el horario de cena. Así que aprovecharíamos y cenaríamos allí.

Coloqué la ropa en la que iba a ser mi habitación a partir de ahora. Paloma en la suya mientras Núria veía nuestros regalos y elegía el mejor sitio para ellos. Después nos fuimos a dar una vuelta por el centro de la ciudad y Núria nos enseñó dónde trabajaba. Era una guardería preciosa, llena de colores y columpios, debía de ser divertido trabajar allí.

Las casas de piedra llamaban la atención, eran de dos o tres pisos y en la mayoría vivía una familia o eran de alquiler. Había un pequeño parque lleno de árboles que me parecía la mar de tranquilo.

El día pasó muy rápido entre fotos, risas, bromas, chicos que nos echaban piropos y demás locuras que hacíamos cuando estábamos juntas, tanto me estaba divirtiendo que Lucas y David habían pasado a la historia.

Fuimos a casa a cambiarnos para ir de cena, ya que luego íbamos a ir de copas con las compañeras de trabajo de Núria y algunos chicos.

El local era casi idéntico al que trabajaba yo. No me iba a costar mucho adaptarme. Me acerqué a mi jefe que enseguida me guió al almacén para hablar. Me dijo que allí se hacían las cosas igual que en el otro local, que el horario sería el mismo, me enseñó mi taquilla y me mostró unas nuevas camisetas. Después de un par de explicaciones más, me senté con mis amigas a cenar y disfrutar de ese día de reencuentro.

Los bares eran muy pequeños en aquel lugar y yo me sentía atrapada, era como si de repente tuviera claustrofobia. No puedo decir que no disfruté de la noche, ya que a pesar de todo y de apartar algunos moscones, me divertí bastante.

Solo me quedaba una semana de vacaciones y quería vivirla a tope, salir, disfrutar y conocer la

ciudad que me había acogido con cariño.

Núria había organizado una fiesta estilo bienvenida en el que estaban sus amigas, algunos chicos de confianza y nuestros amigos que habían venido expresamente para ello, ya que como me fui tan de repente, no hicimos fiesta de despedida ni nada. David fue el único que no vino y la verdad, no le eché de menos, no después de todo lo que había pasado. ¡Menos mal que el piso de Nuri era grande! La verdad que no esperaba que viviera en un piso tan bonito, moderno, grande y sobre todo con una terraza enorme. Me había cautivado ese espacio lleno de flores de todos los colores y unas tumbonas debajo de una sombrilla, ¡hasta había césped artificial! ¡Una pasada!

Nuri había pedido comida a un restaurante argentino ya que, como no podíamos hacer la barbacoa como siempre, por lo menos que no faltara un buen churrasco en la mesa. La cerveza corría a raudales, refrescos e incluso alguno se había atrevido a cenar con cubatas. La música sonaba por toda la casa desde la canción de moda de las discotecas hasta alguna de rock.

Entre bromas y risas se pasó la cena. Estábamos de muy buen humor gracias a los chupitos de después de la cena y Nuri sacó de la nevera más alcohol y refrescos. Con la música propia de una discoteca de moda bailamos en el salón que habíamos despejado por la mañana, algunos chicos se habían arrimado a nuestras amigas y seguro que de ahí saldría algún rollo de una noche.

Cuando decidimos que había que irse a descansar, nos distribuimos como pudimos por la casa. Paloma, Nuri y yo dormimos en la misma habitación, en la que iba a ser mi habitación se juntaron otras cuatro personas, en la de Paloma otras tantas y alguna se quedó en el salón ya que no había mucho más sitio.

Me acosté con la sensación de que aunque había decidido todo deprisa y corriendo, era lo mejor que había hecho en mucho tiempo. Empezaba una nueva etapa de mi vida, nuevos proyectos en mi mente que me iban a dar un futuro mejor.

Paloma se marchó un día antes de que se acabaran mis vacaciones, cansada de caminatas para descubrir esta ciudad, que a partir de ahora sería la mía. Habíamos hablado de la posibilidad de que viniese a trabajar aquí también y quedarnos las tres juntas en el piso, así los gastos entre las tres serían menos. Ella tenía experiencia de secretaria y en una gran ciudad seguro que podía encontrar trabajo fácilmente. Cuando la dejé en el autobús me puse a llorar porque no quería estar separada de ella. Como siempre, prometimos estar al tanto la una de la otra y que si quería siempre podía venirse un fin de semana a pasarlo con nosotras hasta que decidiera si venirse o no a trabajar aquí.

Núria volvió al trabajo después de la fiesta ya que para ella no había vacaciones pero, como salía a las seis de la tarde, me ayudó a buscar una academia en la que poder preparar los exámenes que me dieran acceso a mis estudios, aunque fueran a distancia, con alguna academia conocida que tratara ese tema.

Al final encontramos una academia que aunque me parecía un poco cara, podía estudiar para el examen y luego el ciclo sin tener que buscarme otra academia y tenía también lo de las prácticas en empresa, y cuando nos informaron de las empresas que participaban, nos alegramos mucho al ver que estaba la guardería de Núria.

Poco a poco empecé mi nueva rutina. Trabajar y estudiar no era nada fácil, salía cansada del trabajo por la mañana y meterme a estudiar hasta que volviera a ser mi turno me agobiaba un poco, menos mal que los fines de semana no estudiaba.

Núria me había integrado muy bien en su grupo de amigas y salía algún que otro fin de semana, pero no me gustaba demasiado porque había demasiados tipos pesados que no aceptaban un no y seguían insistiendo toda la noche.

David aún me mandaba algún mensaje para que le perdonara, que había cambiado y mil excusas más que no me creía. Lucas, en cambio, solo me había mandado un mensaje a la vuelta de vacaciones al ver que no volvía al trabajo. ¡Qué rápido se le había pasado la preocupación! Bueno, mejor así. Después del último día que pasé allí y lo que me dijo era mejor que me olvidara de él definitivamente. Ya me había hartado de su doble rasero de medir.

Me estaba adaptando muy bien a mi nueva vida, en el trabajo eran todos muy simpáticos y al ser mayoría chicas, no tenía miedo de enamorarme de ninguno de mis compañeros, ya que los pocos chicos que había eran demasiado mayores para mí y estaban en la cocina.

En la academia estaba yendo bastante bien, había algunas cosas de matemáticas que me costaban más pero se me hacía bastante llevadero. Daba gracias a Dios que se me dieran tan bien los idiomas ya que apenas tenía que estudiarlos para aprobar los exámenes que me ponían de repaso.

Así entre trabajo y academia, visitas de Paloma y su novio, y alguna que otra salida con Nuri y sus amigas, llegó la navidad sin darme cuenta siquiera.

Capítulo 32



Un lunes antes de las vacaciones de navidad, vacaciones por llamarle algo ya que los días veinticuatro, veinticinco, treinta y uno de diciembre y el día de año nuevo, cerraban el local, por lo que esos días iba a pasarlos con mi madre a casa y Nuri vendría conmigo, ya que tenía vacaciones en la guardería, fui a buscar a mi amiga al trabajo dispuesta a buscar un regalo para mi madre y mis mejores amigas. Estaba claro que el regalo de Núria tendría que comprarlo sin que ella lo viera, sino se perdería la magia de la sorpresa. Visitamos muchas tiendas, nada me llamaba lo suficiente hasta que entramos en lo que sería la última tienda del día ya que nos estaba entrando el hambre e iríamos a cenar a algún restaurante baratito.

Allí estaba, en una estantería bien iluminada, un cuadro con un marco precioso y unos farolillos de hierro antiguos, hermosos. ¡Ese era el regalo para mi madre! Seguí mirando por la tienda y escondido entre varios utensilios vi unos moldes para hacer chocolates con formas de animales y flores, papeles de magdalenas preciosos con corazones y rallas y muchas cosas más para repostería, una de las pasiones de mi amiga Paloma, pero por mucho que miraba, no había nada que me gustara para Núria. ¿Qué le compraba a Nuri? Salimos de la tienda con nuestras compras esperando que hasta el restaurante viera algo en algún escaparate que me llamara la atención para ella.

Como no teníamos ganas de ir con la compra al restaurante, decidimos dejarla en casa e ir hasta el restaurante que estaba a un par de calles del piso. Pasamos delante de una librería pequeña y allí estaba, ¡el regalo de Núria estaba esperándome! Me disculpé con mi amiga y entré en ella a comprarle un par de libros de su autor de novela negra favorito. ¡Ahora sí! ¡Ya estaba todo!

Después de dejar todo en casa, fuimos al restaurante. Era un local grande, muy luminoso y se comía muy bien por poco dinero, vamos lo mejor para el bolsillo. Íbamos bastante a menudo, tenía muy buen ambiente y los camareros eran todos muy guapos. Me acuerdo que el primer día que fui pensé que nos habíamos equivocado y era una zona de rodaje de alguna serie o algo porque, madre mía, qué tíos más buenos.

Nos sentamos en la mesa de siempre y enseguida vino Daniel, mi camarero favorito. Era alto, moreno y con unos ojos marrones café que me parecían muy inocentes. Núria decía que le gustaba y no voy negar que tonteáramos pero, en mi corazón solo había sitio para Lucas; aun tan lejos, sin saber de él ni nada, cuando le recordaba mi corazón daba un vuelco y al recordar nuestro beso, me recorría entera una descarga eléctrica que tardaba en pasar. ¿Había hecho bien en marcharme de esa manera? Aún estaba dolida con su acusación, ¿caso pensaba que me acostaba con el primero que se me ponía delante? Y lo peor de todo era, ¿si él tenía novia por qué parecía jodido por la

posibilidad de que me acostara con otro? Ahora que había pasado un tiempo las cosas seguían sin tener sentido para mí, esperaba que algún día pudiera aclararlo todo.

Tenía unas ganas terribles de ver a mi madre y pasar tiempo con ella, llevaba fuera de casa dos meses, de modo que cuando nos levantamos la mañana del lunes y bajamos la maleta para irnos a casa de mi madre, no me lo creía.

El viaje de vuelta a casa me pareció muy rápido, no sé si las ganas de volver me hicieron no darme cuenta del paso del tiempo o qué pasaba, pero cuando me di cuenta estábamos aparcando en frente de la casa de mi madre. Con prisa bajé del coche y abrí el maletero. Cogí mi maleta y de paso, mientras no salía Nuri, también saqué la suya. Nerviosa, con el corazón latiendo fuerte y rápido, crucé la calle para llamar al timbre de mi madre y subir a mi casa. Núria llegó a mi lado sonriendo, ¿qué le hacía gracia?

Subimos por el ascensor y yo no paraba de moverme ansiosa esperando a que parase en el tercer piso.

Al entrar en casa me sorprendió ver todo tan decorado. Espumillones me dieron la bienvenida colgados por las molduras de la casa, había un pequeño árbol blanco con bolas en sus extremos de color azul eléctrico, con regalos debajo de todos los tamaños y colores. Al verme mirarlos mi madre se apresuró a decir que estaban vacíos. ¡Vaya! ¡Ya me había hecho ilusiones con tener muchos regalos! En el salón al lado de la televisión estaba el belén con todas las piezas, el río y miles de cosas que ya ni me acordaba que teníamos. ¡Estaba todo tan bonito! Me abracé a mi madre y las lágrimas acudieron a mis ojos sin remedio. La había echado de menos, aunque en parte, me gustaba esa vida independiente que ahora tenía.

Enseguida nos pusimos a ayudar a mi madre a preparar la cena que sería como siempre: marisco, carne asada con patatas y una tarta de nata y chocolate riquísima. Me gustaba cocinar y desde que me había ido de casa, solo cocinaba una vez a la semana ya que nosotras comíamos en el trabajo.

La cena fue divertida, nos reímos, le conté a mi madre que tal me iba, mis estudios, el camarero que tonteaba conmigo, que me quedaban unos meses para el examen que me daría acceso a mis estudios y lo emocionada que estaba por casi todo. ¡Todo era nuevo!

Paloma vino a comer a casa por navidad, aprovechamos para intercambiar los regalos y fue muy divertido. Las caras de mis amigas y mi madre al ver sus regalos hicieron que me alegrara por haber acertado con ellos, pero lo mejor fue cuando yo recibí los míos, no esperaba tantos. Mi madre me regaló un par de libros de una autora de fantasía que me gustaba mucho, un juego de collar y pendientes de mi serie favorita de ciencia ficción y un pequeño set de maquillaje; Paloma, mi perfume favorito y menos mal porque se me estaba acabando ya, y Núria, me tendió un paquete pequeño envuelto en papel dorado. La miré y volví a mirar al paquete al que rasgué el papel para ver que había dentro. Un pequeño estuche dentro de la caja de color negro reclamó mi atención. Lo abrí nerviosa y allí había una pluma antigua hecha a partir de una pluma de cuervo. ¡Madre mía! En el resto del paquete eran hojas envejecidas, un estuche de tinta negra y un pequeño sello de cera de color rojo con un dibujo de un arco con una flecha. ¡Era un kit de escritura antiguo! ¡Siempre había querido algo así y ahora lo tenía! Abracé a mi amiga llorando de emoción y le di una y mil veces más las gracias.

Al terminar la comida, paseamos por la playa que había cerca de mi casa para cargarme las pilas. El lunes no trabajaba así que podíamos salir un poco más tarde de aquí, que yo con tal de descansar un par de horas me bastaba. Núria había llevado uno de los libros que le acababa de regalar para leer. En la playa no había nadie, normal, ya que era invierno y hacía frío pero yo,

siempre había sido rara e iba al revés del mundo. Me encantaba estar en la playa cuando a los demás no. Me acerqué al agua descalza y con los pantalones subidos hasta la rodilla y me mojé los pies. ¡Qué fría estaba el agua! Miré al cielo mientras una nueva ola pequeña moría en la playa, en mis pies. ¡Estaba en la gloria!

Me marché triste pero como le dije a mi madre, no tardaría en volver. Solo una semana que se nos iba a pasar volando. El viaje lo hicimos en silencio, solo con la música de fondo para distraernos. Como me estaba sintiendo mal con tanto silencio, le comenté a Núria que igual podíamos buscar al día siguiente un vestido o algo para fin de año, ya que íbamos a salir todos juntos de nuevo e igual ligaba con algún chico esa noche. Núria se reía ante mis ocurrencias pero en el fondo sabía que aunque algún chico se me acercara, no creía que pudiera liarme con ninguno a no ser que estuviera muy borracha, tanto que no me acordara de nada. A mi amiga le pareció bien el plan.

Después de colocar la ropa y los regalos nos fuimos a cenar al local de siempre ya que no cerraba por estas fechas, la verdad que a mí me parecía raro que el mío lo hiciese, pero siempre me había parecido bien porque así disfrutaba de mi madre y mis amigas sin tener que ir con prisas al salir del trabajo y con la lengua fuera.

Esta vez no disfruté de la cena, Daniel me había pedido vernos fuera de su trabajo. Le dije que no podía ya que andaba muy liada con el trabajo y los estudios pero estaba segura que volvería a insistir, tal vez deberíamos buscar otro sitio donde ir a cenar. Me sentí mal por darle calabazas pero no era el momento de salir con nadie ni nada, no me sentía cómoda. Núria me decía que le dijera que sí, se veía un chico agradable y así podría olvidar todo lo que había pasado y empezar una página nueva en el tema amoroso. Igual más adelante quién sabía, pero por el momento era imposible.

Al día siguiente recorrimos tiendas en busca de algún vestido que nos gustase, yo quería un vestido bonito y elegante, cortito para poder usar más veces. No era yo muy dada a los vestidos pero cuando me compraba uno tenía que ponérmelo más veces, por lo que miraba mucho que me gustase o me enamorara a simple vista.

No sé cuántas tiendas visitamos ya que perdí la cuenta al llegar a la sexta pero, cuando creía imposible encontrar un vestido, pasamos por una boutique que tenía un vestido iluminado precioso. Entramos y me lo probé, ¡por suerte había tallas! Me miré al espejo del probador y me sentí como una princesa. El escote en forma de barco me encantaba, tenía encaje negro en toda la parte del top con pedrería incrustada, las mangas eran de tres cuartos y de un tul negro que quedaba genial con el encaje del top. La falda se ajustaba a la cintura con un cinturón de pedrería que hacía que brillara cuando le daba la luz y tenía varias capas de tul encima de una tela negra de punto. El largo de la falda me llegaba por los muslos, a unos diez centímetros encima de la rodilla. ¡Era perfecto! ¡Me lo tenía que llevar sí o sí! Enseguida me imaginé el peinado y los accesorios del pelo por lo que supe que era el vestido adecuado. Solo me faltaba encontrar unas francesitas negras con pedrería para ir a juego, yo pasaba de los tacones y más si iba a salir de fiesta hasta las tantas como ya sabía que iba a pasar.

En el trabajo estábamos a tope, venía mucha gente y animados por la decoración navideña o vete a saber por qué, dejaban mejores propinas. Los cuatro días de trabajo se me pasaron volando, apenas había tenido tiempo por las mañanas para limpiar el local como a mí me gustaría, pero menos mal que éramos más para limpiar y quedaba perfecto. Estos días siempre salía tarde, ya que después de que se marchara la última mesa a las doce y media de la noche o la una menos algo, me tocaba aún limpiar, reponer bebidas y menaje y lo más importante, cenar.

El sábado por la mañana preparamos la maleta para pasar en casa unos días, ya que hasta el día dos no me tenía que incorporar. Después de tomar un tentempié a media mañana, cogimos el coche y pusimos dirección a casa. El viaje fue muy animado, nos reímos mucho y entre las tonterías que se me ocurrían y las que me respondía Nuri, no me di cuenta del tiempo que había pasado hasta que vi que había aparcado en frente de mi casa.

Ayudamos a mi madre a terminar de hacer la cena de fin de año, después de colocar la ropa que habíamos traído. Separamos las uvas y las pusimos en unas copas de plástico preciosas que casi parecían de cristal. Yo preparé la mahonesa para los langostinos y Núria ayudó a mi madre con las patatas para el cordero.

Después de cenar y casi atragantarme con las uvas por culpa de Núria y sus ocurrencias, nos vestimos para salir de fiesta. Mi madre iba salir con unas amigas a no sé qué sitio que la habían invitado, el vestido que llevaba era precioso de color rosa palo con pedrería en el cinturón. ¿Desde cuándo tenía ese vestido? Núria salió de la habitación con un vestido de noche ceñido al cuerpo pero con una caída preciosa. Era de color azul eléctrico con una sola manga de tul. Estaba muy guapa, seguro que esta noche ligaba con algún incauto.

Salimos de casa dispuestas a pasarlo bien y volver cuando se hiciera de día. ¡Esta noche era la nuestra! Y yo con mi vestido nuevo me sentía como una princesa de cuento.

La noche pasó entre cubatas, bailes, locales diferentes hasta que llegamos a la discoteca de siempre a las tantas de la mañana. Ya iba algo contentilla, notaba un pequeño zumbido en los oídos y me sentía eufórica. Entré directa a la barra y pedí un cubata de vodka negro con lima a un camarero muy guapo. Después de servirme, le guiñé el ojo y me fui con mis amigas a bailar. Me estaba divirtiendo de lo lindo, parecía que no me había marchado nunca y estaba en mi salsa.

Un chico se acercó a mí para bailar, le di esquinazo pero volvía, cuando me di cuenta de que Núria estaba hablando con Lucas. ¿Qué hacía hablando con él? Lucas me miraba y yo como no tenía ganas ni de que acercara ni nada, acepté bailar con el chico pesado, así fijo que se mantenía alejado.

Lucas no se acercó, se quedó hablando con Núria y yo me cansé de bailar con el tipo al que aparté de mala manera y me fui fuera a tomar el aire. Ya no me apetecía seguir de fiesta, me fui a casa sin avisar a Núria ni a nadie, ella tenía llaves para entrar si quería.

¿Por qué me afectaba tanto que Lucas no me hiciera caso? Yo era la que no quería saber de él pero me jodía que no se acercara ni a decirme hola. ¿Tan poco le importaba no verme ni saber de mí durante meses? ¿Le gustaría Núria? ¿Por qué solo se había acercado a ella?

Con esas preguntas en la cabeza e intentando responderlas me encontré con David. Le dije que si veía a Núria que le dijera que me había ido a casa y así ausente seguí mi camino. Seguro que David se extrañó que le hablara pero en mi mente había cosas más importantes que fijarme en su reacción, sabía que el recado lo iba a dar porque seguro que se encontraría con los demás.

Capítulo 33



Me desperté con un fuerte dolor de cabeza. Me levanté y al no escuchar un solo ruido miré en las habitaciones si aún seguían de fiesta. Estaban durmiendo y tenían unas pintas que vaya por Dios, una con unos pelos de loca, la otra con el maquillaje corrido, vamos para sacarles una foto y tenerla en un álbum de recuerdo toda la vida.

Me duché, me desmaquillé bien y volví a estirarme en la cama pensativa. Tal vez tenía razón Nuri y debería darle una oportunidad al camarero, además entre el trabajo y los estudios poco íbamos a quedar y así me distraía un poco. Salir al cine y esas cosas de gente de mi edad que no podía hacer siempre con Nuri, ya que ella también tenía sus ligues. No sé por qué pero me sentía como una veleta, cambiaba de opinión muy rápido y eso no era bueno. Tenía que pensar más en el tema porque igual un chico me distraía de mis estudios y ahora que estaba tan cerca de conseguir las cosas, no quería que nadie se interpusiera en mi camino.

Al mediodía empecé a hacer la comida viendo que mi madre y Núria seguían durmiendo, seguro que se levantaban con hambre. Como había sobrado cordero, pelé patatas y empecé a freírlas mientras en el horno se calentaba el cordero en sus jugos. Algunos langostinos habían sobrado de la cena y con una tortilla francesa rellena tendríamos para picar y comer bien. Aprovechando que aún estaban dormidas y la comida en marcha, me puse a hacer un flan de huevo con nata montada. Daría tiempo de sobra a que se enfriase.

Cuando despertaron las bellas durmientes, ya estaba terminando de poner la mesa. Me había mantenido ocupada para no pensar y dado que me encantaba cocinar era la solución perfecta.

Parecía que las resacas estaban dando problemas por lo que después de comer y limpiar, decidimos hacer maratón de películas románticas. Mi madre hizo palomitas mientras Nuri y yo escogíamos las películas y, cómo no, no podía faltar orgullo y prejuicio, era mi película favorita de todos los tiempos.

Acabamos las tres a moco tendido pegadas al televisor, llorando a mares por el trágico amor de algunas películas y suspirando por otras. No había término medio, habíamos repasado las películas más románticas de todos los tiempos.

Después de todo lo que habíamos comido, la cena fue muy ligera, una taza de leche con cereales y a la cama. Nuri vino a mi habitación para estar un rato hablando.

—¿Por qué te fuiste así ayer?

—No tenía ganas de quedarme, además vi a Lucas y bueno, no supe cómo reaccionar —mentí, sin saber muy bien como decir lo que sentía de verdad.

—¡Lucas vino a preguntar por ti! Al ver que estabas con otro chico pues no quiso molestar.

Sin saber muy bien por qué, empecé a sentirme mal, mis ojos empezaron a aguararse. ¿Por qué

tenía ganas de llorar? Había pensado mal de mi amiga y allí estaba ella, abrazándome y animándome ante el llanto que empezaba a aflorar.

—Yo pensé que no le importaba, que le daba igual no verme en meses ni saber de mí. Pensé que me había visto al entrar y que...— hipé—... ¡Qué solo le interesabas tú!

—¡Ay mi niña! No todo es lo que parece.

Con esa frase en los labios de mi amiga seguí llorando desconsoladamente. Él se había preocupado por mí, había preguntado dónde estaba y yo pensando como una idiota que iba a por mi amiga y bailando con otro para darle celos, pero ¿celos de qué? ¡Era idiota!

Me quedé dormida en brazos de mi amiga, que solo tenía palabras de consuelo para mí.

En un abrir y cerrar de ojos pasaron mis mini vacaciones y tuvimos que volver a la ciudad. Seguía sintiéndome mal y era algo que no se iba a pasar fácilmente, pero me había prometido a mí misma que nada iba a interponerse entre mis metas y yo, tenía que aprobar ese examen para estudiar lo que me gustaba. No podía estar toda la vida trabajando de camarera en un restaurante, seguro que cuando fuera más mayor ya no me querrían. Era un trabajo seguro el de las guarderías, siempre podías optar a ser directora con el tiempo o cuidar a niños pequeños.

La rutina me vino bien para olvidar todo lo que había pasado en fin de año. Estudiar y trabajar me mantenía la cabeza ocupada y ahora que cada vez quedaba menos para el examen, me entraba más materia e íbamos más deprisa para verlo bien todo. ¡Tenía que seguir el ritmo! Entre normas de aquí, pasos para resolver bien aquello y confeccionar oraciones perfectamente en otro idioma, me iba a estallar la cabeza. ¿Os había dicho ya que odiaba las matemáticas? ¡Odio las matemáticas! Con sus reglas para resolver cosas, letras y números que bailaban de un lado a otro, superficies y movidas chungas, sin olvidar trazar rectas, bisectrices y no sé qué cosas más, porque se me embotaba la cabeza y me volvía súper torpe pero, las matemáticas no eran lo peor, no. Lo peor era juntar las clases de mates con física y química. ¿Para que servía eso en un ciclo de infantil? ¿Me hacía falta eso para cambiar pañales? ¿Dar biberones?

El frío de enero se hizo notar enseguida, la gente venía más al restaurante a resguardarse del tiempo que hacía, las lluvias aparecieron para quedarse todo el mes. Me gustaba la lluvia por lo que para mí no era algo malo que llegasen las de invierno, la atmósfera cambiaba y se volvía algo tétrica. En el bolso siempre llevaba un pequeño paraguas, ya que desde mi trabajo hasta la academia había que cruzar algunas calles y como siempre pasaba, la gente con la lluvia se volvía tonta y veías a la mayoría de las personas con paraguas por los soportales. ¿No les habían enseñado a dejar los soportales para la gente sin paraguas? A veces ya ni me molestaba, ya que salía corriendo del trabajo para ir a la academia y luego a la inversa, solo disfrutaba del paseo de la noche, iba a casa sin prisa, saboreando la lluvia como si fuera esa cura para mi alma que tanto necesitaba. En los pocos momentos tranquilos que tenía, a mi mente regresaba el beso que me había dado Lucas y aún sentía todas las sensaciones que me habían recorrido por el cuerpo. ¿Por qué el destino era tan cruel? ¿Por qué me había enamorado de alguien con el que nunca podría estar? ¿Algún día podría olvidarle? ¿Conocería a otro chico que remplazara a Lucas en mis pensamientos?

Núria me había arrastrado para disfrazarme con ella y sus compañeras de trabajo en carnavales. Los lunes por las tardes íbamos buscando las telas, materiales y todo lo que nos hacía falta para el disfraz. Había un concurso de disfraces en una discoteca y querían ganar el premio de doscientos euros para gastarlo en bebidas y según ellas “pillar la cogerza del siglo”. Poco a poco me habían contagiado su ilusión y saber que iba a salir del trabajo cansada y aún tendría que ir a casa a disfrazarme, me daba un poco de pereza pero bueno, tampoco iba a ser todo estudiar y

trabajar.

Cuando ya quedaba una semana escasa para carnavales, todas nos apuramos para coser nuestros disfraces. ¡Qué rápido había pasado febrero! El lunes de la penúltima semana de febrero, como todas, estaba cosiendo mi disfraz, menos mal que sabía usar la máquina de coser e iba un poco más rápido que las demás. Ya me dolía la espalda de estar sentada en la misma posición por lo que me levanté y fui a por agua a la nevera. Yo era muy rara, siempre tenía que tener agua fría en la nevera sino, no me sabía bien el agua. Me acerqué a la terraza ya que por un momento había dejado de llover. Me senté en un banco que había puesto Núria debajo de la ventana que daba a su habitación. Allí aunque lloviera no me iba a mojar, ya que la cornisa creaba un pequeño tejadito. Con una pequeña botella de agua dejé que mis pensamientos volaran libremente. Había estado tan ocupada y agobiada con los estudios y el trabajo que apenas me había dado cuenta de que había pasado San Valentín, aunque en el trabajo esa noche estaba lleno de parejitas que se daban la mano y miles de muestra de cariño que me repugnaban. Seguro que la mayoría acabarían discutiendo al día siguiente y dejando la relación. ¿Alguna vez celebraría yo esa fecha? No podía evitar pensar en algo amoroso y no recordar a Lucas con su preciosa sonrisa y esos ojos azules que me recordaban al mar. Tal vez algún día tendría que decirle lo que sentía pero me parecía absurdo. El no hacía nada por saber de mí, eso es que no le importaba, ¿no?

Empezó a llover y me quedé un poco más hasta que empecé a notar frío y volví a casa a terminar de coser. El sábado era el concurso y seguro que al final tendría que ayudar a alguna a última hora.

Fuimos a cenar al restaurante de siempre, no me apetecía cocinar y a Nuri tampoco, por lo que era la mejor opción. Al entrar Daniel me dedicó una sonrisa que le devolví tímidamente. No tenía aún claro si estaba bien que tonteara con un chico por el que no sentía nada a parte de cariño. Al final de la cena intercambiamos los teléfonos porque como había dicho Nuri en la cena, es bueno distraerse de vez en cuando si yo estaba segura de que no iba a pasar nada con él. Por salir al cine o por la plaza para pasar un rato agradable, no pasaba nada.

El resto de la semana pasó muy rápido, la lluvia no se iba y menos mal que habíamos decidido hacer unas capas con capucha impermeables. Daniel y yo nos mandábamos mensajes en los ratos muertos o en las comidas y le había invitado a venir con nosotras pero eso sí, tenía que disfrazarse.

Sábado, ¡por fin! Después de cenar, recoger, limpiar, reponer bebidas y preparar algunas cosas para el día siguiente como siempre, fui a casa a ponerme mi disfraz de elfa. Ya sé que no es el disfraz más original y que se nos podía ocurrir algo mejor, pero creímos que era lo que mejor se acomodaba a todas y con la posibilidad de taparnos si hacía frío y llovía. Mi vestido era de color negro con un escote en pico muy pronunciado, había puesto pedrería y le había bordado con hilo de color dorado algunas filigranas que había visto en vestidos del estilo por internet. Me maquillé sencilla y rápido, no tenía mucho tiempo.

Nuri y las demás chicas vinieron a buscarme a casa para ir juntas al local y exhibir nuestros disfraces al jurado. Bailamos, incluso bailé alguna canción con Daniel antes de que tuviera que irse pues había quedado también con otros amigos.

Mi amiga se acercó a un chico que iba vestido de príncipe, ¡y yo que pensaba que mi disfraz no era nada original! Se unió al grupo y rápidamente me invitó a bailar. No sabía quién era ya que iba enmascarado, pero tenía un aire familiar. ¿A quién me recordaba?

Sentí una descarga por todo mi cuerpo cuando me agarró para bailar en el momento en que sonó una balada. Le miraba, pero sus ojos eran oscuros y no conseguía relacionarle con nadie.

Estaba como hipnotizada por ese extraño que había despertado sensaciones en mí que creía que nunca más volvería a sentir.

Cuando acabó la música me llevo fuera del local, había una fuente cerca y en ese momento no llovía. El aire que nos envolvía era frío y húmedo, pero no sentí la necesidad de taparme. Me volví a agarrar de la cintura y noté como mi corazón se aceleraba por momentos. Mi respiración se aceleró cuando se acercó a mí. Sus labios estaban cerca de los míos y me sorprendí a mí misma deseando que me besara, que me hiciera sentir especial. Cerré los ojos cuando se acercó más aún a mis labios y suavemente los presionó haciendo que mi corazón diese un vuelco y el vello de mi nuca se erizara. Me abrazó más fuerte atrapándome entre esos brazos musculosos y su cuerpo. Mi piel parecía la de una gallina, y no por el frío, si no por las miles de olas eléctricas que me atravesaban dejándome sin respiración. Su lengua se abrió paso hasta la mía y comenzó una danza en la que cada una reconocía a la otra como una compañera ansiada. Dejó mis labios para acercarse a mi cuello del que aspiró mi perfume y rápidamente besó, haciendo que me estremeciese de placer. Con la punta de su lengua, hizo el recorrido inverso al de sus besos y acabó mordéndome suavemente el lóbulo de mi oreja. ¿Se podían sentir tantas cosas con unos besos?

Nos quedamos mirándonos el uno al otro y tuve el impulso de quitarle la máscara. Levanté mis manos despacio, aún estremeciéndome por las olas eléctricas que aún sacudían mi interior. Poco a poco le quité la máscara y me quedé de piedra. ¿Cómo no le había reconocido? ¡Malditas lentillas que cambian el color de los ojos! Allí de pie y aún abrazándome estaba Lucas, el chico por el que aún suspiraba en mi interior.

—¿Me estás vacilando? —Fue lo primero que salió de mi boca.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Pasas de mí por meses, ni un mensaje de cómo estás y ¿ahora vienes y me besas de esa manera?

—Estoy aquí, ¿no?

—No es así, no vale que me beses y luego seas un imbécil, que desaparezcas de mi vida y ahora ¿vuelves y me besas?

—¡Si has desaparecido tú!

—¿Y no puedes mandar un mensaje?

Nos quedamos en silencio, ¿en serio estábamos discutiendo como si fuéramos novios? Le miré a los ojos olvidando por un momento que tenía lentillas y no iba a ver ese mar azul que adoraba. Me separé de él y volví al local a buscar a Núria. ¿Ella sabía algo?

Lucas vino detrás de mí pero yo solo quería que me dejara tranquila, no podía besarme porque sí, como si yo no tuviera sentimientos. Era una chica frágil aunque no lo pareciera.

—Me voy a casa —le chillé a mi amiga antes de que me alcanzara Lucas.

No podía ser que viniera ahora. Nada tenía sentido, ¿por qué me había besado? ¿Por qué él y solo él despertaba en mí esas sensaciones? Miré hacia atrás esperando que no me estuviera siguiendo, lo que menos me apetecía era que supiera donde vivía ahora.

No me entendía a mí misma, ¿era bipolar? Siempre deseando que me besara, que me viniera a buscar y me declarase su amor y ahora que estaba aquí y me besaba, ¿por qué huía corriendo? ¿De qué tenía miedo? Una voz en mi interior respondió a esa pregunta: “a que te vuelva a partir el corazón”. La verdad era que desde la acusación por parte de Lucas insinuando que me había acostado con David o que David lo iba diciendo por el pueblo o por lo menos a él, me había sobrepasado. ¿No podía tener una vida normal? ¿Es que no podía enamorarme de un chico

normal? ¡Todo parece tan fácil en las películas y en los libros!

Y con esos pensamientos en mi cabeza me acosté esperando a que un sueño reparador me curase el alma por lo que acababa de vivir.

Capítulo 34 (Núria)



—¿A dónde se ha ido Maika? —me preguntó Lucas buscando por todos lados.

—Se ha ido a casa. Me parece que no le ha sentado del todo bien tu beso.

—No pude evitarlo. No podía dejar de mirar sus labios y no probarlos es como, no sé qué, te enseñen la miel y no poder probarla —me explicó Lucas.

Suspiré recordando mi primera relación intensa, en la que dependía de aquel chico para todo. Necesitaba tenerlo a mi lado a todas horas, beber de sus labios, sentir el roce electrizante de su piel y le entendí. Entendí su dolor, su desesperación y sobre todo esa mortificación que le acompañaba.

Él no había tenido la culpa de que David fuera diciendo mentiras pero sí de creérselas. Eso le había dolido mucho a Maika y en cierto modo no entendía que si hubiera sido cierto, se comportase como un novio celoso cuando no eran nada y él, tenía novia.

—Las cosas han cambiado, Lucas. Maika desde que está aquí es otra, tiene unas metas y lucha por ellas, pero eso no significa que te haya olvidado. Tienes que darle tiempo para que piense en sus cosas, ya sabes.

—No, no sé.

—A ver, ponte en su situación. Una chica que te gusta desde hace tiempo y que hasta donde sabes tiene novio lleva un tiempo tanteándote y, de repente un día se pone celosa por algo que no es verdad, y aunque fuera así, nada reprochable pues no sois nada y tiene novio. Cuando crees que la has olvidado y empiezas una nueva vida, donde nadie te conoce, donde solo buscas cumplir tus sueños, aparece esa chica y te besa. ¿Cómo estarías?

—No muy bien.

Durante un par de horas más hablamos sobre él, lo que había cambiado al no tener a Maika cerca y que todo se le cayó encima como una jarra de agua fría. Lucas había besado un par de veces a Maika antes pero, como él dijo, le salía del fondo del alma y lo único que consiguió con eso fue ahuyentar y confundir más a mi amiga.

Me daban pena porque los veía enamorados y sufrían inútilmente. Ella porque estaba indecisa y no sabía si eso iba a llegar a buen puerto, y él porque no sabía cómo arreglar todo el destrozo que había cometido con ella.

Eran una pareja extraña, pero mientras hubiera buenos sentimientos les iba a ayudar. Quería ver a mi amiga feliz, se lo merecía después de aquel cabrón que la dejó hundida.

—Lo que podemos hacer es muy sencillo —suspiré.—Algún que otro día podríamos forzar un encuentro, que parezca casual. Os encontráis y habláis de vuestras cosas. No digo que le declares tu amor así de sopetón, porque la matas del susto, pero sí que intentéis ser amigos y tengáis una

relación cordial. Así, en un futuro, el paso de amistad a relación será más natural.

—Es buena idea. “El roce hace el cariño” y cuando trabajábamos juntos, de vez en cuando le mandaba mensajes al móvil.

A veces me sorprendía las pocas luces que tenían los hombres. Lo que acababa de decirle era lo más obvio del mundo y aun así, se lo había dicho yo.

Me sentía como Pepito Grillo cuando le decía a Pinocho lo que estaba bien y lo que estaba mal, ¿ahora era la conciencia de Lucas?

En el fondo me daban pena y quería ayudarlos por lo que trazamos un par de planes para que se encontraran de manera casual, que ayudarían a que volvieran a retomar su amistad y si todo iba bien, incluso podían acabar juntos.

Mi amiga había pasado por muchas decepciones, el único que había conquistado su corazón se lo había destrozado, hasta tal punto que Maika dejó de ser durante un tiempo la persona alegre, sonriente y llena de vitalidad que siempre había sido. Se volvió una autómatas, aunque salía con nosotras ella estaba a kilómetros de distancia. Los chicos que se le acercaron después no tuvieron ninguna oportunidad con ella, los usaba como un pañuelo de usar y tirar. Cambiaba de chico cada semana, como mucho dos, pero la alegría no volvía a sus ojos por mucho que intentáramos alegrarla. ¡Ya no sabíamos que hacer!

Cuando conoció a Lucas, un brillo tenue volvió a aparecer en sus ojos, comenzó a reír de verdad, a ser otra vez aquella chica que habíamos perdido y por eso les iba a ayudar. No quería que volviera a ser esa mujer apagada, sin ganas de nada, ni aspiraciones amorosas, como si no se mereciera nada. Lucas la había devuelto a la vida, la ilusión, y las ganas de soñar con un futuro al lado de alguien.

¡Ellos tenían que estar juntos!

Capítulo 35 (Lucas)



Después de dejar a Núria con su promesa de ayudarme a conquistar a Maika, me fui de la fiesta en busca de mi amigo Juan, que había venido conmigo en esta misión suicida.

Juan era mi mejor amigo, nos conocíamos desde la infancia y era el único que estaba al tanto de mis dudas en mi relación.

Cada día tenía más claro que sin Maika, me faltaba algo para completarme, tal vez fueran sus bromas, sus cabreos o sus salidas de tono ante alguien que descalificaba a sus seres queridos o, simplemente, echaba de menos hacerla rabiarse en el trabajo.

Odiaba que David se le acercara y más después de ponerle los cuernos pero, todo esto había sido por mi culpa. Había propiciado ese alejamiento por mi inseguridad, las dudas y el miedo de que los rumores que circulaban por el pueblo fueran verdad.

David había empezado a decir que se había acostado con ella y aunque ya no eran novios bueno, todo podía ser. La rabia me invadió y cuando la vi de compras como si nada pasara, no pude evitar encararla.

He sido un tonto, ese día la alejé del todo de mi lado. Se fue para no volver y hasta que hablé con Núria no entendí la verdad de todo aquello.

¿Cómo pudo haberle pedido semejante cosa a una mujer tan especial? ¡David me las iba a pagar todas juntas!

Mi novia y yo nos alejamos mucho antes de que Maika se marchara, ya no vivíamos juntos y apenas nos veíamos el fin de semana porque yo me acercaba a la discoteca donde trabajaba. Le habían ofrecido un buen trabajo en Madrid y me había pedido que me fuera con ella. No pude decirle que sí, algo me ataba aquí y las dudas empezaron a atormentarme.

En Madrid no tenía trabajo ni conocía a nadie, aunque no me preocupaba eso porque tenía donde ir de gentes como dicen por ahí. Los pisos estaban muy caros y de momento solo trabajaría ella porque a saber cuánto tardaba yo en encontrar un trabajo. Madrid era un caos con tanta gente, calles enormes, que si el metro, el cercanías, los autobuses y la cantidad de coches que circulaban a todas horas, no era el sitio que habría elegido para vivir.

Discutimos mucho, sopesamos opciones y ninguna nos llevaba a un lugar en el que los dos estuviéramos de acuerdo. En esos momentos ya había probado el sabor de los labios de Maika y me había prendado.

Hasta entonces había intentado no acercarme mucho a ella pero me encantaba provocarla en algunas situaciones para ver su reacción, como sus mejillas se teñían de color rosado y sus ojos brillaban por la emoción. Cuando se enfadaba también estaba guapa, porque se le achinaban un poco los ojos, se encendía poniendo sus mejillas de color rojo y gesticulaba más de lo normal.

Solo tenía ganas de que llegara el viernes para verla, pero la trataba como una amiga más, no quería hacerle daño y que sufriera.

Tuvo que irse para que yo me diera cuenta de lo que realmente sentía por ella y aquí estaba, buscando una oportunidad que sabía que no iba a ser fácil conseguir.

Maika era muy cabezota y entendía su reacción pero esperaba que aún sintiera algo por mí, por muy pequeño que fuera e iba a luchar por ella.

Sus besos habían quedado grabados a fuego en mi alma, el roce con su piel provocaba electricidad allí donde posara mis dedos. El aroma de su cuerpo mezclado con su perfume era irresistible y me alteraba de una manera que nadie había conseguido.

Sé que las mujeres dicen que tienen mariposas en el estómago cuando se enamoran pero yo tengo un enjambre de avispas que solo se revolucionan con su presencia.

Por eso y más cosas lo dejé con mi chica porque con ella no sentía estas cosas.

Núria me había dicho que no perdiera la esperanza, que todo volvía a su cauce tarde o temprano y ahora Maika necesitaba pensar y aclararse. ¿Había conocido a otro chico?

Le dejaría espacio pero vendría a verla aunque fuera en las sombras, sin que ella se diera cuenta.

De nada servía darse cuenta de todo lo malo que había hecho si no podía remediarlo. Sin darme cuenta estaba tocando mis labios rememorando nuestro beso apasionado.

Era más mayor que ella, había estado con más chicas, pero con ninguna sentí lo que Maika me provocaba. Ni con mi ex había experimentado tantas sensaciones con apenas un roce.

Su piel cálida me llamaba, sus labios eran una invitación para adentrarme en el infierno y lo haría sin temor si ella así lo deseara.

Había sido un estúpido, no tenía que haberme dejado llevar por los impulsos pero gracias a ellos había conocido más a Maika, siempre había tenido claro lo que quería en mi vida pero ella apareció para trastocarlo todo. ¿Cómo una simple persona podía cambiar tanto a otra?

Le había hecho daño, me sentía el peor hombre del mundo por creer los rumores que se habían extendido por el pueblo. Ella había hecho todo lo posible por ayudarme y le pagué con mis celos y mi desprecio.

La decisión estaba tomada, ella iba a ser para mí y lo lograría.

Deseaba volver a sentir sus labios, tocar su cálida y suave piel, sentirme vivo con ella a mi lado. No quería recordar momentos del pasado y recrearlos una y otra vez pensando en lo que puedo haber sido. Ya era hora de actuar, la echaba de menos, su risa, su verborrea, su deliciosa inocencia y la manera en que se sonrojaba al ver mi cuerpo. Nuestras bromas se hicieron indispensables para mí y aunque con el nuevo compañero me llevaba bien, nada se compara a ella, ella era la mejor.

Atendía la barra, metía los pedidos en el ordenador, cobraba, atendía los pedidos telefónicos, servía las bebidas y los cafés, la barra y siempre tenía una sonrisa en la cara, a pesar de que a veces se crispaba con los viejos verdes que intentaban propasarse con ella. Era la mejor camarera que había conocido nunca.

Capítulo 36 (Maika)



Poco a poco había olvidado el incidente con Lucas. No quería pensar en ello y menos después de la conversación con mi amiga que como me había dicho: “¿no pensaste que si vino hasta aquí, te buscó y te besó tal vez es porque no está con su novia?”. Por un momento había creído que le gustaba y que había venido a por mí como un príncipe de película pero, no podría ser eso. El día que había discutido con su novia también me había besado, igual había pasado algo parecido y yo solo era la otra a la que podía besar, y yo como una estúpida caía una y otra vez en lo mismo.

Núria había desistido ante mi lógica y yo continué con más ganas que antes trabajando y estudiando, para no tener tiempo para pensar; ahora también iba por las mañanas temprano a la academia antes de entrar a trabajar. No quería pensar y para eso tenía que ocupar mi mente.

Daniel me mensajeaba de vez en cuando y alguna que otra vez quedábamos un par de horas para tomar un café al salir del trabajo pero, no me sentía a gusto del todo con él y lo mejor era apartarse, seguro que le llegaría la mujer adecuada en su momento. Ahora tenía un amigo en la ciudad que había hecho yo sola, sin ayuda de Núria, ya que casi siempre salía con ella y sus compañeras de trabajo.

Lucas me mandó un mensaje pidiéndome que le perdonara pero, tampoco tenía nada que perdonarle, por eso no le contesté al mensaje. ¿Qué quería que le dijera? ¿Está bien, tú tranquilo aquí me tienes cada vez que te cabrees con tu novia?

En un par de semanas entraba el trabajo fuerte, venía la semana santa y aprovechando que la academia cerraba esa semana, podía descansar un poco más entre turno y turno para reponer fuerzas, ya que nunca salía antes de las dos de la mañana del trabajo, no sabía muy bien cómo iba en ese local pero esperaba algo similar.

Se acercaba el cumpleaños de Núria, y Paloma iba a venir a celebrarlo aquí con algunos amigos más y las compañeras de trabajo de mi amiga. Me hacía mucha ilusión este cumpleaños porque era el primero que festejaría viviendo independientemente de mi madre, al igual que esperaba con ilusión el mío.

Paloma y yo organizamos a escondidas de Nuri la fiesta, ella no quería celebrarlo pero no podíamos dejar pasar la oportunidad de una buena fiesta. Habíamos decidido hacer la fiesta el lunes, unas horas antes de su cumpleaños, pero claro, yo no tenía otro día ya que por muy festivo que fuera, tenía que trabajar siendo una época fuerte en turismo. Las amigas de Nuri la iban a entretener por la tarde en plan “vamos de compras y tal” mientras Paloma y yo colocábamos todo y venían nuestros amigos. No es que fuéramos a hacer mucha cosa; pizzas, refrescos, hamburguesas, una buena tarta de tres chocolates en la nevera, y mucho alcohol y música.

Una de las amigas de Nuri avisó de que ya estaban subiendo, bajamos las persianas y nos

escondimos detrás de los sofás y por dónde pudimos. Entró Núria en el salón con el grito en el cielo porque estaba todo a oscuras y se había dado un golpe en el pie, cuando encendió la luz y todos gritamos “¡SORPRESA!”. La cara de mi amiga era un poema, se llevó la mano al corazón y con los ojos abiertos nos dijo “¡os mato a todos!”.

Encendí el equipo de música que enseguida empezó a sonar haciendo que mi amiga se relajara. Nos abrazó a todos y cuando llegó a mí me dio unos besos.

—Esto es cosa tuya, ¿verdad?

—Yo no sé nada, Nuri. —Me hice la inocente.

—Seguro que no.

Nos reímos y nos volvimos a abrazar. Me acerqué a la mesa del salón donde estaban todos los regalos y le tendí el mío. Lo abrió con rapidez olvidando los modales y sobre todo sin mirar el bonito papel que lo envolvía. Dentro de la caja había un álbum de fotos que hice con viejas fotos nuestras y la mayoría eran desde que vivíamos juntas, había alguna foto muy divertida en la que estábamos tiradas en la alfombra, rojas por la risa y con el pelo y la ropa llenos de harina. Los meses que había pasado con mi amiga habían sido muy divertidos aún con todo lo que había pasado, el estrés de las clases, el trabajo, Lucas y mil cosas más, allí estaba siempre mi amiga para ayudarme, darme su opinión y acompañarme aunque a veces no me entendiera.

La fiesta fue divertidísima, entre bailes, comida, bebidas y sobre todo alcohol. Habíamos decidido hacer el juego de los chupitos, quien metiera una moneda en un vaso de chupito tenía que beber uno de tequila. Con toda la tontería nos acabamos dos botellas de tequila y una de ron, ¡madre mía, qué pedal tenían algunos! Mañana fijo que me iba a doler la cabeza.

Cuando me empezó a entrar el sueño me fui a la cama, las amigas de Núria se irían a su casa y nuestros amigos se acoplarían en la habitación libre y el salón. Nada más meterme en la cama, me quedé dormida y dejé de escuchar la música y las risas de mis amigos.

Llegué al trabajo apurada, no había sonado el despertador y Núria seguía durmiendo. Entre ronquidos, me vestí lo más rápido que pude y salí disparada para no llegar tarde. Con la lengua fuera y colorada por el ritmo que había tenido que llevar para llegar a tiempo, entré en el local y me fui directa a mi taquilla a por una aspirina. ¡Me dolía mucho la cabeza! Limpié, mientras mi cerebro comenzaba a funcionar. Poco tiempo de descanso tuve ya que enseguida comenzó a llegar la gente para comer, fue un no parar. Llevar bebidas, coger comandas, pasar comanda a la cocina y a la pizzería, llevar la comida, que se me olvidaba algo, dar la vuelta, limpiar y preparar para el siguiente y así hasta las cinco de la tarde, sin descansar ni un minuto para beber siquiera.

Durante el camino a casa fui arrastrando los pies, no podía con mi cuerpo ni con mi alma, estaba agotada y aún quedaba el turno de la noche. Me tiré en la cama después de revisar que el despertador estaba bien puesto para descansar un rato y reponer fuerzas.

El despertador me despertó asustándome, ¡si no hacía ni cinco minutos que estaba en la cama! Me levanté a regañadientes, me puse los tenis y volví a hacer el camino inverso que hacía un par de horas. La noche fue igual que la mañana, no paraba de hacer cosas, llenamos el local unas tres veces por lo menos.

Cuando me senté a la hora de la cena me dolían los pies como nunca, me sentía destrozada y sin energías. Me comí mi pizza con ganas ya que me moría de hambre, y por primera vez tuve que cogerme dos coca colas para cenar, estaba sedienta, no había podido beber nada en todo el turno.

El camino de vuelta a casa fue muy parecido al de la mañana, tal vez peor porque notaba los pies hinchados y doloridos, cada paso dolía como si estuviera caminando por una calle llena de clavos.

Cuando se acabó la semana santa me sentí en la gloria, sí que es verdad que habíamos tenido mucha gente y eso se traducía en dinero para el local y más propinas para mí, por lo que no había mal que por bien no viniese.

La cantidad de gente que venía al local bajó un poco, pero se mantenía dentro de la normalidad y para colmo tenía que volver a la academia. ¿Quién me mandaría a mí meterme en estos berenjenales?

El día que iba a empezar la academia de nuevo, Daniel me mandó un mensaje para tomar un café antes de su turno de trabajo, y me dije que por un día no pasaba nada porque faltase, ¿no? Nos reunimos en la plaza cerca de mi trabajo por si se alargaba el café, y en una terraza disfrutando del clima primaveral, nos sentamos a tomar algo.

No es que habláramos de cosas transcendentales, pero había sido ameno, tenía la molesta sensación de que alguien me estaba mirando y por mucho que me diera la vuelta para mirar a todos lados, no conseguía ver a nadie conocido. ¡El trabajo estaba causando estragos en mí! Daniel me contó que había conocido una chica muy maja pero que tenía miedo de lo que podía pasar. En ese momento me inspiró tanta ternura que le abracé para infundirle ánimos, él era un buen chico, guapo, trabajador, simpático y hasta donde me había demostrado, muy romántico, ¡un partidazo! Pensándolo fríamente era mi tipo ideal de hombre pero mi corazón estaba ocupado y él lo entendía, había sido más fácil que con David.

Volví al trabajo dispuesta a seguir como hasta ahora, me quedaban un par de meses de academia para terminar de preparar el examen. Cada vez era peor ya que el nivel subía y subía y tenía que aprenderme un montón de números, reglas y mil cosas más que no tenía muy claro de que me iban a servir en un futuro, ya que solo serían números que me otorgarían o no la posibilidad de estudiar el ciclo que quería.

La primavera era una gran estación para la hostelería, empezaba a salir la gente, estaba hasta más tiempo por las calles por lo cual siempre cabía la posibilidad de que viniera más gente a cenar o comer. La temperatura aún era suave y todo apuntaba a que este año estaría lleno de flores preciosas por todas las calles y los árboles engalanados con miles de colores diferentes. Lo único que me daba pena eran los que tenían alergia al polen, ¡pobres! Todo el tiempo estornudando y con pañuelos en la mano.

Núria disfrutaba más de su trabajo ya que con los niños podían jugar en los columpios, ir de excursiones a huertos cercanos, y miles de cosas que me contaba cuando volvía del trabajo entusiasmada. Incluso había conocido a un chico muy guapo, alto, de ojos verdes que tenían un brillo pícaro, los brazos musculosos de muchas horas de gimnasio y un culo, ¡madre mía qué culo! Un pibonazo en toda regla que estaba pendiente de cada paso que daba mi amiga e incluso le regalaba flores y bombones de chocolate sin venir a cuento. ¡Qué envidia me daba!

Me quedé pensativa, Núria y Paloma ya tenían sus parejas y yo acabaría siendo la típica solterona rodeada de gatos, amargada por un amor que nunca llegó y angustiada por el que había perdido, ¡vaya futuro!

No podía dejar de pensar en Lucas, en sus besos, lo que me había hecho sentir, la electricidad que me recorría con cada contacto suyo y lo mucho que deseaba que las cosas fueran distintas y pudiéramos estar juntos. Muchas veces habían sido las que había decidido olvidarme de él, buscar otro chico y como dicen “un clavo con otro se quita” pero era imposible, siempre pasaba algo que me acercaba a él y por lo tanto, había tomado mi última decisión:

“No volvería a pensar en un futuro con él y viviría el presente. Lo que tuviera que ser sería, por mucho que yo me negara o que él se alejara, ¿no?”.

Con ese pensamiento volví a mi rutina de trabajo y estudios, sintiéndome cada vez más cansada, consumida por algo que había decidido de la noche a la mañana y que a veces me cuestionaba. Era verdad que quería un futuro mejor, un trabajo que disfrutara al cien por cien, ya que era mi sueño, pero me estaba costando sudores y lágrimas ponerme al día y no olvidar cosas importantes. Me sentía inútil muchas veces y si no fuera por mis amigas, lo habría abandonado en más de una ocasión al verme superada por todo lo que estaba viviendo.

Ojalá fuera adivina, así jugaría la lotería, ganaría mucho dinero y no tendría que preocuparme por seguir trabajando o siempre podía conocer a un chico de mucha pasta y que me sacase de la pobreza. ¡Menos mal que soñar era gratis!

Capítulo 37



¡Ya había llegado! ¡Por fin era mi cumpleaños! ¡Mi primer cumpleaños en una nueva vida independiente de mi madre!

A mediados de abril empecé a ponerme nerviosa porque se acercaba mi cumpleaños, si bien era una fecha que no me gustaba celebrar, esta era la primera vez que me apetecía hacer algo pero, no lo de siempre, algo diferente y único. Durante días estuve mirando que podía hacer diferente para que fuera el mejor recuerdo de mi vida, y no encontraba nada que realmente me gustara o que fuera barato. Al final y tras mucho buscar, encontré una casa rural que hacía excursiones a caballo por una montaña cercana y disponían de aguas termales naturales. Reservé para mí y mis mejores amigas, un fin de semana de chicas. ¿Cómo había conseguido el fin de semana entero? Descartándolo de las vacaciones de verano, ya que este local no cerraba y rotaban el mes de descanso del personal.

El sábado por la mañana le di las indicaciones del lugar a Núria, Paloma había llegado el viernes por la noche a casa con su maletita para salir juntas. Después de media hora llegábamos a la casona que iba a ser nuestra casa el fin de semana. Aparcamos y fuimos hacia la entrada con las maletas para anotarnos y que nos dieran la habitación. Di mi nombre ya que estaba reservada, y enseguida la recepcionista nos explicó los horarios de las comidas, a qué hora era la excursión en caballo y las normas de las aguas termales.

Fuimos a la habitación que marcaba en el llavero que nos acababa de dar la recepcionista. Al entrar ahogamos un grito de alegría y admiración por la decoración tan bonita que tenía nuestra habitación. Miramos todo como si fuéramos unas inspectoras en busca de algo de suciedad sin dejar de asombrarnos por los pequeños detalles, ¡habían dejado bombones en las camas! Al entrar en el baño me asomé por la apariencia de baño de lujo que tenía ante mis ojos, ¿en serio era un casa rural?

Salimos al jardín en el que se veía una piscina vacía, un camino de piedras hasta el establo en el que estaban los caballos y, cómo no, miles de flores de todos los colores, formas y tamaños que pudieras imaginar, el césped estaba cortado y verde. Seguimos el camino de piedras que pasaba de largo de la piscina y la zona de relax. Nos llegaba el olor de huevos podridos, nos tapamos la nariz pero allí estaba la señal de que estábamos cerca de las aguas termales. El lugar era precioso, todo rodeado de piedras y algo escondido, casi me recordaba a las casas de baños que veía en muchas películas y dibujos japoneses.

Miré el reloj, ¡casi era la hora de nuestro paseo en caballo! Menos mal que el establo no quedaba demasiado lejos. Al llegar a la entrada, había unas cinco personas más esperando como nosotras a la excursión por la montaña. Llegó un chico joven con los caballos y cada una nos

subimos a uno, a la vez que él subía al que tenía agarrado de las riendas. Con un silbido todos los caballos se movieron siguiendo al primero. Fuimos por una montaña cercana llena de árboles grandes, animales pequeños corriendo de un lado a otro, vimos un pequeño riachuelo bajando entre las rocas, ¡era todo tan bonito y relajante! Hacia el final del paseo empezó a dolerme el culo de tanto traqueteo en el caballo y notaba algunas punzadas en los muslos. ¡Lo mío no era andar en caballo! Cuando llegamos de nuevo a la casona, respiré aliviada. Nos dimos una ducha rápida para refrescarnos y en seguida probamos lo blandas que estaban las almohadas con una pelea. Entre risas, comentarios y bromas, llegó la hora de bajar a comer. El comedor no era muy grande, las mesas y sillas eran de madera clara pero lo que más llamaba la atención era la larga mesa de buffet llena de comida.

Había huevos fritos, beicon, espaguetis, macarrones, salsa boloñesa, pesto, carne a la brasa, patatas cocidas y fritas, arroz, ensalada, pizzas y más cosas que no me llamaban la atención. Nos sentamos con un plato lleno de comida cada una y enseguida vino una chica a preguntarnos que queríamos para beber, como no iba a ser diferente, nos tomamos unos refrescos. Llenamos varias veces los platos y hasta tomamos postre que también habían puesto en el buffet: flanes, melocotones, uvas, yogures, tarrinas de helados e incluso ¡gominolas!

Subimos a la habitación con las barrigas llenas, sentía que iba a explotar. Descansamos un rato para hacer la digestión y luego nos fuimos a pasear por el jardín, nos sentamos en las tumbonas al sol de primavera que hacía su aparición después de dos semanas lloviendo intensamente. Cuando nos pareció una hora decente, volvimos a la habitación a ponernos los bañadores y con las chanclas y los albornoces que nos habían dejado en el armario, seguimos el mismo camino que por la mañana y nos metimos al poco en el agua caliente. El olor al cabo de un rato ya no lo notábamos y pudimos disfrutar de unas aguas relajantes y calientes. Hablamos de cosas de chicas, lo que esperábamos en el futuro cercano, chicos, fiestas que estaban por venir y si algún día estaríamos las tres juntas en la misma casa viviendo, aunque ahora que tenían novios y no sé si me atraía mucho la idea de ver carantoñas amorosas, palmadas en el culo y besitos a todas horas, cuando yo no podía tenerlo.

No sé cuánto tiempo estuvimos en las aguas termales pero, me gustó que estuviéramos solas las tres. Se me olvidó todo el estrés de los estudios, el trabajo, las ganas de dejarlo todo y olvidarme de todos.

Al salir la piel la tenía tersa, reluciente y la notaba muy hidratada. Había evitado mojar me el pelo ya que lo había lavado hacía un rato y si no iba a parecer un estropajo. A turnos y como buenas hermanas, aunque realmente no lo fuéramos, nos duchamos rápidamente para ir a cenar. Había menú degustación, iban a ser cinco platos diferentes y tenía la sensación de que me iba a quedar con hambre ya que muchas cosas no me gustaban pero, había elegido eso para hacer algo diferente.

Mis amigas fueron bajando para coger sitio en el comedor mientras terminaba de vestirme. Me hice una trenza que coloqué a un lado y bajé. Núria y Paloma estaban sentadas en la mesa cerca de la cocina.

—¿No había otro sitio mejor? —Solté nada más llegar y sentarme.

—Nos dijo la camarera que era este lugar, ya que al tener que ir y venir tanto a la cocina, era mejor estar cerca para que no se enfriara la comida.

—Pues tiene su lógica —respondí echándome la coca cola en la copa de cristal.

Cuando nos trajeron el primer plato me quedé mirándolo desconfiada, no me gustaba demasiado el tomate natural y toda la comida venía dentro de un tomate asado. ¿Eso era todo? ¿Un

tomate mediano con algo de queso, atún, cebolla y un “crujiente” de jamón? ¡Madre mía sí que iba a pasar hambre! Después de recoger los platos nos trajeron dos langostinos a la plancha con uno cubitos de queso de cabra. El siguiente plato era una ensalada escasa aliñada con espuma de limón y aceite, con un cacho enano de solomillo poco hecho. Nos trajeron un sorbete de limón con no sé qué para limpiar el paladar y acto seguido, aparecieron con un plato de pescado en plan migas con patatas rojas, según ellos al aroma de vino de la rioja, y de postre una brocheta de frutas exóticas.

Al final, después de temer quedarme con hambre, sentía el estómago lleno y cuando de repente se apagaron las luces y de la cocina salió una pequeña tarta con velas, me puse a llorar como una niña pequeña. No me había esperado esto para nada. ¡Qué sorpresa! Me cantaron el cumpleaños feliz y soplé las velas con todas mis fuerzas a la vez que pedía un deseo.

Fue un día perfecto, ¿qué más podía pedir?

Al marcharnos de vuelta a casa el domingo, sentí como la paz estaba dentro de mi alma, que podía hacer todo lo que me propusiera y ahora más que nunca iba a conseguir aprobar ese maldito examen que me llevaba de calle. Me iba a aplicar como nunca, conseguir la mejor nota en el examen y ser de las primeras para poder optar al ciclo ya que iba por puntuación. Todo mi esfuerzo, dedicación y dolor de cabeza se convertiría en un número que me dejaría dentro o fuera de mi meta.

Las mini vacaciones me habían sentado genial, quedaban cuatro semanas para el examen y no estaba nerviosa aún. Estudiaba cada vez más, me exigía más a mí misma y en el trabajo todo iba sobre ruedas. ¡Todo iba como yo quería por fin!

Un lunes, aprovechando mi descanso en el trabajo y la motivación extra que aún duraba de mi cumpleaños, fui hasta la academia a repasar la lección y como siempre, hacer algunos exámenes de prueba de otros años.

La directora de la academia vino a buscarme para que la acompañara a su despacho. Me acojoné como nunca desde que había empezado a estudiar, nunca me habían llamado al despacho.

—Maika, tengo una noticia para ti.

—¿Buena o mala? —No pude vitar preguntar.

—Buena, han ampliado dos semanas el plazo para la prueba por problemas técnicos, así que vas poder estudiar más e ir más tranquila.

—Eso es una buena noticia —suspiré aliviada.

—Te recuerdo que me falta el papel de que tienes la ESO. No me lo has traído y es el papel que me reclaman del ministerio para que puedas ir al examen.

—Sí, se me había olvidado. ¿Hasta cuándo tengo para traértelo?

—Si lo tienes para la semana próxima mejor, no vaya a ser que luego por esta tontería te quedes sin poder ir al examen.

—Claro, gracias por recordármelo.—sonreí antes de salir de aquel despacho.

Toda la alegría que tenía dentro se fue en un instante. Tenía que volver al pueblo a por los papeles pero ¿y si me encontraba con Lucas? ¿Y si no aparecían los papeles? ¿Y si no me daban copias en el instituto? Y lo peor de todo, ¿y si se había extendido el rumor de que David y yo habíamos hecho algo y me señalaban?

Me reprendí a mí misma por no poder pensar en algo bueno, todo tenía solución y lo más seguro es que no viera a ninguno de esos dos. Solo tenía que llamar a mi madre, ella sabía dónde estaba todo y si no, podía acercarse a ver que necesitaba para pedir una copia.

¿Por qué siempre me martirizaba tanto? ¿Por qué buscaba miles de razones a todo? Tenía que

dejar de pensar y actuar, estaba a un mes de conseguir mi meta y nadie iba a pararme.

Capítulo 38



Había llegado abatida a casa. Me senté en el sofá y miré a la nada. La idea de volver al pueblo no me apetecía nada pero bueno, al final uno nunca se aleja demasiado de sus orígenes ¿no?

Núria llegó a casa con su habitual sonrisa desde que salía con aquel chico pero, al verme enseguida se le borró e intento alegrarme.

—¿Qué te pasa mujer? ¿Y esa cara tan larga?

—Tengo que ir al pueblo, me falta el papel de que tengo la ESO para ir a hacer la prueba.

—¿Y por eso estás así? Madre mía, pensé que era algo más grave. Pues vas, pillas el papel y luego vuelves. ¿Cuál es el problema?

Me quedé callada, todo parecía fácil según lo había dicho mi amiga, pero la posibilidad de encontrarme con Lucas me aterraba. Después de nuestro beso en carnavales no estaba segura de poder resistirme a otro momento así, yo le quería pero también quería probarme a mí misma.

—Lucas.

Mi amiga entendió al instante todo lo que pasaba por mi cabeza ya que no era la primera vez que le contaba cómo me sentía después del beso. Era algo difícil de entender hasta para mí misma, parecía una niña pequeña asustada de todo y no sabía cómo cambiar eso. No quería sufrir pero si había alguna posibilidad de tener algo con él, tampoco quería desperdiciarla aunque solo fuera un rollo de un día. ¿Vosotros lo entendéis, verdad? Aunque yo mucho a mí misma no me entendía.

—¿Puedes venir conmigo? No quiero ir sola ¿y si pasa algo?

—¿Qué va a pasar mujer? —Miró a mis ojos suplicantes—. Veré qué puedo hacer, ¿vale? Si no me dan el día, tendrás que ir tú solita.

Asentí enérgicamente a mi amiga que me devolvía una sonrisa llena de cariño. Era una bendición tenerla, era la hermana mayor que nunca tuve y con ella me sentía muy a gusto ya que al llevarnos un par de años de diferencia, me entendía a la perfección aunque le dijera solo palabras vagas. Muchas veces me sentía estúpida por los miedos que tenía a todo, sobre todo cuando el tema era Lucas y todo lo que me hacía sentir. ¿Existiría de verdad el destino? Miré mi muñeca en busca del hilo rojo que supuestamente y según dicen los japoneses «conecta a aquellos que están destinados a encontrarse, sin importar tiempo, lugar o circunstancias. El hilo se puede estirar o contraer, pero nunca romper». ¿Sería él mi destino? Siempre, por mucho que nos alejáramos acabábamos volviendo a juntarnos y, sólo con él sentía una conexión especial, además de todas las sensaciones que él despertaba en mi interior.

Ni todo era tan difícil como lo veía, ni tan fácil como me quería hacer creer mi amiga, así que lo que hice fue centrarme otra vez en mis estudios y mi trabajo. Total en unos días tendría que volver al pueblo y lo que tendría que pasar pasaría, me gustase o no.

Al día siguiente antes de ir a trabajar llamé a mi madre para hablarle del papel que necesitaba y que creía que estaba en casa. Quedamos en que me mandaría un mensaje si encontraba algo, si no había mensaje es que no había nada en casa y tendría que ir al instituto a pedir el papel.

Cuando llegué por la noche, después de un duro día de trabajo y estudios, mi amiga me dio la noticia de que vendría conmigo al pueblo y así no tendría que coger un autobús y desesperarme por no llegar, ya que paraba en cada pueblo del camino y se me hacía pesado y aburrido, en vez de una hora eran casi dos de viaje.

Al no recibir ningún mensaje de mi madre, supuse que tendría que ir al instituto y tal vez era la mejor opción desde el principio. Iríamos al instituto, me darían el papel en unos minutos y con suerte al mediodía estaríamos de vuelta en la ciudad, a no ser que Núria se quisiera quedar a comer y luego marchar.

El resto de la semana la pasé intranquila, eso sí, con la cabeza ocupada en los exámenes que se acercaban sin remedio. No me solía poner nerviosa ante los exámenes porque no solía estudiar para ellos, pero llevaba tanto estudiando para este que necesitaba desesperadamente aprobarlo para descansar.

El lunes me levanté con los ojos hinchados y rojos como si hubiera llorado. Me eché unas gotas que rápidamente aliviaron el picor y en unos minutos ya no se veía la rojez. Me duché rápido, me vestí y fui a la cocina a prepararme un buen tazón de leche con cereales. Mientas, encendí la televisión para ver las noticias, y escuché que el agua de la ducha estaba corriendo, deduje que mi amiga ya se había levantado. Miré el reloj y aún eran las nueve.

Terminé el desayuno justo cuando vino Nuri al salón, la saludé con la mejor de mis sonrisas y para estar ocupada y mantener los nervios a raya, mientras mi amiga desayunaba me fui a lavar los dientes y revisar que llevaba todo lo que iba a necesitar en el bolso.

Cuando todo estuvo listo, cogimos el coche y nos fuimos rumbo a nuestro pueblo. La emoción me embargaba, estaba a un papel de tener todo para el examen. Estaba en el camino correcto hacia mi nuevo futuro profesional y con todo lo que me estaba preparando, estudiando y sobre todo desquiciando, seguro que aprobaba.

Al llegar al pueblo fuimos directamente hasta el instituto para que me dieran el maldito papel. Al entrar en el edificio que durante tantos años había visitado a diario, la emoción me golpeó. Las paredes azules con el nombre del instituto en letras blancas, las puertas marrones y la gente de un sitio a otro, profesores con libros y apuntes y alumnos con mochilas corriendo por los pasillos, otros empujándose y algunos guardando libros en las taquillas para cambiarlos por otros. ¡Qué recuerdos!

Me acerqué a la secretaria y María, la chica que siempre estaba allí sentada con una sonrisa en los labios, me reconoció.

—Buenos días, Maika. ¡Cuánto tiempo! ¿Necesitas algo?

—Hola, María —saludé sonriendo—, necesitaba un papel que diga que tengo la ESO. Voy hacer un examen para acceder a ciclo superior y me lo piden.

—Perfecto.

Enseguida miró la pantalla de su ordenador de mesa y empezó a teclear, con un par de movimientos del ratón el sonido de la impresora funcionando se expandió por toda la secretaria. Después de un par de minutos, poner unos sellos y firmar, me entregó el papel que necesitaba para mis estudios.

Hablamos un rato más de qué ciclo iba a estudiar, de cómo me iban las cosas y le sorprendió mucho saber que me había ido a la Oviedo. Ella estaba como siempre, nada había cambiado, el

trabajo de todos los días y la rutina de toda la vida que le empezaba a asquear un poco. Me dio pena por un momento, pero recordé que ella adoraba ese trabajo y dónde estaba, como ella misma decía, allí la trataban como a una reina y siempre aprendía algo nuevo.

Cuando iba a marcharme, decidí darme un paseo por todo el instituto recordando tiempos pasados en los que disfrutaba con mis amigas, aunque al final me había quedado atrás y tuviera que sacar la ESO para adultos y, en ese momento, volvía a hacer papeleos para estudiar pero tenía la sensación de que esta vez iba a ser diferente.

Salí del instituto y Núria me esperaba, decidimos dejar el coche en uno de los aparcamientos gratuitos del pueblo y dar un paseo tranquilamente hasta que fuera la hora de comer. Habíamos avisado a mi madre y a Paloma para comer todas juntas en un restaurante baratito y con muy buen ambiente cerca de un mirador.

Paseamos por las calles mirando escaparates, locales que habían cerrado, otros habían cambiado de actividad, otros aún funcionando con el cartel de “se traspasa”, cuando pasamos por una calle cerca de mi antiguo local de trabajo. Lo echaba de menos, tenía buenos recuerdos y tuve el impulso de ir hasta allí a saludar. Empezaba a hacer calor y me sobraba la chaqueta que llevaba puesta pero, por no llevarla en la mano me subí las mangas para ver si así notaba algo menos el calor.

Estaba llegando a mi antiguo local cuando empecé a encontrarme fatal, me faltaba el aire y el corazón empezó a irme muy deprisa. La vista se me nubló y empecé a ver puntitos de colores. Me intenté agarrar a Núria pero iba a unos pasos por detrás de mí ya que le había llamado la atención no sé qué libro de una librería que estaba a unos metros de mi antiguo trabajo.

Capítulo 39



Me desperté en una sala rodeada de cables por todo el cuerpo. Intenté incorporarme pero los cables tiraron de mí. Miré hacia la derecha y un monitor pequeño marcaba mis constantes vitales. Un pequeño ruido me alertó, abrí más los ojos del susto y enseguida vino una enfermera con su uniforme blanco y chaqueta azul. Me volvió a pegar en el pecho lo que se había despegado gracias a mi tirón.

—No te levantes, te has desmayado —me explicó una enfermera mientras llevaba mi mano derecha hacia la cabeza—. Te has dado un golpe muy fuerte en la cabeza al caer al suelo. ¿Cómo estás? ¿Recuerdas algo?

Negué con la cabeza lentamente, viendo que me mareaba si hacía un gesto rápido, mientras volvía a acomodarme en la cama. Lo último que recordaba era ver unos puntitos y sentirme mareada, nada más. ¿Habría sido una bajada de tensión? ¿De azúcar? ¿Cómo me dolía la cabeza! ¿Y si perdía memoria después de esto? ¿Olvidaría cosas del pasado? ¿Tal vez memoria a corto plazo? ¿Qué paranoia me estaba entrando!

Empecé a notar que mis pulmones no se llenaban lo suficiente de aire, me agobiaba e intentaba dar bocanadas más grandes para que entrara más aire y poder respirar mejor, pero todo era inútil y sentía como mis pulmones se encogían. Me llevé la mano al pecho y empezaron a salir ruidos cada vez que intentaba respirar. La enfermera me puso una mascarilla con una bombona de oxígeno mientras intentaba tranquilizarme para que consiguiera respirar correctamente.

Poco a poco me fui tranquilizando y con la mascarilla empecé a respirar mucho mejor, aún notaba un poco de dolor en el pecho pero dijo la enfermera que se me pasaría. Me dijo que había un familiar en la sala de espera, debía de ser Nuri la que estaba esperando para saber que me había pasado, ya que solo ella había venido conmigo en este viaje. Antes de salir se acercó al ordenador en el que enseguida tecleó algo, seguro que lo que acababa de pasar.

Miré hacia todos lados, había unas cortinas delimitando mi espacio, tal vez había más gente en la sala pero no lograba verla. Desde mi cama veía la mesa de las enfermeras, había dos contando con la que me había atendido a mí, y tres ordenadores. No me gustaba nada estar en el hospital, ¿no podía irme sin más? ¡Ya estaba bien!

Nuri parecía agotada cuando la vi entrar por la puerta y ponerse a mi lado, ¿cuánto tiempo llevaríamos allí?

—¿Podemos irnos ya? Ya estoy bien. —Me intenté incorporar pero un leve tirón me recordó que estaba unida a miles de cables.

Nuri negó con la cabeza lentamente. Bueno, no me quedaba otra que portarme bien, intentar descansar, tranquilizarme, y rezar para que no tardaran mucho más en hacerme las pruebas, si no

las habían hecho ya, para poder marcharme a casa.

Me acomodé en la cama, Nuri me agarró de la mano y así nos quedamos en silencio hasta que vino el doctor.

No puedo decir cuánto tiempo pasó desde que me desperté hasta que llegó el doctor, pero para mí fue eterno. No pasaban los minutos y tampoco había ningún reloj a la vista para ver qué hora era. ¡Quería irme ya a casa!

Cuando por fin entró el doctor con su bata blanca impoluta, me puse nerviosa por lo que pudiera decirme. ¿Habrían encontrado algo malo? Madre mía, si pudiera estaría comiéndome las uñas pero con todos los cables lo veía difícil.

—Buenas, soy el doctor Arranz —se presentó amablemente, mientras volvía a mirar los papeles que traía consigo.

—Buenas —respondimos las dos al unísono, tal vez yo un poco más bajo de lo normal.

—¿Puedo irme ya? —Fue lo primero que salió por mi boca. Estaba ansiosa por estar en casa, tranquila, viendo alguna película o simplemente riéndome con Nuri de tonterías que se nos ocurrieran.

El doctor sonrió, seguro que muchos le hacían la misma pregunta. En ese momento me di cuenta de que era joven, con unos ojos verdes muy bonitos y tenía el pelo negro rizado algo desordenado. ¿Con doctores así quien no querría ir al médico?

—Aún no, pero por lo que veo estás mejor. Prefiero que esta noche te quedes aquí, en observación, aunque todas las pruebas han salido bien. Te han dado seis puntos en la zona occipital.

—¿Pruebas? Eso es más de una y yo no me enteré de nada —me quedé pensativa.

—Sí, te hemos hecho un tac para observar daños en el cerebro, una radiografía completa para ver los huesos por si se había roto alguno al caerte y una analítica. Todas han dado resultados normales pero por si acaso, prefiero tenerte toda esta noche en observación y mañana te damos el alta, si no hay ninguna complicación.

—Vale —respondí resignada. Bueno la noche durmiendo se me pasaría enseguida, ¿no?

El doctor se marchó, después de desearnos buenas noches, al lado de otro paciente en el otro extremo de la sala. Miré a Nuri que por primera vez sus ojos marrones estaban apagados, el agotamiento se le veía reflejado en la cara. Algunos mechones de su pelo castaño habían salido de su coleta siempre bien hecha.

—¿Por qué no te vas a descansar? Ya ves que de aquí no puedo moverme.

—Sí, te vengo a buscar mañana. Con tus ataduras por mucho que quieras irte lo veo difícil. — Me sonrió por primera vez en el tiempo que llevábamos allí—. Tu madre está fuera, la he avisado. Salgo para que pase ella y luego nos vamos juntas. ¡Pórtate bien!

—¡Que sí! Mira que eres pesada cuando quieres —le dije quitándole importancia a la situación.

Núria salió por la puerta y a los pocos minutos apareció mi madre con lágrimas en los ojos. Vino a mi lado y empezó a darme besos en la frente y en las mejillas. ¡Pobre, la tenía que haber preocupado!

—Mi niña, ¿estás bien? ¡Qué susto! Al ver que no llamabas para la comida me preocupé. ¿Qué te han dicho?

—Mamá, tranquila. Todo está bien, no me han encontrado nada. Seguro que fue un bajón de tensión, solo me han dado unos puntos en la cabeza. Mañana me dan el alta, me quieren observar por la noche.

—Sí, que te miren bien. Menos mal que no ha sido nada.

Mi madre estaba más calmada y hablamos de tonterías. No avisé a nadie de que estaba en el hospital aunque me moría de ganas por ver a Lucas, ya era algo pasado, pero siempre queda esa espinita clavada, aunque para ser sincera, antes del mareo me había parecido verle en una calle contigua a la que estaba yo con Nuri.

La enfermera avisó de que ya había acabado la hora de las visitas y que hasta mañana nadie podía volver a entrar; bueno, los médicos y enfermeros sí. ¿Me traerían la cena? ¡Me moría de hambre!

Bueno, ahora que se habían ido mis visitas y tenía por delante toda la noche en observación, miré todos los cables que tenía en el cuerpo. Allí estaba, el cable del suero. Vale, no me iban a dar de cenar. ¿No podían darme un bocadillo o un sándwich? ¡No pedía tanto!

Me aburría y no era capaz de dormir, conté las placas del techo, las luces, las baldosas del suelo, me aprendí los carteles y cuando ya creía imposible que fuera a dormirme, Morfeo me echó sus polvos mágicos para dormir y poco a poco, como si hubiera contado cien mil ovejas saltando una valla de madera, me fui retirando a un mundo donde lo imposible siempre sucede.

Me desperté cuando un enfermero vino a cambiarme el suero. Miró el monitor y al ver que me movía y le miraba, me sonrió. Era bastante guapo, moreno con el pelo bien cortito, como si recién saliera de la peluquería, ojos marrones oscuros y con la piel bronceada. En contraste con su pelo bien peinado, lucía una barba incipiente de un par de días que le daba un aspecto más varonil.

—Buenas noches —saludé adormilada.

—Buenas noches, siento haberte despertado.

—No importa, tengo el sueño ligero cuando no duermo en mi cama. Cualquier ruido me desvela —expliqué—. Me llamo Maika.

—Yo Álex, encantado. Intenta dormir un poco más, aún es temprano.

La verdad, me estaba sorprendiendo de los chicos tan guapos que había visto hoy en el hospital. Primero el doctor, ahora el enfermero, si no fuera porque no es el sitio ideal dónde ligar, y que estaba hecha un cromo, igual alguna indirecta le mandaba. Si hubiera médicos así donde vivía en la ciudad, seguro que no esperaba tanto para ir a que me mirasen los dolores o el catarro.

No sé cómo volví a conseguir dormirme. Soñé con una hamburguesa y chicos guapos por todos lados, madre mía lo que llegaba a soñar algunas veces.

Por la mañana nos trajeron un café que acepté de buena gana, ya que por fin me quitaban el suero, como me explicó Alex, debía comer dieta blanda para que el cuerpo se me acostumbrara de nuevo a la comida y no la rechazara. ¡Pues con la tontería seguro que iba a adelgazar un par de quilos!

El doctor vendría a media mañana y si todo seguía igual, me darían el alta. ¡Menos mal! Ya podría irme y moverme. ¡Qué ganas de que me quitaran los cables!

Núria apareció por la puerta con su sonrisa instalada en la cara de nuevo. Me sentí feliz al verla entrar así, ¡se acababa mi encarcelamiento hospitalario!

—¿Cómo estás hoy? Tienes ganas de salir ya de aquí, ¿no?

—Pues claro, mira que me gusta estar en la cama y descansar pero creo que ya me aburrí —respondí sonriendo.

—¿Dormiste bien?

—Bueno, así así. Lo bueno es que había un enfermero muy guapo que mientras no dormía me alegró la vista.

—Siempre igual, Maika. Cualquiera que te oiga pensará que estás salida.

Hablamos un rato más de tonterías, del viaje de vuelta y cuando miró el reloj se despidió, pues estaba a punto de llegar mi madre para hablar con el doctor. Era toda una odisea encontrar aparcamiento por la zona sin tener que usar el aparcamiento y pagar una millonada por un par de horas. Esperaba que el doctor no tardara en decirles que me quitaran todo para marcharme a casa y volver a mi rutina.

Me acomodé lo máximo que pude y cerré los ojos, no había pasado una gran noche e igual podía descansar un poco más. Me quedé traspuesta al cabo de un rato, tanto es así que cuando se abrió la puerta, ni abrí los ojos pensando que sería Núria o mi madre.

Un olor suave llegó a mí. Se levantó una brisa leve y fresca que hizo que mi vello se erizara. Sin entender muy bien porqué, empecé a ponerme nerviosa pero era incapaz de abrir los ojos. Respiraba lentamente intentando relajarme igual eran solo sensaciones mías.

—Es increíble las veces que te he buscado, que he intentado saber de ti a sabiendas de que tú no querías saber nada de mí. Cuando por fin nos encontramos estás llena de cables, igual ni oyes lo que estoy diciendo pero no puedo callarme más lo que siento por ti. Todo esto para ti no habrá pasado y no sabrás mis sentimientos pero tengo que hacerlo.

Un silencio se apoderó de toda la sala y sentí cómo me cogían de la mano. Un suave apretón me reconfortó.

—Siempre has sido alguien especial para mí, tal vez no he sabido demostrarlo lo suficiente ni de la mejor manera, pues las dudas siempre me asaltaban y no estaba viviendo mi mejor momento. Muchas veces he querido decirte lo que realmente sentía, pero tenía miedo de que solo fuera una simple atracción y todo se quedara en nada pero, después de tanto tiempo separados no he podido dejar de pensar en ti. —Hizo una pausa larga mientras me apretaba la mano entre las suyas—. Te quiero, Maika.

Noté como a cada lado de mi cuerpo se hundía la cama y el silencio volvió a inundarlo todo pero en mi cabeza solo resonaban esas palabras que había deseado durante tanto tiempo. ¿Realmente sentía algo por mí?

Una suave presión en mis labios hizo que entreabriera mis ojos, lo suficiente para ver lo que pasaba sin que pareciera que los había abierto del todo. Allí estaba él, cumpliendo uno de mis deseos.

Desde que había conocido a Lucas, más bien desde que me gustaba él, siempre había deseado que nos besáramos, sentir sus labios presionando los míos, bebiendo de él para reafirmarme en que lo que sentía era de verdad y no solo un capricho del chico que no podía tener.

Con ese suave roce de labios, mi cuerpo había sido recorrido por una descarga eléctrica, sacudiendo cada rincón de mi interior. El vello se me había erizado y las manos empezaron a temblarme, di gracias de que en ese momento no me estuviera agarrando porque seguro que me la soltaba asustado. Me recreé en todas las sensaciones que un simple beso despertaba en mí.

Escuché que alguien carraspeaba cerca de nosotros y enseguida Lucas se incorporó, se disculpó y dando media vuelta salió por la puerta.

¿En serio acababa de besarme o aún estaba soñando?

Me incorporé aún temblando y sin saber muy bien por qué empecé a llorar. No podía ser que por fin él me abriera su corazón de esa manera y a mí me entrara el miedo. Era mi sueño hecho realidad, sin embargo estaba llorando y pensando la manera de cómo escaparme de él de nuevo, camino a la ciudad.

Estaba tan cerca del examen que seguro que sería incapaz de concentrarme si él estaba a mi lado, porque solo tendría ganas de besarle, abrazarle y no dejarle escapar nunca.

Tracé un plan y cuando Núria llegó se lo conté, ella no estaba de acuerdo pero sabía que no iba a cambiar de opinión. No podía arriesgarme a perder todo por lo que había estado luchando todo el año. ¡Era una locura incluso que se lo planteara!

Cuando me dieron el alta y después de comer, con mi madre aún preocupada por lo que me había pasado, me marché con Núria de nuevo a la ciudad para enfrentarme al examen que en unas semanas tendría.

Me sentía una cobarde por irme así pero era lo mejor. Después del examen podríamos hablar con calma, sin presión, porque si de verdad me quería no se olvidaría de mí en un par de semanas, ¿no?

Capítulo 40



Y llegó el día del examen, los nervios no me habían dejado dormir más que un par de horas y solo había tenido pesadillas. Me dolía la cabeza y tenía la sensación de que se me iba a olvidar lo que había estudiado. ¡No podía más!

Núria me llevó temprano al instituto en el que sería la prueba, nos juntamos un montón de gente a las puertas. Nos iban llamando y nos decían en que grupo íbamos a ir y que aula sería la nuestra. Saqué el estuche del bolso con todos los bolígrafos, llevaba cinco bolígrafos negros, dos bolígrafos azules, un corrector, un lápiz y una goma. ¡Igual era un poco exagerada! Me senté en mi pupitre y por primera vez en mucho tiempo, recé a todos los dioses habidos y por haber para que me ayudaran en esta prueba tan importante y a la que había dedicado muchas horas de estudio a parte de sudor y lágrimas.

Cuando estuvimos todos sentados y con el bolígrafo en la mano, un profesor vino a traernos los exámenes de la parte común: matemáticas, lenguas, tanto la normal como inglés por la extranjera, filosofía e historia. Después de comer quedaba un solo examen que era el de física y química. Me daría tiempo a repasar dentro de lo malo.

Suspiré, me concentré y empecé a hacer los exámenes de idiomas ya que se me daban mejor y sería rápido. Cuando avisaron de que quedaba un minuto para entregar los exámenes, estaba terminando la última pregunta de mates y sin tiempo siquiera de corregir lo que estaba mal o responder si había dejado alguna duda. ¡Madre mía!

Comí en una hamburguesería con algunas chicas más de mi grupo de examen, mientras comíamos intercambiamos algunas impresiones y sobre todo respuestas, y me asusté al ver que pocas de mis respuestas coincidían con las de ellas. ¡Iba a suspender!

Por la tarde y con un calor sofocante, aún con las ventanas y puertas abiertas, hice el examen que faltaba para darlo por finalizado y olvidarme de la academia durante una semana. No quería ir como los demás y hacer el mismo examen de nuevo para ver que había hecho bien y mal, ¡no, señor!

Al salir estaba Núria esperándome con su coche para volver a casa, me sentí derrotada y por compasión, mi amiga me había llevado a un bar a tomar algo. Lo peor era esperar un mes por los resultados.

Mi rutina volvía a cambiar ahora que ya no tenía que ir a la academia, por las tardes podía descansar entre turno y turno y levantarme más tarde por las mañanas, ya que no tenía que ir a repasar ni nada. Daniel y yo volvíamos a quedar de vez en cuando, le iba bien con la chica, se estaban conociendo e iban poco a poco. Me alegraba mucho por él, ya le había dicho que llegaría su media naranja, medio calcetín o lo que fuera, pero que encontraría a su otro yo.

Yo empezaba a sentirme cada vez peor por mi decisión de irme sin hablar con Lucas pero, de nada servía ahora arrepentirse. Siempre era él el que se alejaba y esta vez había sido yo ¿y si ahora había cortado lo que fuera que tuviéramos? Esa y otras preguntas venían a mi cabeza constantemente volviéndome un poco más torpe en el trabajo ya que apenas conseguía dormir del tirón. Alrededor de mis ojos habían empezado a notarse las ojeras y me daba miedo mirarme al espejo, menos mal que el maquillaje hacía milagros.

Nuri y las demás chicas intentaban que saliera de casa, que me distrajera e incluso ir al cine algún domingo por la noche para que mi cabeza dejara de pensar, pero yo estaba sumida en una espiral de odio a mí misma por haber cometido tal locura y no escuchar a Núria en su momento.

El calor agobiante daba paso a un julio caótico, la gente buscaba el fresco, las bebidas frías y los helados. Dani y yo habíamos quedado a tomar una copa de helado en una heladería nueva cerca de mi trabajo.

La terraza estaba llena y el parque próximo desprendía vida por todos los lados gracias a los niños que empezaban las vacaciones del colegio. La fuente que estaba en medio de la plaza era el punto de reunión de los más mayores que se tiraban dentro y esperaban que los chorros funcionaran para empujar a alguien y que se empapara. ¡Parecía divertido!

Dani y yo empezamos a hablar de su nuevo trabajo. Por fin había conseguido trabajo de lo que había estudiado y empezaría en una empresa de contabilidad en cuanto se le acabaran las vacaciones de verano. Le entusiasmaba poder mejorar su condición laboral y lo mejor era, que si hacía calor no lo notaría tanto. ¡Benditos aires acondicionados! La tarde se me pasó volando, cuando me di cuenta tenía que volver a trabajar. Gracias a Daniel me había vuelto a subir el ánimo, seguro que pronto yo también podría cambiar de trabajo y no estar muriéndome de calor en verano porque Nuri pronto tenía vacaciones hasta que volviera a empezar el curso escolar en septiembre.

Trabajé con ánimos renovados, sonreía más que el último mes y hasta bromeaba con mis compañeras que se alegraban de volver a verme como siempre. No servía de nada amargarse, había tomado una decisión y tenía que seguir con ella. El resultado del examen lo expondrían pronto en la web y yo esperaba aprobar, un aprobado justo, no esperaba más, pero lo suficiente para poder entrar a estudiar lo que quería.

Dos semanas después, me llegó una notificación al correo electrónico en el que me decían que había aprobado y me ponían un enlace en el que podría ver la nota. ¡Qué más me daba la nota, había aprobado! Salté como loca por la casa asustando a Nuri hasta que vio el mensaje que acababa de leer y se puso a saltar y gritar conmigo. Abracé a mi amiga llorando, estaba feliz de haber conseguido una de mis metas. ¡Mi cabezonería había servido de algo por una vez! Con la mano temblorosa miré en el enlace la nota. ¡Flipante! ¡Un nueve! ¡Madre mía! Jamás hubiera pensado que tendría tanta nota, igual un cinco o un seis pero no esperaba más. Con esta nota me aseguraba los primeros puestos para entrar en el ciclo y estudiar para trabajar en una guardería.

Fui a trabajar eufórica y al contárselo a mis compañeras todas me abrazaron con alegría. La noche fue muy amena, hubo mucho trabajo, empezaba a sudar por el calor pero nada quitaba la sonrisa de mi boca. Al acabar el trabajo, cené con mis compañeras entre bromas y risas, y cuando terminamos, me refresqué dispuesta a salir al calor agobiante de la calle para irme a casa y arrastrar a Nuri hasta un bar a emborracharnos para celebrar mi triunfo.

Al salir del local me topé con una figura iluminada por la luna. Su cara se iluminó al verme y yo sin pensármelo dos veces me tiré a sus brazos en busca de confort.

Le miré a esos ojos azul mar que tanto adoraba y verlos brillar de esa manera me llegaba al

alma. Le sonreí y él me devolvió la sonrisa con su típica mueca de chico malo y pillito. Ni siquiera le pregunté qué hacía allí, ni por qué me abrazaba con tanta fuerza, simplemente me acerqué a sus labios y con mis manos en su cara le besé lo más apasionadamente que pude para demostrarle mi amor.

Sus labios estaban fríos y sabían a coca cola. Suavemente mordí su labio inferior haciendo que un pequeño gruñido saliera de su boca. Lucas buscó mis labios con desesperación, y su lengua se abrió paso hasta la mía, que reconociendo a una vieja amiga, empezaron una danza salvaje y llena de pasión.

Me separé de él y busqué su mirada. Sentía que mi cuerpo ardía con su contacto, las olas de electricidad no dejaban de recorrer cada rincón de mi cuerpo y de repente necesitaba más.

—Te quiero, Lucas.

Únicamente con esas tres palabras me sentí liviana como una pluma, menos mal que me estaba agarrando, sino hubiera caído desmayada o algo.

A modo de respuesta, me besó de la manera más dulce que me habían besado en la vida, y con la mano derecha pasó delicadamente sus dedos por mi mejilla. Me abrazó fuerte y cuando me soltó, aún con descargas eléctricas dentro de mí, le guié hacia mi casa. NÚria al vernos llegar sonrió, le guiñó un ojo a Lucas y se marchó, dejándonos la casa para nosotros solos.

Decidida y sin miedo tiré delicadamente de la mano de Lucas hasta hacer que me siguiera a mi habitación. Nos sentamos en el borde de mi cama y nos volvimos a besar. Suspiré cuando Lucas abandonó mis labios para recorrer mi cuello dándome pequeños besos que me estremecían. Posó sus manos en mis pechos a la vez que volvía a hacer el recorrido hasta el lóbulo de mi oreja con la punta de su lengua. Notaba que mi corazón se aceleraba, que mi vello se erizaba y que tenía la piel de gallina. Mordisqueó despacio mi lóbulo para luego chuparlo y seguir el contorno de mi oreja con su lengua.

Lucas volvió a besarme y poco a poco me quitó la camiseta a la vez que me tumbaba en mi cama, estaba nerviosa pero sabía que él no me iba a hacer daño. Una parte de mí estaba deseando ese momento como agua de mayo.

Sus caricias hacían que notara unas cosquillas por todo el cuerpo, pasó sus mano por mi costado mientras me besaba. No pude evitar suspirar, miles de sensaciones me recorrían entera y estaba como embotada.

Le quité la camiseta de tiras blanca a Lucas torpemente y con mis manos temblorosas, recorrí su cuerpo hasta llegar a sus pantalones que enseguida desabroché e intenté bajar. Lucas se rió ante mis nervios, le puse mala cara para demostrar que no me hacía gracia ninguna y me giré para darle la espalda. Él ante mi reacción lo que hizo fue repartir besos a lo largo de mi espalda consiguiendo derretirme, hacer que mi cuerpo se curvara solo y se me olvidara porqué estaba enfadada con el hombre que estaba haciéndome sentir única.

Me giré para atrapar sus labios con los míos y volver a disfrutar de él, de su olor, de su cuerpo y su saber hacer.

Sin que me diera cuenta ya que estaba concentrada en la oleada de electricidad que recorría cada parte de mi cuerpo, Lucas me quitó el pantalón y el tanga. Estaba desnuda ante él, nerviosa, sabiendo lo que vendría a continuación y por una vez no sentía miedo ni vergüenza. Él era mi otro yo, mi alma gemela, el chico que tenía predestinado o como queráis llamarlo, estaba segura de eso y por eso era tan especial el momento.

Se separó de mí y se quitó su bóxer dejando a la vista toda su anatomía. ¡Madre mía!

Volvió a acercarse a mí y con mucho cuidado abrió mis piernas, por un momento tuve el

impulso de cerrarlas pero, enseguida me besó apasionadamente y con sus dedos tocó con suavidad esa parte de mí hasta ahora oculta al mundo. Mi cuerpo comenzó a temblar sin que yo pudiera evitarlo y Lucas al verme gemir mordió con cuidado mis pezones. Estaba en el mismísimo cielo. ¡Era la gloria!

Cuando pasó su mano acariciando mis muslos y mis costados para llegar a mis pechos, sentí que me volvía loca por el placer que estaba sintiendo. Con sus manos empezó a masajear con cuidado mis pechos mientras yo, liberada de las convulsiones que él me había provocado, recorrí todo su cuerpo notando cada músculo trabajado en el gimnasio. Me detuve en sus pezones para aprisionarlos con mis dedos y hacerlo girar suavemente, haciendo que él también gimiera.

Escucharlo gemir fue algo impresionante, me llegó al alma ese momento. Con la torpeza propia de la primera vez me incorporé un poco para morderle el cuello y hacerle lo mismo que había hecho conmigo momentos antes. Como si fuera una adolescente me apoderé de su cuello y bajando lentamente con mi lengua llegué a la clavícula, dónde succioné su piel para hacerle un pequeño chupón mientras un sonido gutural salía de su garganta.

Me abrazó y me colocó bien en la cama. Se puso entre mis piernas con su erección metiéndome algo de miedo por lo que iba a venir, ¿y si me dolía?

Cogió su verga y la puso cerca de mi entrada, empezó a moverla suavemente para empaparla en mis secreciones y parándose de vez en cuando en mi clítoris, consiguió que gimiera cada vez más alto, incluso estaba a punto de hiperventilar. Empujó un poco en mi entrada, me estremecí y le miré con miedo.

Por un momento me miró a los ojos y vi una ternura que nunca había visto en él. Me sentí segura, pero de mis labios salieron tres palabras:

—Espacio, por favor.

—¿Eres virgen? —me preguntó algo asustado.

Asentí ya que tenía un nudo en la garganta que me impedía hablar. Como respuesta Lucas volvió a besarme con pasión pero muy dulce, poco a poco fue bajando por mi cuello de nuevo, deshaciendo el nudo que me impedía tragar saliva.

Muy despacio y con todo el mimo del mundo, Lucas se adentró en mí haciéndome chillar. Me había dolido aun cuando había ido la mar de despacio. Lucas esperó para moverse mientras se recreaba en mis grandes pechos. Me mordía los pezones, recorría la aureola con la punta de su lengua y yo me estremecía entera ante sus caricias.

Lucas me miró a los ojos y como entendiendo lo que me decía, asentí lentamente y comenzó a moverse despacio dentro de mí. Me sentía en la gloria, como si el cielo estuviera en mi cama y aunque aún sentía alguna molestia por el dolor, estaba disfrutando de todo lo que estaba viviendo.

Con cada movimiento no podía evitar gemir, Lucas emitía sonidos guturales que me encantaban y empecé a hiperventilar. Mi corazón iba rapidísimo y mi boca se secaba por momentos. Poco a poco Lucas incrementó la rapidez de sus embestidas mientras yo le arañaba la espalda y repetía una y otra vez su nombre.

Lucas en cambio, me decía lo mucho que me quería, las ganas que tenía de este momentos desde hacía tanto tiempo y que a partir de ahora estaría siempre conmigo. Empecé a llorar de emoción antes sus palabras mientras miles de sensaciones indescriptibles recorrían mi cuerpo en oleadas.

Con una embestida fuerte y rápida que me hizo daño, Lucas culminó a la vez que decía mi nombre.

Lucas cayó rendido a mi lado en la cama, nos abrazamos y besamos como si no hubiera un

mañana. Estaba feliz, dolorida, sudada y sobre todo, enamorada.

Capítulo 41 (Lucas)



Me desperté al lado de la mujer que me había conquistado. Maika era única y había tardado demasiado en darme cuenta, pero aquí estábamos, uno al lado del otro, tapados por una fina sábana de color blanco. Sentía que había llegado a la felicidad completa.

Recordé las veces que la vigilaba a escondidas en su nueva ciudad, cómo se adaptaba a su nueva vida, como estudiaba y luchaba por su meta, y lo orgulloso que estaba de que lo hubiera conseguido todo como ella quería.

Las veces que la veía con otro chico me dolía el corazón porque ella lo era todo para mí, incluso intenté convencerme de que tenía que dejarla ser feliz con otro hombre si era lo que realmente necesitaba. Si ella se había ido de mi lado de aquella manera había sido por algo, no podía dejar de pensar que es lo que me pasaba, pues todas las mujeres por las que había sentido algo me habían dejado como un perro abandonado a su suerte. Me propuse no verla más, que la distancia que ella había marcado entre los dos siguiera de esa manera, pero no podía alejarme. Ella era la luz al final del túnel, verla sonreír calmaba mi interior revuelto y desesperado por conseguir de ella algo que veía imposible.

Núria me ayudaba a saber por dónde se movía, muchas veces las vi paseando y entrando en alguna librería de la que salían con alguna nueva adquisición. Me imaginaba a mí mismo al lado de Maika, los dos leyendo en un sofá cómodo o viendo alguna película de comedia, o incluso la competición de fórmula 1.

Admiré su expresión serena mientras dormía, su respiración acompasada y la tímida sonrisa que se asomaban a sus labios de vez en cuando. Me acerqué a ella y le di un suave beso en la mejilla y le coloqué el mechón de pelo que le caía por la cara. ¡Esto era la felicidad que quería!

Me reprendía una y mil veces por no haberme dado cuenta antes de lo que realmente sentía, de ser sincero conmigo mismo y mi ex novia, y acabar con esa relación que no llevaba a ningún lugar. Ahora que había tenido entre mis brazos a Maika, todo lo que había pasado había merecido la pena.

Las noches en vela, los planes con Núria que cambiábamos una y mil veces, los viajes a escondidas a Oviedo, los recuerdos que una y otra vez acudían a mi cabeza para que no olvidara a la mujer de mi vida. La primera vez que acepté que me gustaba estar a su lado y tomamos un cubata en el bar de al lado del restaurante, en ese momento, me sentía cohibido porque me daba apuro que se me notara que realmente sentía algo por ella cuando, a pesar de que las cosas con mi ex no iban bien, no estaba claro lo que quería.

Cuando vi a su novio, besando a otra no pude contenerme y le pegué una paliza a ese malnacido. David no se la merecía, me enfurecía saber que él tenía sus besos, sus caricias, sus

horas de conversación y se la jugaba de esa manera. ¡No sabía valorar a la mujer tan excepcional que tenía a su lado!

Luego había ido circulando el rumor de que se habían acostado y después de que mi ego se agitara ante tal información y le reclamase a Maika la verdad, ella desapareció.

Ahora sabía que había sido mentira, que ella no se había acostado con él, pero no porque Maika me hubiera explicado lo que había pasado, si no porque al hacer el amor con ella me había dado cuenta de que era virgen. No esperaba que a su edad ella fuera virgen, muchas de las chicas que conocía de su edad ya habían estado con varios chicos y por eso, ella era más especial para mí. ¡Me sentí como un capullo por dudar de ella!

La espera por estar con ella había sido larga, muchos meses de dudas, de dolor al ver acercarse a otros hombres, incertidumbre de si los planes iban a salir bien, de si me habría perdonado, si aún sentiría algo por mí... Por eso el día de carnavales salí de dudas.

Allí y gracias a Núria, una vez más, planeamos un encuentro y después de besarla y notar la electricidad que nos recorrió a ambos, supe que no todo estaba perdido. Tenía que seguir luchando para estar a su lado, demostrarle que había cambiado o simplemente ser sincero de una vez con ella, por eso, cuando estuvo en el hospital de dentro de mí salieron las palabras que tantas veces había ensayado en mi cabeza.

Maika se dio la vuelta en la cama y con mucho cuidado, me levanté para desayunar, ya que el olor del café comenzaba a llegar a la habitación. No quería despertarla. Me vestí y salí sin hacer mucho ruido, después de mirarla por última vez, dormida, serena y feliz.

Capítulo 42 (Maika)



Me desperté al notar la molestia del sol en los ojos, ayer no había bajado la persiana antes de ir a dormir. Me levanté a bajar la persiana porque era temprano ya que aún no había sonado el despertador.

Volví a la cama con una sensación extraña, estaba toda deshecha. La estiré un poco, me acosté de nuevo y con un par de cojines encima de la almohada me incorporé. Un recuerdo vino a mi cabeza, Lucas y yo besándonos apasionadamente, sus manos recorriendo mi cuerpo y haciéndome sentir cosas que jamás había sentido. ¿Había sido un sueño?

Miré el reloj y decidí levantarme para desayunar, total en la cama ya no hacía nada y el recuerdo de mi sueño no salía de mi cabeza, tal vez ocupándome un rato podía buscarle una solución aunque, seguro que con contárselo a Nuri ya se iba de mi mente como muchos otros que ya había tenido.

Fui a la cocina y me preparé un sándwich con un zumo de melocotón y fui directa al salón a poner las noticias. Estaba llegando al sofá cuando vi a Lucas sentado, mirándome de arriba abajo. ¡Seguro que era una alucinación! Me quedé mirándolo y cuando levantó la mano para saludarme y me guiñó un ojo mostrando esa sonrisa que tanto me gustaba de medio lado, se me cayó el plato donde llevaba el sándwich y el vaso con el zumo al suelo. Llevé mis manos a la boca para ahogar un grito. ¿Las alucinaciones hablaban?

Lucas se levantó del sillón y con cuidado de no pisar los cristales vino a abrazarme. Me agarró fuerte e inmediatamente me sentí a salvo. ¡Definitivamente no era una ilusión!

Me separé un poco de él para mirarle, sus ojos estaban más bonitos que nunca y así, como una tonta, me quedé observándole como si estuviera hipnotizada.

—Buenos días, princesa. ¿Qué tal dormiste?

—Buenos días. Dormí mejor que nunca, aunque me desperté algo rara.

—¿Por lo de anoche?

—¿Lo de anoche? —repetí.

—Espera, te refresco la memoria —sonrió dulcemente.

Lucas se acercó lentamente a mí y con mucha dulzura me besó en los labios, primero despacio, suave y haciendo que una descarga eléctrica sacudiera mis labios a su contacto. Le correspondí el beso con toda mi alma y la suavidad dejó paso a la pasión y a las caricias lentas en la espalda y mi costado. Mi respiración se alteró y él se separó lentamente de mí con la respiración agitada, pero mostrando una hermosa sonrisa que se reflejaba en sus labios.

—Entonces, ¿lo de anoche no fue un sueño?

Miré desconcertada al hombre que aún me sostenía entre sus brazos mientras empezaba a reírse

de mi cara. ¡No me hacía gracia! De repente el sonido de otra persona riéndose hizo que me girara en los brazos de Lucas. Al ver a mi amiga riéndose de vete a saber qué, me enfadé.

—¿De qué te ríes? ¡No me hace gracia!

—¿En serio piensas que es un sueño? Si ayer tuve que dormir fuera de casa porque con vuestros gemidos era imposible dormir, ¡ni con tapones!

Me oculté en el pecho de Lucas avergonzada, ¿habíamos armado tal escándalo? ¿Qué iba a pensar de mí Lucas? ¿Y los vecinos? ¡Madre mía!

Me fui a la habitación avergonzada después de soltarme del abrazo de Lucas, dejando a mis amigos con cara de susto. Cerré la puerta y enseguida me tumbé en la cama, ¿no podía esconderme allí para siempre?

Lucas entró despacio en la habitación, se sentó en el borde de la cama y me agarró la mano. Al sentir su contacto noté chispas en mi piel, como si me estuvieran pinchando con miles de pequeñas agujas.

—No te enfades, Maika. ¿Por qué estás así?

—Es que estaba convencida de que había sido un sueño, muy real pero un sueño y aquí estás tú. —Le miré a los ojos—. Agarrándome de la mano, haciéndome sentir cosas sólo con tu contacto. Lo que pasó anoche es normal que me parezca un sueño, llevo tanto tiempo soñando con que pase, que tienes que entender que me cuesta creerlo.

Me quedé callada. Habíamos hecho el amor, disfrutado el uno del otro, mis inseguridades se esfumaron cuando él me besó de aquella manera. ¿Qué había significado para él?

—¿Qué somos tú y yo ahora? —No pude evitar preguntar lo que me rondaba por la cabeza y el corazón—. ¿Amigos? ¿Rollo? ¿Folla amigos? ¿Qué?

Nos miramos por un momento y allí estaba de nuevo esa conexión que sentía que nos unía. Instintivamente miré mi dedo meñique en busca del maldito hilo rojo del destino, pero no conseguí ver nada.

—Maika, yo quiero estar contigo. Es verdad que me di cuenta tarde o más bien lo reconocí tarde, pero lo que siento por ti no se va a ir de un día para otro. Me gustas muchísimo, aunque apenas nos conocemos de hace un año y medio en el trabajo y no sé cómo sería nuestra convivencia ni nada. Me gusta estar contigo, bromear, hacerte enfadar para ver esa cara que pones que me encanta, tocarte y besarte, eres como mi adicción y sólo en ti está mi cura.

—A mí me gustas muchísimo, Lucas. Hace mucho que sueño con esto y por mucho que me liara con otros o que estuviera con otros, jamás dejaba de pensar en ti —le expliqué abriendo mi corazón.

—Entonces, ¿quieres ser mi pareja en este camino? No sé a dónde nos llevará ni nada, pero solo necesito saber que estarás conmigo.

—Por supuesto que sí.

Después de decirle mi respuesta y suspirar porque mi sueño se había hecho realidad, le abracé e inspiré su olor a madera y hierba recién cortada. Lucas me rodeó con sus brazos y así con esas declaraciones sellamos nuestro camino con un largo y apasionado beso.

Me levanté deprisa dejando a Lucas desconcertado mientras iba al costurero por un hilo de color rojo. No era capaz de ver el maldito hilo rojo del destino pero sabía de sobra, en el fondo de mi corazón, que él era mi destino, mi media naranja, mi otro yo o como queráis llamarlo. Volví sonriendo a la habitación y até a su meñique un extremo del hilo rojo y el otro al mío, eso ya fue más difícil y tardé un rato hasta que al final Lucas me ayudó.

—¿A qué viene esto?

Me reí de la cara de desconcierto de Lucas y cuando se me pasó el ataque de risa le expliqué la leyenda del hilo rojo del destino japonés y cómo no era capaz de verlo pero estaba segura de que lo que nos unía, lo había hecho visible para ambos.

Igual pensaréis que es una tontería, que la media naranja no existe, que es una idiotez buscar o esperar que aparezca esa otra persona con la que estaréis para siempre pero, después de todo lo que he vivido con Lucas, estoy convencida de que sí existe. ¿Por qué? Miles de veces nos hemos separado, tantas como acercado el uno al otro, aunque tuviéramos otras personas algo siempre nos acercaba y por mucho que me empeñara en olvidarle, era imposible, ¿no os parece que debió de ser por algo?

Mi sueño se ha cumplido, Lucas y yo estamos juntos y espero que sea para siempre y gracias a Nuri que ha sido nuestro Cupido personal ayudándonos a juntarnos aun cuando uno de los dos se alejaba. Ella debió ser parte del juego del destino para juntarnos y nunca, nunca antes estuve tan agradecida de tener una amiga como ella. Ahora tendría que tragarme mis palabras de que iba a ser una cuarentona amargada rodeada de gatos.

—Quiero estar contigo para siempre, Lucas.

Le besé con todo el amor que tenía dentro de mí, ese que había guardado sólo para él. Lucas me devolvió el beso con pasión y algo dentro de mí se removió como si ese beso fuera el que sellara nuestro destino.

Capítulo 43



Después de comer, mientras dormía abrazada a Lucas me desperté de sopetón con el recuerdo de mi sueño. ¡Estaba de parto!

Hice memoria y me di cuenta de que en nuestra noche de pasión, Lucas no se había puesto la gomita. ¿Estaría embarazada? ¡No podía estar embarazada ahora! Empezaba a irme bien en la vida, estaba a punto de empezar a estudiar lo que siempre me había gustado, estar con niños pequeños y mimarlos. ¿Tendría que mimar a la mía ahora?

Salí de la habitación muy despacio, sin hacer un solo ruido y me fui en busca de mi amiga. Núria me ayudaría, igual estaba exagerando más de lo debido.

Mi amiga estaba sentada en el sofá leyendo un libro que no alcanzaba a leer el título. Me senté a su lado y carraspeé para que me hiciera caso.

—Dime, Maika.

—Verás, tengo un problema. Ayer cuando... ya sabes —hice una pausa mirando a mi amiga con las cejas levantadas—. Cuando Lucas y yo...

—Sí, mujer. Tranquilízate —sonrió Núria.

—Verás, él... No se puso la gomita para... ¡Jolín! Ya me entiendes.

Me costaba mucho hablar de este tema. La inexperiencia era mala pero sabía de sobra que había que ponerse el preservativo para evitar enfermedades de transmisión sexual y embarazos. Nunca había estado con nadie y estaba muy contenta de haberle dado a él mi primera vez.

Ahora después de nuestra noche de pasión, de sus besos por todo mi cuerpo y mi piel, sus manos recorriendo cada centímetro y cada rincón escondido, las sensaciones, el placer que se negaba a abandonarme y me hacían sentir única, había algo que me preocupaba. No había tomado mi pastilla anticonceptiva.

—No tomé la pastilla ayer, Núria. Tengo miedo —volví a hablar sin dejar de mirar el suelo.

—Maika, no pasa nada. Tómate la pastilla ahora y luego, a la hora de siempre, la que te toca. No te pasa nada estás protegida ante un embarazo, cielo.

Núria se acercó a mí para abrazarme mientras intentaba retener las lágrimas en mis ojos sin éxito, pues ya empezaban a rodar por mis mejillas con prisa de morir en mis labios.

Tomaba la pastilla desde hacía unos cuantos años, mis menstruaciones eran muy irregulares y abundantes por lo que el ginecólogo me había mandado tomar las pastillas anticonceptivas que habían sido el mejor remedio que podía esperar. Después del primer mes tomando las pastillas, mis menstruaciones eran como se suponía que debían ser y no estaba siempre tan cansada y varios días en la cama por los dolores.

Con todo lo que había pasado con Lucas, no me acordé de la pastilla y ahora que recordaba

que él tampoco se había puesto el preservativo me daba miedo quedarme embarazada.

—Maika, hazme caso. No pasa nada. No llores, corazón. Estás protegida, solo se te ha olvidado una. Ven, vamos a tomarla —me animó mi amiga levantándose del sofá y dirigiéndose a la cocina.

Me tomé la pastilla y después de leer el prospecto y ver que era cierto lo que me decía mi amiga, me quedé más tranquila ante un posible embarazo. No era el momento de tener un bebé a pesar de que el padre sería el hombre del que estaba enamorada.

—Tranquila cariño, todo va a ir bien. Vamos a tomarnos un helado y vemos una película. ¿Te apetece?

—¿Vemos algo romántico antes de que se despierte Lucas? Luego podíamos ir pasear o algo. Aún estoy nerviosa y no quiero que él se de cuenta.

—Vale. Está bien distraerse un rato pero de verdad, no hay nada de lo que preocuparse.

—Ya sabes cómo soy. Cuando se me mete algo en la cabeza...

Nos reímos y liberé la tensión que se había instalado en mi cabeza. Núria tenía razón, no había nada de qué preocuparse y yo estaba haciendo de un grano una montaña enorme, aunque seguía una pequeña vocecita en mi cabeza diciéndome que no me relajara completamente hasta que me viniera la menstruación de nuevo. ¡En ese momento respiraría aliviada!

Volvimos al salón y pusimos una película un tanto trágica, pero su historia de amor me encantaba. Cumbres borrascosas acaparó toda mi atención, mis sentidos y mi sufrimiento al igual que el pobre Heathcliff.

Lucas apareció y nos asustó a ambas, así que dimos un respingo. Se acercó a mí y me dio un beso en los labios, dulce y suave creando chispas entre los dos. Le miré a los ojos, esos mares en calma que ahora eran míos, que podría mirar las veces que quisiera sin miedo a hacer algo malo. Lucas y yo ahora éramos pareja, o por lo menos íbamos a intentarlo. Esperaba con todas mis fuerzas que saliera bien, que él estuviera conmigo para siempre. Él y yo, juntos, felices, con una vida por delante que estaba dispuesta a disfrutar como nunca.

Capítulo 44 (Lucas)



Me desperté y Maika ya no estaba a mi lado. Las sábanas seguían calientes de su lado y me levanté para ver donde se había metido.

La escuché hablar desde el pasillo, ¿embarazo? ¿Podía estar embarazada?

Recordé que la noche anterior no me había puesto el preservativo, pero solo había sido una vez. ¿Cómo iba a estar embarazada? ¡Era una locura!

Volví de nuevo a la habitación a pensar sobre lo que acababa de escuchar. Éramos jóvenes, inexpertos, trabajábamos mucho y apenas íbamos a tener tiempo para nosotros en nuestra relación a no ser que me cambiara de ciudad. No quería conformarme con verla los fines de semana, la quería ver todos los días, abrazarla, besarla y oler el perfume de su piel una y otra vez a pesar de conocerlo de memoria.

Si se daba el caso de que pudiera quedarse embarazada después de esa noche, las cosas no serían fáciles. El poco tiempo del que dispondríamos sería para el bebé: médicos, cambios de pañales, biberones, baños, cremas, dormir poco y mal, y muchas cosas más que me había dicho mi madre en muchas ocasiones cuando esperaba que mi relación con mi ex diera un paso más.

Maika parecía triste cuando había hablado de un embarazo, ¿no me quería lo suficiente para llevar un hijo mío?

Moví lentamente la cabeza de un lado hacia otro quitando esa idea de la cabeza como si fuera una de esas pizarras que al agitarlas se borra lo que habías escrito. Debía de sentir miedo, era muy joven, acababa de aprobar un examen importante e iba a estudiar un ciclo formativo para no estar anclada a la hostelería. Ella quería mejorar y con un bebé eso iba a tener que posponerlo. Yo la iba a ayudar en todo, eso lo tenía claro.

Maika era mi todo y si se diera el caso de que estaba embarazada, lo dejaría todo por ella. Me mudaría a la ciudad, buscaría un nuevo trabajo con el que poder alquilar un piso y nos iríamos a vivir juntos. Eso era lo que quería en el fondo y tenía pensado hacer antes de que Maika decidiera darme esta oportunidad.

Me daba igual si estaba embarazada o no, buscaría un nuevo trabajo cerca de ella y haríamos vida de pareja. No podía imaginar pasarme cinco días sin verla y solo tener dos días a su lado.

Mi mente se iba una y otra vez a las caricias, los besos y los gemidos que le había arrancado. Había sido una noche especial, única y llena de amor. Cuando estaba con mi anterior pareja sentía que me faltaba algo, que a pesar de tener una novia perfecta, algo no estaba bien. Muchas veces sentía que nuestras conversaciones estaban vacías, que empezaba a ser una desconocida, pero Maika había llenado de nuevo mi alma, esa chispa que me faltaba había vuelto a mi vida y no iba a renunciar a ella con tanta facilidad.

Con la decisión tomada volví al salón como si no hubiera escuchado nada. Con la mejor de mis sonrisas me acerqué a Maika y la besé. La besé dulce, suave y con todo el amor que tenía dentro y que ella había hecho aflorar.

Me senté al lado de Maika y vi lo que quedaba de películas con ellas. Maika y Núria lloraban como magdalenas y a mí me daba mucha pena el hombre que había sufrido por amor. ¡Menos mal que yo si había encontrado el amor correspondido y nadie se interponía en nuestra relación!

Después de tremendo drama en la película decidimos pasear un poco, que nos diera el aire después de estar casi todo el día encerrados en casa. Nos acercamos al restaurante en el que solían cenar y que el camarero había pretendido a mi chica.

—¿Cenamos?;Os invito, chicas!

—Sí, me estaba entrando el hambre de tanto pasear. Además, los pies estaban a punto de pedir un descanso —dije mirando a mis pies.

—A mí me estaba dando sed. Necesito un agua fría.

Entramos en el restaurante y después de sentarnos en una mesa vino el camarero.

—Hola chicas, cuánto tiempo. ¿Cómo siempre?

—Claro —contestó Maika sonriendo—. Trae lo mismo también para Lucas, si puedes le ponéis un poquito más de todo.

Aquel chico se fue sonriendo después de guiñarle un ojo a Maika. Era la primera vez que Maika pedía algo de comer por mí, sabía mis gustos pero se sentía un poco extraño que decidieran por mí.

Charlamos sobre la amistad de los tres, de las veces que habían salido a tomar una copa después de trabajar y que él le había apoyado mucho a Maika en su deseo de estudiar. Habían conocido a la novia de él, que era muy simpática y agradable, pero sobre todo, lo contentas que estaban por que tuviera una relación que le llenara después de los fracasos que había tenido.

Pensé que iba a tener celos, que miraría mal a aquel chico que había intentado tener una relación con Maika, que me sentiría ninguneado por esa relación de amistad que tenían y que yo por esos meses que se había alejado de mí, no tenía. Me alegró ver que todos mis temores eran infundados.

Capítulo 45 (Maika)



Había pasado una semana desde que Lucas y yo habíamos tenido nuestro primer encuentro sexual y me había embargado el miedo de estar embarazada. No se me había vuelto a olvidar la pastilla.

Lucas me había dicho que iba a intentar conseguir aquí un trabajo. Había pedido que le cambiaran de autoescuela, ya que la misma en la que trabajaba tenía otra en esta ciudad, pero como no las tenía todas consigo, había empezado a mandar currículos por si acaso.

Si conseguía que todo saliera como esperaba, vendría a vivir con nosotras durante un tiempo mientras no encontrara piso y sabía que querría que yo me fuera con él. En parte me daba miedo porque llevábamos poco tiempo saliendo y la convivencia es lo que mata muchas relaciones y no quería que pasara con él. Por otro lado, me ilusionaba la idea de llegar a casa y encontrármelo, dormir juntos todos los días, en los días de descansos hacer planes y disfrutar de nuestra juventud.

Las clases de mi nuevo curso empezaban en septiembre, tenía todo el verano para trabajar y ahorrar, ya que cuando comenzaran las clases tendría que trabajar solo a media jornada y no podía cargar con todos los gastos del piso a Núria, y si Lucas quería que nos fuéramos juntos estaba bien tener un pequeño colchón.

El viernes al salir de trabajar vino Lucas a buscarme. Fuimos juntos a casa y al llegar nos fuimos a mi habitación, ya que Núria tenía visita y no queríamos molestar.

—Lucas, tenemos que hablar.

Era la primera vez que decía esas palabras y por la cara de mi chico supe que estaba pensando mal. Necesitaba decirle lo que me pasaba, mis dudas y mis miedos y él era mi chico. Hacía una semana que se me había olvidado mi primera pastilla y aún no le había dicho nada.

—¿Me vas a dejar? Maika, yo te quiero.

—No seas tonto. ¿Ahora que estamos juntos como voy a dejarte?

—¡Qué sé yo! Eso se dice cuando vas a dejar a alguien...

—Hace una semana que estamos juntos, el día que nos acostamos...—tragué saliva—. No tomé mi pastilla anticonceptiva y tú no te pusiste el preservativo, y yo tampoco me acordé. Me entró mucho agobio por si mi quedaba embarazada, era mi primera vez y bueno, ya que pillo todas las enfermedades a la primera, quien sabe si con los embarazos es igual.

Lucas se acercó a mí y me cogió de las manos. Me sentía tranquila a su lado a pesar de estar hablando de algo tan importante con él cuando apenas habíamos tenido relación de amistad. Con Núria me era más fácil hablar e incluso, a veces, no me hacían falta las palabras para expresarme con ella.

Inspiré profundamente y seguí con mi relato ante la mirada preocupada de Lucas.

—Núria me tranquilizó en el momento pero no las tenía todas conmigo, supongo que tiendo a

ser fatalista. Estuve toda la semana preocupada, con los nervios a flor de piel, apenas podía concentrarme en lo que hacía porque no dejaba de pensar en un embarazo y las consecuencias que tenía y yo, tengo claro que nunca abortaría.

—¡Madre mía! Me tienes nervioso. ¿Estás o no estás embarazada?

—No, me ha venido la regla esta mañana —dije después de darle una pausa en plan dramático como en la televisión—. Pero a partir de ahora, que no se te olvide comprar gomitas y llevarlas contigo. No quiero pasar por otro momento como este hasta que acabe de estudiar por lo menos. Voy a sacarme el ciclo, hacer las prácticas y trabajar en una guardería y como Núria ya está en una, pues igual tengo enchufe.

—Cariño, no se me va a volver a olvidar nunca. Quiero que cumplas tus metas, que consigas aquello que te hace feliz y por lo que tanto has luchado. Ya tendremos tiempo más adelante de tener todos los bebés que quieras.

—¿Crees que querré tener muchos bebés si tendré que trabajar todo el día con ellos?

—Estoy seguro de que uno por lo menos. Luego ya si quieres más ya veremos.

Nos reímos al imaginarnos rodeados de niños chillando por nosotros, cambiando pañales y bañando a bebés revoltosos. No es que fuera mal plan pero igual si tenía que pasarme todo el día haciendo lo mismo con bebés que no eran míos y con los míos, igual me quedaba solo con uno para no agobiarme demasiado.

Teníamos todo el tiempo del mundo para ser padres, vivir esas cosas que ahora mismo y con el poco tiempo que llevábamos, igual era un suicidio. Apenas tenía veintiún años y según decía mi madre ella a mi edad ya me había tenido y disfrutado de mis primeros años de vida, corrido detrás de mí cuando empezaba a caminar, sufría para dormirme cuando era un bebé y muchas noches aún de mayor, tenía que dormir al lado de ella para sentirme segura.

Mi madre era mi heroína, con diecinueve años me había tenido a mí. Me había tenido que sacar adelante ella sola como había podido y nunca se había perdido nada importante para mí. Esperaba poder ser como ella algún día, era mi ejemplo a seguir, aunque difería en lo de quedarme embarazada tan joven, igual dentro de unos cuatro o cinco años no lo descartaba del todo.

El fin de semana pasó demasiado rápido para mi gusto. Los besos y caricias que nos prodigamos me parecieron insuficientes, quería más, mucho más.

Lucas se marchó entre promesas de amor y que todo terminaría pronto. ¿Cuánto más debía esperar para estar con él más tiempo? ¿Realmente hacía todo lo que podía?

Este año iba de novedad en novedad. Este sería la primera vez que me tomaría mi mes de vacaciones en verano. Había reservado el mes de agosto para mí y ahora en pleno mes de junio, estaban buscando una sustituta para ese mes, a partir de septiembre estaría media jornada cinco días a la semana, ya que los lunes y los martes había clases por las tardes.

Unas semanas después y a mitad del mes de julio, Lucas consiguió trabajo en una autoescuela en la que cobraba más, ya que en la que estaba, no habían podido hacerle hueco en la sucursal de la ciudad. Lucas estaba emocionado en este nuevo trabajo que estaba muy cerca del mío, un par de calles nos separaban y cuando tenía que tomar un café venía hasta el restaurante para verle y charlar un ratito.

Mientras no pasara el verano, Lucas viviría con nosotras, compartiríamos gastos y en septiembre buscaría un nuevo piso al pasar la temporada de verano y que los precios bajaran un poco.

Estaba pletórica, en unas semanas disfrutaría de mi primer descanso de verano, iríamos a nuestro hogar a pasar el mes de agosto, ya que ninguno de los tres tenía trabajo y tenía unas ganas

tremendas de ver a mi madre y al resto de mis amigas.

Me sentía extraña disfrutando del verano por primera vez desde que había empezado mi andadura profesional. Ir a la playa con mis amigas, untarme de bronceador y tomar el sol era algo que no hacía desde que era pequeña. Hasta se me antojaba hacer castillos de arena y ver como poco a poco el mar se los tragaba.

Los días eran una delicia, no hacía demasiado calor y a pesar de mi alergia, pasábamos casi todo el día en la playa, pero lo mejor de todo era estar abrazada a todas horas por los fuertes brazos de Lucas, que mi piel oliese a la suya y mis labios se hincharan de los besos que nos dábamos.

Estaba viviendo un sueño y no tenía ganas de despertarme todavía, pero lo bueno siempre tiene que acabar. Después de tres semanas en casa con mi madre, viendo a mis amigas, disfrutando de la playa y de mi relación con Lucas, tuvimos que volver a Oviedo para prepararnos para el nuevo curso escolar.

Núria tenía que empezar a limpiar la guardería y colocar las cosas antes de que entraran los niños el día uno de septiembre, el tema de la adaptación siempre los tenía ocupados una semana antes para organizarse con los que ya se iban a quedar todo el día.

Lucas tenía que empezar a ir a la autoescuela para mandar los papeles para los que se iban a examinar en la primera quincena de septiembre y cuanto antes se organizase, menos trabajo tendría los días previos al examen.

Yo, por mi parte, tenía que empezar a comprar el material que iba a necesitar en el primer año. Estaba muy ilusionada y sabía que este iba a ser un gran año.

Cuando empecé el primer día, me sentí extraña entre tantas adolescentes recién salidas del bachiller. Era la única que pasaba de los veinte años y me sentía como la abuela de la clase, aunque Lucas y Núria me decían que el saber nunca ocupaba lugar y que había muchas abuelas de cincuenta años en la universidad aprendiendo cosas nuevas. Yo no me veía en la universidad ni con sesenta años, no me gustaba demasiado estudiar.

La rutina escolar, unido a mis horas de trabajo, me dejaban tan cansada que apenas sabía si estaba aquí o allá. No estaba segura de poder aguantar ese ritmo todo el curso escolar. Notaba que estaba más cansada de lo habitual a la hora de trabajar, que todo me costaba más de lo normal y ya no podía sonreír a todas horas a los clientes. Me dormía por las esquinas y solo llevaba dos meses de clases. ¿Acabaría con buen pie mi propósito?

En las vacaciones de Navidad, respiré un poco y recargué las pilas para seguir con el trote de los próximos tres meses. Lucas y yo decidimos pasar las navidades con nuestras familias y luego vernos un rato después de cenar en noche vieja y fin de año. Núria como siempre vino a pasar las navidades conmigo y mi madre. Hablábamos hasta tarde de nuestros planes, de cómo iba en el instituto y sobre mi relación con Lucas, además de que ella había empezado a salir con alguien de su trabajo. No querían que se supiera porque eso de mezclar trabajo y amor no solía salir bien, pero a lo tonto ya llevaban juntos casi dos meses. Me alegraba mucho por mi amiga, ella también merecía encontrar al hombre de su vida y ser feliz.

Después de las navidades, de recargar las pilas en casa de mi madre con sus mimos y atenciones, volví a la dura realidad de estudiar y trabajar. No era fácil, acababa agotada todos los días y apenas dormía, parecía un zombi siempre con unas ojeras marcadas. Para ir a trabajar las intentaba ocultar pero, a pesar de todo el maquillaje, se veían.

Casi no llego viva a mi cumpleaños, pero con la semana santa y las vacaciones escolares, pude descansar un poco gracias a que el trabajo era a media jornada. Mi cumpleaños fue menos

divertido que el anterior y algo triste, ya que Lucas había encontrado un piso barato y se iba del nuestro en unas semanas. Estaba triste porque se mudaba y ya no podría disfrutar de sus brazos rodeándome por las noches, su aliento en mi nuca y sus besos llenos de pasión. ¡La noche era el mejor momento del día!

Después de la fiesta de mi cumpleaños, una pequeña tarta hecha por las manos de mi amiga y la bomba que nos había soltado, me fui a mi habitación para reflexionar lo que suponía que él se marchara.

—Maika, ¿puedo pasar? —preguntó Lucas abriendo la puerta.

—Es tu habitación también, aún.

—No quiero que estés triste. Es lo que menos deseo en estos momentos. No me gusta molestar y ya llevo muchos meses aquí.

—¿Y aquí no estás bien?

—Claro que sí, pero prefiero tener mi espacio en el que sentirme libre de ir medio desnudo si se me antoja.

—Ni que te lo prohibiera, vamos.

—No es lo mismo, Maika. Tengo que tener respeto por Núria, es su piso. Vente conmigo al nuevo piso, los dos solos. Juntos.

Me quedé callada y el enfado que tenía poco a poco se fue diluyendo. ¿Los dos solos? Era un paso importante aunque ya sabía que en la convivencia nos iba bien.

—Vale, pero al acabar el curso. Este piso me queda más cerca y solo quedan tres meses de clases.

Empezamos a hacer planes para esa nueva vida que nos esperaba juntos, una nueva etapa solos para conocernos mejor.

Capítulo 46 (David)



Llevaba meses preguntando por Maika y nadie me decía nada. ¿Dónde estaba?

Un sábado como otro cualquiera salí de fiesta, mi ex estaba con otro chico. No sentí nada excepto pena por aquel pobre incauto que iba a ser el esclavo de ella. La conocía muy bien y sabía que le iba a anular, a separar de sus amistades y de todo lo que le importaba poco a poco, para que fuera su leal corderito, y que cuando quisiera llevarlo al matadero no dudase en seguirla. Era lo que había hecho conmigo y por eso, la mayoría de mis amigos, ya no me hablaban.

Ya no salía con la pandilla de siempre y conocí a nueva gente a raíz de salir solo los fines de semana porque no sabía cómo volver a acercarme a ellos. Todos eran muy simpáticos pero no podía dejar de pensar en Maika, lo que le había hecho y que necesitaba pedirle perdón pero no sabía cómo.

Me armé de valor y me acerqué a Paloma. Le toqué el hombro y ella me miró con asombro. Sí, sabía de sobra que no querían hablarme y esperaban que no volviera a intentar ser parte del grupo de nuevo.

Señalé la puerta del pub y salí esperando que ella me siguiera para poder hablar.

—Me alegra que hayas venido, tenía dudas de que quisieras hablar conmigo.

—No sabía si salir, no creo que tengamos mucho de qué hablar —me respondió—. Apenas nos conocemos y la verdad no tengo muy buena opinión de ti.

Un escalofrío me recorrió entero, sabía que Paloma era la mejor amiga de Maika pero no estaba seguro de qué podía haberle dicho de mí. Ella era la única que me miraba con odio, desprecio y con un brillo asesino que me hacía recular cada vez que intentaba volver a relacionarme con mis amigos de toda la vida. Algunos habían perdonado que les diera de lado y hablábamos de vez en cuando, pero con las chicas la cosa estaba más fría.

—Me gustaría saber dónde está Maika, tengo que hablar con ella.

La cara de Paloma se transformó como si de repente hubiese luna llena y fuera una mujer lobo. La ira y el menosprecio asomaron a sus ojos haciendo que si antes había notado un escalofrío, ahora sintiera que me volvía pequeño por momentos. Aún así, no me moví del sitio aparentando tranquilidad y una seguridad en mí que no sentía.

—¡No tienes nada que hablar con ella! ¿No te ha llegado ya todo el daño que le has hecho? ¡Déjala empezar su vida de nuevo, lejos de ti y tus malos recuerdos!

Dijo todo casi sin respirar, con la yugular tan hinchada que parecía que iba a reventar en cualquier momento. Un par de cosas me habían quedado claro de esto: Paloma sabía más de lo que decía y Maika ya no estaba en el pueblo. ¿Cómo se había podido marchar de esa forma?

Paloma se dio la vuelta y volvió al pub para estar con sus amigos. Aquellos a los que no veía

desde hacía años y que la habían acogido con los brazos abiertos mientras a mí me despreciaban. ¿Maika habría dicho algo a sus amigas? Solo así entendía la reacción de ellas, mucho más distante, sin darme pie a conversaciones y haciéndome sentir despreciado.

Sabía de sobra que no había hecho bien las cosas con Maika, que me había pasado tres pueblos con mi proposición e inventando cosas para hacer daño a Lucas y que así se alejara de ella. No había sido una buena persona pero ahora estaba arrepentido.

Quería de verdad a Maika, ella había sabido mirar en mi interior y darme consejos que nunca antes nadie había intentado hacerme ver o entender. Era la luz que guiaba mi barco a la deriva y sin ella me sentía como un marinero en un barco sin estrellas en el cielo por las que regirse para tomar un camino.

Para una vez que encontraba una buena persona, que me ayudaba y me hacía sentir importante, la fastidiaba de esa manera. Todo por una absurda pelea con Lucas, para alejarlos porque la consideraba mía. La chica ideal para mí, la que me haría crecer como persona pero... todo quedaría en un sueño.

¡Era un estúpido! ¡Se había ido lejos para no verme! Ya no había manera de pedir perdón y arreglar nada. La conocía lo suficientemente bien para saber que ella no me daría la oportunidad de enmendarme, que había herido su orgullo y su alma.

Un día nos reunimos todos en casa de Lucía, era su cumpleaños y, al fin y al cabo, aunque me había alejado de ellos, éramos amigos de toda la vida. Me invitó a tomar un chupito de licor de café como a todos.

Cuando ya creía imposible tener un golpe de suerte, allí, sentada en un sillón al lado de la ventana, me encontré a Maika. Despegó la mirada de la ventana, sus ojos se clavaron en los míos y no pude pensar otra cosa que no fuera lo guapa que estaba.

La luz que entraba por el ventanal la rodeaba creando un halo místico, como si fuera la aparición de una diosa de la antigüedad. Su melena ondulada caía sobre sus hombros y con el leve giro que realizó sus rizos me parecieron las ondas del mar.

Me quedé sin palabras, por mucho que abría la boca, de esta no salía ningún sonido. Mi cuerpo no reaccionaba a mis órdenes. Tenía que acercarme y pedirle perdón.

Ella se acercó poco a poco a mi posición, su semblante de paz cambió de inmediato por otra de ira.

—¿Qué hace él aquí? —chilló señalándome a pocos pasos de mí.

—Le invité a tomar un chupito por mi cumpleaños. No pensé que te fueras a enfadar tanto —se disculpó Lucía.

—¿Pensabas que iba a abrazar y dar dos besos a la persona que fue diciendo por todo el pueblo mentiras? ¿Qué iba actuar como si nada hubiese pasado?

—Yo no he dicho mentiras sobre ti —me defendí como pude.

—¿Acaso decir por el pueblo que nos acostamos juntos no es mentir? Decir que pedía más una y otra vez, ¿no es mentir?

Me quedé mudo, bajé la cabeza y me di cuenta de que ella sabía todo lo que había dicho. Que no iba a perdonarme, que por los celos que sentía hacia Lucas por ocupar su corazón había destrozado lo más valioso que tenía, su amistad.

Abrí la boca para defenderme y redimirme por ese acto del que tantas veces me había arrepentido en los últimos meses.

—Yo...

—No quiero que sigas, no me pidas perdón por algo que nunca deberías haber dicho. Las

mentiras tienen las patas muy cortas y se acaban pillando. Pensé que eras mi amigo, que a pesar de no poder darte más que mi amistad estarías a mi lado, pero me equivoqué. ¡No te mereces mi amistad!

Después de esas palabras, que Lucas apareciera de la cocina para llevársela y que todos volvieran a respirar después de ese momento bochornoso, el pegamento que me tenía retenido en la misma posición pareció disolverse.

Me marché, despacio, destrozado y con la cabeza agachada. Maika había sacado el genio que sabía de sobra que tenía dentro. Siempre era tan buena conmigo que una parte de mí esperaba que me diera la opción de explicarme.

No servía de nada que en mi cabeza llevase un gran discurso preparado, ensayado miles de veces delante de un espejo o mirando sus fotos, no me habían salido las palabras cuando deberían.

Ahora llevaría siempre esa culpa como una pesada losa en mi espalda. Le hice daño a mi mejor amiga, a la única que he considerado mi alma gemela porque ella, jamás volvería a acercarse a mí, tendría mucho cuidado de no coincidir conmigo para que no se repitiera la situación.

Solo yo sabía lo que sentía por ella, el dolor que se había arraigado en mi alma por lo que había hecho y que nunca tendría su perdón.

Epílogo



Había sido un gran reto acabar el ciclo y trabajar a la vez. Cuando llego la hora de hacer las prácticas, tuve que dejar de trabajar en el restaurante, era imposible compaginar ambos y las prácticas eran obligatorias, lo bueno es que solo eran tres meses pero gracias a Núria, conseguí quedarme a trabajar en su misma empresa después de hacer las prácticas.

Era un mejor horario, el sueldo era menos pero hacía algo que también me gustaba muchísimo. Estar con los niños pequeños, rodeada de amor puro e incondicional me encantaba, y jugar con ellos era muy divertido. Todos me hacían caso, eran muy fáciles de llevar y los adoraba a todos. Al principio solo ayudaba en las tareas de acogimiento de los niños, la hora de comer, la siesta y la merienda, ya que pasaba más tiempo con los bebés cambiando pañales.

Poco a poco me fueron dando más tareas, pasaba más tiempo en la guardería, los niños me daban vida con sus juegos, sus risas y me encantaba andar por el suelo con ellos. Muchas veces pensaba que yo era más niña que ellos y cuando hablaba con Lucas el me decía una y otra vez que sería buena madre.

Cuando me fui a vivir con Lucas y dejé sola a Núria en el piso, me invadieron un montón de sensaciones contradictorias. Quería estar con mi amiga y me sentía mal dejándola sola en ese piso tan grande pero, por otro lado, quería estar con Lucas y probar una convivencia solos.

Desde el primer día, la convivencia fue genial. Seguíamos disfrutando de la complicidad entre los dos, de momentos únicos que no se iban a volver repetir como la primera vez que dormimos juntos en el piso.

Después de una cena ligera, Lucas fue al servicio mientras yo me preparaba para dormir. Estaba nerviosa a pesar de saber de sobra lo que iba a pasar entre nosotros y ya no era la primera vez.

Me metí en la cama después de lavarme los dientes en el baño de la habitación, y esperé a que mi chico volviese a nuestro cuarto.

Estaba empezando a quedarme dormida cuando noté una ligera presión en mis labios. Abrí los ojos y allí estaba el hombre de mi vida con el pelo chorreando agua sobre la cama.

Nos besamos, despacio, sin prisas, saboreándonos mutuamente, disfrutando de las sensaciones que nos recorrían.

Mi vello se erizó y la piel se me puso de gallina por las corrientes eléctricas que me recorrían todo el cuerpo. Las chispas que surgían cuando me tocaba, me mordía o depositaba un suave beso en mí me volvían loca.

Mis manos se entrelazaron con su cabello impidiéndole que se moviera de posición. Las manos expertas y suaves de Lucas recorrieron mi costado haciendo que gimiera levemente ante ese

contacto. Los besos fueron subiendo de intensidad, las caricias se tornaban más desesperadas y cada vez que me rozaba con su miembro mi parte más escondida deseaba más, más caricias, más besos, más él en todo mi cuerpo.

Los gemidos aumentaban con cada caricia, nuestros besos eran más apasionados, teníamos la respiración agitada y cuando Lucas decidió que ya era el momento de entrar en mí, con mucho cuidado y sin dejar de mirarme a los ojos, nos unimos.

Los movimientos rítmicos, lentos y luego más rápidos y más fuertes, consiguieron que llegáramos al unísono al clímax.

Lucas se acostó a mi lado, aun con la respiración agitada. Nos miramos, nos dimos la mano y en esa postura nos quedamos dormidos hasta que la luz que entraba por las rendijas de la persiana nos despertó.

Esa noche, para mí, fue tan mágica como la primera vez que nos acostamos juntos y perdí mi virginidad.

Lucas era tierno, gracioso, responsable, trabajador, romántico y estaba muy bien físicamente. Me encantaba que me ayudara a llevar las cosas de la casa, que no se escudara en que la mujer era quien tenía que hacer aquello. Si yo ponía la lavadora, él ponía la secadora, si yo cocinaba era él quien lavaba los platos después, éramos un gran equipo.

El día que cumplimos dos años de novios, me llevó a un restaurante que no conocía. Muy romántico, había pocas mesas, la decoración clara y las luces bajas le daban un aspecto más íntimo. Las mesas tenían unos preciosos manteles blancos con bordados en color oro y encima unos jarroncitos con rosas rojas y velas a cada lado. ¡Precioso!

Cenamos un menú degustación. Tenía mucho miedo que solo me pusieran cosas que no me gusta comer como pimientos, cebollas y muchas verduras pero me asombré de que después de cinco platos con poca comida, no me había quedado con hambre. El postre fue lo que más me gustó, una mini tarta de queso frío con mermelada de frambuesa. ¡Era mi tarta favorita!

Nos trajeron una botella de cava y después de echarme un poco en la copa, Lucas se acercó a mí y se arrodilló a la vez que me cogía las manos.

—Maika, he disfrutado mucho de todo este tiempo a tu lado. Eres una mujer increíble y estoy muy orgulloso de ti. Todo lo que has conseguido, lo que has sufrido para conseguirlo y como, a pesar de apenas dormir, has conseguido cada cosa que te has propuesto. ¡Eres una inspiración! Hemos pasado mucho para llegar hasta aquí y estoy seguro al cien por cien de que eres la mujer de mi vida.

Lucas hizo una pausa, se llevó la mano hacia atrás y sacó un pequeño estuche negro que abrió después de soltarme las manos.

—Maika Martínez, ¿quieres casarte conmigo?

Me quedé muda al instante, las lágrimas acudieron masivamente a mis ojos y corrieron libres por mis mejillas. Mis manos temblaban y era incapaz de hablar por el nudo que se me había formado en la garganta. Asentí despacio, sin dejar de llorar y abrazando al hombre de mi vida. El hombre que con sus bromas me había conquistado y por el que lo daría todo sin pensar.

Así que, ahora, me encontraba mirándome al espejo poniéndome unos pendientes mientras el fotógrafo hacía fotos desde varios ángulos y perfiles. Seguía sus directrices sin rechistar porque con los nervios que tenía, era más fácil hacer las cosas que pensar. Me senté en la cama y el fotógrafo vino a atusar el vestido de novia. Me había enamorado nada más verlo. El maniquí tenía un precioso vestido tipo princesa con varias capas de gasa y coronada por una capa de encaje en marfil, a juego con la parte superior del vestido. El escote en forma de barco y las mangas tres

cuarto hacían que fuera ideal para mí. Cuando me lo probé por primera vez lloré de emoción, ¡era mi vestido!

El peinado era muy simple, un semirecogido que elevaba la parte superior para poder sujetar la tiara que mi madre me había comprado a juego con los pendientes y el collar.

El ramo era de damas y rosas blancas y en ese momento estaba al lado de mi mano izquierda.

No sé cuantas fotos me hizo de cada pose, las fotos con mi madre, con mis amigas y algunas en el parque cercano a mi casa y mientras me subía al coche que Lucas había alquilado. Un coche de época, no sé de qué clase porque no entendía mucho de esas cosas, pero era precioso.

Una vez nos sentamos en el coche Núria, mi madre y yo, salimos directos a la iglesia en la que nos esperaban todos. Habíamos decidido casarnos en la villa que nos había visto crecer y enamorarnos. Ribadeo era precioso y la iglesia al lado del parque nos encantaba.

Cuando aparcó el coche y me bajé, los nervios se instalaron más fuerte haciendo que mi garganta se cerrara y me costara tragar saliva. Juan, el novio de Núria, vino a mi lado para llevarme al altar y mi amiga se fue en busca de mi chico ya que era la madrina. Ella nos había unido y se merecía ese privilegio.

Caminé por el pasillo al ritmo de la marcha nupcial, viendo a mis amigas y familiares a ambos lados sonriéndome. Intentaba sonreír pero no podía. Mis ojos estaban fijos en Lucas, tan guapo con su traje y una rosa blanca en la solapa de su chaqueta. Sus ojos brillaban y sonreía más que nunca. Al llegar a su lado y darle la mano fui capaz de devolverle la sonrisa que me estaba dedicando con tanto amor.

La ceremonia se me hizo larga, cansada, incluso me equivoqué en las palabras que tenía que repetir después del cura y todos en la iglesia se rieron por mi despiste.

“Yo Maika, te quiero a ti Lucas como esposo, y me entrego a ti, y prometo serte fiel en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, todos los días de mi vida.”

Esas fueron las palabras que nos unieron y con un beso quedaron selladas para siempre. Ahora era su mujer ante todo el mundo, amigos y enemigos, familia y conocidos.

Mientras los invitados se iban al restaurante, nosotros fuimos a hacernos fotos en los jardines del ayuntamiento, en la playa y en algunos sitios más que eran muy románticos.

Cuando llegamos al restaurante nos pusieron una música triunfal y pasamos a comer, ¡estaba muerta de hambre!

De vez en cuando paseábamos por las mesas de los invitados para saber que tal todo, si les gustaba la comida, y esas cosas de rigor.

Tocó el tiempo de entregar los regalos, las gominolas a los pequeños aunque yo también me había quedado con una. El juego de quitar la liga y entregárselo a tu amiga soltera que en mi caso fue Paloma, ya que no había cuajado al cosa con el chico, el detalle de los novios de la tarta a la pareja que creéis que se va a casar después que por supuesto fue para Núria y Juan, y hasta habían cortado trozos de la corbata de Lucas para venderla entre los asistentes y así sacarnos un dinerito para irnos de luna de miel.

Llegó la hora del vals, nos fuimos a la pista de baile y Lucas me agarró por la cintura y me cogió una mano para empezar a bailar. Me abracé a él y siguiendo el ritmo que marcaba con sus pasos, me transporté a una nube. El cielo era el límite y sentía que estaba a punto de tocarlo.

Los ojos azules de Lucas se unieron a los míos creando de nuevo ese vínculo que sabía que nos unía. La tranquilidad que se veía en ellos, su preciosa sonrisa tranquila y contagiosa me hizo reír y apoyé mi cabeza en su pecho. Escuchaba su corazón latir rítmicamente, me relajé en sus brazos y me olvidé de la gente que estaba a nuestro alrededor sacando fotos y grabando con sus móviles

mientras recordaba un baile de carnaval en el que un chico enmascarado me sacó a bailar.

Después del vals la música cambió, el ritmo era más actual, las canciones de moda sonaban y todos bailaban agarrados a su cubata.

Nos despedimos de nuestros amigos y familiares y volvimos al hotel en el que habíamos alquilado una habitación para pasar nuestra primera noche como marido y mujer. Los tacones me mataban después de las sesiones de fotos, la misa en la iglesia y con los bailes.

Esa noche nos amamos, nos acariciamos y disfrutamos del cuerpo del otro como nunca, sin prisa, con ansias y ganas de que esa noche no terminara jamás.

Al día siguiente con el dinero que nos había sobrado de la celebración, nos acercamos a una agencia de viajes y aunque suene tópico, decidimos irnos de luna de miel a París, ya que era el destino más barato y el que más ganas tenía de ver.

Volvimos a Oviedo para hacer las maletas, mirar el tiempo que iba a hacer y preparar todo lo necesario para nuestro viaje.

Sin darnos cuenta llegó el día de coger el avión y viajar a la ciudad del amor y las luces.

Al llegar a la terminal me quedé alucinada. ¡Había ordenadores! ¿Me podría conectar a internet a través de ellos? La gran terminal era muy luminosa y tenía cristales verdes a modo de barandilla. Precioso todo.

Salimos y nos dirigimos hacia la parada del tren que nos llevaría hasta el centro para luego coger otro, hasta el hotel.

Habíamos decidido alquilar una habitación en el hotel Home Moderne, a dos kilómetros y medio de la Torre Eiffel por lo que así nos daríamos un buen paseo para llegar a todos los sitios y aunque nos atiborráramos de comida no engordaríamos.

Llegamos al hotel y la verdad que hacía honor al nombre, moderno. Era minimalista pero exquisito. La madera clara de la recepción hacía juego con los sillones ocres que estaban a modo de sala de espera con unas pequeñas mesitas. ¡Era todo muy bonito! Nos dieron la llave de nuestra habitación y al verla me quedé sin palabras.

Era muy espaciosa con mucha luz, las paredes blancas contrastaban con los toques de color de las cortinas, la colcha y los cojines. Me senté en la cama y estaba mullida, aquí iba a dormir muy bien.

Ese día no salimos de la habitación. Nos amamos una y otra vez sin descanso. Estaba agotada por lo que dormí como una bendita.

Al día siguiente, nada más levantarme cogí del bolso un test de embarazo que había comprado antes de marcharnos de Oviedo. Tenía sospechas de un posible embarazo porque mi menstruación tenía tres días de retaso.

Con los nervios a flor de piel, hice contorsionismo para seguir las instrucciones del test aunque después, en los cinco minutos de espera, se me había ocurrido que había sido más práctico que usara uno vaso desechable para tal menester.

Después de cinco minutos de espera que me parecieron media hora por lo menos, allí estaba la prueba que necesitaba para mis sospechas. Dos líneas rosas en el visor.

Me quedé muda sin saber cómo decirle a mi chico semejante noticia. Lucas llamó a la puerta del baño.

—Cariño, ¿estás bien?

Le abrí la puerta y con las manos temblorosas sin decir una sola palabra, le tendí el test de embarazo que acababa de hacerme. Lucas me miró, volvió a mirar el test y de nuevo me miró a mí.

—¿Vamos a ser padres?

Asentí con nerviosismo, el nudo en la garganta me impedía hablar. Estaba emocionada y las lágrimas comenzaron a caer y morir en mi barbilla. Lucas me abrazó con fuerza y besó mis mejillas mojadas.

Esta sí que iba a ser una gran aventura para los dos, algo nuevo que se iba a forjar poco a poco. ¿Tenía que esperar nueve meses para abrazar el fruto de nuestro amor?

Agradecimientos

Los agradecimientos de un libro siempre son algo difícil porque no quieres dejar a nadie de lado en las menciones.

Este libro en especial, se lo dedico a mi otra mitad. Daniel, gracias por apoyarme en toda esta locura que es el mundo literario. Gracias por estar a mi lado y hacer que mis sueños se hagan realidad.

Mamá, gracias por leer siempre todo, darme tu opinión y cuidarme de las niñas si necesito un momentito para escribir.

Nuri, gracias por ser mi amiga y estar ahí siempre. Aunque ahora hablamos algo menos siempre estás presente. Eres parte de este libro y no solo como lectora 0, gracias por ir leyendo todo mientras lo hacía.

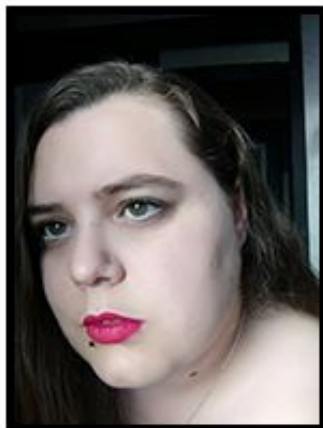
Saki, tú también tienes algo especial en este libro. Gracias por todos estos años de amistad.

A mis lectoras 0: Montse, Sara, Mavy, María. Gracias por vuestros comentarios para mejorar cositas y sobre todo vuestro apoyo constante.

Gracias a Clara, Esther, Carmen, Cristin, Antía, Andrea, Anti y a muchas personas más que seguro que me dejo sin nombrar pero que siempre están ahí, a mí lado, apoyándome y dándome ánimos para continuar y mejorar en mis escritos.

Por último, pero no menos importante, gracias a ti lector por darle una oportunidad a esta historia llena de esperanzas. Espero que la disfrutes y suspires de amor.

Biografía



Lizzie Quintas nació en Ourense en marzo de 1989. Desde su tierna infancia descubrió el mundo de los libros, soñando con miles de mundos. Desde pequeña se dio cuenta de la facilidad de escribir y sus redacciones e imaginación en el colegio, dando lugar a descubrir su vocación como escritora. A los quince años escribió Amor predestinado su primera novela y que forma parte de una trilogía que publicó en septiembre de 2014, iniciando así su carrera como escritora. Desde ese momento no ha parado de escribir ha participado en el libro Treinta relatos y un poema (2015), en las antologías benéficas La vida es bella (2015) y Mi princesa Rett (2015), Mi vigilante de la noche (2016), Amor a través del tiempo (2016) antología benéfica organizada por Lizzie con la colaboración de más autoras, Matar El pasado (2017) Multiverso Editorial.

Ha publicado relatos en la revista digital Anescris y amigos y Athalía y CIA. La radio Acapulco de México ha leído varios relatos de Lizzie, llegando así a cruzar el charco.

Puedes seguirme en:

Facebook: [Lizzie Quintas](#)

Twitter: [@LizzieQuintas](#)

Página web del autor: <http://luchandoporserescritora.blogspot.com.es/>

Wattpad: <https://www.wattpad.com/user/LizzieQuintas/about>

Todos los libros de la autora

[Amor Predestinado](#)



[Mi vigilante de la noche](#)



[Amor a través del tiempo: Antología benéfica](#)



[Matar el pasado](#)

